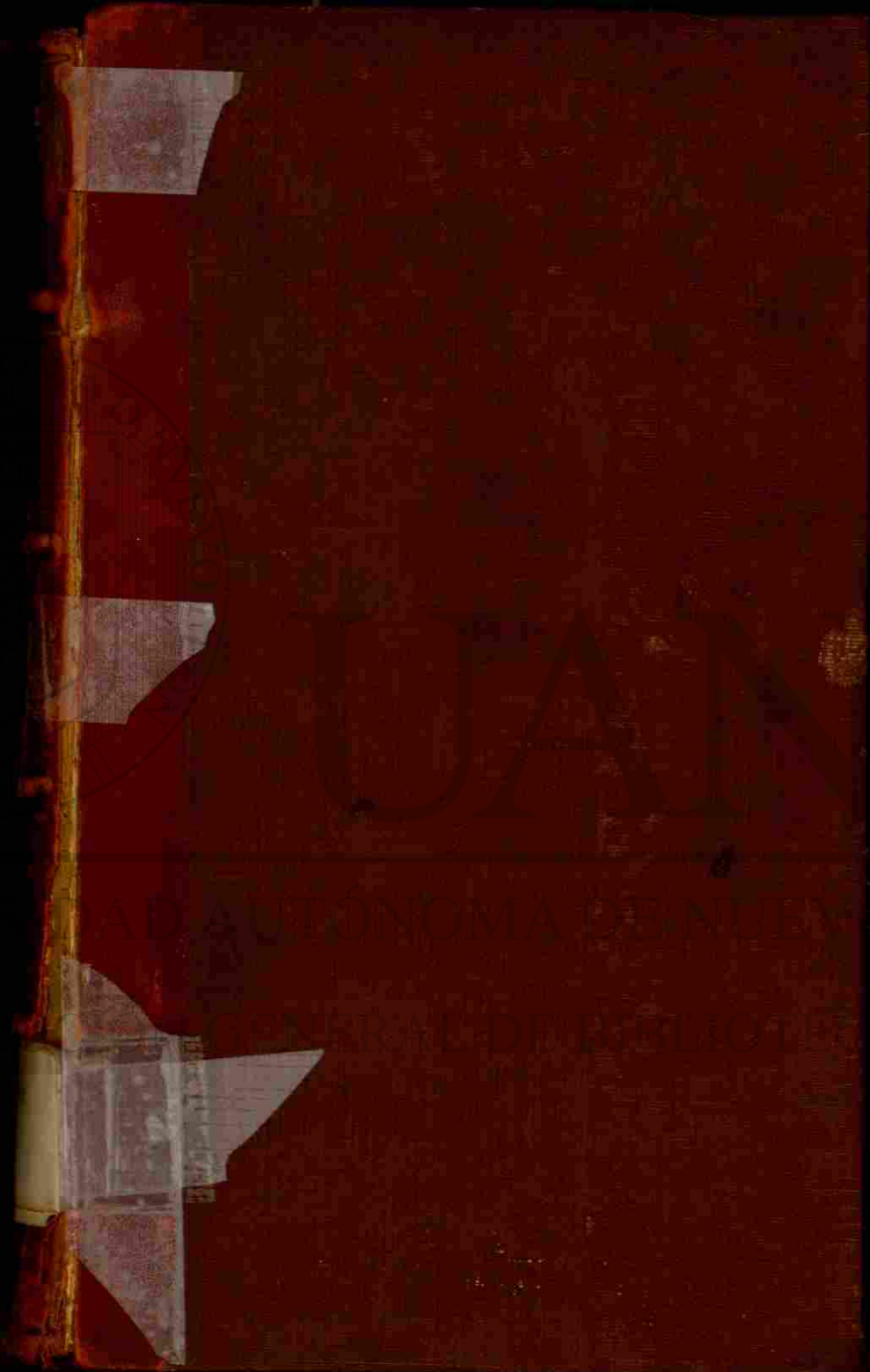




PIERRON

LITERATURA
GRIEGA

2

PA3059

P5

v. 2

P. C.



1080013706

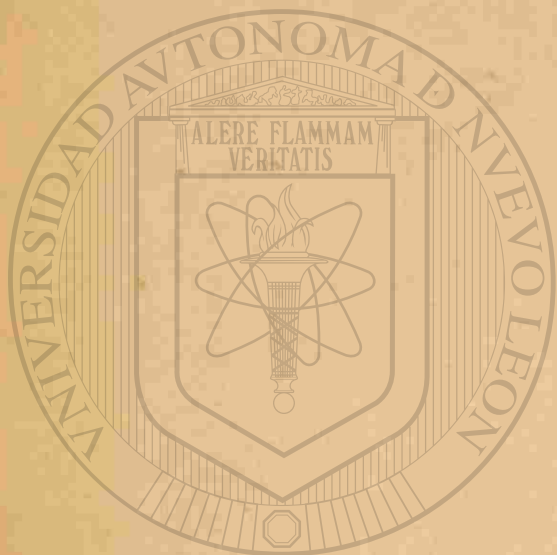


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA MARAVILLA.

SEGUNDA SÉRIE.

SECCION INSTRUCTIVA.

HISTORIA

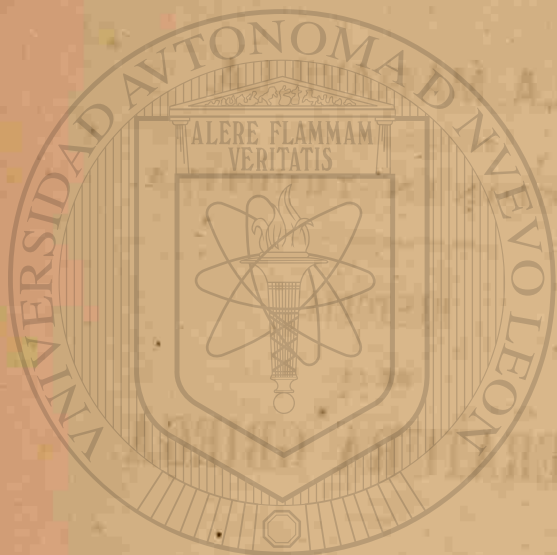
DE LA

LITERATURA GRIEGA.

TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE LA
LITERATURA GRIEGA,

FOR
M. ALEJO PIERRON,

TRADUCIDA DE LA SEGUNDA EDICION
revista, corregida y aumentada,

FOR
D. MARCIAL BUSQUETS.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID:

D. ANTONIO DE SAN MARTÍN, C. VICTORIA, 9. | D. ENILIO FONT, C. RELATORES, 42 Y 44.

HABANA: D. J. TURBIANO, OBRAPÍA, 415.

BARCELONA:

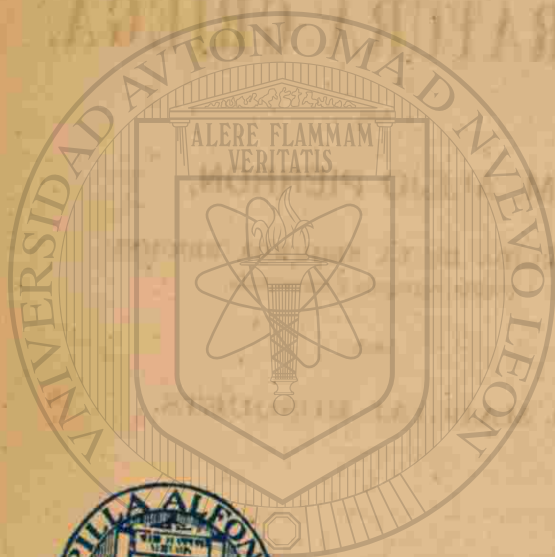
LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1861.

PA3059

P5

v2



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156359

Barcelona: Imp. de LUIS TASSO, calle de Guardia, núm. 45. — 1861.

HISTORIA

DE LA

LITERATURA GRIEGA.

TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO XIX.

Sófocles.

COMPARACION DE SÓFOCLES Y ESQUILO.—SISTEMA DRAMÁTICO DE SÓFOCLES.—TRAGEDIAS DE SÓFOCLES.—VIDA DE SÓFOCLES.

Comparacion de Sófocles y Esquilo

El arte de Esquilo no era mero instinto: en aquel hombre extraordinario había algo más que el dios de quien habla Platon, que se vale á su modo del ingenio de los poetas inspirados; y por lo tanto, no nos hallamos muy conformes con el siguiente aserto, atribuido á Sófocles: «Esquilo hace bien, pero sin saberlo.» Si Sófocles decia tal cosa, debemos tildarle de preocupado é injusto. Lo que este autor hubiera podido decir con entera razon, es lo que semejante aserto da á entender, pues nadie en el mundo ha sabido mejor que Sófocles lo que hacia: este es el artista por excelencia, el artista más hábil en preparar el efecto que quiere producir, en disponer los medios atendiendo al fin. No es difícil notar en Esquilo inverosimilitudes á veces chocantes, compara-

ciones falsas, imágenes exageradas, expresiones extravagantes; pero estos son defectos mucho mas escasos de lo que se pondera, y compensados por infinitas calidades. Sófocles no está al alcance de la censura, y ni siquiera tiene aquellos momentos de sueño que Horacio perdona á Homero: es la perfeccion, toda la perfeccion que es dado al hombre realizar; no una simple carencia de defectos, que es el peor defecto, sino un conjunto continuo de bellezas en la invencion, en la coordinacion de las partes, en el pensamiento y en la diction.

No tiene Sófocles toda la valentía de Esquilo, y si algunas veces llega á lo sublime, no es empero lo sublime su elemento ordinario. «Respeto hasta tal punto, dice Barthélémy apoyado en los antiguos, los límites de la verdadera grandeza, que por no traspasarlos, á veces no llega á ellos. En medio de una rápida carrera, cuando va á inflamarlo todo, párase de pronto y se extingue.» Sin embargo, no tomemos al pié de la letra esas vivas expresiones; y reduciéndolas á su verdadero espíritu, tendríamos que Sófocles sabe moderar su impetuosidad. Los héroes que pinta ya no son titánicos ni gigantescos; pero son todavía verdaderos héroes: aunque superiores á nosotros, no distan mucho de nuestra esfera, y nada de lo que les concierne nos es extraño. Es el hombre ideal, mas hermoso y mas noble que la realidad, pero cercano á ella porque no está exento de flaquezas y errores, y porque nunca es completamente insensible á los embates del infortunio. Con Sófocles, el tono de la tragedia baja al justo límite en que aun conserva la poesía su grandeza y dignidad, y en que ya hallamos en ella lo que hubiéramos llegado á pensar y decir. La diction

de Sófocles dista mucho de asemejarse á la de los prosistas; mas no tanto como la de Esquilo. Ya no vemos en ella los impetuosos arranques del ditirambo, los giros extraordinarios, las palabras extensas; y con todo, casi cuesta tanto leer á Sófocles como á Esquilo, pues aquel emplea los términos de la lengua mucho mas en su sentido etimológico que en su acepcion vulgar, y el entendimiento se ve obligado á profundizar para dar con la mente del poeta. No tiene Sófocles la claridad y fluidez que le prestan ciertos críticos, á no ser en algunas relaciones donde al parecer quiso rivalizar con Eurípides en facilidad y riqueza oratoria. Sus coros son de un estilo tan primoroso como toda la antigua poesía lirica que la tragedia heredara; pero en ellos domina lo patético, y en particular una gracia y suavidad inefables. Muchas de sus odas, consideradas aisladamente, prescindiendo de la accion en que figuran, pueden considerarse como obras maestras de la musa lirica. Esmeróse tanto Sófocles en la eleccion de los metros mas adecuados para la expresion de los sentimientos afectuosos, que en nuestra ignorancia todavía podemos apreciar los excelentes efectos que obtuvo. Los atenienses daban á Sófocles el nombre de abeja ática, y tambien podemos apreciar la acertada aplicacion y conveniencia de este merecido nombre.

Sistema dramático de Sófocles.

Sófocles no compuso trilogías propiamente llamadas, ó parece á lo menos que ni en la época en que aun se exigian cuatro piezas á cada contendiente dramático, sacó nunca sus tragedias de una misma leyenda, ni formó un conjunto dramático del género de la *Orestia*; pues si tres de las

obras que nos quedan de él, *Edipo Rey*, *Edipo en Colona*, y *Antígona*, casi se continúan una á otra, esto es casual, en razón á que estas piezas no se compusieron en la misma época, ni se representaron en el mismo día. Los dramas de Sófocles tienen, cada uno en particular, la extensión suficiente para el completo desarrollo de una acción, y para satisfacer las exigencias del ánimo del espectador. En ellos los personajes abundan mas que en los de Esquilo, mas no tanto que dividan el interés y menoscaben la unidad de impresión: despléganse sucesivamente todos los incidentes y peripecias que permite la fábula, pero sin confusión, sin embarazo, sin vana hojarasca. El tiempo se regula firme y sosegadamente, sin saltos, sin las bruscas supresiones de duración y espacio que Esquilo efectuó en el *Agamenon* y en las *Euménides*. Sófocles no se ciñe á un rasgo único al trazar los caracteres: sus personajes se desarrollan por sí mismos con la acción, y revelan poco á poco su alma; no se les conoce completamente hasta el desenlace, y cuando han pasado por las pruebas que les hace sufrir el poeta.

Sófocles reduce á un papel moral el coro que en manos de Esquilo era algunas veces el principal personaje de sus tragedias; pero de ningún modo le descarta de la acción que pasa á su vista: el coro es personaje que mas aconseja y persuade que obra, personaje que representa, digámoslo así, la conciencia pública, y se indentifica con los sentimientos de los espectadores. Hemos dicho al hablar de Esquilo que Sófocles manejaba diestramente en el diálogo á un tercer interlocutor. Con el diálogo de tres le agrada poner de relieve la oposición de caracteres y evidenciar á todas luces la grandeza del protagonista: así es que Crisotémis al lado

de Electra, é Ismena al lado de Antígona, tienen un valor poético en la economía de la fábula que el sistema dramático de Esquilo no hubiera podido darles. Con respecto al diálogo de dos, la mejor alabanza que podemos tributar á Sófocles es decir que se atuvo dignamente á las tradiciones de Esquilo.

Tragedias de Sófocles.

Sófocles compuso mas de cien obras dramáticas. Quédanos siete tragedias, producciones de su edad madura ó de su vejez, casi todas reputadas por los antiguos como obras maestras. Su orden cronológico, ó de composición, es como sigue: *Antígona*, *Electra*, las *Traquínianas*, *Edipo Rey*, *Ajax*, *Filoctetes*, *Edipo en Colona*. Los fragmentos de las demás piezas, tragedias ó dramas satíricos, no son muy largos.

Cualquiera que sea la fecha en que se fije el nacimiento de Sófocles, tenía mas de cincuenta años cuando se representó la *Antígona*; y esta obra, segun un testimonio auténtico, era la trigésima segunda de las que habia dado al teatro. Púsose en escena por los años de 442 ó 440 antes de nuestra era, y todo nos prueba que tuvo un éxito prodigioso.

Antígona expone magnánimamente su vida para tributar á su hermano Polinice los honores de la sepultura: es una heroína; pero á pesar de la resolución y austeridad de su carácter, aun es mujer. Su alma está por completo en su contestación á Creonte, á propósito del crimen perpetrado por Polinice contra Tébas: «Mi corazón solo sabe amar, no aborrecer (1).» Cuando ve fallada su muerte, llora su ju-

(1) Sófocles, *Antígona*, v. 523.

ventud, llora los goces de la vida y las no saboreadas fruiciones de un dichoso himeneo. Conmueve, aunque apenas deje columbrar su secreta inclinacion por el hijo de Creonte. Muere; pero su preciosa sangre queda rescatada con la ruina y destruccion de la familia entera del tirano. Todo conspira en la tragedia á concentrar el interés en la gran figura de Antígona: el cruel carácter de Creonte, ante quien no cede su tierno cariño; el profundo afecto de Hemon, la pusilánime debilidad de Ismena, y la flaqueza de los ancianos del coro, que obedecen sin resistencia las órdenes de Creonte, y solo saben condolerse de los males de sus víctimas.

El argumento de la *Electra* es el de las *Coéforas*, pero aquí no es ya Oréste, sino su hermana quien desempeña el principal papel. Oréste es el brazo que ejecuta: la idea de venganza, la ira, el implacable rigor, residen en el alma de Electra. Esta lleva al exceso su justo odio á la matadora de Agamenon: no es ya, ni quiere ser hija de tal madre. Pero el arte del poeta hace que poco á poco penetremos los resentimientos que la ulceran el corazon; y las mismas condiciones de su sexo, en particular su afeccion por su hermano, son precisamente las que aprovechó Sófoeles para legitimar á nuestros ojos las resoluciones mas que viriles en que se ha fijado su voluntad, y para preparar el parricidio que castigará el asesinato de un esposo por una esposa adúltera. Casi está fuera de duda que el éxito de la *Antígona* influyó en el modo con que trató Sófoeles este dramático asunto. El predominio absoluto, harto absoluto quizás, del carácter de Electra, parece una exageracion del sistema seguido en la *Antígona*. Crisotémis desempeña un papel que se asemeja bastante al de Ismena. Creonte vuel-

ve á encontrarse, pero muy oscurecido, en Clitemnestra y en Egisto. Oréste carece de fisonomía, y ni siquiera nos inspira el interés secundario que tanto merece la noble figura de Hemon. Por lo demás, ignórase la fecha precisa de la representacion de la *Electra*, y si esta nueva obra fué recibida con el mismo aplauso que la que era, digámoslo así, su prototipo.

Las *Traquinímas*, así nombradas porque el coro se compone de doncellas de la ciudad de Traquina, al pié del monte Eta, representan los celos de Deyanira y la muerte de Hércules, envenenado por la túnica del centauro Neso. Es una obra inferior á las demás tragedias de Sófoeles; pero no carece, como dicen algunos, de unidad de plan, de vigor dramático y de grandes calidades. Que si el interés pasa de Deyanira á Hércules, es por la progresion natural de los acontecimientos, y no por ninguna falta del poeta á los preceptos fundamentales del arte: al cabo, la impresion es una, y la tragedia ofrece al espectador un doble ejemplo de los desastrosos efectos del amor. Por otra parte, el carácter de Deyanira y el de Hércules están trazados con maestría, si no amoldados á una accion bien ajustada y muy sorprendente.

El *Edipo Rey*, compuesto diez años despues de la *Antígona*, solo obtuvo el segundo lugar en el certámen de las tragedias, alcanzando el premio Filócles, sobrino de Esquilo. Esta vez el fallo de los atenienses, ó de los cinco jueces, fué dictado por la pasion y por ciegas preocupaciones. Todas las producciones de Filócles eran medianas, no mas que medianas; y el *Edipo Rey* es la mas dramática, si no la mas hermosa, de las tragedias de Sófoeles. Prepáranse en ella

con sumo arte el interés y la curiosidad : al primer rayo de luz que brilla en los sombríos misterios en que se halla abismado el rey de Tébas, síguese una claridad cada vez mas manifesta, hasta el terrible momento en que Edipo exclama: «¡Ay! ay! ay! todo está revelado ahora. ¡Oh luz del día, te veo por última vez (1)!» La altivez algo presumida de Edipo, y la ligereza ó irreflexion de Iocasta, son los medios de que se valió el poeta para quitar casi completamente al espectador el conocimiento de las inverosimilitudes de que está atestada la leyenda de las maldades de Edipo y de su expiación.

El *Ajax* es una composicion mucho mas sencilla, pero llena tambien de pasion y vida. Hânse otorgado á Ulises las armas de Aquiles, é irritado Ajax de esta afrenta, ha jurado vengarse de los griegos ; pero Minerva le quita el juicio : no mata Ajax á sus enemigos, sino á viles animales, que la diosa le hace tomar por hombres. Vuelto en sí, el héroe conoce su deshonor; ve que será el hazmereir del ejército si permanece delante de Troya, y el oprobio de su anciano padre si regresa á Salamina. Condénase á sí mismo á muerte, y una vez tomada su resolucion, nada en el mundo puede ya disuadirle. Su cautiva Tecmesa y sus compañeros los guerreros salaminenses solo obtienen una apariencia de resignacion ; y Ajax, despues de atender á los intereses de todos los deudos, consuma el sacrificio, y se quita la vida, mas no sin sentimiento. Desdena la compasion ajena, y por eso la exita con tanta vehemencia : en sus últimas palabras hay una emocion profunda, una viva admiracion por la luz del día. Las escenas que siguen á la muerte de Ajax se

(1) *Edipo Rey*, v. 1181, 1182.

fundan en la importancia que para los griegos tenían las ceremonias fúnebres, sin las cuales los manes de los muertos no hallaban descanso en las mansiones infernales. La desesperacion de Teucro, hermano de Ajax, sus enérgicas invectivas contra los enemigos del héroe, y la noble generosidad de Ulises, que toma la defensa del muerto, animan aquella especie de languidez que hay en una discusion relativa á un cadáver.

El *Filoctetes* se representó en 440, cuando Sófocles pasaba de los ochenta años, y probablemente poco tiempo despues del *Ajax*, pues hay en el mismo *Filoctetes* una evidente alusion á la escena del *Ajax* entre Teucro y Menelao ; lo cual supone que los espectadores aun se acordaban de aquella escena. El *Filoctetes* alcanzó el premio de las nuevas tragedias. Es la pieza mas patética de Sófocles á pesar de la sencillez de la fábula, y de que casi todo pasa entre tres personajes: Ulises, Neoptolemo y Filoctetes. La lucha interior de Filoctetes entre el deseo de dejar una soledad espantosa, recobrar la salud y contribuir eficazmente á una gloriosa empresa, y el odio que ha jurado á los que le abandonaron; el cuadro de los sufrimientos físicos del héroe y el de sus tormentos morales, aun mas agudos cuando cree que Neoptolemo le ha engañado, no son cosas menos admirables que los grandes efectos teatrales que se obtienen multiplicando los incidentes y los personajes. Es un género de interés distinto del del *Edipo Rey*, pero no menos vivo, ni menos sorprendente.

Edipo en Colona, última obra de Sófocles, no es un drama del mismo género que sus demás tragedias. No hay en ella mucha mas accion que en las *Suplicantes* ó en el

Prometeo; pero en ninguna se levantó Sófoles á mayor altura poética: su pieza es un himno magnífico en honor de Aténas, en el cual se expresan las mas puras ideas morales en un lenguaje sublime sobre toda sublimidad.

Edipo ha expiado con largos infortunios sus crímenes involuntarios. Los dioses le han devuelto su afecto; hánle anunciado su próxima muerte, y predicho que el pueblo que posea su sepulcro estará seguro de vencer á todos los pueblos enemigos. Llegado á Colona, muy cerca de Aténas, detiénese Edipo en el bosque de las Euménides, y conoce que ha de morir allí. En efecto, allí una voz divina le ordena desde el cielo que pase á una morada mejor: «Edipo! Edipo! ¿Porqué tardamos en partir (1)?» Antes del instante supremo tienen lugar algunas escenas en que figuran personajes interesados en saber si Edipo se quedará en el Atica ó regresará á Beocia.

Vida de Sófoles.

Ese admirable poema era la deuda que el ingenio de Sófoles pagaba, no solo á la grande Aténas de donde era ciudadano, sino á la humilde aldea que fué su cuna. Sófoles vió la luz primera en Colona mismo, lugarcillo situado á la margen izquierda del Cefiso, en 498 ó 497 segun unos, y en 496 segun otros. Su familia, como la de Esquilo, ocupaba un puesto distinguido en el Atica, si hemos de dar crédito á ciertos testimonios; pero algunos refieren, con mas certeza tal vez, que su padre Sófilo era herrero. Eupátrida (2) ó hijo de artesano, poco nos impor-

(1) *Edipo en Colona*, v. 1627 y 1628.

(2) Este es el nombre que entre los griegos se daba á los individuos de las familias nobles.—(N. del T.)

ta: recibió una educacion brillante, y reveló temprano sus excelentes disposiciones naturales. Despues de la batalla de Salamina, á la edad de quince años, ó de diez y ocho á lo mas, fué elegido para dirigir el coro de los adolescentes que cantaron el himno triunfal, y que bailaron en torno de los trofeos formados con los despojos del enemigo. Descollaba tanto por su gallardía como por la precocidad de su talento. Es probable que desde su adolescencia se ejercitó Sófoles en varios géneros de poesía, sobre todo en el lírico, y que los peanes y demás poemas de este género que se tenían de él eran ensayos anteriores á mas vastas composiciones. A los veinte y ocho años de edad, entre los de 470 y 467, recibió por primera vez un coro del arconte epónimo. Principió con una obra maestra, venciendo al mismo Esquilo, no por el fallo de un populacho ligero ó de jueces ignorantes y apasionados, sino por sentencia dictada por hombres que no podian menos de amar la verdad y la justicia. Cuenta Plutarco en la *Vida de Cimon* que los jueces del concurso no se nombraron por suerte segun la antigua costumbre. Acababa Cimon de traer á Aténas los huesos de Teseo, y habiéndose presentado en el teatro con los demás generales, el arconte Afepsion les deluvo y les hizo prestar el juramento de jueces; y Cimon y sus colegas fueron quienes dieron la preferencia al jóven sobre su ilustre émulo. Se ignoran los títulos de las piezas que en aquel dia se representaron. Durante su dilatada carrera literaria triunfó Sófoles veinte veces en los certámenes. Cuando no salió vencedor, obtuvo siempre el segundo lugar, nunca el tercero. Despues de la representacion de la *Antígona*, la nombradía de que gozaba hizo que sus conciudadanos le

eligiesen otro de los estrategos ó generales que mandaron con Pericles la expedicion contra Sámos. Parece que durante su mando no desplegó Sófocles grandes dotes militares; pero un ejército acaudillado por Pericles bien podia consolarse de que el autor de la *Antígona* no fuese en la guerra, como afirma Ion de Chios, mas que un hombre amable y de ameno trato. Además, ¿porqué á los atenienses se les antojó que un gran poeta habia de ser un buen general; no solo un buen soldado, como Esquilo, sino un hombre apto para mandar á los soldados?

La ancianidad de Sófocles fué admirable por su nobleza y placidez. Platon, que sin duda le habia visto en casa de su padre, cita un dicho suyo al principio de la *República*, el cual prueba que Sófocles supo encanecer: congratulábase de haber sacudido desde hacia tiempo el yugo de las pasiones sensuales. Discrecion fué esa que no dejaría de influir en su longevidad, al par que en el portentoso fenómeno de una inteligencia que siempre iba subiendo de punto, y que no llegó á su apogeo hasta la edad ordinaria de la decrepitud. Ochenta y tantos años contaba Sófocles cuando compuso el *Filoctetes* y el *Edipo en Colona*. Murió en 406, á los noventa y dos años, ó cuando menos á los ochenta y nueve, en toda la plenitud de sus facultades y de su ingenio.

Diz que poco tiempo antes de su muerte, su hijo Iofon queria que le privasen de la administracion de sus bienes por imbécil ó demente. Parece que Iofon miraba con malos ojos el extremado cariño que profesaba Sófocles á un nieto suyo, hijo de Ariston, y por nombre Sófocles como su abuelo, y que temia perder la legitima. Llevado el pleito

al tribunal de los fratores, especie de justicia municipal, y oído Sófocles, los jueces fallaron contra Iofon. Dicese que el poeta en contestacion única á las imputaciones de su hijo, se limitó á leer á los jueces algunos pasajes del *Edipo en Colona*, que últimamente habia compuesto, y entre otros el coro en que los ancianos de Colona cuentan á Edipo las maravillas de una comarca querida de los dioses. Quizás es falsa esta historia; quizás fué siempre Iofon un hijo tierno y respetuoso; pero si el canto de los ancianos de Colona no sirvió de apología á Sófocles, bien puede decirse que ningun alegato hubiera dejado mas convencidos á todos los jueces del mundo, y con más razon á unos hombres de la tierra de Atica cuyas virtudes cantaba el poeta. Para terminar este capítulo, lo mejor es citar aquella página, escrita por una mano nonagenaria.

«Extranjero, te hallas en la mas deliciosa morada de esta comarca rica en corceles: es Colona, la de las blancas casas. Aquí gimen en verdes valles infinitos ruisseñores de melodioso canto, cobijados por la umbrosa hiedra, por el espeso follaje de mil árboles cargados de frutos diversos, donde nunca penetran los rayos del sol, donde nunca soplan los helados cierzos. Por aquí discurre sin cesar el alegre Baco, acompañado de las ninfas sus nodrizas.

«Sin cesar el rocío del cielo hace florecer de dia en dia el narciso de gracioso cáliz, antigua corona de las dos grandes diosas (1), y el azafran de color dorado. Las fuentes del Cefiso nunca se agotan, y proveen de abundantes aguas el rio que al través de la llanura serpentea: sin cesar y cada dia sus cristalinas aguas fecundizan de paso el

(1) Ceres y Proserpina.

vasto seno de la tierra. Ni los coros de las Musas desdeñan esta comarca, ni Vénus la de las áureas riendas.

« Hay también un árbol que, según dicen, no nace en tierra de Asia, ni en la grande isla dórica de Pelope (1); un árbol no por mano mortal plantado; que crece sin cultivo; ante el cual retroceden las lanzas enemigas (2); que en ninguna parte verdea mas lozano que en esta comarca: es el olivo de pálido follaje, el sosten (3) de la niñez (4). Ningun jefe enemigo, joven ni viejo (5), lo extirpará del suelo con su destructora diestra; que siempre están fijas en él las miradas protectoras de Júpiter Morio (6) y de Minerva la de los ojos azules.

« Otro mérito tengo que decir también de esta metrópoli, magnífico don de un dios poderoso, y la gloria mas noble de nuestro país: es el arte de domar los corceles, y el imperio de los mares. O hijo de Saturno, rey Neptuno, tú lo elevaste á esta gloriosa altura, inventando el freno que reprime en nuestras calles la fogosa impetuosidad de los corceles. Por tí también la nave, que mueven las manos provistas de remos, se desliza con maravillosa agilidad por las aguas de los mares, en pos de las innumerables Nereidas (7). »

(1) El Peloponeso.

(2) Durante la guerra del Peloponeso, los lacedemonios no se atrevieron á destruir en Alica los olivos sagrados.

(3) El texto francés dice *nourrir*, voz que no tiene equivalente español en el sentido en que la usa el autor. Nosotros la traducimos por *sosten*, fundados en una de las acepciones del verbo *nourrir*, en la cual, según el diccionario de Domínguez, este verbo significa *abrigar*, *hacer subsistir*, *hacer durar*.—(N. del T.)

(4) En los ejercicios del gimnasio, los niños se untaban con aceite.

(5) Alusión á Jérges, que era joven, y á Arquidamo, que era viejo.

(6) Ese es el nombre que se daba á Júpiter protector de los olivos sagrados.

(7) *Elipo en Colona*, v. 668 y sig.

CAPÍTULO XX.

Eurípides.

VIDA DE EURÍPIDES.—FECHAS Y ARGUMENTOS DE LAS TRAGEDIAS DE EURÍPIDES.
—INGENIO DRAMÁTICO DE EURÍPIDES.—PATÉTICO DE EURÍPIDES.—ESTILO DE EURÍPIDES.—ENTUSIASMO DE LOS ANTIGUOS POR EURÍPIDES.

Vida de Eurípides.

Es tan diferente el ingenio de Eurípides del de Sófocles, y ofrece tan notable contraste el modo con que ambos poetas concibieron el ideal dramático, que parece increíble que viviesen en la misma época, bajo el imperio de iguales instituciones é idénticas costumbres. Y sin embargo eran contemporáneos. Eurípides tenía algunos años menos que su rival, y Sófocles sobrevivió, si bien pocos meses, á Eurípides, que murió en edad muy avanzada.

Nació Eurípides en Salamina, en el año 486, ó según una tradición mas acreditada, en el de 480 antes de Jesucristo. No solo se afirma que su nacimiento aconteció en el año en que Salamina vió el descalabro de Jérges y el triunfo de los atenienses, sino que se quiere que viniese al mundo durante la misma batalla. Es permitido ponerlo en duda, y tener por sospechosa esta fecha, ya que no concuerdan los testimonios antiguos. Tal vez remozaron á Eurípides por amor á lo maravilloso, y para enlazar la memoria del último gran trágico con la famosa jornada en que Esquilo lidió como un héroe, y que ofreció á Sófocles la primera ocasión de desplegar su talento.

vasto seno de la tierra. Ni los coros de las Musas desdeñan esta comarca, ni Vénus la de las áureas riendas.

« Hay también un árbol que, según dicen, no nace en tierra de Asia, ni en la grande isla dórica de Pelope (1); un árbol no por mano mortal plantado; que crece sin cultivo; ante el cual retroceden las lanzas enemigas (2); que en ninguna parte verdea mas lozano que en esta comarca: es el olivo de pálido follaje, el sosten (3) de la niñez (4). Ningun jefe enemigo, joven ni viejo (5), lo extirpará del suelo con su destructora diestra; que siempre están fijas en él las miradas protectoras de Júpiter Morio (6) y de Minerva la de los ojos azules.

« Otro mérito tengo que decir también de esta metrópoli, magnífico don de un dios poderoso, y la gloria mas noble de nuestro país: es el arte de domar los corceles, y el imperio de los mares. O hijo de Saturno, rey Neptuno, tú lo elevaste á esta gloriosa altura, inventando el freno que reprime en nuestras calles la fogosa impetuosidad de los corceles. Por tí también la nave, que mueven las manos provistas de remos, se desliza con maravillosa agilidad por las aguas de los mares, en pos de las innumerables Nereidas (7). »

(1) El Peloponeso.

(2) Durante la guerra del Peloponeso, los lacedemonios no se atrevieron á destruir en Alica los olivos sagrados.

(3) El texto francés dice *nourrir*, voz que no tiene equivalente español en el sentido en que la usa el autor. Nosotros la traducimos por *sosten*, fundados en una de las acepciones del verbo *nourrir*, en la cual, según el diccionario de Domínguez, este verbo significa *abrigar*, *hacer subsistir*, *hacer durar*.—(N. del T.)

(4) En los ejercicios del gimnasio, los niños se untaban con aceite.

(5) Alusión á Jérges, que era joven, y á Arquidamo, que era viejo.

(6) Ese es el nombre que se daba á Júpiter protector de los olivos sagrados.

(7) *Elipo en Colona*, v. 668 y sig.

CAPÍTULO XX.

Eurípides.

VIDA DE EURÍPIDES.—FECHAS Y ARGUMENTOS DE LAS TRAGEDIAS DE EURÍPIDES.
—INGENIO DRAMÁTICO DE EURÍPIDES.—PATÉTICO DE EURÍPIDES.—ESTILO DE EURÍPIDES.—ENTUSIASMO DE LOS ANTIGUOS POR EURÍPIDES.

Vida de Eurípides.

Es tan diferente el ingenio de Eurípides del de Sófocles, y ofrece tan notable contraste el modo con que ambos poetas concibieron el ideal dramático, que parece increíble que viviesen en la misma época, bajo el imperio de iguales instituciones é idénticas costumbres. Y sin embargo eran contemporáneos. Eurípides tenía algunos años menos que su rival, y Sófocles sobrevivió, si bien pocos meses, á Eurípides, que murió en edad muy avanzada.

Nació Eurípides en Salamina, en el año 486, ó según una tradición mas acreditada, en el de 480 antes de Jesucristo. No solo se afirma que su nacimiento aconteció en el año en que Salamina vió el descalabro de Jérges y el triunfo de los atenienses, sino que se quiere que viniese al mundo durante la misma batalla. Es permitido ponerlo en duda, y tener por sospechosa esta fecha, ya que no concuerdan los testimonios antiguos. Tal vez remozaron á Eurípides por amor á lo maravilloso, y para enlazar la memoria del último gran trágico con la famosa jornada en que Esquilo lidió como un héroe, y que ofreció á Sófocles la primera ocasión de desplegar su talento.

Aristófanes reprocha con mucha frecuencia á Eurípides la humildad de su origen, para que los biógrafos se hayan atrevido formalmente á convertir en eupátrida al hijo de la verdulera, como ennoblecieron quizás al hijo del herrero de Colona. Al principio le educaron para el oficio de atleta, y adiestróse en los ejercicios corporales; pero la actividad de su genio no tardó en compelerle á mas nobles estudios; y el desprecio que despues profesó á los atletas, la peor ralea del mundo, segun él (1), y la calamidad mas detestable de que era victima la Grecia, prueba al parecer que no estaba muy agradecido á las lecciones de sus primeros maestros. Dedicóse á la pintura, luego á la oratoria, y despues á la filosofía. Pródico y Anaxágoras ejercieron un influjo decisivo en el giro de sus ideas, y contribuyeron mucho á la sutileza sofística y á la retórica algo hueca que con sobrada frecuencia deslucen sus obras. Su amigo Sócrates apenas pudo corregirle de sus defectos poéticos, y acaso coadyuvó por su parte á inveterarlos discutiendo con él espinosos problemas, y descubriéndole los secretos de la argumentación irónica.

Eurípides comenzó su carrera en 452, y al cabo de diez años alcanzó por primera vez el premio de las tragedias nuevas. Hasta entonces solo habia obtenido el segundo ó el tercer lugar. En general, no fué muy feliz, á pesar de sus esfuerzos, ó tal vez á causa de sus esfuerzos mismos: cinco veces no mas tuvo la honra de vencer á sus competidores, no obstante el gran número de piezas que presentó al concurso, las cuales ascendian á noventa y dos segun unos, y segun otros á setenta y cinco. Verdad es que en

(1) Eurípides. *Fragmentos del Autólico.*

442 y tambien algunos años mas adelante, el arconte epónimo, aun exigia la tetralogía. Por consiguiente, hemos de convenir en que se premiarian mas de cinco piezas de Eurípides. Digamos tambien que muchas veces pudo obtener el segundo lugar, y que no siempre era una derrota quedarse en el tercero: las representaciones subsiguientes podian dar la palma al poeta contra el fallo de los jueces; á lo menos en la opinion de los oyentes. A veces sucedia que el pueblo desechaba con su gritería una pieza nueva, antes de ver toda la representación; y la pieza así despreciada no podia ponerse otra vez en escena sin que antes se tocara y relocara mas ó menos. Esta contrariedad, que ni Esquilo ni Sófoles experimentaron, hubo de sufrirla Eurípides, pues vióse obligado á corregir algunas de sus tragedias. Sin embargo, su reputación fué anmentando de dia en dia, y cuando dos ó tres años antes de su muerte se retiró á la corte del rey Arquelao de Macedonia, los atenienses lo sintieron vivamente, mas tal vez de lo que sintieron sus padres la partida de Esquilo para Siracusa y Gela. Renovando Arquelao las nobles tradiciones de los Hierones y Arcesilaos, atraía á su corte á los poetas, artistas y filósofos, y prenunciaba con su magnificencia la futura grandeza de su pueblo y su linaje.

Eurípides murió en Macedonia en 407 ó 406, unos seis meses antes que Sófoles en Atenas. Cuentan algunos que las macedonias, encolerizadas de los ultrajes que Eurípides lanzara en sus tragedias contra el sexo femenino, le destrozaron con las manos, bien así como las bacantes despedazaron antiguamente á Orfeo. Eso no es mas que la exageración de una triste realidad. Paseándose Eurípides por

una campiña solitaria, fué destrozado, no por mujeres, sino por algunos perros. Poco apreciaban seguramente las mujeres al poeta que á menudo las trató como juez severo, casi como enemigo; pero que le hiciesen sufrir el suplicio con que le amenazó de broma Aristófanes, y sobre todo que semejante suceso ocurriese en Macedonia, y que un anciano extranjero pereciese miserablemente en aquel país entonces semibárbaro por pecadillos literarios cometidos en Atica; es una historia que huele mucho á leyenda para que ni por asomo se nos ocurra la idea de sostener su autenticidad.

La noticia de la muerte de Eurípides causó en Atenas indecible sensación, y el venerable Sófocles, que nunca había tenido la menor rencilla contra su rival, unió su sentimiento con el de los atenienses. Disponíase por última vez á luchar en el concurso de las tragedias nuevas, y hacia ensayar el *Edipo en Colona*. El día de la representación, exigió que los actores se presentaran sin corona, en señal de duelo y de respeto al gran poeta que ya no existía.

Fechas y argumentos de las tragedias de Eurípides.

El tiempo ha maltratado mucho menos las obras de Eurípides que las de Sófocles y Esquilo. Quédannos de él diez y ocho tragedias íntegras, fragmentos numerosos, y largos algunos, de casi todas las demás, y un drama satírico. Vamos á citar un catálogo razonado de las diez y ocho tragedias por su orden cronológico, indicando la fecha precisa ó aproximada (1) de cada pieza, el título y la naturaleza del argumento.

438. *Alceste*. Sacrificio de la esposa de Admeto, la cual

(1) El signo (?) indica una mera probabilidad.

consiente en morir por su esposo, y á quien Hércules devuelve la vida. *Alceste* es la tragedia antigua mas patética, y tiene escenas que el mismo Racine consideraba incomparables.

431. *Medea*. Celos y desesperacion de la mujer de Jason, que hace perecer á su rival y mata á sus propios hijos. Esta tragedia es una de las obras maestras de Eurípides.

428. *Hipólito lleva corona*. Pieza retocada por Eurípides: primero se intitulaba *Hipólito oculto*, y promovió en el teatro alborotos que el autor quiso conjurar. Hipólito resiste al amor incestuoso de Fedra, y muere víctima de las imprecaciones de su padre. Hipólito es el protagonista de la tragedia; y en esto consiste la diferencia esencial del *Hipólito* de Eurípides y de la *Fedra* de Racine. En el poeta francés todo el interés se concentra en la esposa de Teseo, y hasta puede decirse que en nuestra *Fedra* es Hipólito algo mas frio y descolorido de lo que corresponde.

(?) 427. *Ion*. Creusa, hija de Erecteo, rey de Atenas, ha tenido un hijo de Apolo. El niño por ella abandonado, ha sido llevado á Delfos por Mercurio. Xuto casa con Creusa, y no teniendo hijo alguno, adopta á Ion, al mismo hijo de su esposa, quien ha sido criado por la Pitia, y á quien ni él ni Creusa conocen. Cobra esta odio al jóven figurándose que es el fruto de los amores de su esposo con alguna rival preferida: quiere envenenarle, pero luego descubre á su propio hijo en el adoptivo de Xuto. Hay alguna analogía entre la situacion del hijo de Creusa y la del niño Joas; mas no cabe comparacion entre el drama imperfecto de Eurípides y la *Atalia*, que casi es la perfeccion misma.

(?) 424. *Hécuba*. Inmolacion de Polixena sobre el sepulcro de Aquiles, y venganza que toma Hécuba de Polimestor, matador de su hijo Polidoro. El defecto capital de esta tragedia consiste en que la accion carece de unidad, ó si se quiere, en que el poeta no estrechó bastante el lazo que une sus dos partes. En cambio abunda en ella lo patético, y nunca fué Eurípides mas elocuente.

(?) 421. Los *Heráclidas*. Persecucion de los hijos de Hércules por Euristeo. Demofonte, hijo de Teseo, les da asilo en Atenas. Esta pieza es de mediano interés.

420. *Andrómaca*. En ausencia de Pirro quiere Hermiona que perezcan Andrómaca y su hijo Moloso; pero Peleo, abuelo de Pirro, les libra del furor de Hermiona y de su padre Menelao. La *Andrómaca* de Racine debe mucho á Virgilio, y se diferencia de la de Eurípides aun mucho mas que la *Fedra* francesa del *Hipólito* lleva-corona.

418. Las *Suplicantes*. Cediendo Teseo á las súplicas de las madres de los jefes argivos que perecieron ante los muros de Tebas, reclama sus cadáveres, que quedaron insepultos. Vista la denegacion de los tebanos, conquista por la fuerza de las armas aquellos tristes despojos, los cuales reciben las honras de costumbre. En nada pues se parecen, á no ser en el título, las *Suplicantes* de Eurípides y las de Esquilo.

415. Las *Troyanas*. Reparto de las cautivas despues de la toma de Troya, y muerte de Astianax, hijo de Hector, precipitado de lo alto de los muros de la ciudad. Es una obra de orden inferior, á pesar de algunas partes notables, y aunque el poeta mas patético de todos no se muestre indigno de sí mismo.

442. *Electra*. Tiene igual argumento que las *Coéforas*

de Esquilo y la *Electra* de Sófocles; pero Eurípides desconcertó toda la terrible leyenda componiendo un drama vulgar, cuyos personajes no son muy interesantes, ni siquiera muy naturales.

412. *Helena*. Menelao encuentra en Egipto á su esposa perfectamente casta y fiel; pero no era mas que una sombra de ella misma, formada por Juno, y no su persona verdadera, á quien París sedujera y llevara á Troya. Esta pieza, de puro capricho, es una de las que justifican el cargo que con frecuencia se dirige á Eurípides, de abandonarse con gusto á lo novelesco.

(?) 440. *Ifigenia en Táurida*. Ifigenia, sacerdotisa de Diana, conoce á Oréstes y á Pilades, que la son presentados para que les sacrifique á la diosa, y huye con ellos lejos de la Táurida. Esta tragedia es muy superior á la precedente. Admiranse con razon las escenas en que el hermano y la hermana, sin conocerse todavía, hablan de lo que mas aman en el mundo, y particularmente la escena en que se conocen, una de las mas hermosas de este género que enriquecen el teatro.

408. *Oréstes*. Despues del asesinato de la madre de Oréstes y Electra, estos son condenados á muerte por los ciudadanos de Argos. Con ayuda de Pilades, intentan vengarse de Menelao y los suyos; pero la intervencion de los dioses salva todas las vidas amagadas, y restablece la paz en la familia de los Atridas y en la ciudad de Argos. No hay mucho arte en la composicion de esta obra. Los caracteres como en la *Electra*, carecen de nobleza y dignidad, y lo patético queda harto deslucido por la exuberancia de la imaginacion y por el abuso de la retórica.

(?) 408. *Las Fenicias*. Tiene el mismo argumento que los *Siete contra Tébas* de Esquilo. El título de la pieza se debe á que el coro se compone de mujeres fenicias que se han detenido en Tébas al pasar á Delfos para consagrarse al culto de Apolo. Los caracteres de los dos hermanos están acerbamente delineados, y la entrevista de Eleócles y Polinice es una escena bellísima y de sumo efecto.

(?) 408. *Hércules furioso*. Vuelve Hércules de los infiernos y deshácese de Lico, que se había apoderado de la autoridad real en Tébas. Trastorna Juno el juicio al héroe, quien mata á su mujer é hijos; vuelto luego en sí, quiere morir. Consuélale Teseo y le lleva á Atenas, donde expiará sus involuntarios delitos. Hay en esta pieza duplicidad de acción, como en *Hécuba*; defecto que no siempre se compensa por calidades eminentes.

Después de la muerte de Eurípides, probablemente en 406, representáronse tres tragedias que el poeta compuso ó terminó durante su permanencia en Macedonia. Una de estas tragedias, intitulada *Alcmeon*, ya no existe; pero poseemos las otras dos, que son las *Bacantes* é *Ifigenia en Aulis*. Estas dos tragedias son, junto con *Medea*, lo mas perfecto que nos dejó Eurípides. La última es de todo punto una obra maestra, y no sabemos si Racine consiguió igualarla imitándola: sabemos sí que el original tiene alguna escena que Racine no se atrevió á reproducir; y todo lo que su ingenio añadió á las invenciones de Eurípides dista mucho en nuestro sentir, de compensar la falta del niño Oréstes, que impetraba piedad por su hermana tendiendo los brazos hácia Agamenon. El argumento de las *Bacantes* era uno de los favoritos para los primeros trágicos. Es la muerte del

terrible Panteo, despedazado por las Ménades, por haberse opuesto á la institucion del culto de Baco en Grecia. El de *Ifigenia en Aulis* no necesita mencionarse. Solo observaremos que Diana se lleva á la víctima, poniendo una corza en lugar de la hija de Agamenon.

Ninguna de las tragedias que acabamos de reseñar pertenece al principio de la carrera literaria de Eurípides, pues en 438 hacia ya calorces años que presentaba piezas á los concursos. El *Reso*, cuya fecha es imposible fijar, ni siquiera aproximadamente, es de la época en que Eurípides aun buscaba y no habia hallado el verdadero camino de su ingenio: tragedia tan inferior á las demás, que muchos críticos dudan de su autenticidad. Aunque en ella se advierte algun rasgo de talento, puede afirmarse que á un hombre como Eurípides le era difícil sacar peor partido de las aventuras narradas en el libro décimo de la *Iliada*, y desligurar mas los grandes caracteres por Homero diseñados.

El Cíclope.

El *Cíclope*, cuya fecha tambien se ignora, pero que vale infinitamente mas en su género que el *Reso* en el suyo, merece que nos detengamos un rato, por ser el único drama satírico que ha llegado hasta nosotros.

Es la aventura de Ulises en la caverna de Polifemo. Eurípides amenizó la leyenda tomada del canto nono de la *Odisea*, introduciendo el elemento indispensable á todo drama satírico, esto es, los sátiros. Estos, con su padre Sileno, cayeron en manos de Polifemo mientras corrían los mares en busca de Baco, robado por unos piratas. Polifemo les ha hecho esclavos suyos: ocúpanse en apacentar sus rebaños,

y en el aseo de su vivienda. Al principio de la pieza vese al viejo Sileno provisto de un rastrillo de hierro, y dispuesto para limpiar el antro, ó mejor dicho, el establo del cíclope. Ayudado Ulises de sus compañeros, librales de su cautiverio por los mismos medios de que se vale en la *Odisea*.

Polifemo aparece tal como le pintó Homero; pero á sus conocidos rasgos agregó Eurípides una jovialidad tosca que no le sienta mal. Ann antes de embriagarse, y de ver á Ulises, no se desdén de chancearse con los sátiros: «¿Está dispuesta mi comida?—Sí. Solo falta que también lo esté tu tragadero.—¿Están llenas de leche las cráteras?—Sí; puedes beber todo un tonel, si gustas.—¿Leche de cabra ó de vaca, ó leche mezclada?—Como quieras; pero no te me sorbas á mí también.—Ni por pienso; me harías perecer una vez en mi vientre, con tus saltos y pernadas (1).» Algo mas adelante, en sus respuestas al hijo de Laertes, que implora la vida para sí y los suyos, expone con humor burlesco los principios de su filosofía de antropófago, y llega á la impiedad y á la licencia cuando se compara con Júpiter y expresa á su talante la opinion que forma del estrépito del trueno; pero despues que ha bebido, alégrase del todo, y el terrible personaje se excede mucho de los límites de aquel chiste decente que, segun Horacio, cabia en la jocosidad de un drama satírico.

Sileno, ladrón, borracho y embustero, en resumidas cuentas, compañero divertido, que durante el festin del cíclope se distingue por algunas travesuras, tampoco está delineado con arreglo al tipo un tanto severo que Horacio prefiere, y que sin duda realizaron Sófocles ó Esquilo.

(1) Eurípides, el *Cíclope*, v. 214 y sig.

Los sátiros no tienen los defectos de su padre; adolecen de otro que tampoco es muy noble, pero que los hace aun mas divertidos que Sileno: son unos solemnes follones. Es de verles y oírles en el momento decisivo, despues que han prometido á Ulises ayudarle en la realizacion de su designio, cuando el tizon está preparado y Ulises les excita á poner manos á la obra.

«ULISES. Silencio, en nombre de los dioses, sátiros; quietos ahí; coseos los labios. Os prohibo que respireis, que pestañeeis, ó que escupais; cuidado con despertar al monstruo, hasta que el fuego haya dado cuenta del ojo del cíclope. EL CORO. Nos callamos, y contenemos el aliento en nuestras gargantas. ULISES. Ea, ahora entrad en la caverna y coged el tizon: está bien y debidamente encendido. EL CORO. ¿No dispondrás quiénes son los primeros que han de coger el madero ardiente y reventar el ojo del cíclope? Pues queremos tomar parte en la aventura. SEMICORO 1.º En cuanto á nosotros, la puerta está muy lejos para que desde aquí quememos aquel ojo. SEMICORO 2.º Y nosotros cata ahí que nos hemos vuelto cojos. SEMICORO 1.º Igual percance me sucede. Cuando estamos de pié, tenemos tirones de nervios, no atino porqué. SEMICORO 2.º ¿De veras? SEMICORO 1.º Y nuestros ojos están llenos de polvo ó de ceniza, venida de no sé donde.

Repréndelos Ulises por su cobardía, y contéstale ellos alegando que en ello les va la vida, y diciendo que saben un canto de Orfeo, el cual bastará para el caso, y por sí solo pondrá el tizon en movimiento. Déjales Ulises, y corre á la caverna. Recobran entonces toda la energía de sus palabras, y animan con vivas exhortaciones á los que han aco-

metido por ellos la empresa. Búrlanse en seguida del ciclope cegado, y sacan buen partido del equívoco inventado por Ulises: el nombre de *Persona* ó *Nadie* (1) da lugar á una divertidísima escena cómica, completada por el cuadro de los tientos del ciclope y de sus impotentes iras.

No pretendemos incluir este juguete dramático en el número de las obras maestras; pero la accion es rápida, los caractéres están claramente trazados, y la diction tiene mucha fluidez. Su lectura es muy grata, y no exige ninguno de los esfuerzos á que hemos de condenarnos para penetrar el sentido de los versos de Aristófanes, sobradas veces impenetrable para nuestra ignorancia. Esta obra no es comedia, ni aun menos tragedia, á pesar de los nombres de los personajes: es un yo no sé qué al cual no falta mérito ni atractivo.

Volvamos á las tragedias.

Ingenio dramático de Eurípides.

No abrigamos ninguna de las prevenciones que indispusieron á W. Schlegel contra Eurípides, y á las cuales no han sabido resistir del todo otros críticos mas benévolos. Sin embargo, no cerramos los ojos sobre los grandes y numerosos defectos que ofrecen las mas de sus piezas, aunque estos defectos queden ámpliamente compensados por admirables calidades. Convenimos pues en que Eurípides faltó en sacrificar á veces la unidad de accion al deseo de amontonar los incidentes y las calástrofes; en que la gradacion

(1) La voz *personne* tiene en francés el doble significado de *persona* y *nadie*, en el cual consiste sin duda el equívoco á que alude el texto; y es de suponer que el equívoco estará tambien en la voz griega.—N. del T.

de las escenas no siempre es muy acertada, y en que para excitar ó reanimar el interés cuenta demasiado con los lances y peripecias imprevistas. Tambien le censuraremos por haber eludido con harta frecuencia, por medios vulgares, las dificultades capitales del arte. Es en demasía socorrido enviar, al principio de una tragedia á algun dios ó algun héroe que nos diga su nombre, nos cuente el motivo de su venida, y nos haga saber el lugar en que se nos aparece, y lo que en él pasó y ahora está pasando, y hasta lo que pasará en breve; en fin, una especie de *cicerone*, cuyo oficioso discurso nos introduzca en la accion de la pieza y casi equivalga á una exposicion. No es menos socorrido cuando no se sabe cómo desenlazar una accion, ó cuando no quiere uno tomarse esta molestia, llamar á un dios á su ayuda, y hacerle bajar de la tramoya, para dar á las cosas un rumbo satisfactorio. Dice con razon Horacio que la divinidad no ha de intervenir en la tragedia sino cuando el nudo es verdaderamente digno de ser desatado por un dios. Al redactar Horacio este precepto de buen sentido, tal vez se acordaba del *Filoctetes* de Sófocles, en el cual aparece Hércules porque debe aparecer, y porque así lo deseamos nosotros. Muchos de los dioses de Eurípides no se presentan sino porque el poeta les necesita. Tambien sentimos que Eurípides desconfiase, segun parece, de su ingenio lírico: en sus tragedias, el coro queda reducido á muy exiguas proporciones, figurando, digámoslo así, por la forma; no es verdaderamente personaje, y solo está en relacion indirecta con la accion.

Por consiguiente, cumple convenir con Aristóteles en que no siempre acierta Eurípides en la disposicion de sus piezas, y en que Sófocles fué mas hábil que él en el arte

de combinar el drama con los cantos del coro. Con todo, nos es imposible adherirnos por completo á otros cargos que ciertos modernos le dirigen. A ser cierto que Eurípides alterase á su sabor la mitología, ¿nos incumbiera inculpárselo? Creemos que ni siquiera necesitaba inventar para dar á las añejas tradiciones el carácter que deseaba. Antes de él, millares de poetas las alteraron, abultaron, retocaron y manosearon en todos sentidos; de suerte que sobre cada asunto había un sin fin de versiones diferentes. Este sicoro, por ejemplo, trató mucho antes que Eurípides de probar que Helena nunca había puesto los pies en Troya, y de rehabilitar su virtud. Eso no justifica á Eurípides de haber compuesto una pieza bastante mala; pero vese que era permitido atreverse á mucho, hasta contra las tradiciones mas arraigadas. Creemos que la mitología no era para Eurípides mas que una materia poética, y que este autor no la guardaba muchas consideraciones, particularmente porque las antiguas leyendas no le merecian fe, ni siquiera respeto; y si Eurípides es culpable por haber concebido una idea sobrado eminente de la divinidad, por haber comprendido su unidad, espiritualidad é inefable omnipotencia, debemos ensalzar la noble lealtad de los ciudadanos que acusaron á Sócrates, y la admirable virtud de los jueces que le dieron á beber la cicuta; debemos negar todo adelanto moral, y condenar el principio que nos ha hecho lo que somos.

En órden á la idea del destino, que Eurípides minoró demasiado en concepto de los mismos críticos, diremos en primer lugar que la fatalidad dista de ser el alma de la tragedia antes de Eurípides. Hay algo mucho mas huma-

no, que aparece á su lado y sirve para modificar sus efectos. La fatalidad hace al delincuente involuntario: pero el delincuente se vuelve á su vez, y con ventaja, contra la fatalidad. Oréstes parricida, y Edipo parricida é incestuoso, se reconcilian consigo mismos, con la divinidad y con los hombres, mediante la expiacion, el dolor, y merced al ruego y al arrepentimiento. Eurípides no crea tipos de hombres despenados directamente por los dioses al abismo de inevitables infortunios: dió otro derrotero á la fatalidad, segun la juiciosa expresion de un crítico; mas no la destruyó. En él, los dioses envian invencibles pasiones á los mortales, y estas pasiones originan los males en que se abisman la dicha y la virtud de los hombres.

Dícese que Eurípides se casó dos veces, y que ambas uniones no fueron muy felices. De aquí, segun algunos, la mala opinion que el poeta formó del bello sexo, y que con tanta frecuencia consignaba en sus versos. Caracterizábasele con el dictado de misogino, esto es, enemigo de las mujeres. Ciertó que en sus poemas se hallan palabras que las mujeres no tomarian por cumplido; pero conviene saber si los personajes que las pronuncian hablan segun su carácter, ó si el poeta se cubre con la máscara de sus personajes. Era muy difícil evitar semejantes ataques en unos papeles que apasiona y desconcierta la desesperacion del amor. Esquilo mismo, que nunca pintó á héroes enamorados, pudiera ofrecer figuras análogas, y aun mas violentas, particularmente en el papel de Eleócles de los *Siete contra Tébas*. Por lo demás, Eurípides vindicó altamente su reputacion, creando aquellos puros é interesantes tipos de doncellas que se resignan á la muerte, como Ifigenia, Po-

lixena, Macaria; de esposas que llevan su fidelidad al extremo de sacrificar la vida, como Evadne y en particular Alceste; y trazando, en fin, en el *Oréste*, el cuadro de la ternura casi maternal de Electra por su hermano.

Aunque Eurípides abusase con sobrada frecuencia de los apólogos y sentencias morales; aunque sus héroes aparecieran á veces salir con el ingenio aguzado de las lecciones de Anaxágoras ó de las sábias conferencias de Sócrates, puede decirse por punto general que alterando así los caracteres antiguos estaba Eurípides en su derecho, ya que sus antecesores Sófocles y Esquilo hicieron lo mismo sin escrúpulo en pro de sus composiciones. Solo debe vituperarse á Eurípides por haberles rejuvenecido y civilizado con exceso, no á todos, sino á un gran número, empezando por Hipólito y Aquiles. Aunque sus héroes pronunciaban á veces palabras malsonantes, no es justo atribuirle todo lo que les hace proferir la pasión ó la ira, y suscitarle un proceso, como aquel contemporáneo que le hizo comparecer ante el tribunal porque Hipólito había dicho: «La lengua ha jurado, pero el alma no (1).» A entenderlo de otra manera, no fueran menos reprobables Esquilo y Sófocles. Las ligerezas de Jocasta, por ejemplo, hubieran hecho recaer la nota de impío en el piadoso autor de *Edipo Rey* y de *Edipo en Colona*. Por mas que diga W. Schlegel, Eurípides tenia razon en sostener que, con tal que un personaje sufriera al fin el castigo de sus maldades, el poeta tenia derecho á pintarle vicioso y vil, y poner en su boca palabras abominables. Por otra parte, no nos agrada mucho que Eurípides fuese demasiado acreedor al elogio que

(1) Eurípides, *Hipólito*, v. 642.

le tributa Quintiliano cuando dice que de todos los trágicos, ninguno hay cuyo estudio sea mas útil que el suyo á los oradores en ciernes. Sus personajes discuten á veces y peroran á lo abogadillo, y complaciéndose en hacer alarde de su facundia, se olvidan de que están en escena y no en un palenque de oratoria.

Patético de Eurípides.

Verdad es que Quintiliano corrige de su elogio lo que pudiera rebajar á Eurípides, indicando las grandes y preciosas cualidades que igualaron al poeta con Sófocles y Esquilo: «Es admirable en la expresion de todos los afectos del ánimo, y en particular de los que origina la compasión; en esto no tiene rival.» Aunque Eurípides tuviese mas defectos de los que ha descubierto el lente de los críticos, y mas de los que su imaginacion ha inventado, no por eso descenderia del puesto en que le ha colocado la admiracion de los siglos. Es el pintor de las pasiones humanas; es el hombre que mas ha sondeado los abismos de nuestro ser. No es el heraldo de la virtud, y tiende á conmover y dominar los ánimos, mucho mas tal vez que á purificarlos é instruirlos. Nadie ha presentado en escena con rasgos mas vivos y penetrantes, las seducciones del deseo, la perturbacion de los sentidos, la resignacion, la abnegacion, los delirios de felicidad seguidos del arrepentimiento y de la desesperacion, y como dice Longino, la espantosa imágen de la razon abatida y anonadada por la desgracia. No le comparemos con Sófocles, ni aun menos con Esquilo; apreciémosle en sí mismo. Ni Esquilo ni Sófocles describieron nunca las dolorosas llagas del corazon, que son

el tema ordinario de las composiciones de Eurípides. Confesemos que este trágico no posee el profundo entusiasmo de Esquilo, ni la serena majestad de Sófocles, y que les es inferior á entrambos en las partes mas nobles del arte; pero reclamemos para él la honra de haber mostrado al hombre á si mismo, sobresaliendo en pintar maravillosos cuadros patéticos y llenos de verdad, de un modo que á nadie antes de él se le habia ocurrido, y cuyo secreto nadie descubrió despues entre los antiguos. Aristóteles, que le dirige tantos cargos mas ó menos fundados, no llega empero á negar el poder de su ingenio, y proclama resueltamente á Eurípides el poeta mas trágico de todos. Ese es el juicio mas exacto y sensato que nunca se ha hecho de Eurípides; á él nos atenemos, y quisiéramos alcanzar la satisfaccion de manifestar las razones en que se apoya.

Poco nos importa que, harto desconfiado el gran poeta del poder de las palabras, recurriese de vez en cuando al guardaropa del teatro de Baco, para hacer entrar por los ojos la compasion en los ánimos. Los reyes que presentaba cubiertos de harapos, y que tendian la mano como mendigos, no eran ciertamente pordioseros descarados, por mas que dijese los cómicos, y se expresaban en un lenguaje decoroso y digno. En una de las piezas de Eurípides, hoy perdida, y en algunos de aquellos papeles tan denigrados por Aristófanes pensaba Horacio cuando escribia: «Te-lefo y Peleo, ambos pobres y proscritos, desechan las frases ampulosas y las palabras de á cuarta, si quieren conmovier con sus lamentos (1).» Concebimos que unos héroes de tal suerte disfrazados escandalizasen á los ancianos atenienses,

(1) *Arte poética*, N. 96 y sig.

restos heroicos de los combates de Maraton y Salamina; pero nosotros, que hemos visto y tolerado en escena todos los adefesios físicos y todas las monstruosidades morales, ¿seremos mas severos con un poeta que murió há veintidos siglos de lo que lo fueron en definitiva sus delicados y descontentadizos contemporáneos? Los atenienses le perdonaron al cabo sus ideas, á las que se acostumbraron completamente, y no creyeron que por tan poca cosa valiese la pena de entregar á Eurípides á los dioses infernales ó darle á beber la cicuta.

En todo lo que precede, apenas hemos hecho mas que resumir los caracteres generales de las tragedias de Eurípides. Apresurémonos á añadir que algunas son verdaderas obras maestras, casi enteramente exentas de los defectos habituales del poeta, en las cuales resplandecen con todo su brillo las virtudes que le son propias. *Medea*, y sobre todo las *Bacantes* é *Ifigenia en Aulis*, son una buena prueba de lo que aseveramos. Estas bellas composiciones no tienen mucho que envidiar, por la concepcion del conjunto, por la disposicion de las partes, por el continente de los principales personajes, ni por la unidad y fuerza del interés, á las mas raras maravillas del teatro antiguo; pero no las inflama el estro lírico, y en ellas la vida heroica toma visos de vida comun. A ellas se aplican tambien las siguientes palabras, atribuidas á Sófocles: «Eurípides pintó á los hombres tales como son.»

Estilo de Eurípides.

El estilo de Eurípides en el diálogo no se diferencia propiamente de la prosa sino por la eleccion exquisita y colocacion de las palabras, y por sus combinaciones métricas.

Sin embargo, dicen que le costaba sumo trabajo componer aquellos versos que nos parecen tan fáciles. Una vez aseguró él mismo que tres versos le habian costado tres dias de trabajo; pero ¿qué le hace? aquí para nada se cuenta el tiempo. Lo cierto es que el estilo de Eurípides merece nuestra admiración por algunas de las mas raras cualidades que pueden desearse en un escritor. Elegante, claro, armonioso, siempre fluido y flexible, préstase este estilo á todas las exigencias del pensamiento, alcanzando é iluminando, por decirlo así, las mas fugaces gradaciones. «Eurípides, dice Barthélemy ateniéndose á los antiguos, no conservó casi ninguna de las expresiones especialmente consagradas á la poesía; pero supo elegir y emplear con tanto acierto las del lenguaje ordinario, que bajo su ventajosa combinacion desaparece la nimiedad del pensamiento y se ennoblece la palabra mas comun.» Por eso la lectura de las tragedias de Eurípides no ofrece ninguna de las dificultades en que á cada paso se tropieza al través de la dicción de Sófocles y especialmente de Esquilo. No sentimos que Esquilo y Sófocles sean lo que son; pero sentimos aun mucho menos que Eurípides sea Eurípides, y que no se pudiese á escribir, oponiéndose á la naturaleza, á imitación de Sófocles ó Esquilo. Los cantos de sus coros están en el dialecto de la gran poesía lírica; pero en ellos se halla Eurípides todavía: si la inspiración es mas elevada, si el tono es mas poético, si la frase toma un giro mas sonoro y majestuoso, trasparéntase el pensamiento en las palabras, casi tan claro y comprensible como en el diálogo. Los poetas de la Comedia nueva no se ensañaron, como los de la antigua, contra los vicios reales ó supuestos del estilo de Eurípides. Menandro, por

ejemplo, profesaba al poeta una admiración ilimitada. «Tómole por modelo, dice Quintiliano, á pesar de la diferencia de género.» En efecto, el estilo de Eurípides, sus formas poéticas y hasta su dicción campean en lo que nos resta de las obras de Menandro y sus émulos.

Entusiasmo de los antiguos por Eurípides.

Terminaremos este capítulo con algunas anécdotas que darán una idea de la extraordinaria fama de Eurípides durante su vida y despues de su muerte, y de los maravillosos efectos de sus poesías, no solo en el ánimo de los atenienses, sino en el de todos los pueblos griegos y de los bárbaros grecizados.

Los soldados del ejército de Nicias que los sicilianos habian hecho prisioneros, fueron encerrados en las canteras, ó vendidos como esclavos; pero muchos de ellos debieron la vida y la libertad á los versos de Eurípides. «Parece, dice Plutarco en la *Vida de Nicias*, que entre los griegos del exterior los de Sicilia eran los que mas prendados estaban de las poesías de Eurípides. Siempre que los viajeros les llevaban fragmentos de ellas y les hacian saborear algunos ensayos, aprendíanlos de memoria y trasmitíanselos con amor unos á otros. Dicese pues que entonces muchos de los que regresaron salvos y sanos fueron, al restituirse á su patria, á saludar á Eurípides con agradecimiento, refiriéndole: unos, que habian sido manumitidos por haber enseñado á sus amos lo que de sus poemas conservaban en la memoria; y otros, que andando errantes despues de la refriega habian hallado quien les diese de comer y beber por haber cantado sus versos.» Cuenta tambien Plutarco que

un bajel de Caunus en Caria, perseguido por unos corsarios, al cual se habia negado primero la entrada en un puerto de Sicilia, fué admitido cuando, preguntados los que le tripulaban si sabian algun canto de Eurípides, contestaron á satisfaccion de los sicilianos.

La *Electra* dista mucho de ser la mejor pieza de Eurípides. La fábula es romancesca é inverosímil, los caracteres carecen de dignidad, y el diálogo raya á veces casi en lo cómico, y en parodia. Así es que el modo mas ó menos acertado con que Esquilo preparó en las *Cólofos* el reconocimiento de Oréste y su hermana, es indirectamente el objeto en la *Electra* de Eurípides, de una crítica viva é ingeniosa, si bien algo exagerada, la cual no está muy en su lugar. Así y todo, esta mediana tragedia es todavía una tragedia de Eurípides: es patética, tiene movimiento é interés; los atenienses no fueron con ella tan duros como los críticos modernos: todo lo disimulaban, con tal que les arrancase lágrimas. Después de la toma de Atenas por Lisandro, hablóse entre los vencedores de arrasar la ciudad y de reducir á sus habitantes á la servidumbre. «La reunion, dice Plutarco en la *Vida de Lisandro*, fué seguida de un festín á que asistieron todos los generales, y durante el cual cantó un focense aquellos versos del primer coro de la *Electra* de Eurípides: *Oh hija de Agamenon, he venido á tu rústica morada...* En tal momento, enterneciéronse todos los circunstantes y vieron lo horrible que sería destruir una ciudad tan célebre, que habia sido cuna de tan grandes hombres.»

Los Arsácidas, aunque fuesen partos, vinculaban su vanidad en seguir los ejemplos de los reyes descendientes de

los sucesores de Alejandro. Tenian actores griegos en su corte y cifraban su delicia en las tragedias de Eurípides. El dia en que presentaron á Heródes la cabeza de Craso, representábanse delante de él las *Bacantes*. El actor Jason de Tralles cogió aquel repugnante despojo, y cual la bacante que lleva la cabeza de Penteo, cantó con frenético entusiasmo: «Traemos de los montes este ciervo que acaba de ser muerto; vamos al palacio; alegraos de nuestra caza (1).»

Mófase Luciano en algunos pasajes de la que él denomina euripidomanía, y de ella acusa al filósofo Menipo, á Júpiter, señor de los dioses, y primero á si mismo; y hasta refiere con bastante formalidad un ridículo hecho acontecido segun dice en tiempo de Lisímaco (2). Un artista de talento habia representado en Abdera la *Andrómeda* de Eurípides, tragedia que ya no existe. Desde entonces, y durante algunos meses, hasta que llegó el invierno, los abderitanos andaban por la ciudad gesticulando como el artista cuyo entusiasmo les fascinara la imaginacion, y declamando á competencia: «¡Oh amor, tirano de los hombres y de los dioses!»

W. Schlegel, que casi agotó contra Eurípides todos los dardos de una crítica tan sabia como cáustica y apasionada, vióse obligado á conceder tambien que ningun poeta estuvo dotado de un ingenio mas fecundo en recursos, ni mas diestro en los ejercicios intelectuales, ni mas distinguido por una infinidad de amables y brillantes prendas; hacien-

(1) *Bacantes*, v. 1168. El texto de Plutarco, en la *Vida de Craso*, discrepa ligeramente del de las ediciones de Eurípides.

(2) Al principio del tratado de la *Manera de escribir la Historia*.

do justicia á la dichosa facilidad y al seductor atractivo que nunca abandonaron á Eurípides, ni siquiera en sus mas censurables extravíos.

CAPITULO XXI.

Decadencia de la Tragedia.

POETAS TRÁGICOS DEL SIGLO V CUYAS OBRAS SE HAN PERDIDO.—POETAS TRÁGICOS DEL SIGLO IV.

Poetas trágicos del siglo V cuyas obras se han perdido.

De las primeras obras dramáticas de Esquilo á las representaciones del *Edipo en Colona*, de la *Ifigenia en Aulis* y de las *Bacantes*, hay un siglo de distancia. ¡Cuántos poetas triunfarian durante aquellos cien años en el concurso de las tragedias nuevas! ¡Cuántos tambien tentarian la suerte literaria, sin alcanzar nunca el premio, sin llegar siquiera á recibir un coro del arconte epónimo! Apenas han sobrevivido los nombres de algunos, y de tantas obras, mas ó menos considerables, solo quedan informes restos. Sin embargo, despues de Esquilo, Sófocles y Eurípides, merecieron figurar dos poetas en el cánon alejandrino, nombre que lleva la lista de autores clásicos formada por Aristarco y Aristófanos de Bizancio. Estos dos poetas trágicos, hoy desconocidos, Ion y Aqueo, disputaron muchas veces el premio de la tragedia á Sófocles y Eurípides, y á otros contemporáneos.

Ion era de Chios, pero pasó casi toda su vida en Atenas. Obtuvo bastantes triunfos en el teatro, y fué amigo de Sófocles, al par que su émulo á veces afortunado. Tomaba de

las epopeyas de Homero casi todos los argumentos de sus composiciones dramáticas, obrando así como bueno y digno compatriota con el varon que los moradores de Chios reclamaban en todo tiempo por conciudadano suyo. A lo que parece, las obras de Ion carecian de calor y vida: eran poemas cuyo principal mérito consistia en una entendida disposicion, y, segun podemos juzgarlo todavia, en un estilo templadamente florido, no sin elegancia y gracia. Ion no era solamente poeta dramático: tambien escribió elegias, cantos líricos, y hasta una obra histórica en prosa jónica, en la cual recopiló curiosos pormenores sobre las aventuras y la vida pública y privada de varios personajes de la época, y de Sófocles mismo.

Aqueo era de Arelia. Solo una vez obtuvo el premio; pero pasa por haber sobresalido en el drama satírico, sino del todo en la tragedia: reputábasele como al autor mas perfecto en este género despues de Esquilo. El estilo de Aqueo era á veces en sus tragedias algo oscuro y violento; y sus combinaciones de fábulas mitológicas, á juzgar por los mismos fragmentos de sus piezas, eran mucho mas extrañas aun, relativamente á nuestras ideas habituales, que las invenciones tan reprochadas á Eurípides.

Agaton de Atenas, no incluido en la lista de los alejandrinos, fué sin embargo un poeta dramático de verdadera valia, y tal vez superior á los dos que acabamos de citar. Es probable que la afectacion de su estilo le desconceptuase en el ánimo de aquellos críticos, mucho mas atentos á la expresion del pensamiento que á la inventiva que sabe crear nuevas obras. Agaton dió su primera pieza al teatro en el año 416, en su juventud, y murió en Macedonia por los de

do justicia á la dichosa facilidad y al seductor atractivo que nunca abandonaron á Eurípides, ni siquiera en sus mas censurables extravíos.

CAPITULO XXI.

Decadencia de la Tragedia.

POETAS TRÁGICOS DEL SIGLO V CUYAS OBRAS SE HAN PERDIDO.—POETAS TRÁGICOS DEL SIGLO IV.

Poetas trágicos del siglo V cuyas obras se han perdido.

De las primeras obras dramáticas de Esquilo á las representaciones del *Edipo en Colona*, de la *Ifigenia en Aulis* y de las *Bacantes*, hay un siglo de distancia. ¡Cuántos poetas triunfarian durante aquellos cien años en el concurso de las tragedias nuevas! ¡Cuántos tambien tentarian la suerte literaria, sin alcanzar nunca el premio, sin llegar siquiera á recibir un coro del arconte epónimo! Apenas han sobrevivido los nombres de algunos, y de tantas obras, mas ó menos considerables, solo quedan informes restos. Sin embargo, despues de Esquilo, Sófocles y Eurípides, merecieron figurar dos poetas en el cánon alejandrino, nombre que lleva la lista de autores clásicos formada por Aristarco y Aristófanés de Bizancio. Estos dos poetas trágicos, hoy desconocidos, Ion y Aqueo, disputaron muchas veces el premio de la tragedia á Sófocles y Eurípides, y á otros contemporáneos.

Ion era de Chios, pero pasó casi toda su vida en Atenas. Obtuvo bastantes triunfos en el teatro, y fué amigo de Sófocles, al par que su émulo á veces afortunado. Tomaba de

las epopeyas de Homero casi todos los argumentos de sus composiciones dramáticas, obrando así como bueno y digno compatriota con el varon que los moradores de Chios reclamaban en todo tiempo por conciudadano suyo. A lo que parece, las obras de Ion carecian de calor y vida: eran poemas cuyo principal mérito consistia en una entendida disposicion, y, segun podemos juzgarlo todavia, en un estilo templadamente florido, no sin elegancia y gracia. Ion no era solamente poeta dramático: tambien escribió elegias, cantos líricos, y hasta una obra histórica en prosa jónica, en la cual recopiló curiosos pormenores sobre las aventuras y la vida pública y privada de varios personajes de la época, y de Sófocles mismo.

Aqueo era de Arelia. Solo una vez obtuvo el premio; pero pasa por haber sobresalido en el drama satírico, sino del todo en la tragedia: reputábasele como al autor mas perfecto en este género despues de Esquilo. El estilo de Aqueo era á veces en sus tragedias algo oscuro y violento; y sus combinaciones de fábulas mitológicas, á juzgar por los mismos fragmentos de sus piezas, eran mucho mas extrañas aun, relativamente á nuestras ideas habituales, que las invenciones tan reprochadas á Eurípides.

Agaton de Atenas, no incluido en la lista de los alejandrinos, fué sin embargo un poeta dramático de verdadera valia, y tal vez superior á los dos que acabamos de citar. Es probable que la afectacion de su estilo le desconceptuase en el ánimo de aquellos críticos, mucho mas atentos á la expresion del pensamiento que á la inventiva que sabe crear nuevas obras. Agaton dió su primera pieza al teatro en el año 416, en su juventud, y murió en Macedonia por los de

400 en el vigor de la edad. Permaneció largos años en la corte del rey Arquelaos, pues hallóse en ella al mismo tiempo que Eurípides. El diálogo de Platon intitulado el *Banquete*, no es mas que una conversacion que se tuvo, segun el filósofo, en una cena dada por Agaton á sus amigos en el dia siguiente al en que hizo un sacrificio á los dioses, para agradecerles su primer triunfo dramático, que era tambien la honra conferida á su primera tragedia. Platon da á conocer perfectamente, así la elegancia afeminada de las costumbres de Agaton, como la índole sofística y refinada de su capacidad. Atribúyete un discurso ingeniosísimo, pero lleno de adornos rebuscados y de antítesis. Con todo, parece que á pesar de sus defectos no careció Agaton de habilidad en combinar elementos dramáticos y excitar el interés con la novedad de los cuadros y animacion de la escena, si no con la verdad y profundidad de los sentimientos y con el poder de un gran talento poético. Confiaba hasta tal punto en los recursos de su imaginacion, que quiso prescindir completamente, una vez á lo menos, de toda base histórica ó mitológica, y componer una tragedia donde todo era invencion, acontecimientos y tipos. W. Schlegel conjetura que esta produccion, intitulada la *Flor*, no era patética ni terrible, y ofrecia agradables cuadros idílicos. En efecto, nada obsta para que en el ensayo de Agaton veamos la creacion de un género de drama, heroico solo á medias, y, como dice Schlegel, una transicion preparatoria á la Comedia nueva.

El fragmento mas largo que nos resta de las tragedias de Agaton no tiene mas que seis versos, y estos seis versos bastan para indicarnos las nimiedades de caletre á que al-

gunas veces se entregaba el poeta. Un pastor, que no sabe leer, describe letra por letra el nombre de Teseo (ΘΗΣΕΥΣ), refiriendo lo que acaba de ver: «Entre aquellos caractéres, habia primero un círculo con un punto en medio; luego dos líneas derechas, unidas por otra; la tercera figura se parecia á un arco de Escitia; despues venia un tridente tumbado; en seguida dos líneas formando ángulo sobre una línea derecha; luego, otra vez la tercera figura; y nada mas.» Y no es eso lo mas singular, sino que Eurípides suministró á Agaton el modelo de tan extraña escena. Ocioso es decir que los sucesores de Agaton no dejaron de imitar estos peregrinos ejemplos, y hasta superaron á sus predecesores.

Debemos mencionar por memoria á Neofronte de Siciona, á quien, segun unos imitó mucho Eurípides en su *Medea*, y quien, segun otros, se apropió la *Medea* de Eurípides, recomponiéndola y llenándola de interpolaciones. Este Neofronte compuso empero ciento veinte piezas. Ninguna particularidad tenemos que consignar acerca de Carcino, de quien tanto se burló Aristófanes, ni de los hijos de Carcino, ni de Cricias, que fué uno de los treinta tiranos. Solo podemos decir que escribieron tragedias. Dionisio el viejo, que como es sabido se picaba de poeta, obtuvo una vez el premio en los certámenes dramáticos de Atenas. El argumento de la tragedia laureada estaba tomado de Homero: era el rescate del cadáver de Hector, cuadro puesto bastantes veces en escena por los antiguos maestros. Por haber cantado claro sobre las piezas de Dionisio, el burlon Filóxenes, fué conducido á las canteras. No valian nada; y eso que Dionisio habia comprado las tablillas de Esquilo á gran precio, y cada dia escribia en

ellas los partos de su musa. ¡ Sea V. pues tirano , y presumido , y algo poeta ! También debemos enumerar á los numerosos trágicos que salieron de las familias de Esquilo, Sófocles y Eurípides , á saber : Euforion y Bion , hijos de Esquilo , que alcanzaron varias veces el premio ; Filocles, sobrino del mismo , que excluyó del primer lugar una de las obras maestras de Sófocles ; Morsimo, hijo del precedente , poeta detestable ; Astidámas , hijo de Morsimo , poeta prodigiosamente fecundo , que obtuvo quince triunfos dramáticos ; otro Filocles y otro Astidámas , hijos ambos del que acabamos de nombrar ; Iofon y Ariston , hijos de Sófocles ; Sófocles el menor , hijo de Ariston ; Eurípides el menor , hijo ó sobrino de Eurípides. Parece que los contemporáneos formaron una opinion algo favorable de los mas de estos poetas ; pero los siglos siguientes dejaron perecer sus obras , y caer su fama en profundo y eterno olvido.

Poetas trágicos del siglo IV.

Cita Aristóteles , como á un autor digno de leerse , á Queremonte , quien florecia al principio del siglo IV , y habia hecho innovaciones en la poesía dramática. Queremonte mezcló todos los metros en una pieza suya intitulada el *Centauro* : extraña amalgama , que solo á copia de talento obtuvo indulgencia. Por lo demás , Queremonte apenas era poeta dramático. La accion de sus tragedias era nula , y los personajes no se presentaban sino para proporcionar á Queremonte la ocasion de hablar él bajo su máscara. No sucedia lo mismo en Esquilo , cuyas relaciones y descripciones pertenecen realmente á los personajes , y compensan lo que falta á la accion. Agradábale sobretudo á Queremonte

te pintar objetos capaces de impresionar gratamente los sentidos ; sobresalia en los retratos de la hermosura femenina , y este inagotable tema le traia de continuo ocupado , con gran contentamiento de sus oyentes.

Puede afirmarse que desde esta época ya no hay tragedia. Aun subsisten los concursos , y cada año se premia varias veces á algunos poetas trágicos , ó tenidos por tales , en el teatro de Baco ; pero las obras de estos poetas distan ya muchísimo del arte de Esquilo , Sófocles y Eurípides. Queremonte reemplazó el diálogo y el interés dramático con larguísimas relaciones : luego viene otro que suprime los caracteres , los sentimientos , hasta la poesía , y convierte la tragedia en un alegato. Sus personajes son abogados que sostienen tésis unos contra otros , y con toda la ciencia , con todas las sutilezas de los sofistas mas consumados ; y este poeta alcanza el premio en el teatro. Llamábase Teodecto , era natural de Fasélis , y florecia á mediados del siglo IV. La escena de una de sus piezas, nominada *Linceo* , era en el tribunal de Argos. Danao y Egipto eran las dos partes contrarias ; y al fin se condenaba á muerte al primero , lo cual se debia al talento desplegado por Linceo en la defensa de su padre.

Por consiguiente , la tragedia habia muerto , para no resucitar. Las imitaciones y zurcidos trágicos de los literatos alejandrinos ó de los escritores de los últimos siglos no bastaban siquiera para reanimar su sombra. Sin embargo , no se extinguió con ella el ingenio dramático , pues tomando este otro derrotero , creaba la gran comedia.

CAPÍTULO XXII.

Comedia antigua.

ORÍGENES DE LA COMEDIA.—SUSARION.—COMEDIA DÓRICA.—CARÁCTER POLÍTICO DE LA COMEDIA ATENIENSE.—VIDA DE ARISTÓFANES.—CARÁCTER DE ARISTÓFANES.—ESTILO DE ARISTÓFANES.—INTERÉS HISTÓRICO DE LAS COMEDIAS DE ARISTÓFANES.—COMEDIAS DE ARISTÓFANES.—PARTE POCO CONOCIDA DE LA POESÍA DE ARISTÓFANES.—POETAS CÓMICOS CONTEMPORÁNEOS DE ARISTÓFANES.

Orígenes de la comedia.

«Sabemos, dice Aristóteles en el capítulo quinto de la *Poética*, las trasformaciones de la tragedia y sus autores; mas no sucede así con la comedia, porque al principio llamó poco la atención. Pasó mucho tiempo antes de que el arconte diese un coro á los poetas cómicos; y primeramente los autores solo dependieron de sí mismos; pero una vez hubo tomado la comedia ciertas formas, comenzóse á citar los nombres de los poetas cómicos; así es que se ignora quién introdujo las máscaras y el prólogo, quién aumentó el número de actores, y todos los pormenores de esta clase. Sábese sí que Epicarmo y Fórmis inventaron la fábula cómica, lo cual denota que esta parte es de origen siciliano. En Atenas, Crátes fué el primero que renunció á la sátira personal, para tratar fábulas y asuntos generales.»

En tiempo de Solon y Téspis habia ya en Atica alguna cosa que se llamaba comedia, pero que se diferenciaba tanto de ella como la tragedia-ditirambo de los dramas de Sófocles y Eurípides. Era un canto de bebedores, el canto del comos, segun la etimología mas verosímil. Todas las

fiestas terminaban con un comos ó banquete, palabra que designaba mas particularmente el banquete de las fiestas de Baco. El ditirambo era la parte grave y seria de la solemnidad; pero luego que callaba el poeta y cesaba el coro, empezaba á reinar la alegría. Una procesion mas bulliciosa que sosegada paseaba el falo, emblema de la generacion, y los falóforos cantaban, por supuesto, himnos que diferian un tantico de la relacion de las aventuras heróicas de Baco. Los cantos fálicos acompañaban danzas descompuestas, que tampoco se asemejaban mucho á las de los coros ditirámicos. Cuando la embriaguez física llegaba á confundirse con la embriaguez de la imaginacion y de los sentidos; cuando henchidos todos de su dios, enajenados y poseídos de un frenético delirio, brincando, gesticulando y dando traspiésese se ponian á cantar con ahinco, se injuriaban á porfia, se empujaban y daban de golpes; cuando se embadurnaban el rostro de vino, se desfiguraban y se disfrazaban de bestias; cuando aquella baraunda, aquella especie de carnaval, aquel comos en fin, bailaba y cantaba á su manera, se decia: Esta es la comedia! En efecto, la palabra comedia significa *canto del banquete*, *κῶμος*, de *κῶμος*, banquete, y *ὄδῳ*, canto. Entre los campesinos, como entre los habitantes de Atenas, habia comedias de esta clase. La de la estacion de otoño se llamaba con razon tragedia, esto es, canto de las vendimias (1); pero la voz comedia era el nombre genérico, y al fin prevaleció sobre los demás.

Susarion.

Ingenioso hubo de ser el primer hombre que se propuso

(1) De *τρυγῆς*, vendimia, y *ὄδῳ*, canto.

reducir á reglas todos aquellos confusos elementos y sujetar el coro cómico al yugo de la musa. Los alenienses atribuían esa gloria á un poeta hijo de Megara, que vivió en Atica: á Susarion, contemporáneo de Téspis. Probablemente fué él quien hizo subir á sus coreutas al carro atribuido á Téspis, y quien llevó por los pueblos, como dice Boileau, aquella agradable locura. En sus manos convirtiéndose la comedia en una sátira dialogada y cantada, con acompañamiento de bailetes adecuados al asunto. Esta sátira no era menos licenciosa en la letra, ni mas discreta en los ademanes, que la primitiva comedia; pero el corifeo y su cuerpo cantaban ó hablaban en versos, ora recitados de memoria, ora improvisados. Este coro cómico fué perfeccionándose paulatina é imperceptiblemente, por obra de poetas cuya fecha y cuyos nombres ignoramos tanto como Aristóteles. Pero la invención magna, el perfeccionamiento por excelencia, fué la introducción de la fábula, del episodio, como decían, del elemento dramático en fin, en la comedia. Que fuese la Sicilia ó el Atica quien vió primero esta revolución literaria, poco nos importa en verdad: bástanos saber que los primeros dramas nominados comedias se representaron en tiempo de Esquilo, esto es, en el primer tercio poco mas ó menos del siglo V. No admite duda que esta nueva arte nació en Atenas ó en otra cualquier parte, del feliz éxito del espectáculo trágico, según la expresión de Boileau: y es muy extraño que se tardara tanto en aplicar al coro cómico el método que tan maravillosos frutos dió en el dilirambo, haciendo que de este naciera, gracias á Téspis, Frínico y Pratinas, la tragedia y el drama satírico.

Comedia dórica.

Epicarmo era dórico de Cos; pero trasladado á Siracusa desde su niñez, vivió en Sicilia, en la corte de los soberanos que tantas veces hemos citado, quienes atraían á ella, de todos los puntos de Grecia, á los poetas, músicos y artistas. Era célebre principalmente como filósofo, y los siracusanos grabaron en su estatua esta inscripción: «Cuanto supera el gran sol en esplendidez á los demás astros, y cuanto aventaja el mar en poder á los ríos, tanto descuella en sabiduría Epicarmo, á quien Siracusa ha concedido coronas.» Escribió un gran número de obras muy serias, y era reputado como el representante mas ilustre de la escuela pitagórica. Sin embargo, fué poeta, y poeta de ingenio. Gracias á él, la comedia entró á figurar entre las obras literarias. Sus comedias, ó sus sátiras dramáticas, parece que fueron ante todo parodias antireligiosas. Los argumentos estaban entresacados de la mitología, y en ellos desempeñaban los dioses papeles mas ó menos jocosos y ridiculos. Véase á Júpiter, por ejemplo, trocado en gloton obeso; á Minerva, en música callejera; á Castor y Polux, en bailarines obscenos; á Hercules, en bruto voraz é insaciable. Admítese generalmente que el original del *Anfitrión* de Plauto, y por consiguiente del de Molière, era obra de Epicarmo; á lo menos está fuera de duda que Plauto tomaba á menudo por modelo á este autor. Horacio lo dice terminantemente, afirmando al mismo tiempo que los admiradores de Plauto elevan al poeta latino á la misma altura que al poeta siciliano. Esta sola observación es parte para que sintamos vivamente la pérdida de las comedias de Epicarmo;

y lo que aumenta el sentimiento es que Horacio da á entender claramente que en sus imitaciones de la comedia dórica, quedóse Plauto muy inferior á su modelo. Las tristes reliquias del ingenio de Epicarmo no bastan para que nos aventuremos á impugnar ningun punto de la opinion de los admiradores de Plauto, ó de la opinion sobrentendida de Horacio.

Epicarmo fundó en Sicilia una escuela poética. El cómico siciliano mas célebre, despues de Epicarmo, fué Fórmis, á quien conocemos aun menos que á su maestro. Conjetúrase que Fórmis no se apartó de la senda que siguió Epicarmo, y que sus comedias, cual las de este, eran ante todo sátiras mitológicas, parodias antireligiosas.

Carácter político de la comedia ateniense.

En una democracia suspicaz y apasionada, la comedia ateniense debia de ser y fué principalmente una sátira política, no porque respetase siempre á los dioses y dejase de sacar partido de muchas leyendas escandalosas para divertir á los oyentes; sino porque el interés único, ó predominante, á lo menos, de sus cuadros, era la crítica de los actos, de las opiniones, de todas las faltas, de todos los desaciertos: crítica acerba, mordaz, implacable, que se cebaba en grandes y pequeños, en el talento, en el ingenio, y hasta en la virtud.

Nadie sabe lo que eran las piezas de Crátes, mencionado por Aristóteles; mas no vacilamos en afirmar que Crátes fué esencialmente un poeta político, como Cratino y Eupólis, que en el cánon alejandrino van comprendidos entre los clásicos de la Comedia antigua, y que precedieron de muy

poco á Aristófanes. Ambos eran lo mismo que Aristófanes, moralistas *sui generis*, que creían tambien prestar grandes servicios á la república y contribuir al bien del justo y del probo. «Cuando Eupólis, Cratino y Aristófanes, dice Horacio, y los demás poetas de la Comedia antigua, encontraban algun carácter digno de trazarse, como por ejemplo el de un malvado, de un ladron, de un libertino, de un maton, ó de otro cualquier pícaro, no hallaban inconveniente en señalarle á todos (1).»

Al talento poético de Cratino y Eupólis debió la comedia su instalacion en el teatro de Baco, con igual consideracion que la tragedia y el drama satírico. El arconte epónimo concedió al fin el coro á los poetas cómicos; y tambien hubo para la comedia concursos y premios solemnemente adjudicados. Diz que Pericles obtuvo por algun tiempo la supresion de las representaciones cómicas, cuya licencia ofendia su delicado gusto, y que con la ruda franqueza de los ataques contrariaban sus ambiciosos designios; mas el pueblo no pudo pasarse por mucho tiempo sin las diversiones acostumbradas, y al cabo de tres años recuperó la comedia todos sus privilegios. Parece empero que se resolvió negar el coro al poeta que no tuviese á lo menos cuarenta años de edad, segun unos, ó treinta, segun otros: no se queria dejar esta arma terrible de la censura política y moral en manos inexpertas. Sin embargo, esta prohibicion se eludia sin mucho trabajo, con la ayuda de los testafierros, ó gracias á los magistrados condescendientes. Por lo demás, cuando Aristófanes principió su carrera, á los comienzos de la guerra del Peloponeso, nadie disputaba á los poetas cómicos el

(1) Horacio, *Sátiras*, lib. I, sát. IV, v. 1 y sig.

derecho de presentar en escena á todo personaje viviente, con la máscara y el traje que al momento le daban á conocer; el derecho de pintarles y tambien de desfigurarles; el derecho de murmurar de todo y de todos; qué mas diremos? el derecho de calumniar, ultrajar, é imputar á las personas mas honradas obras ó pensamientos infames.

La comedia era, en una forma fantástica, la imagen, ó si se quiere, la caricatura de la vida pública en Atenas; una repeticion de las escenas de la calle y del *agora* (1); en fin, cierta quiscosa viva, violenta, popular; un agregado de torpezas, obscenidades, mentiras, locuras, buen sentido, verdades, pinturas á veces llenas de encanto, de frescura y gracia; un mónstruo, sin duda, pero un mónstruo ateniense, esto es, la belleza todavía, aunque mancillada y envilecida por impuros elementos. Así es que solo asistian los hombres á tales representaciones, donde se removian todos los intereses, todas las pasiones, las ideas todas, y donde las mujeres y los niños no hubieran hallado mas que lecciones de cinismo y de inmoralidad. Aristófanes fué el primer maestro del género, y como es el único poeta cómico de la antigüedad griega de quien tenemos algo mas que restos, debemos detenernos algun tiempo en este famoso nombre.

Vida de Aristófanes.

No se sabe en qué año nació Aristófanes, ni en qué año murió; pero se cree que en 427, cuando hizo representar su primera comedia, no tenia aun la edad legal para obtener un coro, es decir que, segun toda verosimilitud, aun no habia cumplido treinta años. Así es que presentó su pieza con un

(1) *ἀγορά*, mercado. — N. del T.

nombre prestado, usando varias veces con los arcontes del mismo subterfugio. Las *Nubes*, representadas en 424, son la primera comedia que dió con su nombre, como él mismo lo dice en la parabase, esto es, en la parte de la pieza donde habla directamente por boca del coro. El *Pluto*, su última obra, ó á lo menos la recomposicion del *Pluto* y su repeticion en el teatro, es del año 390. Desde entonces, Aristófanes habia muerto, ó cesado de escribir para la escena.

Créese que la familia del poeta era oriunda de la isla de Rodas, y es posible que él tampoco naciese en Atica. El demagogo Cleonte, por él atacado en su primera comedia, titulada los *Babilonios*, que ya no tenemos, trató de vengarse de sus sarcasmos, y acusóle de no ser ciudadano de Atenas; pero Aristófanes esquivó felizmente las persecuciones de su enemigo, y vengóse á su vez presentando en escena á Cleonte y maltratándole sin compasion. El mismo Aristófanes fué quien desempeñó el papel de Cleonte, pues ningun actor tuvo valor para exponerse al resentimiento de aquel hombre vengativo y casi omnipotente.

Carácter de Aristófanes.

Aristófanes es un adversario de nuevo cuño, bueno ó malo en política, en moral y en literatura. Tal se mostró desde el principio, reprendiendo al pueblo y vituperando á sus favoritos; tal fué hasta el fin de su carrera. Fué el poeta mas aristocrático, á pesar de su apariencia respetuosa con la multitud; y el pueblo fué uno de los personajes cuyos vicios y extravagancias escarneció con mas frecuencia. Aristófanes le da á cada paso las mas severas lecciones; y prodiga tanta sal y tantas agudezas, que se escucha con indul-

gencia á este extraño mentor, y palmotéanle las mismas personas á quienes deja molidas y asendereadas. Ningun soberano, dice W. Schlegel, y el pueblo de Atenas lo era á la sazón, consintió nunca con tanto gusto en que le dijese tan insignes verdades, ni comprendió mejor la chanza.» Por nuestra parte, dudamos que aquel soberano aprovechase mucho, para enmendarse, unas reprimendas tan recia y donosamente administradas. Cada día fué corrompiéndose mas y mas; y aderezando la comedia con venenos y bajezas el buen sentido y la verdad, originó á la postre el envilecimiento de las costumbres, la perdición de las mejores ideas y la abyección de los ánimos. Condenamos, pues, en sí y en sus resultados prácticos, los medios de que se valió Aristófanes para agradar á sus contemporáneos, y ni siquiera investigamos si le era factible emplear otros y depurar la comedia.

No es ciertamente Aristófanes el poeta cómico de mas valía; pero ningun satírico le ha igualado en la antigüedad y en los tiempos modernos; ningun hombre estuvo nunca dotado de una imaginación mas poderosa y fecunda; ningun poeta ha reunido jamás en su persona mas cualidades opuestas: el númen sarcástico y la reflexión, el cálculo de la razón y los arrebatos líricos, el ardor indomable del pensamiento y la exquisita perfección de la forma; ningun poeta en fin ha sido nunca mas completamente poeta que Aristófanes. Y no se diga que arrastrase la musa por el fango; sino que el fango, amasado, trabajado, dorado, y animado del soplo vital, salió de sus manos digno, si es lícito profanar este nombre, de las miradas y abrazos de la musa. Decía La Bruyère del libro de Rabelais, que era el encanto

de la canalla, y que tambien podia ser el manjar de los mas delicados. Pero solo la canalla ateniense, esto es, el pueblo mas sutil, mas ingenioso, mas esquivo y mas ilustrado del mundo, pudo deleitarse dignamente con Aristófanes. Los mas delicados han sido en todo tiempo los mas entusiastas admiradores del ingenio de este gran poeta, empezando por Platon y acabando por el autor del *Telémaco*. Platon, que hizo figurar á Aristófanes en el banquete de Agaton y le puso en boca un discurso digno de su talento al par que de su cinismo, escribió despues de su muerte este epigrama, que no es muy exagerado: «Buscando las Gracias un santuario indestructible, hallaron el alma de Aristófanes.»

Verdad es que Platon no conoció á los poetas de la Comedia nueva. Tal vez hubiera admirado menos el aticismo de Aristófanes, á tener por término de comparación el aticismo de Menandro. Lo que resta de la obra de Plutarco acerca de los grandes cómicos de Grecia, nos muestra que Menandro perjudicó á Aristófanes, y que la comedia de costumbres, esto es, la verdadera comedia, hizo que los ánimos fuesen mas delicados, y por consiguiente mas severos en la apreciación de los méritos de la comedia satírica. «El estilo de Aristófanes, dice Plutarco, es una mezcla de trágico y cómico, de sublimidad y bajeza, de hinchazón y oscuridad, de sério y jocoso, que llega á la saciedad: en suma, es una desigualdad continua. No da á sus personajes el tono que conviene á su carácter: en él, un príncipe habla sin dignidad, un orador sin nobleza; una mujer no tiene la sencillez de su sexo; un plebeyo y un patán, el lenguaje comun y tosco de su condición. A todos les hace hablar á la ventura, poniéndoles en boca las primeras expresiones que se le

ocurren; de forma que no puede distinguirse si habla un hijo ó un padre, un rústico, un dios, una mujerzuela ó un héroe.» Es probable que Menandro observaba mas que Aristófanes la verdad de los caracteres, y que sus personajes tenían mas figura, sentimientos mas acordes, y que hablan siempre el lenguaje de la naturaleza. Por eso formuló Plutarco un juicio mas que riguroso sobre un poeta que nunca tuvo mas objeto que mover á risa, y que diseñaba, no retratos vivos, sino caricaturas de la realidad. Así, pues, hay que hacer muchas salvedades en ese severísimo fallo. El estilo de Aristófanes no ha de confrontarse con un ideal cómico que Aristófanes no pudo adivinar. Hay que conocerle en sí mismo, hay que aquilatarle por los efectos producidos, esto es, por la vehemencia de la sátira, por la viveza del sarcasmo, por lo mucho que hizo reír á sus oyentes. Y hoy en día aun es fácil convencernos de que Aristófanes fué en efecto el favorito de las Gracias, y de que Platon no obró de ligero al escribir su epigrama.

Estilo de Aristófanes.

Semejante elogio no hubiera sido inferior al merecimiento de Sófocles mismo. En efecto, estos dos hombres tan semejantes en todo lo demás, fueron escritores de igual familia, dotados de varios talentos completamente comparables. Prescindase por un momento del absoluto contraste de los asuntos tratados por ambos poetas; atiéndase únicamente á la expresion del pensamiento, al giro de la frase, á la eleccion de las palabras, á su colocacion, á la fisonomía del estilo, á la armonía íntima de esta poesía y á su armonía musical: vese el mismo vigor y la misma flexibilidad, el mis-

mo tacto infalible, la misma plenitud de sentido; vense las mismas gracias y el mismo encanto; vese la perfeccion del arte consumado. El único defecto de estilo de Aristófanes, y este defecto lo es para nosotros no mas, consiste en la abundancia de alusiones, que al punto comprendia la malicia de los contemporáneos, y en los que muchas veces solo vemos indescifrables enigmas. Agréguese además que, de todos los méritos que los atenienses apreciaban en aquella diccion docta al par que sencilla, la cual fué el secreto de Aristófanes, nosotros solo notamos los mas adocenados; pero á despecho de los siglos trascurridos, y á pesar de la imperfeccion de nuestros conocimientos, aun percibimos algo de aquel aroma penetrante y ligero, que era como la natural emanacion del suelo de Atica, y del que está impregnada toda la poesía de Aristófanes. Ahí, ó en ninguna parte, nos es dado concebir lo que era el aticismo tan decantado por los criticos antiguos.

Interés histórico de las comedias de Aristófanes.

Hase dado en exagerar la importancia de las comedias de Aristófanes, consideradas como monumentos de la historia de Atenas. Sí, seguramente, bajo aquellas agradables ficciones, bajo aquellas grotescas máscaras, bajo aquel mundo fantástico, parto del cerebro de un hombre, hay realidades, hay algo de lo que rebullia y vivia en la sociedad ateniense en el siglo V antes de nuestra era. Las comedias de Aristófanes son la gaceta, digámoslo así, de la ciudad de Pericles durante su período mas turbulento, mas preñado de sucesos, mas fecundo en peripecias; pero esta gaceta se escribió por un hombre de partido: basta decir que Aristó-

fanos dista de merecer siempre crédito, y que sus asertos deben sujetarse generalmente á un severo exámen. Razon tuvo Ciceron al observarlo: algo irritante era la parcialidad de los poetas de la Comedia antigua. Murmurar de los Cleontes y de los Hipérbolos, pase; pero, calumniar á un héroe como Lamaco, á un sábio como Sócrates, á un estadista como Pericles! Es evidente que si hubiésemos de atenernos á Aristófanes respecto de los que fueron honra y gloria del pueblo ateniense, nos expusiéramos á caer en extraños yerros. Es fama empero que, deseando Dionisio el jóven enterarse del gobierno de Atenas, envióle Platon las comedias de Aristófanes. Ni Platon mismo estaba exento de preocupaciones políticas. Detestaba la democracia, como Aristófanes. ¿Qué mucho pues que á sus ojos tuviese la caricatura los rasgos de un cuadro verdadero, y que por tal la diese al tirano? Por nuestra parte, como ya nada nos alucina respecto de los méritos ó defectos de los personajes representados por Aristófanes, y como no aspiramos á corregir las costumbres é instituciones de los atenienses, solo hemos de aceptar á beneficio de inventario los datos por el poeta satírico suministrados. Hasta con estas salvedades, mucho queda que aprovechar en sus obras; y la historia puede tambien congratularse de la dichosa casualidad que ha preservado tantas de ellas. El tiempo ha respetado casi tanto á Aristófanes como á Eurípides. De cincuenta y cuatro comedias, ó segun otros, de cuarenta y cuatro no mas, quedánnos once que han llegado íntegras hasta nosotros. Estas once comedias, ó si se quiere estas once sátiras, pueden dividirse en grupos, á poca diferencia como sigue. Sátiras políticas: los *Acarnienses*, los *Caballeros*, la *Paz*, Li-

sistrata; sátiras filosóficas: las *Nubes*, las *Avispas*, la *Junta de las Mujeres*, *Pluto*; sátiras literarias: las *Fiestas de Céreres*, las *Ranas*. Una sola pieza, las *Aves*, no cabe en ninguno de estos tres grupos: es como una revista crítica, una mezcla de política, filosofía, literatura y mil cosas mas, cuyo objeto no se indica muy claramente; es mas fantasía que polémica; es poesía que solo tiende á ser poesía y á deleitar la imaginación de las hombres.

Comedias de Aristófanes.

Aristófanes es partidario de la paz, y de la paz á toda costa. La guerra suscitada segun él por Pericles, y que la muerte de este no suspendió, no podia ser de su gusto. En 426 intentó reducir á sus conciudadanos á disposiciones mas pacíficas, y demostrarles que un buen convenio con los enemigos valia mas que cien victorias desastrosas. La ruda población del demo de Acarna, compuesta casi toda de leñadores y carboneros, era la que abrigaba mas animosidad contra los lacedemonios, la que estaba mas henchida de pasiones belicosas. Por esta razon puso Aristófanes en escena á hombres de Acarna, intitulando la comedia los *Acarnienses*. El acarniense Diceópolis, esto es, como lo indica su nombre, el buen ciudadano, el hombre de bien que sabe los derechos y los deberes de la justicia, es amante de la paz como Aristófanes. Viendo que á nadie puede imbuir en sus ideas, se le ocurre ajustar un tratado con los lacedemonios, para sí solo y su familia. Mientras todo el resto del Atica está sufriendo mil males, su casa se convierte en una morada de placeres y comilonas. Todos los habitantes de las comarcas vecinas del Atica traen en tropel sus artículos

al mercado abierto por Diceópolis. A una súbita irrupción de los enemigos, corren los atenienses á la pelea: Diceópolis, que ha ajustado la paz, solo piensa en el gaudemus en que aquel día ha de tomar parte. A un lado del teatro, el general Lamaco prepara el arnés de guerra y todo el aparejo de la matanza; al otro, Diceópolis manda pelar el tordo y traer el jarro de vino. Vanse por ambos lados, pero para volver pronto: Lamaco, con la cabeza hendida, el pié roto, plañéndose y gimoleando, sostenido por dos soldados; Diceópolis, conducido por dos mozas complacientes, riendo, cantando, refocilándose, ébrio ya y bebiendo todavía.

En 425 dió Aristófanes los *Caballeros*, pieza así nominada á causa de los personajes que formaban el coro, y que pertenecían á una clase de ciudadanos particularmente odiosa á Cleonte: los caballeros le habian hecho rendir cuentas y desembuchar cinco talentos que indebidamente se apropiara. Véase en pocas palabras el bosquejo de la comedia. El viejo bonachon Pueblo tiene dos leales y fieles esclavos, Demóstenes y Nicías; pero Cleonte, camarada de estos, paffagonio, curtidor, gran pícaro, ha logrado cautivar el ánimo del anciano, y le gobierna á su talante. Para contrarrestar el influjo del curtidor, los dos fieles esclavos se valen de un choricero, mas pillo, mas ofensivo, mas insolente aun que Cleonte, y á quien destinan los oráculos al gobierno de la república. Ayudado del coro, el choricero triunfa de su rival. Cleonte es despedido por indigno, y exonerado de todos sus honores. Pueblo, milagrosamente remozado, ya no quiere oír hablar de charlatanes y demagogos: el choricero, por su parte, abandona para en adelante su carácter de innoble bribon, y sirve concienzudamente á su amo.

La *Paz* es del año 420. Hacia once años que duraba la guerra. Aunque los *Acarnienses* hubiesen hecho reír, habia continuado la lucha. La muerte de Cleonte, que pereció como un valiente en Anfípolis, era una ocasión propicia para proseguir el tema pacífico en el teatro, y Aristófanes no dejó de aprovecharla. Viñador, protagonista de la comedia, sube al cielo en un escabel: solo encuentra á Mercurio, y le entera de los males que afligen á la Grecia. Mercurio revela á Viñador que la Paz está presa en el fondo de una caverna, cuya boca se halla obstruida por montones de piedras. Ayudado de ciudadanos de todos los países, Viñador liberta á la diosa: do quiera renace el contento y la alegría; los armeros son los únicos que se lamentan; y Viñador se casa con la Abundancia, compañera de la Paz.

Lisistrata es otra defensa de la paz, hecha unos ocho años despues de la comedia precedente. Hé aquí la fábula inventada esta vez por el poeta. Lisistrata, ó como quien dice Pacífica, esposa de un ciudadano principal de Atenas, quiere obligar á los atenienses y los lacedemonios á ajustar la paz: reúne á las mujeres del Atica y de las primeras ciudades griegas, y les hace jurar que se privarán de todo trato con sus maridos, hasta que termine la guerra. Este nuevo ejército se apodera de la ciudadela de Atenas, y los hombres se hallan pronto en una situación apuradísima. Lisistrata, por su parte, no sin trabajo mantiene la disciplina entre las mujeres. Entáblanse conferencias, y ajústase un convenio. Esparta y Atenas negocian su tratado; ábrese las puertas de la ciudadela; reúnese cada marido con su mujer, y todos los pueblos griegos olvidan entre bailes y festines sus largas é implacables enemistades.

Si pudiera suprimirse de las *Nubes* el nombre de Sócrates, y en lugar de este respetabilísimo nombre ponerse el de alguno de los sofistas que en aquel siglo pululaban, habríamos de aprobar en todas sus partes esta tan viva y original comedia; pero Aristófanes quiso pintar tan ridículo y odioso al mismo Sócrates; quiso personificar las ideas del mismo Sócrates en aquellas nubes que cantan y bailan á coro; á la misma escuela de Sócrates, y no á la de los sofistas, envía á Estrepsiades y su hijo para que aprendan á probar que el día es la noche y la noche el día, y especialmente para que se adiestren en el arte de no pagar sus deudas. Por eso no es de sentir que Aristófanes recibiese de los atenienses una lección algo severa, toda vez que esta obra maestra de vis cómica, de altilocuencia y de inspirada poesía tuvo mal éxito en el teatro, y ni siquiera corregida y retocada pudo volver á representarse. Conocióse tan poco Sócrates en el retrato de un maestro ateo é inmoral, que no concibió cólera ni odio contra Aristófanes. Las *Nubes* son del año 424, y Platon nos representa á Sócrates y Aristófanes platicando en el banquete de Agaton, en 416, como dos buenos camaradas cuya amistad nunca ha sufrido la menor mengua. Con todo, es bien decir que la comedia hubo de influir fatalmente en la suerte del filósofo, dando origen y pábulo durante largos años á preocupaciones contra él: de ella sacaron Anito y Melito el texto de sus acusaciones, y los jueces probablemente los motivos de la sentencia. Los veinte y cinco años trascurridos entre la aparición de las *Nubes* y la muerte de Sócrates fomentaron y sazonaron las semillas arrojadas al pueblo por Aristófanes; y el *fiasco* teatral quedó por desgracia harto compensado por el triunfo literario.

Las *Avispas*, tan conocidas por la peregrina imitación que de ellas hizo Racine en los *Pleiteantes*, son una lección dirigida al pueblo ateniense, y no solo, como la comedia francesa, el retrato de un juez maniático. En 425, cuando Aristófanes escribió su comedia, cualquier ciudadano de treinta años de edad podía ser elegido miembro de los tribunales, que se renovaban cada año; y todos los atenienses deseaban ganar los tres óbolos que antes hiciera decretar Pericles para sueldo diario de los jueces. Así, pues, Ama-Cleonte, esto es, el pueblo, casi se ha vuelto loco de puro juzgar; y su hijo Odia-Cleonte le manda encerrar y vigilar por dos esclavos. El viejo trata de evadirse, é invoca el auxilio de sus amigos los jueces, que están disfrazados de avispas y armados del aguijón, como insectos siempre dispuestos á picar. Entonces se traba una lucha entre los centinelas de Ama-Cleonte y las avispas. Interviene Odia-Cleonte, y persuade á su padre á quedarse en casa, donde juzgará todos los delitos domésticos. En efecto, juzga al perro Leibes, que ha pillado en la cocina un queso de Sicilia, y por equivocación absuelve al culpable, lo cual le aflige sobremedida; pero su hijo le consuela, y el anciano acaba por trasformarse en un buen sujeto, festivo y vivaracho.

La *Junta de las Mujeres* es la crítica de las utopías de algunos filósofos que, como Platon, habían soñado con una república ideal. Es una sátira moral, no obstante la inmoralidad de varias escenas; queremos decir que el poeta no hace en ella política militante, y la razón de esto se halla en la fecha de la obra. Después de la toma de Atenas por Lisandro y del establecimiento de la tiranía de los Treinta, un decreto prohíbe que los poetas cómicos designen con su

nombre á ningun personaje viviente, y hagan uso de la parabase, esto es, que hablen directamente á los espectadores por boca del corifeo. *La Junta de las Mujeres* es del año 393, segun una conjetura del todo probable. La ley de los Treinta no se habia derogado; no se derogó, sino que por el contrario se agravó de día en día.

Las mujeres de Atenas, acaudilladas por Praxágoras, se visten de hombre y se introducen en la asamblea del pueblo. Con la superioridad de su número, hacen expedir un decreto que exonera del gobierno á los hombres, y establecen una constitucion nueva, fundada en la comunidad absoluta y en la supremacia del sexo femenino. De aquí una série de escenas muy divertidas, donde el poeta describe la confusion producida por la mezcla de los bienes, por la promiscuidad de las mujeres y la igualdad de derecho en amor, concedida á jóvenes y viejas, á hermosas y feas. La conclusion, que él no saca, salta por sí misma á los ojos, radiante á un tiempo de poesía y de razon.

El *Pluto* se resiente mucho mas aun que la *Junta de las Mujeres* de los efectos de la ley promulgada por los Treinta. Habíase representado en 409, algunos años antes de la ley; pero para ponerlo en escena en 390 suprimió Aristófanes la parabase y hasta los coros, borrando sin duda algunos pasajes licenciosos, pues en la obra, tal como la poseemos, se advierten palabras malsonantes que por sí solas traen á la memoria las indecencias de las demás comedias. Es de creer que se habia hecho extensiva á todo el coro la prohibicion que primitivamente solo pesaba sobre la parabase, y que el coro ya callaba vergonzosamente, como dice Horacio, privado como estaba del derecho de perjudi-

car. Por lo demás, el *Pluto* justifica la opinion de los que vituperan en Aristóteles la personalidad de las injurias, la indecencia de los cuadros y la obscenidad del lenguaje. Esta comedia, aunque menos libre, no es menos picante ni menos animada, y acaso es la mejor desarrollada, la mejor compuesta y la mas dramática de todas las de Aristófanes.

Pluto, ó *Riqueza* (esta voz en griego es masculina), es ciego. Un pobre hombre, llamado Cremilo, ha ido á preguntar al oráculo de Apolo qué ha de hacer para enriquecerse, y el dios le contesta que se lleve consigo á la primera persona que encuentre fuera del templo. Cremilo encuentra á *Pluto*, y se lo lleva; pero *Pluto* no ve, y al bueno de Cremilo no le cuadra que tantos intrigantes y bellacos aprovechen las larguezas del dios. Intenta pues devolver la vista á *Pluto*, y para ello le conduce al templo de Esculapio. Obrase el milagro: en adelante solo serán ricas las personas honradas. Vienen enseguida las metamorfosis, y Aristófanes presenta sucesivamente á nuestros ojos algunas de las mas cómicas y divertidas.

Aristófanes aborrecia á Eurípides, en quien veia, tanto á lo menos como en Sócrates, un sofista peligroso, un novator, el corruptor del buen gusto y de la moral antigua. En los *Acarnienses* ya se habia burlado ingeniosamente de los mendigos trágicos, enviando á Diceópolis á casa de Eurípides á pedir los andrajos de Telefo, para conmovier con ellos al pueblo ateniense, al cual queria arengar. En las *Fiestas de Ceres* ridiculiza Aristófanes la misoginia, (aversion á las mujeres) de Eurípides, y en general la moral relajada de sus héroes y heroínas. Las mujeres están reunidas en el santuario de la diosa, cuya entrada estaba prohibida á los

hombres en ciertos días solemnes, y meditan vengarse de su enemigo Eurípides. Para conjurar este la tempestad, ruega al poeta Agaton que se vista de mujer, con cuyo traje no correrá el riesgo de ser conocido, visto su exterior y sus maneras afeminadas, y que vaya al templo á tomar su defensa. Niégase á ello Agaton, y Eurípides comisiona para lo mismo á Mnesíloco, su propio suegro. Este es conocido al momento, y le hacen un mal tercio. Eurípides procura libertarle, y despues de algunas estratagemas inútiles, el misogino estipula un tratado de paz con las mujeres: promete no murmurar mas de ellas, y obtiene la libertad de Mnesíloco.

Esta comedia abunda en parodias de muchos pasajes de Eurípides, y estas parodias, cuya sal ya no tiene mucho sabor para nosotros, parece que solo agradaron medianamente á los atenienses. Aunque el poeta se valiese de todos sus recursos para complacerles, y aunque ninguna de sus comedias tuviese mas viveza y animacion; en fin, á pesar de las obscenidades, que no son menos atrevidas, ni están esparcidas con menos profusion que en *Lisistrata*, las *Fiestas de Ceres* no tuvieron mas éxito en 412 que las *Nubes* en 424. Aristófanes tambien las recompuso: ni siquiera sabemos si llegó á volver á ponerlas en escena; pero si que nuestro texto es la primera version de la comedia.

Las *Ranas*, nuevo ataque dirigido á la gloria de Eurípides en 406, ó en 405 lo mas tarde, fueron recibidas con mas aplauso, á pesar de lo engolosinados que los atenienses estaban por las obras del poeta que poco antes murió en Macedonia. Cumple decir que Aristófanes se mantuvo en esta obra casi en los límites permitidos; que su crítica,

aunque viva, no siempre es injusta; que el tono de la comedia es decente, y que la admiracion del poeta por Esquilo y Sófocles templa lo odioso de su virulencia contra Eurípides.

Esquilo, Eurípides y Sófocles han muerto, y Agaton se ha ido de Atenas. Disgustado Baco de las tragedias que se representan en sus fiestas, va á los infiernos en busca de un trágico digno de él. Parte disfrazado de Hércules, mas no con el valor que tal nombre supone; y su esclavo Xantias, montado en un burro, no es menos follon ni menos divertido. Despues de atravesar la Estigia en medio de las graznadoras ranas, Baco llega á los infiernos, donde todo lo encuentra agitado. Eurípides está allí disputando el trono de la tragedia, ocupado desde hace tiempo por Esquilo, y este defiende con incontrastable teson su amenazado imperio. Baco asiste como juez á esta gran contienda: manda que las dos partes aduzcan todos sus argumentos, y á instancias de Pluton pronuncia la sentencia. Baco adjudica el imperio á Esquilo, y se vuelve á la tierra con este. Eurípides no tiene siquiera la satisfaccion de llenar en los infiernos el interregno, pues durante la ausencia de Esquilo el cetro de la tragedia queda en manos de Sófocles.

La última comedia de que nos falta hablar, las *Aves*, es del año 415. Dos atenienses, Fiel-Amigo y Buena-Esperanza (este último nombre es masculino en griego), abandonan la especie humana para ir á vivir entre las aves. Estas quieren desagraviarse contra los reciénvenidos de las ofensas que les han hecho los hombres, y los atenienses salen del aprieto, demostrando á la plúmea gente su superioridad sobre todos los seres vivientes: persuaden á las

aves á edificar una gran ciudad en los aires , y en breve acuden al nuevo estado muchos huéspedes no convidados, sacerdotes , adivinos , poetas , legisladores , etc. , á quienes se envia cada cual á su casa. Créanse dioses á imágen de las aves , y bloquéase el antiguo Olimpo , á fin de que en él no penetre mas el olor de las ofrendas. Los antiguos dioses , reducidos al extremo , se ven forzados á pasar por las condiciones que se les imponen , y el imperio del mundo queda para las aves.

Esta especie de comedia de magia , donde el poeta lo transforma todo y dispone á su antojo del universo ; esta sátira universal , con tantos objetos y ninguno ; esta maravilla fantástica , donde la razon halla siempre cosas que aplaudir , es la composicion mas linda de Aristófanes. Es, dice W. Schlegel , una poesía aérea , alada , pintada , como los seres que retrata. Es el juego inocente , dice tambien el mismo crítico , de una imaginacion viva y jocosa , que lo desflora todo y se mofa de la raza de los dioses como de la de los hombres , pero sin enderezarse á ningun objeto particular.

Parte poco conocida de la poesia de Aristófanes.

Antes de dejar á Aristófanes citaremos un fragmento á lo menos en apoyo de algunas de nuestras aserciones ; y como al poeta no se le disputa la gloria de haber sobresalido en el diálogo , ó bien en la narracion cómica , elegiremos con preferencia alguna cosa casi seria , uno como idilio semilírico , donde se respiran los mas frescos aromas del campo ; un cuadro delicioso de las dulzuras de la paz tan apetecida de Aristófanes , y que tanto tardó en llegar.

« Nada mas grato , cuando se ha hecho la siembra , que ver á Júpiter derramar la lluvia , y decirse los vecinos : ¿ Qué hacemos ahora , dime , querido Comarquida ? Lo mejor es beber , mientras el dios hace tan bien nuestra faena. Mira , mujer , frie habas , échales trigo , y vé por higos. Que la siriaca llame á Manes del campo , pues hoy no es posible despampanar las vides , ni desmenuzar los terrones , como que la tierra está muy blanda. — Y tráiganme de casa el tordo y los dos pinzones. Tambien ha de haber suero , y cuatro tajadas de liebre , á menos que el gato hurtase alguna anoche , pues oí en la casa cierto ruido , cierto zafarrancho. Muchacho , trae tres para nosotros , y dá una á mi padre. Pide á Esquinada ramas de mirto , de las que tienen frutos ; y de paso , ya que viene de camino , que llamen á Carinada , para que beba en nuestra compañía mientras el dios hace tanto por nosotros y fecundiza nuestras labores. — Cuando la cigarra entona su suave cantinela , me agrada visitar mis viñas de Lemnos , para saber si comienzan á madurar , pues el majuelo es precoz ; me agrada ver cómo se hincha el verde higo ; y cuando está maduro , me lo como , y lo saboreo , y exclamo : ¡ Dichosos dias (1) ! » Este si que es uno de aquellos islotes de pura y graciosa poesía que se ven salir , como dice un ingenioso crítico , de en medio de un rio de imaginacion burlesca , difusa y obsena.

Poetas cómicos contemporáneos de Aristófanes.

Durante su carrera dramática encontró Aristófanes numerosos rivales , sin contar los dos poetas que principiaron

(1) La Paz , vers. 1141 y sig.

antes que él, Cratino y Eupólis. Los críticos antiguos no encomian mucho á Frinico el cómico, á Magnes, Hermipo, Amipsias y otros poetas poco conocidos en el día, quienes triunfaron algunas veces, en el concurso de las comedias, de Cratino, Eupólis, y hasta de Aristófanes. Despues de este último nombre, los alejandrinos solo admitieron en su catálogo los de Ferécrates y Platon el cómico; pero puede decirse que uno y otro son tan desconocidos como los precitados. Para los griegos, la Comedia antigua se personificaba completamente en tres hombres: Eupólis, Cratino y Aristófanes. A Eupólis se le representa como á poeta ameno é ingenioso, mucho mas que como á satírico vehemente y temible. Sobresalta en la alusion, en la crítica indirecta: no necesitaba la parabase para decir á los atenienses cuanto se le antojaba, y para dirigir buenas y punzantes lecciones á los espectadores. Parece que sus ataques, si bien mas torcidos y menos ofensivos, no gustaban mucho mas á quienes los recibian que los sarcasmos é invectivas de Aristófanes. En efecto, cuentan que Alcibiades hizo ahogar á Eupólis para vengarse de haberse sido entregado por él á las risas populares. Cratino carecia, segun dicen, de gracia y buen humor, y no sabia combinar armoniosamente el plan de sus comedias, ni componerlas y desarrollarlas con arte. Distinguíase principalmente por su aspereza satírica y por la oportunidad de sus ocurrencias. Con todo, el siguiente pasaje prueba que no siempre era injusto, y que tambien sabia elogiar á los hombres de bien: «Y me li-sonjeaba, yo Metrobio el escribano, de que ese hombre divino y el mas hospitalario del mundo, el primer griego en todas las virtudes, Cimon en fin, me haria pasar dichosa-

mente la vejez en una grata abundancia á su lado, hasta el fin de mis dias; pero Cimon me ha dejado; se ha ido antes que yo.

No solo era Aristófanes hombre de talento, sino de ingenio; reunia todas las cualidades de Cratino y Eupólis, el númen mordaz y la pasion del uno, el chiste, la agudeza, la gracia y el arte del otro, y poseia en supremo grado el entusiasmo lírico y la perfeccion del estilo: así es que desde luego les superó en la estimacion de los contemporáneos, y los siglos siguientes han ratificado sus derechos á esta superioridad sobre todos los poetas de la Comedia antigua.

CAPÍTULO XXIII.

Otros poetas del siglo de Pericles.

PANIÁSIS.—QUERILO DE SÁMOS.—ANTÍMACO.—CRÍCIAS.—VERDADEROS ELEGÍACOS DEL SIGLO V.

Paniásis.

El extraordinario esplendor de la poesía dramática durante el gran siglo de Pericles, no ha de obstar para que divisemos en aquella época algunos ingenios que siguieron las sendas de la poesía antigua, y que no siempre fueron indignos de los primeros maestros.

Paniásis, el tío de Herodoto cuyo nombre hemos ya citado, era autor de una epopeya sobre Hércules. La *Heracleida* de Paniásis era superior, en sentir de los griegos, á los demás poemas que versaban sobre la vida y trabajos del héroe tebano. Paniásis era tenido por clásico. Apreciábanse en su obra el acierto de la disposicion y el interés de las

antes que él, Cratino y Eupólis. Los críticos antiguos no encomian mucho á Frinico el cómico, á Magnes, Hermipo, Amipsias y otros poetas poco conocidos en el día, quienes triunfaron algunas veces, en el concurso de las comedias, de Cratino, Eupólis, y hasta de Aristófanes. Despues de este último nombre, los alejandrinos solo admitieron en su catálogo los de Ferécrates y Platon el cómico; pero puede decirse que uno y otro son tan desconocidos como los precitados. Para los griegos, la Comedia antigua se personificaba completamente en tres hombres: Eupólis, Cratino y Aristófanes. A Eupólis se le representa como á poeta ameno é ingenioso, mucho mas que como á satírico vehemente y temible. Sobresalta en la alusion, en la crítica indirecta: no necesitaba la parabase para decir á los atenienses cuanto se le antojaba, y para dirigir buenas y punzantes lecciones á los espectadores. Parece que sus ataques, si bien mas torcidos y menos ofensivos, no gustaban mucho mas á quienes los recibian que los sarcasmos é invectivas de Aristófanes. En efecto, cuentan que Alcibiades hizo ahogar á Eupólis para vengarse de haberse sido entregado por él á las risas populares. Cratino carecia, segun dicen, de gracia y buen humor, y no sabia combinar armoniosamente el plan de sus comedias, ni componerlas y desarrollarlas con arte. Distinguíase principalmente por su aspereza satírica y por la oportunidad de sus ocurrencias. Con todo, el siguiente pasaje prueba que no siempre era injusto, y que tambien sabia elogiar á los hombres de bien: «Y me li-sonjeaba, yo Metrobio el escribano, de que ese hombre divino y el mas hospitalario del mundo, el primer griego en todas las virtudes, Cimon en fin, me haria pasar dichosa-

mente la vejez en una grata abundancia á su lado, hasta el fin de mis dias; pero Cimon me ha dejado; se ha ido antes que yo.

No solo era Aristófanes hombre de talento, sino de ingenio; reunia todas las cualidades de Cratino y Eupólis, el númen mordaz y la pasion del uno, el chiste, la agudeza, la gracia y el arte del otro, y poseia en supremo grado el entusiasmo lírico y la perfeccion del estilo: así es que desde luego les superó en la estimacion de los contemporáneos, y los siglos siguientes han ratificado sus derechos á esta superioridad sobre todos los poetas de la Comedia antigua.

CAPÍTULO XXIII.

Otros poetas del siglo de Pericles.

PANIÁSIS.—QUERILO DE SÁMOS.—ANTÍMACO.—CRÍCIAS.—VERDADEROS ELEGÍACOS DEL SIGLO V.

Paniásis.

El extraordinario esplendor de la poesía dramática durante el gran siglo de Pericles, no ha de obstar para que divisemos en aquella época algunos ingenios que siguieron las sendas de la poesía antigua, y que no siempre fueron indignos de los primeros maestros.

Paniásis, el tío de Herodoto cuyo nombre hemos ya citado, era autor de una epopeya sobre Hércules. La *Heracleida* de Paniásis era superior, en sentir de los griegos, á los demás poemas que versaban sobre la vida y trabajos del héroe tebano. Paniásis era tenido por clásico. Apreciábanse en su obra el acierto de la disposicion y el interés de las

narraciones; y el estilo, si bien dejaba que desear en punto á elevacion y nervio, se recomendaba por su gracia y elegancia.

Querilo de Sámos.

Querilo de Sámos, diferente del poeta trágico de este nombre, se ensayó en la epopeya histórica, pero con mediano éxito. Tomó por argumento la segunda guerra meda. Dudamos que esta obra, seguramente algo posterior á los *Persas* de Esquilo, hiciesen mas que aumentar la admiracion de los griegos por la epopeya dramática del soldado de Maraton y Salamina. Horacio dice que Querilo tenía cosas buenas, pero muy pocas; y nada prueba que el poeta latino juzgase sobrado severamente su poema.

Antímaco

Antímaco, natural de Cláros, en Jonia, á quien llaman Antímaco de Colofonte porque residia en esta ciudad, era muy diferente de Querilo. Figuraba en el primer puesto entre los poetas épicos, despues de Homero. Era casi contemporáneo de Herodoto. Su poema era una *Tebaida*. Quintiliano, eco de los críticos de Alejandria, caracteriza esta obra en los siguientes, términos: «En Antímaco hemos de alabar la energía, la gravedad, un estilo nada comun; pero aunque los gramáticos, por un consentimiento casi unánime, le concedan el segundo lugar en la epopeya, debo decir que carece de patético, de agrado, de orden, de arte en fin, y que manifiesta claramente la gran diferencia que hay de acercarse mucho á otro á ser un grado inferior.» También compuso Antímaco un poema elegíaco, nominado *Lide*, cuyo argumento se ignora, el cual ofrecia probablemente

calidades y defectos análogos á los de su epopeya. Añadamos de paso que Antímaco se ocupó en una nueva revision del texto de Homero.

Crícias.

Crícias, uno de los treinta tiranos de Atenas, no carecia de cierto talento poético; ni tampoco carecen de mérito los fragmentos que restan de sus elegías; especialmente el que comprende el elogio de la virtud de los espartanos; pero su poesia es algo árida, aunque las expresiones sean á veces atrevidas y figuradas. Parece que casi todas las elegías de Crícias eran sátiras políticas. Sátira era á lo menos la elegía en que decia á Alcibiádes: El decreto que te ha indultado, lo propuse yo en la asamblea; á mí me debes tu regreso: estos acontecimientos llevan impreso el sello de mi lengua.

Verdaderos elegíacos del siglo V.

Los tres grandes poetas trágicos son los verdaderos elegíacos del siglo V. Ignoramos hasta que punto era inferior al ingenio del autor de los *Persas* su elegía sobre los muertos de Maraton. La victoria por Simónides alcanzada no prueba que fuese un canto sin valor. Esquilo sob resalió en el epigrama, que era la misma elegía reducida á mas estrechas proporciones. Ya hemos citado su inscripcion fúnebre; hé aquí otra en honor de los griegos muertos en las Termópilas, la cual prueba que Esquilo podia rivalizar en el metro de Tirteo con los poetas mas inspirados: «Ellos también, valientes guerreros, perecieron á los golpes de la sombría Parca, lidiando por su patria de ricos ganados; mas aunque hayan muerto, viva es la gloria de aquellos cuyos robustos cuer-

pos quedaron en otro tiempo sepultados en la tierra de la Osa.»

Creemos ocioso demostrar que bastaba la voluntad de Sófocles para ser el primer elegíaco, y que las elegías que compuso habían de ser obras maestras. Respecto de Eurípides, nos hallamos en disposición de juzgar de lo que sabía hacer en este género, pues elegía es, ó canto en versos elegíacos, lo que puso en boca de la viuda de Hector, suplicante al pié de los altares: «No esposa, sino furia, era la que París condujo á la alta Ilion, Helena, que vino á compartir su lecho. Por culpa suya, oh Troya, el rápido Marte de Grecia, con sus mil naves, te ha tomado y destruido con la lanza y con el fuego; por culpa suya; desdichada! he perdido á mi esposo Hector, á quien el hijo de Tétis, diosa de los mares, arrastró en torno de las murallas, atado á su carro! Y á mí, del tálamo nupcial me arrastraron á la orilla del mar, con la cabeza cargada con el yugo de la esclavitud. Muchas lágrimas corrieron por mis mejillas, cuando dejé en el polvo mi ciudad, mi lecho nupcial, y á mi esposo. ¡Triste de mí! ¿Porqué continuo viendo la luz, para ser esclava de Hermione? Víctima de su crueldad, abrazo con mis manos suplicantes la estatua de la diosa, y me desato en dolor, como la fuente que gotea de la peña (1).» Hémos ahí en lo patético, en la verdadera poesía, y muy léjos de Críscias y sus resentimientos retrospectivos.

Desde la muerte de Simónides y Píndaro, hubo también poetas que tomaban el nombre de líricos; pero ninguno llegó siquiera á la notoriedad de Querilo ó Críscias. Toda la poesía lírica se había pasado con armas y bagajes, permítase-

(1) Eurípides, *Andrómaca*, v. 403 y sig.

nos la expresión, al campo dramático, á la tragedia, al drama satírico, y hasta á la comedia.

CAPÍTULO XXIV.

Tucidides.

VIDA DE TUCÍDIDES.—CARÁCTER DE LA OBRA DE TUCÍDIDES.—ESTILO DE TUCÍDIDES.—EXCELENCIA MORAL DE LA OBRA DE TUCÍDIDES.—RETRATO TRAZADO POR TUCÍDIDES.

Vida de Tucídides.

Mientras Aristófanes y sus émulo interpretaban á su modo los sucesos de la guerra del Peloponeso, y ridiculizaban á sus caudillos, un hombre de ingenio muy diferente que desde los primeros momentos de la lucha columbró que se preparaban grandes revoluciones, é intervino también en los negocios, estudiaba las causas reales de las disensiones intestinas de Grecia y se dedicaba á describirlas en un cuadro completo é imparcial, consagrando á esta grande obra su fortuna, su actividad y los ratos de ocio que le proporcionaron sus conciudadanos: queremos hablar del historiador Tucídides, hijo de Oloro.

Tucídides nació en Halimunta, demo del Atica, en el año 471 antes de Jesucristo. Su familia era una de las mas ricas y principales de Atenas. Es fama que su padre descendía de un rey de Tracia; y su madre era nieta de Milcíades, vencedor de Maraton, ó segun otros, tenía por progenitor al tirano Pisistrato. Cuentan los antiguos que cuando Tucídides tenía quince años de edad, asistió á una de las lecturas hechas por Herodoto en las asambleas públicas de

Grecia, y que, niño como era, llegó á derramar lágrimas de admiración. Allí, según algunos, se reveló la vocación de historiador que con tanto acierto había de cumplir Tucídides; mas como trascurrieron veinte y cinco años desde aquel día hasta la época en que Tucídides, según confiesa él mismo, comenzó á reunir los materiales de una historia; y como á la edad de cuarenta años aun no había escrito cosa alguna en este género, ni probablemente en ninguno otro, es dudoso que los aplausos que recibió Herodoto en Olimpia diesen á Grecia, como á veces se dice, el ingenio de Tucídides. Lo cierto es que este historiador no admiraba mucho el libro de Herodoto: hasta le reconviene con bastante dureza por haber buscado mas el deleite del lector que su utilidad, y cedido con sobrada frecuencia al gusto por lo maravilloso; pero este es el juicio de Tucídides en su edad madura, atento ante todo á las enseñanzas políticas que han de brotar de la historia; de Tucídides que, como dice él mismo, trabajaba afanosamente para legar á los siglos futuros un monumento imperecedero.

Durante los primeros años de la guerra desempeñó Tucídides importantes cargos, á satisfacción de los atenienses; pero no habiendo podido en 424 llegar á impedir que Brásidas se apoderase de Anfípolis, fué juzgado y desterrado. Este destierro duró veinte años, desde 423 hasta 403, pues la sentencia pronunciada contra Tucídides no se revocó hasta que dió fin la interminable guerra; y los pasó en Tracia, en Escapte-Hile, donde poseía por parte de su esposa minas de metales preciosos, observando atentamente las fluctuaciones de la fortuna, enterándose por conducto de agentes pagados de cuanto pasaba día por día en Grecia,

meditando profundamente sobre los efectos para descubrir las causas, y redactando en fin aquel libro extraordinario, admirable maravilla del pensamiento antiguo. Créese que volvió á domiciliarse en Atenas cuando se indultó á los desterrados; pero algunos dicen que por aquel tiempo vivía en la corte de Arquelao, y otros, que no se movió de Tracia, ni de Escapte-Hile. Plutarco dice formalmente que pereció en Tracia á manos de un asesino. Fácil es conciliar estas autoridades. Nada impide que Tucídides, aprovechando la amnistía para regresar á Atenas, fuese á visitar al rey Arquelao y volviese de vez en cuando á ver sus minas de Tracia, hasta el día en que cayó víctima de algun malhechor, ó quizás de un enemigo personal; y ninguna necesidad hay, porque muriese en Tracia, de suponer que murió cuando estaba preparándose para regresar á su patria. La opinión mas verosímil es que falleció diez años después del decreto de amnistía, esto es, en 395 antes de nuestra era, y por consiguiente á los sesenta de edad.

Tucídides no acabó su obra, puesto que se proponía terminarla con la toma del Pireo y de las largas murallas, y se detuvo en el octavo y último libro á la mitad del año vigésimo primero de la guerra. Y este último libro no es mas que un bosquejo que solo los ciegos no ven la mano y el ingenio de Tucídides. Parece que el autor no publicó ninguna parte de la obra. El único manuscrito que de ella existía cayó por dicha en poder de un hombre capaz de comprender el precio de semejante tesoro: este hombre era Jenofonte. Si la anécdota es verdadera, no es uno de sus menores títulos de gloria el de haber trasmitido fielmente á la posteridad el legado de Tucídides.

Carácter de la obra de Tucídides.

El plan de la obra no necesita análisis, pues es sencillamente una narracion cronológica, en la que los acontecimientos se siguen con la regularidad de la sucesion de las estaciones. El historiador cuenta por veranos é inviernos, sin permitirse nunca, siquiera para mas claridad, saltar de un año á otro. Ya no vemos, como en Herodoto, el poético arreglo de una especie de epopeya; no vemos el arte de Homero, pero sí un poeta. Este aserto, que tal vez parezca extraño, es la expresion de la estricta verdad. Tucídides es poeta de hecho, si no de intencion, y su libro es como una gran tragedia, hábilmente compuesta, con sus peripecias y mutaciones, cuyo desenlace habia de ser mas terrible y mas imponente que todas las catástrofes de la casa de Atreo ó de la estirpe de los Labdácidas. Posee el arte de pintar los caracteres con una palabra, con un gesto, y no necesita diseñar minuciosamente los retratos de sus héroes para representarles á nuestros ojos: abstráese todo lo posible de su obra, y deja que hablen los contecimientos. Nos equivocamos; á veces interviene, como el coro trágico, ora con rápidas y breves reflexiones, ora con largas y magníficas monodias. Entendemos por tales las arengas que pone en boca de sus personajes, y que son, no lo que estos han dicho, sino lo que han debido decir, lo que el mismo Tucídides hubiera dicho en su lugar. Él lo confiesa ingénuamente; y aunque así no fuese, poco nos costaria convencernos de ello. En estas arengas prodigó las reflexiones, dió el comentario moral, y por decirlo así, la filosofía de los hechos referidos. Y en el estilo de las mismas, que nada oratorio tiene, como lo ob-

serva Ciceron, y que solo algunos insensatos, como dice tambien este autor, podian tomar por modelo en la composicion de verdaderos discursos, se nota alguna extraña analogia con el de los coros de Sófoles y principalmente de Esquilo. Es la misma valentía de giros, la misma concision elíptica, el mismo nervio y el mismo brillo de expresiones; es en fin la misma violencia hecha á la mente del lector, para obligarle á inquirir y adivinar antes de comprender.

Por punto general, la narracion es sumamente sencilla, casi sin ningun adorno, y apenas nos trae á la memoria á Sófoles ni Esquilo; pero así que la materia adquiere importancia, el relato se anima y engalana, sin perder nada de su gravedad; reaparece el poeta, y óyese, como decia un antiguo, hasta en el movimiento de las palabras, hasta en los sonidos contrastados de las silabas, el ruido de las armas, los agudos gritos de los combatientes, el fragor de las naves que chocan unas con otras y se quebrantan. Y donde Tucídides se eleva á las majestuosas proporciones de la poesía no es solo en la relacion de las batallas. El espectáculo de las grandes calamidades humanas le conmueve el alma y le arranca patéticos acentos. Admira las nobles acciones, hace justicia á todos los talentos y virtudes, y el calor del sentimiento penetra y anima la diccion, comunicándola cierta indefinible vida, aunque Tucídides exprese lo mas sencillamente su idea. La famosa descripcion de la peste de Atenas, al fin del poema de Lucrecio, no es mas que una traduccion del relato de Tucídides; y esta copia, de donde ha desaparecido el moralista, y donde solo queda el naturalista poeta, dista mucho de producir la terrible, si bien saludable, impresion del original. Hay en Tucídides

otros muchos relatos, y de todo género, que pudiéramos alegar en apoyo de nuestra opinion; mas nós ceñimos á indicar uno solo, el de la partida de la escuadra ateniense para la expedicion de Sicilia. Y algunos tienen bastante gracia y elegancia para justificar el dicho de los antiguos: Aquí el leon ha reido.

Estilo de Tucídides

Por lo demás, aquel se formaria una idea muy falsa del estilo de Tucídides que se figurara una prosa poética como la del *Telémaco* ó de los *Mártires*. Tucídides nunca emplea los términos de la poesia. Su lengua es la que hablaban los hombres de su tiempo en Atenas: es el ático puro, bebido en la parte mas cristalina de la fuente. Con todo, el escritor ejerce un despótico imperio en las palabras: les hace producir todos los sentidos é imágenes que pueden; las coloca, no en el lugar donde se pondrian por sí mismas, sino en el que designa la razon pintoresca, valiéndose de hipérbatos, ó inversiones del orden natural de la oracion, por las cuales han censurado algunos á Tucídides. Ningun poeta, ni siquiera lirico, ha usado con mas frecuencia que él de esta figura; á bien que para Tucídides, como para los poetas, apenas hay mas gramática que las conveniencias del oido y del gusto. Aquellas frases al parecer incorrectas no son obra de un arte menos consumado que los períodos mas regulares de los escritores que notaban á Tucídides y Herodoto de no haber sabido escribir. Mas dirémos: son obra del arte, mientras dichos períodos son productos del artificio.

Desde la primera edicion de esta historia de las letras griegas, Tucídides ha tenido en Francia un traductor digno de él. Nada nuevo diremos si declaramos que, merced á

la trabajosa aplicacion del Sr. Zévort, Tucídides es ahora tan fácil de leer como antes difícil. Lo que realza mas el precio de esa obra de erudicion y talento, es el excelente premio critico que la acompaña. Nunca se habia hablado de Tucídides con tan profundo conocimiento, con tan viva admiracion, ni con la vehemencia de razon que constituye la elocuencia. A esas hermosas páginas remitimos al lector que desee comprobar nuestros asertos sobre el carácter del ingenio de Tucídides. Todas las opiniones que sentábamos con extremada desconfianza, el Sr. Zévort las ha expuesto una por una, con la autoridad de su ciencia, y les ha impuesto la evidencia absoluta, indisputable, irresistible. No podemos menos de citar, y en ello nos complacemos, lo que se refiere mas particularmente al estilo y diction de Tucídides.

«La completa carencia de toda explanacion periódica, el frecuente uso de la elipsis, y las insólitas uniones de palabras dan al estilo una apariencia lirica que trae á la memoria el de Píndaro y de los trágicos. No puede decirse que falte la luz: por el contrario, brota de tantos puntos á la vez, que uno tarda algun tiempo en volver de su deslumbramiento... Cuando estamos bastante familiarizados con el pensamiento y la lengua de Tucídides para seguirle por las escabrosidades que le gusta recorrer, experimentamos un placer análogo al del sábio que, dueño en fin de la clave de una ciencia, adelanta ya con seguridad, y ve abrirse ante él horizontes dilatadissimos. Cada paso es todavía penoso; pero el cansancio queda ámpliamente compensado: lo que al principio era oscuridad, viene á ser enérgica precision; la composicion de las palabras, tan embarazosa en todos los idiomas por la vaguedad que introduce en el discurso agru-

pando las ideas y presentándolas sintéticamente y á montones no menoscaba en Tucídides la claridad, y la exacta determinacion de las imágenes; hasta realza el vigor del pensamiento y el efecto general, como los instrumentos que al parecer multiplican la luz concentrando sus rayos en un solo punto. La antítesis, de la cual hace un uso quizá sobrado frecuente, según la costumbre del tiempo, no se halla á lo menos en disparidad con su estilo habitual; pues tomando los objetos por sus puntos culminantes, contraponiéndolos para aclararlos mutuamente, hermánase con un estilo que por lo general pone de relieve las cosas, como si hiciera anotacion acentuada de ellas. Esas contraposiciones, por otra parte, son siempre sencillas, naturales; nacen del asunto, sin arte ni afectacion. Tucídides prodiga las inversiones, sin curarse de la lógica ordinaria, y á veces de la concordancia; no coordina las palabras, antes las agrupa; las vierte á grandes montones, y parece que las hace entrar por fuerza en la ejecucion de su plan; bien así como en una naturaleza trastornada los elementos mas diversos y las peñas mas quebradas contribuyen á admirables efectos de conjunto. El aspecto general es extraño, tosco, sin ningun viso de arreglo artificial: nada puede adelantar con semejante guía el lector que solo busque el deleite; pero el efecto es sorprendente y la impresion duradera para quien no se desalienta: del contraste de las palabras y de su aparente desorden surge el pensamiento premioso, grave, imponente, terrible.»

Excelencia moral de la obra de Tucídides.

De ningun modo absolvemos á Tucídides de la nota de oscuro, puesto que el mismo Ciceron afirma que sus aren-

gas son difíciles de comprender; pero creemos que nuestra ignorancia y nuestra falta de aplicacion tienen muchísima culpa de esa oscuridad, como de la de Sófocles ó Esquilo. Si, para leerle es menester estudiarle; si, es menester meditarle para comprenderle. ¡Y cuán recompensado queda un trabajo que de suyo es agradable! Bien lo sabia Demóstenes, quien, según Luciano, copió ocho veces de su puño y letra la historia de la guerra del Peloponeso. Lo que Demóstenes buscaba en Tucídides no eran solamente los secretos de la verdadera diction ática, ni la ciencia de las íntimas relaciones de la expresion y de la elocucion con el pensamiento, en lo que nadie ha superado jamás á Tucídides; sino tambien, y principalmente, la explicacion de las cosas humanas, tan discreta, tan severa y tan grave, de que habla Ciceron; tan sublime á veces, añadimos nosotros, y tan profunda. Los sucesos referidos por el historiador no tienen siempre en sí mismos un interés muy vivo, y sin embargo el libro no ha envejecido un solo día; pues el hombre, que tan bien conoció Tucídides, y cuya viva y fiel imagen trazó, es aun en nuestros tiempos lo que era en el de Pericles y Nicias, casi con iguales vicios y virtudes: la descripcion de sus pasiones, errores y crímenes, y la consolatoria pintura de su magnanimidad y sus sacrificios, no han perdido ni jamás perderán esotro interés mas vivo y mas íntimo que penetra las entrañas de todo lector verdaderamente digno de decirse á sí mismo la sentencia del poeta: «Hombre soy, y nada humano me es extraño.»

Parece que Tucídides se aficionó desde su juventud á los estudios serios y á la meditacion, merced á las conferencias y lecciones del filósofo Anaxágoras, en cuya escuela apren-

dió á despreciar la supersticion, á respetar profundamente lo bello, lo bueno y lo santo, imbuyéndose en las doctrinas espiritualistas que le merecieron tambien la nota de impío y ateo por parte de los sectarios de los dioses falsos. Por otra parte, Tucídides era de genio taciturno y algo triste, pero no moroso, ni menos vengativo. No declama, como Tácito, contra el humano linaje; no se complace en denigrar siquiera á los malvados; sabe hacer debida justicia hasta á sus enemigos; y Cleonte, principal autor de su desgracia, no es en sus manos un quidam análogo al vil esclavo, al zurrador paslagonio, forjado por las rencillas de Aristófanes. Tucídides no alaba á Cleonte; dice sí lo que Cleonte ha hecho, bueno y malo. La experiencia adquirida en el trato de los hombres, la vida del campo y el manejo de los negocios acabaron la obra empezada por el filósofo de Clazomena, y prepararon á Tucídides para su noble misión. Ni los sofistas ni los retóricos tuvieron arte ni parte en esa elaboración lenta y continua. Mas afortunado que Eurípides y tantos otros, Tucídides se zafó de su pestilente influjo. Después de Dios, después de Anaxágoras, todo lo debió á la experiencia y á sí mismo; y por mas que se diga, no recibiría las lecciones de Antifonte de Ramnunta. Este, por su talento y carácter, merecía ejercer en el ánimo de Tucídides el imperio que se le atribuye; pero la elocuencia de Antifonte sufrió probablemente el influjo del robusto ingenio del historiador, y gracias á él se hizo acreedor á los elogios que el mismo le confiere. En Tucídides, el artista ha llegado á ser lo que es, no con ayuda del supuesto arte, ó como hablaba Platon, de la cocina inventada por Górgias y los suyos, sino con la contemplación de las antiguas obras

maestras, y con la asidua lectura de las obras no menos admirables que la filosofía y la poesía produjeron durante las dos precedentes generaciones. Tucídides fué el hijo, y el mas legítimo en nuestro concepto, de Parménides, Empédocles, Simónides, Píndaro, y especialmente de Esquilo; y no menguó en sus manos la herencia del ingenio.

Retrato trazado por Tucídides.

Vamos á transcribir un corto pasaje que dará una idea de la moderación de ánimo, de la exactitud de apreciaciones, del vigor y sobriedad de toque que nunca se admirarán bastante en Tucídides, y que hacen de su obra, por excelencia, el libro de los estadistas y los pensadores. Es el retrato moral del gran Pericles, de quien nada hemos dicho todavía, pero de quien hablaremos luego. « Poderoso por su dignidad personal y por la prudencia de sus consejos, y reputado incapaz entre todos de dejarse cohechar nunca á precio de oro, Pericles contenía á la muchedumbre solo con el ascendiente de su pensamiento: él era quien gobernaba á ella, no ella á él; pues no habiendo adquirido su autoridad por medios ilegítimos, no necesitaba decir cosas gratas, y conservando su dignidad, sabía contrariar la voluntad del pueblo, y arrostrar sus iras. Cuando veía que los atenienses cobraban fuera de tiempo una audacia arrogante, reprimía los ímpetus y les llenaba de terror; si intempestivamente se sobrecojian de temor, sacábales de su abatimiento y reanimaba su audacia. Aquello era, de nombre, un gobierno popular: de hecho, había un jefe, y obedecíase al primer ciudadano de todos (1). »

(1) Tucídides, libro II, cap. LXV.

Para traducir esa intraducible lengua, hemos tenido que añadir muchas palabras, y ni siquiera hemos podido conservar el giro ni la fisonomía de la menor frase de Tucídides. Solo respondemos de su pensamiento, no completo quizás, sino tal como lo hemos comprendido; y, hasta desnudo y desfigurado de tal suerte, aun es bastante hermoso para justificar en caso necesario las mas apasionadas alabanzas.

CAPÍTULO XXV.

Antigua elocuencia política.

ORÍGENES DE LA ELOCUCIÓN SEGUN LOS RETÓRICOS.—VERDADEROS ORÍGENES DE LA ELOCUCIÓN.—TEMÍSTOCLES.—ARÍSTIDES.—PERICLES.

Orígenes de la elocución segun los retóricos.

Los historiadores y los críticos tienen formado un tema sobre los orígenes de la elocución. Opinan generalmente que la elocución nació en Sicilia, y que su padre fué cierto Corax. Dicen que otro siciliano, por nombre Górgias, la trasplantó en Atica por los años de 440, y que merced á los trabajos de este grande hombre y de sus ilustres discípulos, no tardó en aclimatarsen en su nueva patria, desarrollándose con maravillosa rapidez. Eso es lo que se lee en una multitud de libros, si no textualmente, á lo menos en cuanto á la sustancia. Concebimos muy bien que los griegos se preocupasen con una ilusión perdonable; que tomasen por elocución las coordinaciones de palabras, ideadas por Górgias y sus secuaces, y que diesen el mismo nombre al orador verdadero y al hablador hueco; pero

siempre hemos extrañado que repitiesen continuamente lo que los retóricos escribieron para realzar la dignidad de su arte, mucho mas que para rendir culto á la verdad, y que nos diesen por elocución lo que es su antípoda: la retórica! Creemos firmemente que Górgias y su escuela habrian acabado con la elocución en Atica, si no hubiese gozado de una vida vigorosa; creemos que la hicieron todo el mal posible, y que no tuvieron ellos la culpa si despues de su triunfo se levantó tan espléndida en el siglo de Esquino y Demóstenes.

Verdaderos orígenes de la elocución.

La elocución es tan antigua en Grecia como la Grecia misma. Existia ya en los consejos que nos describe Homero, donde los jefes reunidos discutian grandes intereses políticos ó militares. Cuando hubieron desaparecido las monarquías, el talento de la palabra fué el primero de todos; y aunque no tengamos ninguna noticia particular acerca del estilo oratorio con que Licurgo, por ejemplo, ó Dracon ú otro cualquier hombre escuchado del pueblo, hacia prevalecer su opinion, seria empero una impertinencia decir que aquellos varones no eran oradores, y que no conocieron la elocución. ¿Acaso no supo hablar Solon? ¿Acaso tampoco supo hablar Pisistrato, hombre correoso y versátil, que por tanto tiempo manejó á su talante al pueblo ateniense? Mas no retrocedamos tanto en la historia, y ateniéndonos al siglo quinto, hallaremos que la elocución no aguardó la venida del bueno de Górgias para producir maravillas en Atenas.

Para traducir esa intraducible lengua, hemos tenido que añadir muchas palabras, y ni siquiera hemos podido conservar el giro ni la fisonomía de la menor frase de Tucídides. Solo respondemos de su pensamiento, no completo quizás, sino tal como lo hemos comprendido; y, hasta desnudo y desfigurado de tal suerte, aun es bastante hermoso para justificar en caso necesario las mas apasionadas alabanzas.

CAPÍTULO XXV.

Antigua elocuencia política.

ORÍGENES DE LA ELOCUCIÓN SEGUN LOS RETÓRICOS.—VERDADEROS ORÍGENES DE LA ELOCUCIÓN.—TEMÍSTOCLES.—ARÍSTIDES.—PERICLES.

Orígenes de la elocución segun los retóricos.

Los historiadores y los críticos tienen formado un tema sobre los orígenes de la elocución. Opinan generalmente que la elocución nació en Sicilia, y que su padre fué cierto Corax. Dicen que otro siciliano, por nombre Górgias, la trasplantó en Atica por los años de 440, y que merced á los trabajos de este grande hombre y de sus ilustres discípulos, no tardó en aclimatarsen en su nueva patria, desarrollándose con maravillosa rapidez. Eso es lo que se lee en una multitud de libros, si no textualmente, á lo menos en cuanto á la sustancia. Concebimos muy bien que los griegos se preocupasen con una ilusión perdonable; que tomasen por elocución las coordinaciones de palabras, ideadas por Górgias y sus secuaces, y que diesen el mismo nombre al orador verdadero y al hablador hueco; pero

siempre hemos extrañado que repitiesen continuamente lo que los retóricos escribieron para realzar la dignidad de su arte, mucho mas que para rendir culto á la verdad, y que nos diesen por elocución lo que es su antípoda: la retórica! Creemos firmemente que Górgias y su escuela habrían acabado con la elocución en Atica, si no hubiese gozado de una vida vigorosa; creemos que la hicieron todo el mal posible, y que no tuvieron ellos la culpa si despues de su triunfo se levantó tan espléndida en el siglo de Esquino y Demóstenes.

Verdaderos orígenes de la elocución.

La elocución es tan antigua en Grecia como la Grecia misma. Existia ya en los consejos que nos describe Homero, donde los jefes reunidos discutian grandes intereses políticos ó militares. Cuando hubieron desaparecido las monarquías, el talento de la palabra fué el primero de todos; y aunque no tengamos ninguna noticia particular acerca del estilo oratorio con que Licurgo, por ejemplo, ó Dracon ú otro cualquier hombre escuchado del pueblo, hacia prevalecer su opinion, seria empero una impertinencia decir que aquellos varones no eran oradores, y que no conocieron la elocución. ¿Acaso no supo hablar Solon? ¿Acaso tampoco supo hablar Pisistrato, hombre correoso y versátil, que por tanto tiempo manejó á su talante al pueblo ateniense? Mas no retrocedamos tanto en la historia, y ateniéndonos al siglo quinto, hallaremos que la elocución no aguardó la venida del bueno de Górgias para producir maravillas en Atenas.

Temístocles

Hé aquí, por ejemplo, un ciudadano que ha visto invadida la Grecia, y prevé nuevas desgracias para el porvenir. Piensa en los medios de asegurar de antemano la salvación de su país, y los excogita. Sube á la tribuna ante una muchedumbre compuesta de artesanos y labradores: propone á unos hombres que no conocen mas combates que los de tierra, construir naves y luchar con una escuadra con todos los enemigos, y todo se hace segun su consejo. Tal fué el triunfo de la elocuencia de Temístocles; y nunca, que sepamos, alcanzó la elocuencia otro mas completo y mas hermoso. Hay en la vida de este hombre célebre otras muchas circunstancias en que el talento de la palabra tendria, y tuvo en efecto, un influjo no menos decisivo, como cuando consiguió que los atenienses confriesen el mando general, contra sus deseos, al lacedemonio Euríbiades; y como cuando, queriendo los lacedemonios en el consejo de los Anfíctiones separar de la anfíctionía á los pueblos griegos que no quisieron tomar las armas contra los medas, defendió la causa de los acusados y redujo á los *pilágoras* á su dictámen. La elocuencia de Temístocles era á la vez insinuante y vehemente. Nadie podia resistirla, principalmente cuando era, como de costumbre, el aderezo de la razon. Ya en su niñez, el héroe de Salamina reveló lo que con el tiempo seria. « En los ratos de diversion y huelga que le dejaban sus primeros estudios, dice Plutarco, nunca jugaba ni estaba ocioso, como los demás niños: se le hallaba meditando, componiendo discursos para sí, esto es, la acusacion ó la defensa de algun compañero

suyo. » Digasenos si con semejantes disposiciones, con la ardiente ambicion de que estaba poseida su alma, necesitaba Temístocles, cuando hombre, aprender algo en el manual de Corax, ó en otro cualquier fárrago de ese jaez.

Aristides.

Aristides fué rival de Temístocles, y sus opiniones triunfaron bastantes veces en las asambleas del pueblo ateniense, á copia de buen sentido, de probidad, de grandeza, si no quizás de pasion y astucia. Sin embargo, Aristides sabia tambien ayudar la razon con el ingenio, y en caso necesario no estaba falto de indignacion. Habiéndole ocasionado disgustos su integridad en la administracion de la hacienda del estado, fingió que se arrepentia de su conducta, y dejó obrar á sus anchas á los que esquilmaban el erario; despues, como el pueblo, engañado por las interesadas aclamaciones de aquellos saqueadores, se dispusiese á sostenerle en su cargo de tesorero: « Atenienses, dijo, cuando manejé vuestros negocios á ley de magistrado fiel y de hombre honrado, me llenaron de improperios, y desde que entregué á los ladrones casi toda la fortuna pública, soy á vuestros ojos un ciudadano admirable. Mas me avergüenzo pues de la honra que hoy quereis concederme, que de la reprobacion que sufrí el año último; y duélome sinceramente de vuestra flaqueza, cuando veo que entre vosotros es mas glorioso complacer á los perversos que conservar los bienes de la república (1). » En seguida les presentó las pruebas manifiestas de todos los peculados que se habian cometido, y les sacó de su error. La elocuencia de Aristides, aun mucho

(1) Plutarco, *Vida de Aristides*.

mas que la de Temístocles, podía dispensarse de todo artificio. Aquello era la elocuencia del alma, cuyo poderío es irresistible; y sin duda pensaba en Aristides el primero que definió al orador: un hombre de bien que sabe hablar. Antes daríamos crédito á los cuentos mas inverosímiles, que creer que Aristides no sobresalió en la elocuencia; y por nada negaríamos el título de grande orador al gran ciudadano que merecia que le aplicasen en el teatro los versos de Esquilo sobre Anfiarao: «No quiere parecer hombre de bien, sino serlo; su alma es un terreno fértil, donde germinan los consejos prudentes (1).»

Pericles.

Concedemos desde luego que casi todos los que ejercieron algun influjo en Atenas antes de la definitiva subida al poder de Pericles, mas eran guerreros que oradores, y que Cimón, hijo de Milcíades, debió principalmente su imperio sobre sus conciudadanos á sus talentos militares, á su riqueza, á su liberalidad, y á la memoria del trofeo de Maratón, levantado por su padre; pero Pericles fué esencialmente un político, un orador: en él, el soldado era el glorioso complemento del estadista. Lo mucho que sabemos de la elocuencia de Pericles nos da derecho á sentar que ningun orador ha reunido en mas eminente grado las cualidades que constituyen el genio oratorio, desde las mas sublimes hasta las mas humildes. Sus pensamientos eran grandes, brillantes sus imágenes, vigorosas sus expresiones, majestuosos su porte y ademan, penetrante y simpática su voz, viva y apasionada su alma, pero dueña de sí misma; agregándose á

(1) *Los Siete contra Tebas*, v. 592 y sig.

todo eso una fecundidad de recursos y una presencia de ánimo incontrastables. «Cuando le he derribado, decia un adversario suyo, y le tengo debajo de mí, exclama que no está vencido, y á todos persuade de ello.» Durante cuarenta años fué Pericles para los atenienses, no solo el primer orador, sino, digámoslo así, la elocuencia personificada. Los tres discursos que Tucídides pone en su boca (1) son dignos, en efecto, de haber sido pronunciados por tal hombre, sobre todo la oración fúnebre de los guerreros atenienses; y no dudamos de que esta vez el historiador ha reproducido fielmente las principales ideas del orador. Hasta hay algunas expresiones que no parece sino que salen de la boca de Pericles, y que de seguro no inventó Tucídides. Pericles mismo fué quien diria, por ejemplo: «Toda la ciudad es la escuela de Grecia (2); si, Pericles, por quien Atenas habia llegado á ser el museo de las artes y la capital del mundo antiguo. Sin embargo, esos discursos tan admirables no son mas que breves extractos, á pesar de su extension; y si en manos de Tucídides ganaron en eficacia y concision, ¿qué no perdieron en cuanto á la rotundidad, brillantez y sobre todo á la elegancia y gracia sin afectacion que caracterizaban la elocuencia de Pericles? Por manera que no vacilamos en afirmar que si Pericles hubiese escrito, ó si poseyéramos nosotros, en su verdadera forma, algunos de sus discursos, aunque solo fuesen las tres arengas cuya memoria eternizó Tucídides, tendríamos los mas hermosos

(1) Tucídides, lib. I, cap. CXL y sig., lib. II, cap. LXXIV y sig.; *id.*, cap. LX y sig.

(2) Tucídides, lib. II, cap. XLI.

monumentos, y los mas imperecederos, de la elocuencia ateniense.

Decia Eupólis que Pericles era el único orador que dejaba el aguijón en el alma de los que le escuchaban; y poco tiempo despues de la muerte del mismo Pericles, nos le representa Aristófanes como á un Júpiter Olímpico, lanzando rayos y truenos, y trastornando la Grecia. A las lecciones de Anaxágoras debió, segun Ciceron, el merecimiento de tal elogio. Platon hace decir á Sócrates, en el *Fedro*, que Pericles aventajó á todos los oradores por haber sido discípulo de Anaxágoras, y que el filósofo le habia enseñado, entre otras ciencias, que clase de discurso era propio para tocar cada una de las cuerdas del alma. En efecto, merced á un trato asiduo con Anaxágoras por espacio de largos años, perfeccionó Pericles las portentosas cualidades de que le dotara la naturaleza. «En las conversaciones de Anaxágoras, dice Plutarco, adquirió el conocimiento de los fenómenos de la naturaleza; y á ellas debió tambien la elevacion y gravedad de su entendimiento, su elocucion noble y exenta de las afectaciones de la tribuna y de la bajeza del estilo popular, y al mismo tiempo la severidad de su semblante, donde nunca apareció la sonrisa, su andar mesurado, el tono de su voz, siempre sostenido y siempre igual, la sencillez de su porte, de su ademan, y hasta de sus vestidos, que nada alteraba mientras él estaba hablando, cualesquier que fuesen las pasiones que le agilaran; en fin, cuanto hacia de Pericles el objeto de la admiracion universal.» Antes de Anaxágoras, Zenon de Elea fué su maestro, y le acostumbrió á la dialéctica y á las especulaciones profundas. Sin exagerar pues las obligaciones de Pericles con la fi-

losofia, puede decirse que la debió muchísimo: merced á ella le fué dado alcanzar, hasta donde lo permite la flaqueza humana, la perfeccion suprema.

Pericles tenia mas de cincuenta años cuando resonó por primera vez en la ciudad la docta picoteria de lo supuestos oradores sicilianos. ¿Diráse que el poderoso estadista, en el pináculo de su gloria y de su genio, fuese á alistarse en la escuela de los nuevos doctores? Sus hábitos conocidos, la dignidad de su carácter, los nobles principios que profesó toda su vida, ¿no están clamando que Pericles no podia mirar á los sofistas sino con lástima y desprecio?

CAPÍTULO XXVI.

Sofistas.

EDUCACION DE LOS NIÑOS EN ATÉNAS.—LOS SOFISTAS.—DOCTRINAS Y ELOCUCION DE LOS SOFISTAS.—PRÓDICO.—POLO.

Educacion de los niños en Atenas.

En la comedia de las *Nubes* de Aristófanes hay dos personajes fantásticos, el Justo y el Injusto, que se disputan la honra de dar lecciones al hijo de Estrepsiades. El Justo pondera la antigua educacion y las costumbres antiguas: el Injusto decanta las costumbres del día y las nuevas doctrinas. En otros tiempos, segun el Justo, los niños recibian del maestro de escuela una instruccion sencilla y sólida; el citarista, ó maestro de música, les enseñaba cantos varoniles y bélicos, y el pedotribo, ó director de palestra, hacia de ellos hombres diestros, vigorosos, incansables. Así se formaron, dice el Justo, los héroes de Maraton: promete á Fi-

dípidas, si sigue los viejos y saludables ejemplos, una salud perfecta y un ánimo sosegado, pecho robusto, tez fresca, hombros anchos y lengua discreta. El Injusto entra en contienda con el Justo, y ensalza á su vez lo que sabe hacer. Todo se resume en pocas palabras: enseñar á gozar de la vida. Pero la virtud de que mas se engríe el Injusto, es el arte de engañar á los hombres. «Los filósofos, dice, me apellidan el Injusto, porque fui el primero que ideó los medios de oponerse á la justicia y á las leyes; pero es cosa que vale sumas de oro, defender la causa mas débil, y luego ganarla.» Es imposible resumir mejor que Aristófanes, no los principios morales de Sócrates y el fin de sus enseñanzas, como él pretendia, sino la moral, los designios declarados ú ocultos de los que á la sazón se envanecían del nombre de sofistas.

Los Sofistas.

La voz *sofista* significa, en su acepción genuina, un hombre hábil, un sabio. Este es el nombre que á mediados del siglo V tomó una caterva de hombres procedentes de todos los puntos de Grecia, quienes cayeron sobre Atenas y hallaron en ella lo que buscaban: honra y provecho. Górgias de Leontium, Protágoras de Abdera, Pródico de Céos, Hipias de Elis, Trasímaco de Calcedonia, Polo de Agrigento, Eutidemo de Chios, y otros, todos los sofistas en fin, maestros y discípulos, jactábanse de poseer la ciencia universal. Discurrían sobre cualquier materia con inagotable facundia, y enseñaban por dinero el arte de hacer otro tanto. Reunían gente en el teatro, en los gimnasios, en la plaza pública, y desafiaban á los oyentes á proponer ninguna cuestión que ellos no fuesen capaces de resolver. Improvisaban indife-

rentemente un discurso político ó una disertación gramatical; una oración fúnebre ó el elogio de la calentura; un alegato en favor de la mosca, del escarabajo, de la chinche, ó la defensa de un inocente citado ante el tribunal. Y se enriquecían: los discípulos afluían, aspirando todos á hablar también de cuanto puede saberse y de otras cosas mas.

Doctrinas y elocuencia de los sofistas.

El fondo de la sofística es un escepticismo absoluto. Górgias enseñaba que nada hay real, que nada puede saberse, y que las palabras no corresponden á objetos verdaderos. Protágoras hacia del hombre, según su misma expresión, la medida de todas las cosas: negaba toda distinción entre la verdad y el error, y reducía la realidad á la opinión actual del sujeto pensador. Los discípulos rivalizaban unos con otros sobre los asertos de los maestros, y predicaban mas ó menos abiertamente el ateísmo, el nihilismo, y sobre todo las satisfacciones sensuales. El triunfo de los sofistas, mucho mas que á su talento se debía á su impudencia. Un hombre que en nada cree, que nada respeta, no puede quedarse corto de buenas ó malas razones; y toda la retórica de los sofistas consistía en obtener á toda costa el asentimiento de los oyentes. Habían hecho acopio de toda clase de argucias, de sutilezas dialécticas, con las cuales desconcertaban á sus contrincantes y cambiaban de blanco en negro el aspecto de una causa. Su estilo corría parejas con su moral y su sistema oratorio. Poseemos una página auténtica escrita de mano de Górgias, que es la cosa mas tonta y ridícula que imaginarse puede. Es un fragmento de oración fúnebre en honor de los guerreros muertos combatiendo por su

país; es el resto de algun discurso pomposo, con el cual creia sin duda Górgias borrar la memoria de las despedidas dadas en un lenguaje sencillo y sublime por generales vencedores, por un Pericles ó un Cimon, á los valientes á quienes vieron caer á su lado. Górgias construye sus frases á cordel; los miembros se corresponden como las alas de un edificio regular: son antítesis, ecuaciones; son combinaciones de semejantes ó de contrarios; son asonancias simétricas por la identidad de las raíces de las palabras ó de sus desinencias; y otras maravillas por el estilo, capaces de dejar embelesados á todos los secuaces de esta escuela. Basta que citemos sus primeras y últimas líneas para hacer apreciar en su valor á quien fué, segun dicen, el padre bienhechor de la elocuencia. «¿Qué desear en ellos de lo que conviene á los hombres? ¿Qué deplorar en ellos que agraviase á los hombres? Yo pudiera decir lo que quiero, pero quisiera no decir sino lo que conviene... Así es que el sentimiento por su muerte no murió con ellos: sobrevive al cuerpo mortal que dejó de existir.»

Pródico.

Cumple decir, para ser justos, que aquellos hombres de sobrado ingenio, á veces eran hombres; que aquellos juglares literarios se olvidaban á veces de sus ardides y sutilezas, y acertaban con bastante frecuencia á concebir ideas justas, á expresarlas felizmente y llegar, á despecho de sus sistemas, á la belleza moral y á la elocuencia. El sofista Pródico de Céos fué el primero que representó el Vicio y la Virtud disputándose el alma de Hércules. En el libro segundo de las *Memorias de Sócrates* puede admirarse la magnífica expo-

sición que hizo de esta sublime alegoría. San Basilio consagró un capítulo entero á Pródico y su Hércules, hablando del sofista con verdadero aprecio. Vamos á citar ese pasaje del discurso *sobre la lectura de los Libros profanos*. «El sofista de Céos, Pródico, expuso en un lugar de sus escritos, con respecto á la virtud y al vicio, principios análogos á esos. También es uno de los que merecen nuestro estudio, pues no es autor despreciable. Hé aquí á corta diferencia cuál es su relación, á lo menos tal como recuerdo el pensamiento del escritor, pues no sé de memoria los mismos términos que empleó; solo sé que se expresa en sencilla prosa, y no en verso. Segun él, Hércules, muy jóven aun, y casi de la misma edad que tú, deliberaba sobre cuál de las dos sendas habia de tomar, la que conduce á la virtud al través de las fatigas, ó la que es tan fácil de seguir, cuando se presentaron dos mujeres delante de él; y estas dos mujeres eran la Virtud y el Vicio. Desde luego, y hasta sin abrir la boca, descubrian con su exterior la diferencia de su carácter. La una realzaba su hermosura con artificiosas galas; estaba lánguida de molicie, y llevaba en pos todo el enjambre de los placeres: mostraba estos objetos á Hércules, haciale promesas aun mas halagüeñas, y esforzabase para arrastrarle hácia sí. La otra, por el contrario, estaba enjuta, demacrada, tenia la mirada severa, y hablaba de muy distinto modo. No prometia á Hércules descanso ni placer alguno, sino sudores, fatigas y peligros sin fin, en todas las tierras y en todos los mares; pero en premio de estos trabajos, llegaría á ser dios, segun se expresa Pródico. Hércules acabó por seguir á esta.»

Polo.

Polo y los mas de los sofistas tienen el mérito literario de haber sobresalido en las enumeraciones brillantes, en las descripciones que ellos sin razon consideraban como definiciones verdaderas; descripciones que daban empero una idea viva, si no completa, de un vicio, de una virtud, de una ciencia ó un arte.

Perdónase de buen grado á Polo por haber sido el celador de Górgias, cuando se lee lo que sigue sobre la justicia (1), lo cual apenas tiene otro defecto que la pretension de ser una demostracion en regla, incluyendo el definido en lo que Polo daba quizás como una definicion: «La justicia en el hombre, merece á mi entender el nombre de madre y nodriza de las demás virtudes. Sin ella no es posible ser templado, valeroso, ni sensato; pues es una armonía, una paz, el concierto bien dispuesto de toda el alma. Aun se verá mucho mas su poder, si examinamos la naturaleza de las demás cualidades morales. Estas solo tienen una utilidad parcial, y solo se aplican á los individuos, mientras que la justicia se ejerce sobre el conjunto de todos los seres, y se hace sensible á una muchedumbre de hombres. Si, ella rige con soberano imperio el universo mismo, en el cual es providencia, armonía, justicia en fin. Así lo han decretado los dioses benéficos. En la ciudad se llama, no sin razon, paz y buenas leyes. En la familia es la concordia mútua de marido y mujer, el afecto de los criados á sus amos, y la solitud de los amos por sus criados. En el cuerpo, es la cualidad por excelencia, la que mas aman todos los seres vivientes, á saber: una salud inalterable. En el alma, es la

(1) Está escrito en dialecto dórico.

prudencia que adquieren los hombres con la ciencia y la justicia. Si pues gobierna y conserva el todo y las partes, y si en ellos hace reinar la concordia y la amistad, ¿porqué no llamarla, por aclamacion unánime, madre y nodriza de cuanto en el mundo existe?» De fijo el sofista aparece en alguna que otra parte, y pudiérase disputar sobre la exactitud de algunas ideas, ó sobre el modo con que Polo las dedujo; pero quien era capaz de escribir ó hablar de tal suerte, confesémoslo, merecia ser mas que sofista. Por nuestra parte, creemos que de Polo puede decirse lo que San Basilio decia de Pródico: No es autor despreciable.

Hemos de confesar tambien que ocupándose los sofistas, mas de lo que hasta entonces se habia hecho, de la forma de las frases, del valor y construccion orgánica de las palabras, no pudieron dejar de hacer algunos descubrimientos mas ó menos importantes, y de preparar los elementos de un sistema gramatical razonable. Prótagoras fué el primero, segun algunos, que distinguió los tres géneros de nombres, masculino, femenino y neutro, ó por valermé de sus términos, el varon, la hembra y las cosas. Semejantes hallazgos, lo concebimos, excitaron la admiracion de los contemporáneos, quienes hasta entonces habian hablado masculino y femenino sin saberlo; y esto era una compensacion ¡y qué compensacion! á la corrupcion de la moral pública y privada, á la perversion del buen gusto, á la abyeccion del entendimiento, á la decadencia de la poesia, al inficionamiento de la elocuencia. Por otra parte, se tenia la retórica!

CAPÍTULO XXVII.

Sócrates.

CARÁCTER DE SÓCRATES. — LUCHA DE SÓCRATES CON LOS SOFISTAS. — DOCTRINAS DE SÓCRATES SOBRE LO BELLO Y SOBRE LA ELOCUCIÓN.

Carácter de Sócrates.

Imposible es hablar de los sofistas sin que al punto se nos ocurra el nombre de Sócrates.

Sócrates fué principalmente su contradietor, su enemigo declarado, acérrimo, implacable. Nunca transigió con ellos, y á copia de valor, de buen sentido y de talento consiguió, si no extirpar todo el mal que habian hecho, á lo menos disminuirlo considerablemente, y disipar la infatuación de las almas sencillas y cándidas que sus doctrinas no habian gangrenado del todo. Sócrates nació en 470, y pertenecía á la robusta y brillante generacion que se mecía en los heróicos recuerdos de Maratón y Salamina, y que con las armas y las artes de la paz dió cima á la obra de la grandeza ateniense. Era hombre instruido y letrado, como lo eran hasta los ciudadanos mas pobres de la ciudad, merced á la excelente educacion pública tan vivamente descrita por Aristófanes. Era un soldado intrépido en el combate é incansable en la marcha, que soportaba con admirable paciencia el hambre y la sed, el frio y el calor. Era un ciudadano siempre dispuesto á sacrificar la vida al deber, como lo mostró en algunas ocasiones, dando de ello con su muerte una brillante y sublime prueba. El escultor Sofronisco, su padre, le enseñó su arte; y la naturaleza no le

habia negado las cualidades que forman al grande artista. Pero pronto dejó el cincel con que acababa de esculpir las tres Gracias, á fin de entregarse al estudio de la sabiduría, esto es, segun la máxima que habia adoptado por divisa, á fin de conocerse á sí mismo. No se recogió en una contemplacion solitaria: comunicó su sabiduría á quien quiso. Constituyóse preceptor de sus compatriotas, no por amor al oro, ni para que se hablase de él, sino en virtud de cierta vocacion interior. Discutía en la plaza pública con unos y otros, procurando con todas sus fuerzas ilustrarles la razon, corregirles los defectos, é imbuirles en las nobilísimas ideas de lo verdadero, lo bello y lo bueno. Esto era tambien trabajo de escultor, como decia; con la diferencia de que habia cambiado de herramienta y de materia.

Lucha de Sócrates con los sofistas.

Tal era su vida desde hacia algunos años, cuando aparecieron los sofistas. Pronto descubrió á las claras su falsa ciencia y sus falsos talentos, adivinando la detestable peste que acababa de infestar la ciudad de Atenas; y dió principio á la guerra así que se presentó Górgias: continuóla sin tregua ni descanso hasta el fin de su vida, durante cuarenta años enteros, contra los sofistas, contra sus discípulos, contra cuantos habian sufrido con mas ó menos intensidad el desastroso influjo de sus doctrinas. Con los discípulos, y los admiradores, Sócrates se limitaba á los coloquios familiares en que, preguntando y provocando la reflexion, atraía poco á poco al interlocutor á sus propias ideas; hábil, como decia él mismo, en *partear* los entendimientos, ejerciendo con ellos, segun su expresion tam-

bien, el arte de su madre, la comadrona Fenarela. Si trataba con los mismos sofistas, obraba con mas solemnidad, aunque no desease curar ni se lisonjeara de persuadir á aquellos grandes hombres: lo que sí queria, era desenmascarar su ignorancia real, la impiedad é inmoralidad de sus enseñanzas.

Hé aquí cómo solia portarse. Hacíase llevar por algun amigo á una de las reuniones públicas ó privadas que el peregrino personaje, Górgias ú otro cualquiera, habia de honrar con su presencia y deleitar con sus discursos al precio mas módico. Escuchaba religiosamente la magnífica disertacion; no se irritaba de los palmoteos que el orador recibía; y hasta manifestaba su admiracion por tan prodigioso talento. Luego, cuando el entusiasmo se habia calmado un tanto, pedia permiso para dirigir al sábio una pregunta muy sencilla, ó para pedirle una explicacion, que no le daria mucho en qué pensar. Si el sofista, por ejemplo, habia hecho el panegirico de la virtud, Sócrates extrañaba que no hubiese comenzado diciendo lo que era precisamente la virtud, lo que la hacia ser virtud y no otra cosa; y si el sofista respondia con una de las enumeraciones de que hemos hablado, y se ponía á reseñar las diversas cualidades que se llaman virtudes, Sócrates le demostraba que no habia contestado á la pregunta. El sofista volvía por su honrilla, y no se quedaba corto de palabras. Ora aventuraba otra enumeracion, que Sócrates rechazaba por igual motivo que la primera; ora entraba en alguna amplificacion sobre el poder de la virtud, sobre sus encantos, sobre la dicha y tranquilidad del alma virtuosa: la asamblea, como era natural, aplaudía á mas no poder;

pero Sócrates insistía, y queria obtener una definicion. A veces el sofista en su impaciencia recurria á su arsenal de argumentos capciosos, y hacia á su vez preguntas, ó suscitaba dificultad contra dificultad. Ahí le esperaba Sócrates. Entonces se trababa la verdadera lucha. Armado Sócrates de principios sólidos, de un buen sentido imperturbable, y de una perspicacia á toda prueba, desceñíase de todos los lazos con gracia y presteza, y reducía la discusion á términos precisos. Con exquisita urbanidad de formas, iba estrechando á su adversario, le impelia de una á otra concesion, y de lazo en lazo le precipitaba al absurdo, á las mas ridículas contradicciones. Al cabo se veía á todas luces que el sofista ni siquiera sabia lo que era la cosa acerca de la cual habia disertado; y Sócrates habia conseguido su objeto.

Nunca abusaba Sócrates de la victoria: bastábale que el enemigo rindiese las armas, ó abandonara el campo de batalla. Su venganza mas cruel, y no siempre la ejercía, era encargarse él mismo del asunto tratado, y establecer los verdaderos principios en lugar de la charlatanería sofística. Ni aun lo hacia con un discurso en regla: una anécdota, un mito alegórico, que según decia habia oído contar, ó bien algunos apotegmas, el comentario de un oráculo, las palabras que recordaba de algun sacerdote, no necesitaba mas; y con tal que los oyentes se llevasen en el alma algun nuevo germen de sabiduría y de virtud; con tal sobre todo que muchos comenzasen á desconfiar de su admiracion irreflexiva, Sócrates creía haber cumplido dignamente su empeño. No aspiraba á la fama de varon elocuente, ni á la de sábio. Todo lo que sé, decia, es que nada

sé. Esta era la única ciencia de que se picaba ante los sofistas; y la ironía socrática no es mas que la práctica de aquella famosa máxima, con la cual hace Sócrates que tropiece á cada paso la supuesta ciencia de los hombres que no saben que nada saben.

Doctrina de Sócrates sobre lo bello y sobre la elocuencia.

Sobre ser Sócrates el crítico mas ingenioso, mas sutil, mas profundo y mas cortés, tenía acerca de todos los puntos esenciales de moral, política y religion, ideas fijas, soluciones enteramente prácticas; y su aparente ignorancia encubría la ciencia mas real y el sistema mas completo que hasta entonces ningun filósofo habia concebido. No era su sistema un edificio fantástico como los que habian construido los jonios ó los eleatos. Buscando ante todo lo bello y lo bueno, Sócrates se abstenia de las especulaciones sobre la naturaleza universal de las cosas; y, como dice Ciceron, trasladó del cielo á la tierra la filosofía. No es este el lugar de recordar las vivas y sanas nociones que difundió sobre todas las cuestiones que importan á la dignidad y grandeza moral del linaje humano; por consiguiente, nos contraerémos á decir algunas palabras del modo con que Sócrates hablaba de lo bello, y de la idea que se formaba del verdadero orador y de la verdadera elocuencia.

Segun él, no puede el artista producir lo bello en sus obras copiando servilmente la naturaleza: debe elegir entre los elementos que ella suministra, y esta eleccion supone en el artista una concepcion anterior, en cuya virtud es capaz de distinguir lo bello de lo que no lo es. «Había ido un dia á casa de Cliton el estatuario, y hablaba con él de

esta manera: Ya veo que no representas de igual modo al atleta en la carrera, al luchador, al púgil, al pancraciasta; pero ¿cómo imprimes á tus obras el carácter de vida que encanta principalmente á los espectadores? Como Cliton vacilase y tardase en responder: ¿Será, añadió Sócrates, que, conformando las estatuas con los modelos vivos, las presentas mas animadas?—Este es todo mi secreto.—Segun las diferentes posturas del cuerpo, ciertas partes se levantan, mientras otras se encojen; cuando estas están apretadas, aquellas se doblan; cuando las unas están tirantes, las otras se aflojan: ¿no es imitando eso cómo das al arte la semejanza de la verdad?—Cabalmente.—¿No causa placer á los espectadores esa imitacion de la accion de los cuerpos?—Así debe ser.—Pues es preciso expresar la amenaza en los ojos de los combatientes, la alegría en los de los vencedores.—Seguramente.—Pues preciso es tambien que la estatuaria exprese con las formas las acciones del alma (1).»

Sócrates prueba asimismo al pintor Parrasio que la pintura debe reproducir especialmente el carácter moral de los personajes (2). Lo bello, segun Sócrates, la belleza verdadera, la que eleva el alma y la enardece de admiracion y entusiasmo, es inseparable de lo bueno, así en la realidad como en la lengua griega, la cual los unia á veces en una sola expresion, compuesta de los términos *bueno* y *bello*, y se valia del mismo término *bello* para significar lo bueno y lo decoroso.

Sócrates no llamaba poesia una versificacion sonora, una música que solo habla al oido y nada dice al corazon. Con-

(1) Jenofonte, *Memorias de Sócrates*, lib. III, cap. X.

(2) Id., *ibid.*

sideraba como dos cosas casi incompatibles la retórica y la elocuencia. La única táctica legítima, en su sentir, es adoptar desde luego las ideas admitidas en general como evidentes, con la condición empero de limpiarlas insensiblemente de toda mezcla impura y conducir á los oyentes á lo esencialmente, verdadero, bueno y justo. «En todas las discusiones, dice Jenofonte, procedía por los principios mas generalmente reconocidos, persuadido de que era un método infalible. Así es que á nadie he conocido que supiese llevar mejor á sus oyentes á reconocer las verdades que quería demostrarles. Porque Ulises, decía, sabía deducir sus pruebas de las ideas admitidas por los que le escuchaban, Homero dijo de él que era un orador seguro de su causa (1).» Platon mezcló mucho sus propios conceptos con las ideas que había recibido de su maestro, para que podamos distinguir con certeza todo lo que hay verdaderamente socrático en sus diálogos, hasta en los mas socráticos. Conócese empero muchas veces que lo que dice el Sócrates del diálogo, Sócrates vivo pudo y debió decirlo. De seguro fué Sócrates mismo quien dijo aquellas palabras que Platon le pone en boca en el *Górgias*: «El buen orador, el que se conduce segun las reglas del arte, se propondrá siempre este fin, la justicia, así en los discursos que dirija á las almas, como en sus acciones; y bien dé, bien quite algo al pueblo, lo dará ó quitará por igual motivo, dedicando sin cesar su talento á inspirar la justicia en el alma de los ciudadanos y desterrar de ella la injusticia; á fomentar en ella la templanza, y sacudir la destemplanza; en fin, á inocular en ella las virtudes, y excluir los vicios.»

(1) Jenofonte, *Memorias de Sócrates*, lib. IV, cap. VI.

El hombre que había desenmascarado á los sofistas, y consagrado su vida á la práctica de las virtudes, la investigación y enseñanza de la verdad; el hombre que creía que nada es el arte sin lo bello, ni la elocuencia sin lo justo, merecía mil veces beber la cicuta, y la bebió. Para acusarle se aunaron un poeta trágico sin talento, un ricacho malvado ó fanático y un impudente demagogo. Sócrates fué condenado; pero Melito, Anito y Liconte no mataron las ideas de Sócrates.

CAPÍTULO XXVIII.

Oradores de últimos del siglo V antes de Jesucristo.

DEMAGOGOS.—ESTADISTAS.—ANTIFONTE.—DISCURSOS ATRIBUIDOS Á ANTIFONTE.—ANDÓCIDES.—LÍSIAS.

Demagogos.

Así que Atenas se dejó inficionar por las enseñanzas de los sofistas, fué víctima de los demagogos, y los últimos años de Pericles, amargados por calamidades domésticas, lo fueron también momentáneamente por la injusticia popular. Estos nuevos jefes, por quienes el pueblo enloquecía, eran los oradores políticos enseñados por los sofistas. Así es que los sofistas dotaron á la tribuna ateniense de hombres como Cleonte, Hipérbolo, Liconte, á quien ya hemos citado y de otros muchos mas ó menos desacreditados en la historia, siendo algunos conocidos solamente por los sarcasmos de los antiguos autores cómicos. El único de estos oradores que al parecer se distinguió bastante por su talento, fué

sideraba como dos cosas casi incompatibles la retórica y la elocuencia. La única táctica legítima, en su sentir, es adoptar desde luego las ideas admitidas en general como evidentes, con la condición empero de limpiarlas insensiblemente de toda mezcla impura y conducir á los oyentes á lo esencialmente, verdadero, bueno y justo. «En todas las discusiones, dice Jenofonte, procedía por los principios mas generalmente reconocidos, persuadido de que era un método infalible. Así es que á nadie he conocido que supiese llevar mejor á sus oyentes á reconocer las verdades que quería demostrarles. Porque Ulises, decía, sabía deducir sus pruebas de las ideas admitidas por los que le escuchaban, Homero dijo de él que era un orador seguro de su causa (1).» Platon mezcló mucho sus propios conceptos con las ideas que había recibido de su maestro, para que podamos distinguir con certeza todo lo que hay verdaderamente socrático en sus diálogos, hasta en los mas socráticos. Conócese empero muchas veces que lo que dice el Sócrates del diálogo, Sócrates vivo pudo y debió decirlo. De seguro fué Sócrates mismo quien dijo aquellas palabras que Platon le pone en boca en el *Górgias*: «El buen orador, el que se conduce segun las reglas del arte, se propondrá siempre este fin, la justicia, así en los discursos que dirija á las almas, como en sus acciones; y bien dé, bien quite algo al pueblo, lo dará ó quitará por igual motivo, dedicando sin cesar su talento á inspirar la justicia en el alma de los ciudadanos y desterrar de ella la injusticia; á fomentar en ella la templanza, y sacudir la destemplanza; en fin, á inocular en ella las virtudes, y excluir los vicios.»

(1) Jenofonte, *Memorias de Sócrates*, lib. IV, cap. VI.

El hombre que había desenmascarado á los sofistas, y consagrado su vida á la práctica de las virtudes, la investigación y enseñanza de la verdad; el hombre que creía que nada es el arte sin lo bello, ni la elocuencia sin lo justo, merecía mil veces beber la cicuta, y la bebió. Para acusarle se aunaron un poeta trágico sin talento, un ricacho malvado ó fanático y un impudente demagogo. Sócrates fué condenado; pero Melito, Anito y Liconte no mataron las ideas de Sócrates.

CAPÍTULO XXVIII.

Oradores de últimos del siglo V antes de Jesucristo.

DEMAGOGOS.—ESTADISTAS.—ANTIFONTE.—DISCURSOS ATRIBUIDOS Á ANTIFONTE.—ANDÓCIDES.—LÍSIAS.

Demagogos.

Así que Atenas se dejó inficionar por las enseñanzas de los sofistas, fué víctima de los demagogos, y los últimos años de Pericles, amargados por calamidades domésticas, lo fueron también momentáneamente por la injusticia popular. Estos nuevos jefes, por quienes el pueblo enloquecía, eran los oradores políticos enseñados por los sofistas. Así es que los sofistas dotaron á la tribuna ateniense de hombres como Cleonte, Hipérbolo, Liconte, á quien ya hemos citado y de otros muchos mas ó menos desacreditados en la historia, siendo algunos conocidos solamente por los sarcasmos de los antiguos autores cómicos. El único de estos oradores que al parecer se distinguió bastante por su talento, fué

Cleonte, quien tambien era sin duda el único que tenia valor; pero Cleonte era un ambicioso sin principios, un hombre feroz y arrebatado; y su elocuencia se resentia de la violencia de su carácter, al par que de la bajeza de su alma. Tenia ademan vehemente, y Plutarco dice en alguna parte que Cleonte fué el primer orador que al hablar abria su manto y se golpeaba el muslo. Valiase de cierta astucia impudente para ocultar la perversidad de sus designios y cohonestarlos con el interés general; y su fecunda imaginacion, su jactancia militar, agradaban á los atenienses. Tucídides dice de Cleonte: «Era el ciudadano mas violento, y entre todos los oradores de entonces, el que mas complacia al pueblo por sus consejos (1).» A Cleonte le fué dado prevalecer hasta su muerte contra las personas mas honradas, y destruir casi todo el influjo político de Demóstenes y Nicias, los dos mejores generales de aquel tiempo, á quienes faltaba empero el poder oratorio. Los demás demagogos apenas fueron mas que revoltosos de baja esfera, hombres cuyo talento solo consistia en las picardías y sutilezas, no muy gastadas aun, de la sofística.

Estadistas.

Entre ellos no hemos de contar á Alcibiades ni á Cricias, quienes, con todos sus defectos y vicios, eran dos estadistas y no dos demagogos, dos verdaderos oradores y no dos habladores descarados; á lo cual debemos añadir que no aprendieron en la escuela de los sofistas. Alcibiades se instruyó en los negocios en la casa de su tío y tutor Pericles. No sacó gran provecho de las lecciones de virtud que le dió Só-

(1) Tucídides, lib. III, cap. XXXVI.

crates; pero se acordaba de sus lecciones de buen gusto. Hablaba con suma gracia y con muchísimo despejo; y un leve defecto de pronunciacion, un tartajeo algo infantil, y hasta la vacilacion con que á veces buscaba la palabra propia, no impedian que se le escuchase con gusto, al paso que su gravedad aristocrática y sus insolencias de buen tono tenian el don de agradar á los atenienses. Pero para complacer al pueblo, ni siquiera necesitaba lucir sus dotes oratorias. Los atenienses se prendaron de él desde los primeros dias, y apenas manifestaba sus deseos, cuando al punto los veia satisfechos. Así es que no se cuidó de perfeccionarse en la elocuencia, y buscó sus triunfos en su juventud, gallardia, valor, riqueza y liberalidad.

Cricias, tirano y poeta elegíaco, era tambien discípulo de Sócrates. La ambicion le convirtió en hombre violento y sanguinario, en sofista cuando era menester, hábil en solapar los pensamientos mas detestables con generosas apariencias; pero guardóse muy bien de usar el estilo y el modo de decir de los sofistas. Era ático puro, así por la sencillez de la elocucion como por el idioma. Su elocuencia, lo mismo que su poesia, era algo árida, sin que careciese de vigor y brillantez. Dejó discursos escritos, y merecia figurar en la lista de los oradores clásicos; pero los criticos alejandrinos se acordaron seguramente de los vicios y crímenes del hombre, y condenaron al orador.

Antifonte.

Aun quedaban despues de Pericles algunos hombres de la precedente generacion, no postrados por la edad, quienes no eran sofistas ni ambiciosos, y en medio de aquella

corrupcion politica perpetuaban las antiguas tradiciones del honor y de la virtud. Tal fué Antifonte, digno amigo de Tucídides y Sócrates. Nació en Ramnunta de Atica en 480. Lo mismo que Tucídides, durante la guerra del Peloponeso ejerció varias veces mandos militares. Créese tambien que fué arconte en 448. Era el alma del partido aristocrático. En 411 fué acusado y sentenciado á muerte, á la edad de sesenta y nueve años, so pretexto de traicion, por haber tratado de ajustar la paz con los lacedemonios. Su cadáver fué extrañado del territorio, su casa arrasada, sus hijos y su posteridad degradados de sus derechos cívicos. El discurso que Antifonte pronunció en su defensa era, segun dicen, una obra maestra; pero sus jueces eran sordos, y le habian condenado de antemano.

Tucídides hace un hermoso retrato de este elocuente y honrado varon (1). «Antifonte, dice, no cedia en virtud á ningun ateniense de su tiempo; sobresalta en pensar y en expresar sus pensamientos. Su reputacion de severo contribuyó á hacerle sospechoso al pueblo; pero para los que estaban procesados, ya ante los tribunales, ya ante el mismo pueblo, el apoyo de Antifonte valia por sí solo mas que todos los consejos.» Como se ve, Antifonte era orador judicial, aun mas que orador político. Habíase consagrado especialmente á la defensa de los acusados, y sobre la puerta de su morada puso esta inscripcion: *Aquí se consuela á los desgraciados*. Enriquecióse bastante, ejerciendo esta profesion, y tambien enseñando á la juventud los principios del arte oratoria que su talento, su experiencia y ante todo su alma le revelaran. Diz que á los cuarenta

(1) Tucídides, lib. VIII, cap. LXVIII.

años y mas, fué á la escuela de Górgias: sin duda iba, como Sócrates, para penetrar las vanidades de la sofistica, para aprender á precaver á sus discípulos contra los argumentos capciosos, y para confirmarse en sus graves y severos métodos. Los contemporáneos de Alcibiades apellidaban Nestor al respetable orador de la aristocracia; y el título de Ramnusiano llegó á ser sinónimo de hombre elocuente, merced á la elocuencia del ciudadano de Ramnunta. Antifonte desagradaba en alto grado á las nuevas generaciones, y sin embargo la admiracion triunfaba de las preocupaciones y de la ojeriza.

Discursos atribuidos á Antifonte.

Poseemos quince discursos atribuidos á Antifonte; pero la elevada idea que tenemos derecho á concebir de las obras que le merecieron la honra de figurar entre los grandes oradores, apenas permite considerar auténticos estos discursos. Son alegatos, y parece que tres de ellos no mas se pronunciaron en causas reales. Los otros doce son declamaciones de escuela, distribuidas en tres tetralogías: cada tetralogía se compone de cuatro discursos que versan sobre el mismo asunto. Es muy posible que estas doce defensas saliesen de la misma escuela de Antifonte, y sean las redacciones de algunos ejercicios de sus discípulos; pero en ellas no se entrevé mucho la mano del maestro. Las otras tres tampoco son muy dignas de Antifonte. En vano buscaríamos en ellas algo que tuviera visos de elocuencia; y en vez de la plenitud de pensamientos, de la gravedad y majestad cuyo secreto, segun dicen, enseñó Antifonte á Tucídides, en la diction y en el estilo abundan los defectos de

la escuela del Górgias, las antítesis, las desinencias simétricas, y todas las combinaciones de palabras y sílabas de que tanto se engreían los sofistas. La menos mala de las tres, la defensa para un mitileniense acusado de haber asesinado viajando á un tal Heródes, también adolece de ellos. Si este discurso es de Antífonte, forzoso es que Tucídides nos haya engañado, ó que el orador estuviese sujeto á muy extraordinarias caídas. El Ramnusiano escribiría para sus clientes discursos algo mas patéticos y algo menos afectados que la defensa para Hélos de Mitilene. Por lo demás, poco nos importa la procedencia de este y los otros dos discursos, y especialmente de las tres tetralogías.

Andócides.

La vida de Andócides forma con la de Antífonte un sorprendente contraste. Nació en Atenas en 468. Su juventud pasó entre locas disipaciones, su edad madura entre intrigas de toda clase, y ni aun la vejez le dió cordura. Su talento le valió la autoridad que no podía adquirir con sus vicios. Fué uno de los ciudadanos encargados de negociar con Lacedemonia la paz de treinta años que precedió á la guerra del Peloponeso. En 415 se le complicó con Alcibíades en una acusación de sacrilegio, relativa á la mutilación de los Hermes y á la profanación de los misterios. Salió del paso acusando á su vez á otras personas en quienes no habían recaído sospechas, y aprovechando los privilegios concedidos á los denunciantes. En seguida se puso á correr mundo, y enriquecióse por toda clase de medios. Restituido á Atenas, fué expulsado por los Treinta, y no volvió á dicha ciudad sino con Trasíbulo. Mas adelante re-

novaron contra él la acusación de sacrilegio, y á los sesenta y ocho años tuvo que defender otra vez su amenazada vida. Entonces también se escapó; pero tomó el partido de ausentarse de su patria, donde casi todas las personas honradas eran enemigas suyas, y fué á morir en el destierro, seguramente en la isla de Chipre, cerca de su amigo el rey Evágoras, á quien había vendido por dinero constante una nieta del justo Aristides, su propia prima y pupila.

Este hombre despreciable y despreciado se trasformaba en la tribuna ó delante de sus acusadores, y á copia de talento hacia olvidar todas sus bajezas. Su elocuencia no era impetuosa ni tenía los sublimes arranques privativos de las grandes almas: era una corriente pura, cristalina, templadamente rápida; una perfecta claridad de exposición, un estilo no estudiado, sencillo, franco, el estilo de la escuela antigua, con cierto aroma de inocencia no muy propio de Andócides. Tal se nos muestra aun este orador en los cuatro discursos que nos quedan de los siete que escribió. Júzguese de ello por el exordio del alegato con que se defendió en el año 400 contra la acusación capital entablada por Cefisio y apoyada por Lisias.

« Conocidas os son, ciudadanos, las intrigas y las animosidades de mis enemigos, encarnizados en persecución mía desde mi regreso á Atenas, y fuera supérflua toda prolija reflexión sobre este punto. Me limito á una demanda justa, que os será fácil de conceder, y á mí muy preciosa. Pensad que al comparecer ante vosotros libremente, sin caución, sin previo encarcelamiento, me apoyo en el derecho y en vuestra equidad, seguro de que, lejos de de-

jarme ser víctima de mis enemigos, me arrancareis de sus manos con una sentencia conforme á las leyes y á vuestro juramento. En todas partes me repetían las palabras de esos hombres. — Andócides no aguardará que le juzguen; se alejará, huirá. Quién! él, arrostrar un proceso peligroso, cuando puede irse, llevarse abundantes provisiones y volver á la isla de Chipre, donde tiene grandes haciendas, dadas por la munificencia de un príncipe! ¿Qué consideración le detendría aquí? ¿No ve el triste estado de la república? — ¡Cuán lejos están de mi corazón tales pensamientos, oh atenienses! No, por mas goces que me ofrezca el extranjero, por mas abatida que se halle Atenas, no podría vivir lejos de mi patria; que el título de ateniense me parece muy preferible al de ciudadano de las ciudades mas florecientes. Penetrado de estos sentimientos, pongo mi vida en vuestras manos. »

Lo demás del discurso *sobre los Misterios* es digno de este principio: Andócides se levanta hasta lo patético cuando refiere lo que pasó en la cárcel donde estuvo encerrado con sus deudos, y cómo le determinaron estos á hacer revelaciones. También hay retratos de algunos enemigos suyos, trazados con maestría. Los demás discursos de Andócides, sin ser obras maestras, se distinguen por calidades análogas, y valen mucho, como el discurso *sobre los Misterios*, por los interesantes pormenores que contienen relativos á la historia contemporánea.

Lisias.

Aunque los alejandrinos le nombren con Antifonte y Andócides, Lisias es mucho mas conocido, no quizás porque

poseemos de él bastantes discursos, sino porque Ciceron ensalzó mas de una vez sus méritos. Nació en Atenas, en 459. Su padre Céfalo era un rico siracusano que hacia algun tiempo que vivia en Atica. Despues de la muerte de su padre, Lisias fué á domiciliarse con su hermano mayor Polemarco en Turies (Italia), donde permaneció mucho tiempo, y no regresó á Atenas hasta el año de la muerte del orador Antifonte. Tomada Atenas por los lacedemonios, ambos hermanos fueron víctimas del odio de los Treinta. Confiscáronle sus bienes, y Polemarco tuvo que beber la cicuta. Lisias huyó á Megara con otros proscritos, y restituyóse á Atenas despues de la derrocaion de la tiranía, siendo admitido por Trasíbulo en el número de los ciudadanos. Mas adelante le disputaron sus derechos, y por un mero defecto de forma los perdió sin poder recobrarlos nunca. Murió en 379, á los ochenta años.

Lisias escribió mas de doscientos discursos; pero personalmente solo pronunció algunos. Su condicion de extranjero no le permitia mezclarse activamente en los asuntos políticos, ni subir á la tribuna: escribía para otros, ó bien para ser leído. Los antiguos le apreciaban particularmente como á autor de alegatos. « Los que toman por modelo á Lisias, dice Ciceron en el *Bruto*, toman por modelo á un orador judicial, no por cierto muy rotundo y majestuoso, sino fino y elegante, y bastante sólido para sostenerse bien en las causas del foro. » En otro lugar repite Ciceron el mismo elogio y añade: « Ya casi se atreveria uno á llamarle orador perfecto. » Despues de hablar tambien Quintiliano de la finura y elegancia de Lisias, añade juiciosamente: « Si bastase para el orador explicar los hechos, nada ten-

driamos que buscar mas perfecto que Lísias, pues en él nada hay inútil, nada supérfluo: con todo, mas se parece á una fuente cristalina que á un gran río.»

Los atenienses, tan celosos de su aticismo, reconocian en Lísias uno de los escritores áticos mas puros; y este renombre hizo de él, en vida suya, un clásico, un autor á quien se estudiaba por la dición y por la exquisita eleccion de las palabras. Cumple empero decir que esta era casi toda la elocuencia de Lísias. Nada mas tibio y menos interesante que sus discursos, á no ser que en ellos se busquen noticias históricas ó particularidades gramaticales. Algunas narraciones bien hechas, en las que todo respira naturalidad y verosimilitud, son muy poca cosa para justificar á los que quieren ver en Lísias algo mas que un escritor de excelente estilo. Lísias no tiene siquiera aquella chispa de fuego oratorio que se nota en Andócides. Véase por ejemplo su acusacion contra Eratóstenes, uno de los Treinta, á quien atribuia la muerte de su hermano. Refiere las desgracias de Polemarco y las suyas casi con tanta frialdad como si contase la historia de hombres de los tiempos antiguos; y cuando describe la sangrienta oligarquía de los Treinta, no halla uno de los acentos enérgicos que revelan una emocion verdadera. Si se observa eso en un discurso que pronunció el mismo Lísias, júzguese de lo que son unos alegatos compuestos para otros, ó unos discursos pomposos. Su *Oracion fúnebre de los guerreros de Atenas muertos en auxilio de los corintios* es insípida. No podemos acostumbarnos á la idea de una elocuencia sin entusiasmo y sin lo patético. Lísias escribió para Sócrates, acusado, un discurso apologético que el filósofo rehusó. Si no supié-

semos los motivos de esta repulsa, nos inclináramos á suponer que Sócrates desconfiaba de la elocuencia de su amigo, y que no queria ser defendido por el frio acusador de Eratóstenes.

Impreso por primera vez lo que antecede, un catedrático de la Univeridad, M. Julio Girard, escribió una sábia é ingeniosa disertacion sobre el aticismo de Lísias. El Sr. Girard no se propone, contra la naturaleza, hacer de Lísias un prototipo de Demóstenes: insiste con razon en las verdaderas cualidades del escritor, en los servicios que Lísias prestó al buen gusto con sus ejemplos, en el encanto de su estilo y en la admirable pureza de su dición. Nada nos cuesta admitir los resultados de ese profundo estudio. Nosotros solo hemos dicho que Lísias no satisface la idea que tenemos derecho á formarnos de la elocuencia completa, del completo orador. El Sr. Girard tambien lo dice, pero con ciertas salvedades en favor del hombre por quien la elocuencia pudo alcanzar la perfeccion del estilo oratorio. Despues de exponer lo que distingue eminentemente el arte griego de la poesía griega: «La elocuencia ateniense, dice, si nos la representamos en su mas alto grado de perfeccion, ofrece los mismos caracteres de precision, hermosura y grandeza: es el concierto de un pensamiento justo y bello con una expresion justa y bella. Los atenienses disfrutaban pues dichosamente del poder de un idioma que expresa al punto, sin trabajo y sin rodeos, todas las bellezas, todos los primores del pensamiento que traduce, tan exactas son las relaciones de las palabras y las ideas, tan íntima es su union; de forma que la armonía de las palabras hace percibir al mismo tiempo la armonía inmaterial de las ideas

que es la música del alma. En Lisias no se encuentra este ideal sublime: ni la indole de sus obras ni la de su entendimiento lo permitian; pero si á sus sucesores les fué dado algunas veces alcanzarlo, debieronlo en parte al hombre cuya elegante precision y graciosa sencillez no pudieron superar, teniendo que seguir la senda que primero trazara él de un modo cierto; y la lengua que les dejó poseía ya las cualidades mas esenciales al digno instrumento de la grandilocuencia. Solo faltó nutrir mas aquella elocuencia algo descarnada, y distribuir matices mas ricos y brillantes sobre aquella tinta suave y uniforme que en todo estaba repartida por igual. Dionisio de Halicarnaso compara las obras de Lisias con aquellas pinturas antiguas que carecian de los recursos de un arte mas adelantado, y no ofrecian aun la variedad de los colores, los efectos de luz y de sombra, ni la ciencia del colorido y de la perspectiva, pero que sin embargo admiraban por la correccion irreprochable del dibujo y la inimitable pureza de los contornos. O bien le recuerdan el talento ya delicado y gracioso del escultor ateniense Calámis, que pronto fué eclipsado por la flexibilidad mas entendida y la majestad mas valiente de Fidias. » Parécenos que no hay contradiccion alguna entre lo que acabamos de copiar y lo que mas arriba hemos dicho. En todo caso, para nosotros es una verdadera satisfaccion la de poder ofrecer al lector esta página tan sólida como interesante.



CAPÍTULO XXIX.

Jenofonte.

VIDA DE JENOFONTE.—JENOFONTE ESCRITOR.—OBRAS DE JENOFONTE.—TRATADOS FILOSÓFICOS, DIÁLOGOS, ETC.—COMPOSICIONES HISTÓRICAS.—ELOCUENCIA DE JENOFONTE.

Vida de Jenofonte.

En el anterior capítulo hemos hablado de hombres en quienes ejerció Sócrates un influjo mas ó menos directo: hé aquí uno que fué su discípulo leal y adicto, su panegirista, y que merced á Sócrates fué un valiente, un filósofo, un varon de clarísimo entendimiento, un escritor grave, útil, exento de todos los defectos que á la sazón apreciaba el vulgo, si no dotado de un verdadero ingenio. Queremos hablar de Jenofonte, autor de tantas obras tan diversas y con tanta justicia estimadas.

Jenofonte, hijo de Grilo, nació en Erquia, aldea de Atica, por los años de 445 antes de nuestra era. A los diez y ocho comenzó á seguir las lecciones de Sócrates, y pasó muchos siendo uno de sus oyentes mas asiduos. En 424, salvóle Sócrates la vida en la batalla de Delium. Impelido del espíritu aventurero y del deseo de instruirse, Jenofonte se puso á viajar á la edad de mas de treinta años, y acabó por entrar á servir á Ciro el Joven. Despues de la batalla de Cunaxa, dirigió la retirada del ejército de los Diez Mil, cuyos principales jefes habian perecido. Cuando entró en Atenas, Sócrates acababa de espirar. Jenofonte ya habia publicado algunos opúsculos: la muerte de su querido maestro

que es la música del alma. En Lisias no se encuentra este ideal sublime: ni la indole de sus obras ni la de su entendimiento lo permitian; pero si á sus sucesores les fué dado algunas veces alcanzarlo, debieronlo en parte al hombre cuya elegante precision y graciosa sencillez no pudieron superar, teniendo que seguir la senda que primero trazara él de un modo cierto; y la lengua que les dejó poseía ya las cualidades mas esenciales al digno instrumento de la grandilocuencia. Solo faltó nutrir mas aquella elocuencia algo descarnada, y distribuir matices mas ricos y brillantes sobre aquella tinta suave y uniforme que en todo estaba repartida por igual. Dionisio de Halicarnaso compara las obras de Lisias con aquellas pinturas antiguas que carecian de los recursos de un arte mas adelantado, y no ofrecian aun la variedad de los colores, los efectos de luz y de sombra, ni la ciencia del colorido y de la perspectiva, pero que sin embargo admiraban por la correccion irreprochable del dibujo y la inimitable pureza de los contornos. O bien le recuerdan el talento ya delicado y gracioso del escultor ateniense Calámis, que pronto fué eclipsado por la flexibilidad mas entendida y la majestad mas valiente de Fidias. » Parécenos que no hay contradiccion alguna entre lo que acabamos de copiar y lo que mas arriba hemos dicho. En todo caso, para nosotros es una verdadera satisfaccion la de poder ofrecer al lector esta página tan sólida como interesante.



CAPÍTULO XXIX.

Jenofonte.

VIDA DE JENOFONTE.—JENOFONTE ESCRITOR.—OBRAS DE JENOFONTE.—TRATADOS FILOSÓFICOS, DIÁLOGOS, ETC.—COMPOSICIONES HISTÓRICAS.—ELOCUENCIA DE JENOFONTE.

Vida de Jenofonte.

En el anterior capítulo hemos hablado de hombres en quienes ejerció Sócrates un influjo mas ó menos directo: hé aquí uno que fué su discípulo leal y adicto, su panegirista, y que merced á Sócrates fué un valiente, un filósofo, un varon de clarísimo entendimiento, un escritor grave, útil, exento de todos los defectos que á la sazón apreciaba el vulgo, si no dotado de un verdadero ingenio. Queremos hablar de Jenofonte, autor de tantas obras tan diversas y con tanta justicia estimadas.

Jenofonte, hijo de Grilo, nació en Erquia, aldea de Atica, por los años de 445 antes de nuestra era. A los diez y ocho comenzó á seguir las lecciones de Sócrates, y pasó muchos siendo uno de sus oyentes mas asiduos. En 424, salvóle Sócrates la vida en la batalla de Delium. Impelido del espíritu aventurero y del deseo de instruirse, Jenofonte se puso á viajar á la edad de mas de treinta años, y acabó por entrar á servir á Ciro el Joven. Despues de la batalla de Cunaxa, dirigió la retirada del ejército de los Diez Mil, cuyos principales jefes habian perecido. Cuando entró en Atenas, Sócrates acababa de espirar. Jenofonte ya habia publicado algunos opúsculos: la muerte de su querido maestro

decidió su vocación de escritor. Compuso la *Apología de Sócrates* y la interesante colección de las pláticas del filósofo, intitulada *Memorias de Sócrates*, nueva apología, mas franca y mas completa, merced á la cual se formó en breve de la inicua sentencia la opinión que merecía, quedando los acusadores de Sócrates marcados para siempre con el sello de la infamia.

Al ver la aviesa conducta de la demagogia ateniense, llenábase de amargura y disgusto el alma de Jenofonte. Este habia trabado amistad con el rey de Esparta Agesilao, cuya grandeza de carácter excitaba su admiración; y las instituciones de la ciudad de Licurgo le cautivaban el ánimo, amigo ante todo del orden, la justicia y la sencillez. Habiendo recaído en él sospechas de laconismo, como se decía, esto es, de parcialidad por los lacedemonios, aprovechóse animosamente el primer pretexto que dió contra sí: un decreto público le prohibió el regreso así que hubo partido para reunirse con Agesilao, quien hacia la guerra en Asia. Desde entonces se consideró como á verdadero lacedemonio, y no vaciló en tomar las armas contra Atenas en las contiendas intestinas de Grecia. En 394 peleaba al lado de Agesilao en Coronea; y allí terminó su vida pública. Los espartanos le habian dado bienes en Elida, en Escilunta, cerca de Olimpia: retiróse á sus posesiones, donde vivió tranquilo hasta una edad muy avanzada, dedicándose á la agricultura y á la caza, y componiendo los libros que le han dado tan brillante nombradía. Mas de ochenta años tenia cuando los atenienses, reconciliados con los espartanos, revocaron el decreto de destierro expedido contra él; pero no parece que Jenofonte volviese nunca á residir en su patria. Habíase

casado bastante tarde, y entonces tenia dos hijos en la flor de la edad. Estos dos jóvenes combatieron en las filas del ejército derrotado en Mantinea por Epaminondas en el año 363, y uno de ellos, Grilo, pereció. Dícese que el padre estaba celebrando un sacrificio cuando le dieron la infausta nueva: quitóse la corona que llevaba en la cabeza; pero luego, al saber que Grilo habia muerto como un valiente, volvió á ponérsela sin derramar una lágrima, diciendo: «Ya sabia que mi hijo era mortal.» A pesar de ese esfuerzo de resignación, su dolor fué profundo y duró todo el resto de su vida. Para distraerse y consolarse, se puso con mas ahínco y fecundidad que nunca á componer nuevas obras, y no suspendió sus trabajos hasta su último día. Diz que tenia noventa años cuando escribió el tratado de *las rentas de Atica*, si empero es suya esta obra. Murió poco tiempo despues en Corinto, en el año 355 ó 354 antes de nuestra era.

Jenofonte escritor.

Los elogios que los antiguos tributaron á Jenofonte se refieren únicamente á su estilo. Ciceron, por ejemplo, dice que este estilo es mas dulce que la miel, ó bien que las Musas hablaron por boca de Jenofonte. Quintiliano se ciñe á repetir casi lo mismo, y por toda añadidura aplica á Jenofonte las palabras de un poeta cómico respectivas á Pericles, de que sus labios eran el asiento de la Persuasion. Ciertó que los escritos de Jenofonte son en general de amena lectura: sin duda lo deben á la sencillez, á la claridad de la elocución, á la gracia no amanerada de que habla Quintiliano; pero lo deben aun mucho mas al inte-

rés ó á la utilidad de los hechos que el autor explica ó narra. Si Jenofonte hubiese pasado su vida componiendo discursos, hubiera podido tener admiradores en Atenas ó entre los aficionados al alicismo; pero en la actualidad apenas se le leería, pues no ardía en él la llama sagrada sin la cual no hay oradores. No carecía Jenofonte de imaginación, pero de aquella imaginación que solo conviene á los géneros templados. Era casi todo razón, digámoslo así, y esta razón se animaba bastante para no ser fría; pero jamás conoció Jenofonte la pasión y el entusiasmo. En el último capítulo del tratado de la *Caza* describió él mismo, mucho mejor que todos los críticos antiguos ó modernos, el carácter particular de su estilo y de sus obras. En vez de discurrir, después de tantos otros, sobre calidades que no nos son enteramente perceptibles, traduciremos esa por muchas razones curiosa página, en la cual se halla la opinión personal de Jenofonte sobre los sofistas que nos han ocupado.

«Extraño que esos hombres llamados sofistas pretendan casi todos guiar á los jóvenes á la virtud, mientras les encaminan al vicio. Pues aun no hemos visto á nadie que los sofistas del día hayan hecho hombre de bien; ni ellos mismos publican escritos cuya lectura pueda hacer hombres virtuosos. Casi siempre han compuesto obras fútiles, buenas no mas para entretener inútilmente á la juventud, en las que la virtud no tiene cabida. Los que esperaban en vano hallar en ellas alguna enseñanza sólida, pierden el tiempo leyéndolas: ya no tienen afición á los estudios provechosos, y aprenden cosas malas. Reprocho fuertemente á los sofistas tan graves daños. También les vitupero porque

atestan sus escritos de expresiones rebuscadas, y nunca de buenos pensamientos capaces de inspirar la virtud á los jóvenes. Por mi parte, soy un hombre vulgar; pero sé que la primera instrucción moral viene de la misma naturaleza: después de ella, se ha de consultar á los hombres verdaderamente sabios é ilustrados, y no á los que solo conocen el arte de engañar. Tal vez mi estilo está desnudo de elegancia. No envidio tal dote; pero deseo trazar las lecciones necesarias á los que aprenden á ser virtuosos: y no son las palabras las que pueden instruir, sino los pensamientos, si son buenos. Otras muchas personas vituperan á los sofistas del día, pero no á los filósofos, porque agotan su industria en las palabras y descuidan los hechos. Sé que sus escritos están bien compuestos y con método: por lo cual no les costará trabajo notar al punto mis defectos. Por lo demás, yo escribo para ser verídico; no para hacer sofistas, sino sabios y hombres de bien. Quiero que mis obras sean útiles, y no solamente que lo parezcan; pues quiero que nadie pueda nunca echar por tierra sus principios. Los sofistas, por el contrario, solo hablan y escriben para engañar y enriquecerse; y á nadie son de utilidad alguna. Que jamás hubo ni hay ahora un solo sabio entre ellos: muy bien está que se les llame sofistas, título denigrativo, á lo menos á los ojos de los hombres sensatos.»

El estilo de Jenofonte no es artificial como el de los sofistas, ni artísticamente trabajado como el de Tucídides. No decimos que carezca absolutamente de arte; pero este es latente, por decirlo así: el escritor no atiende al efecto; aplícase tan solo á exponer con claridad su pensamiento, á manifestarlo íntegro, á deslindar bien su capacidad y magnitud.

El arte de Jenofonte consiste en decirlo todo, y no en hacer adivinar algo; en seguir exactamente las deducciones, y no en sorprender el asenso; en elegir los giros y expresiones mas naturales y no mas brillantes, y en colocar los términos, no segun su valor pintoresco ó musical, sino con arreglo al uso comun y á la índole de la lengua.

Obras de Jenofonte.

Jenofonte supo tener conciencia de la naturaleza de su talento y reducirse voluntariamente al papel de escritor práctico, por lo cual no podemos menos de felicitarle muy de veras. Sus obras mas medianas, las en que se mostró con frecuencia inferior á sí mismo, la *Apología de Sócrates*, por ejemplo, y el *Elogio de Agesilao*, son precisamente las en que quiso tomar á veces un tono mas elevado y llegar á la dignidad oratoria; pero, á Dios gracias, casi siempre acertó á medir su tarea con sus fuerzas. No todos sus libros son obras maestras; mas tampoco hay ninguno que sea una obra sin precio. Jenofonte es algo mas que un hábil fraseólogo: es hombre de experiencia y gusto, que redacta las lecciones que ha oido, refiere los sucesos que ha presenciado ó que ha oido contar, comunica las observaciones que ha hecho sobre los caballos, sobre la caza, sobre hacienda, sobre política, sobre mil asuntos; es un polígrafo casi universal, que escribe, no para que hablen de él, ni por un vil lucro, sino para ilustrar á los hombres y mejorarles. Eso es lo que eterniza sus escritos, hasta los mas exiguos, porque dejó mas ó menos en cada uno de ellos una partícula de su alma.

Tratados filosóficos, diálogos, etc.

La obra mas preciosa y, sin disputa, la mas viva de Jenofonte, es la coleccion de las conversaciones de Sócrates, las *Memorias* de que en otro lugar hemos citado un pasaje. No se crea que el autor se tomase mucho trabajo para disponer sus partes en un orden satisfactorio, ni para reproducir en toda su verdad dramática las escenas en que Sócrates es el principal actor. Entre las conversaciones que anteriormente habia redactado, limitóse á elegir las que mas se prestaban á la apología de las doctrinas de su maestro, añadiendo algunas reflexiones para que resaltara mas el sentido de las acciones ó de las palabras de Sócrates; luego lo puso todo en un orden tal cual, poco mas ó menos, y lo dividió en cuatro libros. Acúsase á Platon de haber dado á Sócrates mas talento del que tenia: Jenofonte, por el contrario, le quitó algo. Ciertamente el verdadero Sócrates tenia mas imaginacion, mas sutileza y mas gracia que el de las *Memorias*; pero esta imagen es fiel, aunque notablemente descolorida: siempre es Sócrates, esto es, el hombre mejor y mas amable. Jenofonte ha hecho mas que justificar á Sócrates, le ha hecho amar.

La *Apología* es una composicion muy corta, semioratoria, semipolémica, que no puede compararse con la menor conversacion de las *Memorias*. El *Económico* y el *Banquete* son dos diálogos socráticos, el primero sobre la administracion doméstica y la agricultura, y el segundo sobre varios puntos de moral. El *Hieron* es un diálogo entre el tirano Hieron y el poeta Simónides: es el paralelo del tirano y del simple ciudadano, con sesudas observaciones sobre el arte

de gobernar á los hombres. Estos diálogos, donde Jenofonte puso mas original suyo que en las *Memorias*, y tambien los tratados políticos sobre las *Constituciones de Esparta y Atenas* y sobre las *Rentas de Ática*, bastan para colocar á su autor entre los filósofos moralistas, no en primer lugar, del que dista bastante, sino en un lugar muy honroso aun.

Otros tratados, de un género muy diferente de aquellos, la *Equitacion*, el *Jeje de caballería*, la *Caza*, son tal vez los que contienen mas ideas originales, y los que dan mas pruebas de la fecunda imaginacion de Jenofonte. Recibióse de maestro en las artes cuyos principios trazaba, y los describió con maestría, con amor. Por desgracia, todo ha cambiado despues, desapareciendo casi por completo el interés práctico de estas tres obras; y por otra parte, son de una índole muy especial para que nos aventuremos á decir todo el bien que nos atrevemos á pensar de ellas.

Composiciones históricas.

El libro que ha valido á Jenofonte la reputacion de que goza como historiador, su obra maestra á buen seguro, es el *Anabasis*, ó sea el relato de la expedicion de Ciro el jóven al Asia Superior, y de la retirada de los Diez Mil. Jenofonte estaba con ellos casi por casualidad, como él mismo lo dice: pero despues de la muerte de los caudillos del ejército griego, fué uno de los cinco nuevos jefes que se eligieron y que mandaron la inmortal retirada. La narracion es exacta, circunstanciada, metódica y suficientemente animada. La obra está bien compuesta, y el interés se sostiene del principio al fin de los siete libros en que se halla dividida. No contiene esas que podrian llamarse páginas brillantes.

Los retratos, incluso hasta el de Ciro, están hechos con sencillez y sin mucha galanura, no contrastando con el colorido general de la obra. Las arengas casi no son mas que lo que en realidad serian: exhortaciones, consejos y explicaciones, segun lo requerian las circunstancias y las costumbres de un ejército compuesto de voluntarios. Tampoco se olvida el historiador de describir minuciosamente los países que ha atravesado, ni de trazar cuadros completos de las costumbres y del carácter de sus moradores: bástanle algunos rasgos, solo aquellos que el lector necesita saber para comprender la índole de los obstáculos que los Diez Mil hubieron de superar. Lo que mas encanta es la modestia del narrador, que tanto contribuyó á la salvacion de sus hermanos de armas, es su valor, su indomable perseverancia; es la no afectada piedad que siempre le hace ver presente cierta providencia divina, y le hace atribuir ingenuamente á alguna inspiracion celeste las generosas y enérgicas resoluciones que le dictaba la heroicidad de su corazon. El hombre fué grande en terribles coyunturas: el historiador no se mostró indigno del hombre.

Habiendo publicado Jenofonte la obra de Tucídides, escribió su continuacion hasta la batalla de Mantinea. Las *Helénicas*, que tal es el título de esta historia, dividida en siete libros, casi carecerian de importancia á no ser la escasez de noticias en que nos hallamos con respecto á aquel medio siglo, cuyo vacío llenan poco mas ó menos. Es una relacion incompleta, no muy coherente y por lo comun poco imparcial, en la que no siempre se echa de ver el talento, si no la mano, del autor del *Anabasis*. Requiere mas que buena voluntad para hallar en ella, como algunos, algo que re-

cuerde la elocucion de Herodoto y su método. Herodoto no hubiera desflorado tan someramente unos sucesos como la paz de Antálcidas y la batalla de Egos-Potamos; ni menos se hubiera olvidado, como lo hace con frecuencia el historiador, de los gloriosos nombres de Pelópidas, Epaminondas, Conon y Timoteo. Es bien decir que Jenofonte, á los ochenta años cumplidos, con sus preocupaciones políticas y en un retiro donde le harían alguna falta los medios de adquirir noticias, no estaba á la altura de una tarea que hubiera exigido importantes investigaciones, un juicio firme y casi intrépido, alguna suavidad para los buenos, alguna dureza para los malos, Tucídides en fin, con su sed de lo verdadero y su alma poderosa. No se crea que la debilidad de la edad se haga notar mucho por la flaqueza del estilo: todavía se advierte á veces la narracion de Jenofonte, amena, varia, llena de naturalidad y gracia, y todavía la diction del que era considerado como el prosador ático mas delicioso. Pero en un asunto de tal magnitud se trataba de algo mas que de relatos bien hechos y de buen estilo.

Jenofonte no trabajaba ya muy á su gusto cuando escribia el *Agesilao*, aunque esta obra fuese el elogio de un amigo y la relacion de una vida que él sabia muy bien. El tono oratorio no le sienta mas que medianamente; por otra parte, este panegirico, por mas verdadero que fuese en el fondo, ofrecia muchas ocasiones de ofender la verdad de la historia, la verdad verdadera, y esto es lo que hizo Jenofonte varias veces, no á sabiendas, sino por efecto de sus preocupaciones laconienses.

La *Ciropedia*, obra tambien de los últimos años de Jenofonte, es sin embargo la en que mas desplegó los recursos

de su ingenio, los encantos de su narracion y estilo. Como lo indica el título, es el relato de la educacion del gran Ciro y la historia de su vida; pero en este relato y en esta historia la ficcion ocupa infinitamente mas espacio que la realidad. Es una como novela histórica en ocho libros, donde personajes y episodios, si bien muy interesantes, no concuerdan mucho con los datos mas ciertos que poseemos sobre los acaecimientos que perturbaron el mundo oriental en el siglo VI, y sobre el carácter de los hombres que en aquellas revoluciones figuraron. Mas quiso Jenofonte dar lecciones de política y moral á sus contemporáneos, que narrarles los hechos y proezas de Ciro y su pueblo. Así es que trasformó á los bárbaros en hombres completamente cultos, en sábios, en filósofos. Los persas de la antigüedad son cierto ideal que él presenta á la admiracion y á las meditaciones de la Grecia degenerada. Ciro es el retrato no menos ideal del hombre digno de mandar á hombres. Con todo, á pesar de los atractivos de esta singular produccion, no podemos menos de sentir que Jenofonte, que tan á fondo conoceria la Persia y sus anales, no escribiese sencillamente la historia auténtica de la vida y de las conquistas de Ciro.

Elocuencia de Jenofonte.

Si Jenofonte hubiese seguido como Lísias la profesion de orador, hubiera tenido en la posteridad la suerte de Lísias. Hoy ya no se le leeria, no porque sea tan extraño á la verdadera elocuencia como el hijo de Céfalo, sino porque en nuestro sentir no tenia la vehemencia ardorosa ni el entusiasmo arrebatado sin los cuales los discursos mas trabajados, los grandes discursos oratorios, no son mas que polvo

y ceniza. Con todo, su alma proba, llena de amor á lo bueno y lo bello, halló á veces acentos patéticos para afeor las acciones bajas y los pensamientos culpables, y enaltecer el heroísmo y la virtud. En alguna breve arenga se elevó á la elocuencia, dejando hablar sola á su indignacion contra los cobardes. Véase por ejemplo con qué energía rechaza en el *Anabasis* la proposicion que á los griegos hacia el beocio Apolónidas. Según el pusilánime corazón de este, no habia mas salvacion para los Diez Mil, despues de la traicion de Tisafernes, que rendirse á Artajerjes é implorar su clemencia: « ¡Oh extrañísimo personaje! exclama Jenofonte; pues qué! no comprendes lo que ves, no te acuerdas de lo que oyes! Y sin embargo con nosotros estabas cuando el rey, despues de la muerte de Ciro, engreido de su buena suerte, envió á intimarnos que depusiéramos las armas. En vez de deponerlas, cubrimonos con ellas, y fuimos á plantar nuestras tiendas cerca de él. ¿Qué respondió á esa provocacion? ¿Qué no hizo para obtener la paz? Envio diputados, solicitó nuestra alianza y nos suministró víveres hasta que se ajustó el tratado. Despues nuestros generales, nuestros caudillos, fiados en la fe del tratado, fueron sin armas á conferenciar con ellos, como nos aconsejas que lo hagamos otra vez. ¿En qué estado se hallan ahora? Malparados, heridos, cubiertos de ultrajes, los infelices no pueden obtener la muerte, que imploran sin duda como un beneficio. Sabes todo eso, y tratas de habladores frívolos á los que aconsejan la defensa; y propones que vayamos de nuevo á suplicar al rey! Mi dictámen, soldados, es que se rechace á ese miserable de nuestras filas, que se le exonere de su grado, que se le pongan los bagajes á cuestas, y que se le haga escudero: un griego vil hasta

tal punto es el oprobio de su patria, el oprobio de la Grecia entera (1).»

CAPÍTULO XXX.

Platon.

ESCUELA DE SÓCRATES.—VIDA DE PLATON.—INGENIO DRAMÁTICO DE PLATON.—EL FEDON.—DIÁLOGOS CONTRA LOS SOFISTAS.—EL BANQUETE.—LA REPÚBLICA Y LAS LEYES.—VARIEDAD INFINITA DE LA OBRA DE PLATON.—ESTILO DE PLATON.

Escuela de Sócrates.

De todos los puntos de Grecia, de todos los países habitados por los griegos, habian acudido en torno de Sócrates jóvenes ávidos de instruccion, ú hombres á quienes no satisfacian los sistemas de los filósofos especulativos, ni los relumbrantes é inmorales absurdos de los sofistas. Casi todos los discípulos de Sócrates se concretaron á cultivar la sabiduría de igual modo que su maestro, y fueron socráticos puros. Otros, mas ambiciosos, tomaron direcciones particulares, y permaneciendo fieles al método de Sócrates, fundaron escuelas originales, que no dejaron de alcanzar influjo y gloria. Los mas, socráticos ó jefes de escuela, dejaron escritos; los mas tambien fueron apreciados entre los antiguos por su talento literario, como Criton el honrado y leal, el lebrero Simias, Glaucon de Atenas, el zapatero Simon, Esquino el filósofo, Cébes, Aristipo, Euclides de Megara, etc. Las obras de estos escritores han perecido, y las que á veces se publican con el nombre de Esquino, de Simon y de Cébes, son tan medianas que apenas merecen que

(1) Jenofonte, *Anabasis*, lib. III, cap. I.

y ceniza. Con todo, su alma proba, llena de amor á lo bueno y lo bello, halló á veces acentos patéticos para afeor las acciones bajas y los pensamientos culpables, y enaltecer el heroísmo y la virtud. En alguna breve arenga se elevó á la elocuencia, dejando hablar sola á su indignacion contra los cobardes. Véase por ejemplo con qué energía rechaza en el *Anabasis* la proposicion que á los griegos hacia el beocio Apolónidas. Según el pusilánime corazón de este, no habia mas salvacion para los Diez Mil, despues de la traicion de Tisafernes, que rendirse á Artajerjes é implorar su clemencia: « ¡Oh extrañísimo personaje! exclama Jenofonte; pues qué! no comprendes lo que ves, no te acuerdas de lo que oyes! Y sin embargo con nosotros estabas cuando el rey, despues de la muerte de Ciro, engreído de su buena suerte, envió á intimarnos que depusiéramos las armas. En vez de deponerlas, cubrimonos con ellas, y fuimos á plantar nuestras tiendas cerca de él. ¿Qué respondió á esa provocacion? ¿Qué no hizo para obtener la paz? Envio diputados, solicitó nuestra alianza y nos suministró víveres hasta que se ajustó el tratado. Despues nuestros generales, nuestros caudillos, fiados en la fe del tratado, fueron sin armas á conferenciar con ellos, como nos aconsejas que lo hagamos otra vez. ¿En qué estado se hallan ahora? Malparados, heridos, cubiertos de ultrajes, los infelices no pueden obtener la muerte, que imploran sin duda como un beneficio. Sabes todo eso, y tratas de habladores frívolos á los que aconsejan la defensa; y propones que vayamos de nuevo á suplicar al rey! Mi dictámen, soldados, es que se rechace á ese miserable de nuestras filas, que se le exonere de su grado, que se le pongan los bagajes á cuestas, y que se le haga escudero: un griego vil hasta

tal punto es el oprobio de su patria, el oprobio de la Grecia entera (1).»

CAPÍTULO XXX.

Platon.

ESCUELA DE SÓCRATES.—VIDA DE PLATON.—INGENIO DRAMÁTICO DE PLATON.—EL FEDON.—DIÁLOGOS CONTRA LOS SOFISTAS.—EL BANQUETE.—LA REPÚBLICA Y LAS LEYES.—VARIEDAD INFINITA DE LA OBRA DE PLATON.—ESTILO DE PLATON.

Escuela de Sócrates.

De todos los puntos de Grecia, de todos los países habitados por los griegos, habian acudido en torno de Sócrates jóvenes ávidos de instruccion, ú hombres á quienes no satisfacian los sistemas de los filósofos especulativos, ni los relumbrantes é inmorales absurdos de los sofistas. Casi todos los discípulos de Sócrates se concretaron á cultivar la sabiduría de igual modo que su maestro, y fueron socráticos puros. Otros, mas ambiciosos, tomaron direcciones particulares, y permaneciendo fieles al método de Sócrates, fundaron escuelas originales, que no dejaron de alcanzar influjo y gloria. Los mas, socráticos ó jefes de escuela, dejaron escritos; los mas tambien fueron apreciados entre los antiguos por su talento literario, como Criton el honrado y leal, el tebano Simias, Glaucon de Atenas, el zapatero Simon, Esquino el filósofo, Cébes, Aristipo, Euclides de Megara, etc. Las obras de estos escritores han perecido, y las que á veces se publican con el nombre de Esquino, de Simon y de Cébes, son tan medianas que apenas merecen que

(1) Jenofonte, *Anabasis*, lib. III, cap. I.

nos ocupemos un momento de ellas. Son bosquejos de diálogos, antes que diálogos verdaderos; no de esos bosquejos en que resplandece ya el sello divino del genio, sino cosas sin vida, sin brillantez, sin carácter, y tan poco dignas de sus supuestos autores como del gran Platon con cuyas obras se suele juntarlas. El menos malo de estos escritos, el *Cuadro* de Cébes, en el que se figura simbólicamente el destino humano, ni siquiera es de Cébes el teban, discípulo de Sócrates, sino de otro Cébes, filósofo estoíco y por consiguiente de una época mucho mas reciente.

Aquellos pueden consolarse de no poseer todos los monumentos literarios de la escuela de Sócrates, que buscan aquí lo bello, la perfeccion del arte, la inspiracion, y no los sistemas filosóficos ni la filiacion de las doctrinas. ¿No tenemos á Jenofonte y sus obras? ¿No tenemos sobretodo á Platon, y casi tan completo, tan radioso de belleza como nunca le tuvieron los griegos mismos? Y Platon, por hablar aquí á lo Homero, ¿por cuántos otros no vale?

Vida de Platon.

Platon nació en Aténas en 430 ó 429. Su padre Ariston, uno de los ciudadanos mas distinguidos de la ciudad, pasaba por vástago del rey Codro, y su madre Perictiona descendia del legislador Solon. Dicen que primero llevó el nombre de Aristócles, y que despues se le dió el de Platon, que significa *ancho*, á causa de su fuerte y robusta complexion. En su mocedad descollaba tanto en los ejercicios corporales como en los intelectuales. Aplicóse mucho tiempo con ahinco á la música, á la poesia y á la pintura. Sostienen algunos que á los veinte años pensaba ya dedicarse á la filosofia. Segun las autoridades mas fidedignas, tenia veinte y siete

años cuando oyó por primera vez á Sócrates. Entonces se preparaba á disputar el premio de la tragedia en las fiestas de Baco. Aquel mismo dia se decidió su vocacion, y la dramática perdió al único hombre tal vez capaz de levantar la tragedia de su decadencia. Quemó sus obras teatrales, como ya habia quemado, segun dicen, algunos ensayos épicos despues de compararlos con los poemas de Homero; y desde entonces se consagró del todo á la filosofia.

Sócrates murió en 399; por consiguiente, Platon no le tuvo mas que tres años por guía, y empleólos tan admirablemente, que aquel filósofo pudo leer ya algunas obras maestras de su discípulo; en términos que, segun se asegura, el *Fedro* le arrancó esta exclamacion: «¡Qué de cosas me hace decir ese jóven, en las que nunca he pensado!» En efecto, esas cosas eran superiores á las habituales meditaciones de Sócrates, mas no contrarias al espíritu de sus doctrinas. Si la anécdota es cierta, en las palabras de Sócrates hemos de ver la expresion de una extrañeza natural ante aquellas concepciones sublimes y aquel entusiasmo poético, y de ningun modo la expresion de la menor censura. El afecto que Sócrates manifestó á Platon hasta su postrer día, prueba que jamás hubo entre ellos la mas ligera sombra de recelo.

Platon era digno por la nobleza de su carácter del aprecio de tal maestro: hizo esfuerzos sobrehumanos para salvar la vida á Sócrates; procuró defenderle hasta en la asamblea del pueblo; pero no le dejaron acabar su discurso. Perseguido á su vez por el odio de los fanáticos, que buscaba otras víctimas, tuvo que marcharse de Aténas. Primero se retiró á Megara, al lado de su amigo Euclides, y despues se

puso á viajar. Visitó la Italia, la Libia y el Egipto; fué á oír á todos los filósofos de alguna nombradía que perpetuaban en varios países las tradiciones de Parménides, Heráclito y Pitágoras. En tres diferentes ocasiones se trasladó á Sicilia: Dionisio el Viejo, y enseguida Dionisio el Joven, despues de acogerle obsequiosamente, no le pudieron sufrir uno ni otro así que se les presentó con toda su franqueza: fué víctima de la perfidia y crueldad de Dionisio el Viejo, que le mandó vender como á esclavo; y hubo de huir para librarse de los efectos de la cólera de Dionisio el Joven.

Platon volvió por fin á domiciliarse en su patria, y abrió en los jardines de Academo aquella escuela famosa que fué por mucho tiempo un criadero de hombres virtuosos y profundos pensadores. No dejó la Academia hasta que murió; y despues de enseñar en ella cuarenta años, dejola floreciente á Espeusipo, discípulo y sobrino suyo. Vivió mas de ochenta años, hasta el de 348, sin perder un ápice de su vigoroso entendimiento y de su ingenio, puesto que se ocupaba en dar cima á una de sus obras maestras, al diálogo de las *Leyes*.

Platon era el hombre mas sábio de su siglo, y sus escritos son tan admirables quizás por la variedad de los conocimientos que suponen, como por la elevacion de las ideas y la novedad de los apuntes; pero lo que aquí ha de ocuparnos, no es el filósofo cuya poderosa capacidad produjo aquel sistema en que se concilian con maravilloso concierto el espíritu práctico de Sócrates y el especulativo de los filósofos antiguos; sistema en que se encuentran cuantos secretos habia descubierto el genio, concernientes á las naturalezas divina y humana, pero animados, vivificados

por concepciones á la vez mas ideales y mas reales; sistema en fin que los errores de poca monta, las paradojas y los defectos graves no impiden ser en su conjunto el sistema mas profundo, mas perfecto y mas verdadero. Hablemos pues del prosador, del hombre elocuente, del artista, del poeta, pues nadie fué nunca mas poeta que Platon.

Ingenio dramático de Platon.

Las obras modernas que llamamos diálogos filosóficos no son las mas sino una série de proposiciones y argumentos contradictorios, tesis, objeciones y respuestas. Los personajes que figuran disputar entre sí no son seres vivientes, cualquiera que sea el nombre que lleven, sino abstracciones, simples cifras; y aun algunos les dan por tales, pues les llaman Filateo, Pánfilo, un cristiano, un chino, etc., ó mas sencillamente, y con mas verdad todavía A, B, C. Ni Fenelon, ni Malebranche, á pesar de su ingenio, se apartaron nunca de la senda vulgar; y si algo robaron á Platon, no fué el arte de crear ó reproducir verdaderos personajes. Los diálogos de Platon en nada se asemejan á los supuestos diálogos de aquellos: son composiciones dramáticas en toda la extension de la palabra, con su plan bien trazado, su enredo, sus peripecias y su desenlace. Hasta en los diálogos en que Platon atendió mas al fondo que á la forma, en los que son por excelencia obras filosóficas, en el *Parménides*, en el *Timeo*, nunca faltó á las condiciones esenciales del género; y los hombres que en ellos figuran son realmente hombres, los mismos cuyos nombres llevan: Sócrates, Parménides, Zenon, Timeo, Cricias, y los demás. Si la conversacion no es verdadera,

es verosímil; si aquellos hombres no hablaron de tal suerte, pudieron hacerlo; y si Platon elevó á cierto ideal sus caracteres, sus pensamientos y su lenguaje, nada les quitó de su vida, de lo que les da á conocer y les presta interés, prescindiendo de las doctrinas que cada cual representa. En los diálogos donde trata asuntos al alcance de todos, desplegó especialmente el filósofo, con un arte incomparable, todos los recursos del ingenio dramático de que tan espléndidamente le dotara la naturaleza.

El Fedon.

Al fin del *Banquete* obliga Sócrates á Aristófanes y Agaton á reconocer que un mismo hombre puede ser poeta trágico y poeta cómico á la vez. No parece sino que, contradiciendo así Platon las opiniones generales, pensaba en lo que de sí sabia. En efecto, hay en él esa doble vena, ese doble talento, y lo prestaba indistintamente á todos los autores dramáticos. El *Fedon*, por ejemplo, es una tragedia que nos atrevemos á comparar, por lo bien compuesta y hasta por su interés, con las obras mas bellas del teatro antiguo. ¿Hay exposicion mas admirable que la escena en que los amigos de Sócrates entran en la cárcel? Acaban de desaherrojar al reo; su esposa Xantipa está sentada á su lado con un hijo en brazos, deshaciéndose en lamentos. Sócrates ha de perecer aquel día, y como ya no piensa en las cosas de la tierra, se vuelve á Criton: « Criton, dice, que lleven á esa mujer á su casa. » En seguida se pone á departir con sus amigos sobre varios asuntos, y les atrae á la plática suprema que no termina hasta la llegada del servidor de los Once. ¿Hay espectáculo mas sublime que

el de un justo, de un sábio mal conocido, de un gran ciudadano que va á morir, y á morir por el crimen de sus conciudadanos, no solo resignado con su suerte, sino procurando infundir en corazones que rechazan todo consuelo algo de la serenidad, de la calma, del grave y tranquilo placer, que le hace saborear anticipadamente la vida futura, y se la demuestra aun con mas viveza que las mas vivas razones? ¿Hay desenlace trágico mas palético que el cuadro de los últimos momentos de Sócrates? ¿Y qué profunda impresion no causan aquellas palabras de Fedon: « Tal fué, Equécrates, el fin de nuestro amigo, del hombre, bien podemos decirlo, del mejor hombre que nunca hemos conocido, del mas sábio y mas justo? »

Diálogos contra los sofistas.

Los diálogos contra los sofistas son por el contrario comedias completas, donde el héroe de la virtud ya no es mas que el fingido ignorante cuyo carácter hemos descrito en otro lugar, el hombre sencillo de ingenuas preguntas, el obstinado enderezador de las discusiones, el maestro de la ironía, el adversario cortés é implacable, el vencedor lleno de modestia y buen gusto. Tocante á los sofistas, nada les quitó Platon de su ingenio, de su habilidad, ni de su facundia; antes les prestó algunos talentos, como á Sócrates algo de sí mismo. Son los mismos sofistas, tales como habian de ser para cautivar por tanto tiempo las almas irreflexivas. Son los mismos hombres ingeniosos y elocuentes á quienes los jóvenes, como dice Platon, llevaban en triunfo sobre sus cabezas. Y cada uno de ellos tiene, no solo las doctrinas que le eran propias, sino los giros á que

era aficionado, las galas acostumbradas de su estilo, y su dición misma. No se crea que Platon se entretuviese haciendo imitaciones: solo conservó las flores sofisticas menos ofensivas al buen gusto, y todavía son de un aroma muy marcado para que pueda dudarse de su procedencia. Además, Górgias no se parece á Protágoras, ni Protágoras á Hípias, ni Hípias á los demás. Cuantos son los sofistas, tantos los hombres, tantos los tipos diversos. Solo les es comun el espíritu de error y su derrota en la lucha con Sócrates. Nos equivocamos: ninguno de ellos merece apenas compasion, pues son muy chistosos, aunque sin sospecharlo, lo cual les hace mas chistosos aun. El *Górgias*, donde Sócrates vence sucesivamente á Górgias, Polo y Calicles, en el campo de la retórica; y el *Protágoras*, donde, sobre la cuestion de si la virtud puede enseñarse, vence tambien á Protágoras, Hípias y Pródico, son los mejores diálogos cómicos de Platon.

El banquete.

En los diálogos meramente festivos ó serios, en aquellos cuyos personajes son amigos que pasan un rato de ocio platicando familiarmente, se hallan las obras mas admirables de Platon, si no como poeta dramático, á lo menos como escritor, como hombre elocuente, como poeta inspirado. El *Banquete* es superior al *Górgias* y al *Protágoras* por la viva descripcion de los caracteres, como lo es á los demás diálogos de Platon por la variedad infinita, por la progression continua, por aquella armonía formada de todos los tonos imaginables, por aquel estilo compuesto de todos los estilos, donde se pasa naturalmente de lo cómico, de lo jo-

coso y hasta de lo grotesco á lo sublime mas elevado que nunca alcanzó la humana inteligencia. Los convidados de Agaton tratan de definir y alabar el amor. Fedro, Pausanias, Erexímaco, Aristófanes y Agaton exponen sucesivamente el amor por varias faces, cada cual segun sus ideas, segun su temperamento y su carácter. Instado Sócrates para que hable á su vez, refiere una conversacion que tuvo en otro tiempo con una mujer de Mantinea, por nombre Diótima: artificio muy sencillo que deja á Platon en completa libertad para poner en boca de Sócrates, sin inverosimilitud, todas las ideas que le place, y tambien algunas en que indudablemente no pensó en su vida el hijo de Sofronisco, y para exhalar todo el estro lírico de su alma. Hé aquí la conclusion del discurso de la supuesta mujer de Mantinea: « El camino recto del amor, ya ande uno por sí mismo, ya guiado por otro, es empezar por las bellezas de la tierra, y levantarse á la belleza suprema, pasando sucesivamente, digámoslo así, por todos los peldaños de la escala, á saber: de un solo cuerpo hermoso á dos, de dos á los demás, de los cuerpos hermosos á las ocupaciones hermosas, de las hermosas ocupaciones á las bellas ciencias; y de ciencia en ciencia se llega á la ciencia por excelencia, que no es mas que la ciencia de la belleza suprema... Supongamos á un hombre que contemplase la belleza pura, sencilla, sin mezcla, no cargada de carnes ni de colores humanos ni de las demás vanidades perecederas, la belleza divina, en una palabra, la belleza única y absoluta. ¿Crees que seria para él una vida miserable la que pasaria con los ojos vueltos á ese lado, contemplando y poseyendo tal objeto? ¿No crees, por el contra-

rio, que ese hombre, que percibe lo bello con el órgano para el cual lo bello es perceptible, será el único capaz en la tierra de engendrar, no fantasmas de virtud, puesto que no es amigo de fantasmas, sino virtudes verdaderas, pues lo es de la verdad? Ahora bien, aquel es amado de Dios que engendra y cria la verdadera virtud, y si algun hombre merece la inmortalidad, es aquel entre todos.»

El fin del diálogo está consagrado casi del todo al panegírico de Sócrates, al relato de su vida como hombre, como ciudadano, como soldado, como maestro de la juventud. Nada puede dar una idea precisa de esta admirable apología, tan aguda y original en la forma, como satisfactoria y completa en el fondo. Alcibiades es quien se ha encargado de trazar el retrato de su maestro. Acaba de entrar en la sala del festín con algunos alegres compañeros, y con el porte de un hombre que ya ha estado de francachela. Está borracho, y con la chispa y la verdad del vino cuenta todo lo que sabe de Sócrates, todo lo que de él ha visto, y todo lo que contra él abriga en el pecho. Lo mejor que podemos hacer es citar algunas líneas del principio de su jocoseria arenga. «Sostengo que Sócrates se parece en todo á los silenos que vemos expuestos en los talleres de los escultores, y que los artistas representan con caramillos ó una flauta en la mano: separad las dos piezas de que se componen aquellos silenos, y vereis dentro la santa imágen de alguna divinidad. Sostengo en seguida que se parece al sátiro Mársias. En cuanto al exterior, tú mismo, Sócrates, no podrias impugnar la exactitud de mis comparaciones; y con respecto á lo demás, no son menos justas y voy á probarlo. ¿Eres, si ó nó, un burlon descarado? Si lo niegas,

presentaré testigos. ¿No eres tambien un flautista, y mucho mas maravilloso que Mársias? Ese encantaba á los hombres con el poder de los sonidos que su boca sacaba de los instrumentos... La única diferencia que hay entre tú y él, es que sin instrumentos, y sencillamente con tus palabras, produces los mismos efectos.» Sigue la reseña del crédito y prestigio de este varon divino, y el relato de sus relaciones con Alcibiades en Atenas, en la expedicion militar de Potidea y en la derrota de Delium. Luego el perorador vuelve á su primera idea, y compara, no ya á Sócrates, sino sus discursos, con los silenos que se abren. «A pesar del deseo que se tiene de oír hablar á Sócrates, lo que dice parece á primera vista enteramente grotesco. Las palabras y las frases que cubren exteriormente su pensamiento son como la piel de un repugnante sátiro. Os habla de burros con albardas, de herreros, zapateros, zurradores, y siempre se le oye decir las mismas cosas en los mismos términos: por manera que no hay ignorante ni tonto que no esté dispuesto á burlarse de sus palabras; pero ábranse sus discursos, penétrense bien, y se hallará primero que solo ellos son sensatos, en seguida que son divinos, que entrañan un sin número de santas imágenes de virtud, y casi todos los principios, me equivoco, todos los principios en que ha de parar mientes cualquiera que aspire á ser hombre de bien.» Es imposible, confesémoslo, caracterizar mas vivamente la elocuencia popular de Sócrates y la tendencia á la vez práctica y eminente de sus doctrinas.

La República y las Leyes.

Los diálogos de que constan los diez libros de la *República* y los doce de las *Leyes* son esencialmente expositivos

y didácticos, y por lo mismo no podían tener todas las calidades dramáticas que en casi todos los demás admiramos; pero esta desventaja queda bien compensada por las riquezas oratorias. En ellos tambien estuvo Platon á sus anchas, y en ellos fué donde manifestó mas completamente su propio ingenio. Ya no son solamente las conversaciones de Sócrates, mas ó menos idealizadas; son casi las lecciones de Platon en la Academia. Sócrates es todavía el principal interlocutor de la *República*; pero al paso que conserva su carácter conocido, hase trasformado hasta cierto punto, y sus discursos han adquirido en general una rotundidad y majestad insólitas. En las *Leyes* no se menciona siquiera á Sócrates. El extranjero ateniense que figura en primer lugar, es Platon mismo, con toda la gravedad, toda la noble gracia y toda la majestuosa serenidad de su carácter. Así es que estas dos grandes composiciones abundan de páginas magníficas, y son de un orden algo diferente, por la forma á lo menos, de cuanto se halla en los demás diálogos. La *Republica* particularmente, que Platon elevó á toda la perfeccion en que queria dejarla, es un museo donde la vista queda por todos lados encantada por maravillosos cuadros. Copiaremos uno solo, el mas extraordinario quizás, el que tantas veces han citado los Padres de la Iglesia, y que parece una profecía del cristianismo. Es el retrato ideal del malvado y del hombre de bien.

«En primer lugar, es menester que el injusto se conduzca como los artistas hábiles. Un buen piloto, un buen médico, ve claramente hasta dónde puede llegar su arte, lo que es posible ó imposible: prueba esto, abandona aquello; luego, si por casualidad ha cometido alguna falta, sabe re-

pararla diestramente. Es menester asimismo que el injusto conduzca sus injusticias con bastante maña para no ser descubierto, puesto que debe ser injusto por excelencia; y quien se deja sorprender en una falta ha de pasar por torpe. Que la injusticia suprema es parecer justo sin serlo. Démos pues al hombre perfectamente injusto la injusticia perfecta: no le quitemos ninguno de sus recursos. Permítámosle que mientras comete los mayores crímenes, se granjee la reputacion del mas justo de los hombres; si por casualidad tropieza, que sepa levantarse inmediatamente; que sea bastante elocuente para persuadir de su inocencia á sus jueces, si nunca se le acusa de alguno de esos crímenes; bastante animoso y poderoso por sí mismo, por las amistades que se ha conciliado y por la riqueza que ha adquirido, para arrancar por fuerza lo que no pueda obtener sino con la fuerza.

«En presencia de ese hombre así dotado, coloquemos de palabra al justo, esto es, á un hombre sencillo, generoso, que quiere, segun la expresion de Esquilo, no parecer virtuoso sino serlo. Es menester pues quitarle la reputacion de hombre honrado, pues si pasa por tal, este renombre le valdrá honores y recompensas, y no se distinguirá ya si es virtuoso por amor á la justicia ó solamente á los honores y á los bienes que de ellos saca. En una palabra, despojémosle de todo menos de la justicia, y hagámosle el reverso completo de nuestro malvado: que sin cometer ninguna injusticia, pase por el hombre mas perverso, á fin de que se ponga á prueba su virtud. Que nada le haga ceder, ni la infamia ni los malos tratamientos, sino que permanezca firme hasta la muerte, teniendo toda su vida el renombre

de injusto, aunque justo. Ved ahí pues á dos hombres que han llegado al grado supremo, el uno de la justicia, y de la injusticia el otro : juzgad ahora cuál es el mas dichoso.»

Algo mas léjos, Platon completa de este modo el último retrato.

«A ese justo, tal como le he descrito, le azotarán, le atormentarán, le cargarán de cadenas, le quemarán los ojos; en fin, despues que haya sufrido mil males, le clavarán en una cruz, y le harán entender que no es menester molestarse para ser justo, sino para parecerlo.»

En el *Górgias* sentó Platon con mano firme y severa los principios de esta austera y sublime moral. ¡ Lástima que construyese para semidioses, y no para seres humanos, su ciudad imaginaria, y mezclase graves y funestos errores con las mas altas y fecundas verdades! No tiene duda que Platon redujo en las *Leyes* el ideal del estado á proporciones menos fantásticas y mas realizables en este mundo, y que en ellas se mostró mas constantemente fiel á sus propios principios; pero es en verdad sensible que el mayor moralista y político mereciera una vez que le llamasen el mayor utopista.

Variedad infinita de la obra de Platon.

Nada hemos dicho de los mitos de Platon, de aquellos escritos alegóricos en que el filósofo supo hacer perceptible á los ojos lo que era inaccesible á su dialéctica sutil: verdades de sentimiento, delirios, probabilidades, y especialmente las maravillas del mundo inteligible. No hemos hablado de los preámbulos de algunos diálogos, de los del *Fedro*, por ejemplo, y de la *República*, que son modelos en su cla-

se, hasta ahora incomparables. Hémonos olvidado de mencionar las historias ó cuentos que Platon referia tan bien, como el relato de la invencion de las letras, ó el de las aventuras de Giges. Despues de consagrar tantas páginas á Platon, echamos de ver que aun está casi todo por decir; y sin embargo nos vemos obligados á concluir. Debiéramos considerarle al principio de su carrera, cuando sentó los eternos é inmutables principios de la que llamamos estética, al mismo tiempo que los de la moral, y cuando se predispuso con las brillantes ideas del *Fedro* á las ideas sublimes del *Banquete*. Debiéramos considerarle en el *Ion*, cuando definió lo indefinible y dió á todos una idea clara de la esencia de la poesía; en el *Menéxenes*, cuando trazó despues de tantos oiros el panegirico de su patria, con una elocuencia digna de Pericles, á quien hace hablar, y digna de sí mismo: el *Menéxenes* es un modelo de oracion fúnebre que Platon quiso presentar á los sofistas y á los oradores que tantas veces habian profanado despues de Górgias la noble tarea de pagar á los valientes el último tributo de afecto y gratitud. Debiéramos, en fin, analizar una infinidad de obras maestras cuyos nombres ni siquiera hemos consignado: el *Primer Alcibiades*, ó de la naturaleza humana; el *Criton*, famoso por la prosopopeya de las *Leyes*, que recuerdan á Sócrates sus deberes de ciudadano; el *Cricias*, ó descripcion de aquella Atlántida por Solon soñada; el *Grande Hipias*, ó refutacion de las falsas teorías de lo bello, etc. Y al cabo de tan largo trabajo, aun nos faltaria investigar porqué las doctrinas literarias de Platon forman con su moral un todo indisoluble, y porqué Platon aparece completamente, como filósofo, en la teoría de las ideas. Pero nos circunscribiré-

mos á citar un pasaje del *Orador*, en el que con tanta claridad y con tan acertadas expresiones resumió Ciceron todo lo que nos importa recordar aqui, todo lo que mas directamente se refiere al objeto que nos hemos propuesto.

«Consigno desde luego como un hecho que nada hay tan bello en ningun género que no sea inferior en belleza á esotra cosa cuyas facciones reproduce, al original que no pueden percibir los ojos ni los oídos, ni sentido alguno, y que únicamente abarcan el pensamiento y la inteligencia. Nosotros podemos idear obras aun mas bellas que las estatuas de Fidias, que son lo mas perfecto que se ve en este género... Y cuando aquel artista cincelaba el rostro de Júpiter ó de Minerva, no tenia á la vista un modelo vivo de quien sacase la semejanza, sino que habia en su mente una imagen incomparable de belleza que él veia, en la que tenia fija su atencion, y cuyas facciones procuraba copiar fielmente con su arte y con su mano. Lo mismo pues que en las formas y en los semblantes, tambien hay, por lo que hace á los objetos de suyo invisibles, cosas perfectas y excelentes cuya imagen inteligible sirve de modelo á nuestras imitaciones: así es que vemos mentalmente la imagen de la perfecta elocuencia, cuya copia buscamos con los oídos. Estas formas de las cosas, Platon las llama ideas... Dice que son innatas, que son de todos los tiempos, y que la razon y la inteligencia las contienen. Las demás cosas, segun él, nacen, perecen, vuelan, desaparecen, y no permanecen mucho tiempo en un solo y mismo estado. Por consiguiente, todo objeto sobre el cual se quiere disputar con método ha de reducirse siempre á la forma suprema, al tipo del género de que forma parte.

Estilo de Platon.

Entre las numerosas fórmulas que se han empleado para dar á comprender lo que es el estilo de Platon, la menos imperfecta es la de Quintiliano, que pasa por alto empero algunas de las magníficas dotes de este prodigioso escritor. «De todos los filósofos, dice, de quienes confiesa M. Tulio haber sacado mas partido para la elocuencia, ¿puede darse de que el primero sea Platon, ya por la agudeza de la discusion, ya por una facultad de elocucion divina y homérica? Pues se eleva mucho sobre el estilo de la prosa... Por eso me parece inspirado, no de un genio humano, sino de un espíritu como el que hablaba en Delfos por la voz de los oráculos.» Nótese que en las palabras de Quintiliano nada hace sospechar la facultad dramática que hemos admirado, ni especialmente la vena cómica, la infinita variedad de tonos, todas las cualidades en fin por las cuales quizás se distinguia tanto Platon como por la majestad épica y oratoria, ó por la habilidad con que triunfaba en la controversia. Por nuestra parte, no aventuraremos una apreciacion que por ser mas completa que las demás, tendria empero muchos defectos, á menos de desarrollarse excesivamente y traspasar los estrechos límites de esta obra. A los que no conocen á Platon, les diremos cuatro palabras no mas, pero expresivas á nuestro modo de ver, las cuales les darán una idea casi suficiente de este incomparable ingenio. Figúrense un hombre que fuese á la vez Pascal, Bossuet y Fenelon. Este hombre aun no es Platon escritor, y Platon filósofo tendria cien codos mas de altura que ese coloso.

CAPÍTULO XXXI.

Aristóteles y Teofrasto.

COMPARACION DE ARISTÓTELES Y PLATON.—VIDA DE ARISTÓTELES.—POESÍAS DE ARISTÓTELES.—DIÁLOGOS DE ARISTÓTELES.—TRATADOS POPULARES.—CARÁCTER DE LAS GRANDES OBRAS DE ARISTÓTELES.—VIDA DE TEOFRASTO.—LOS CARÁCTERES.

Comparacion de Aristóteles y Platon.

Aristóteles nos aparece ante todo, y casi únicamente, como contradietor de Platon; no solo como contradietor de sus doctrinas, sino como escritor que se empeñó en diferir absolutamente, por el tono y el estilo, del autor del *Fedon* y del *Banquete*. Con todo, eso no es mas que una imagen incompleta y engañosa: en realidad, Aristóteles fué, no decimos mas digno de su divino maestro, sino mucho mas semejante á Platon de lo que ordinariamente se afirma. Respecto de las doctrinas, en vano quiere apartarse de Platon: lo que de él ha conservado es mucho más considerable que lo que ha desechado; las mas veces no ha hecho sino repetir en otra forma, mas severa y mas científica, lo que Platon cantó como poeta, ó reveló como jerofoante; y cuando mas vivamente ataca á su maestro, antes que introducir en la ciencia ideas verdaderamente nuevas, aun está perfeccionando ó maleando conceptos platónicos. Es mucho mas espiritualista y mucho mas platónico de lo que él mismo confiesa. Su originalidad filosófica solo brilló con todo su esplendor en las ciencias que Platon no trató ó no pudo conocer: en todo lo demás casi siempre se nota un método nuevo

en lugar de un método antiguo, y los resultados son en general menos satisfactorios, hasta para la razon.

En orden al estilo de Aristóteles, no hemos de juzgarlo únicamente por las obras que tenemos. Aristóteles escribió de varios modos, y hasta su edad madura y su vejez no cesó completamente de ser artista para escribir, desdenando la elegancia y la gracia, con aquella excesiva concision que arrostra la oscuridad y casi reduce la diction á una stenografia del pensamiento. Compuso en varios géneros obras admirables por la riqueza y colorido del estilo; y sus diálogos, sin igualar los de Platon, figuraban entre los mas hermosos monumentos de la literatura griega. Su imaginacion era viva y fecunda; era poeta como su maestro, y manejó con éxito los ritmos de la poesía, hasta de la lírica. Los versos que de él nos quedan, los restos de sus diálogos y sus tratados populares, y el unánime testimonio de los autores antiguos, prueban que fué por mucho tiempo el continuador de las tradiciones literarias de la Academia.

Vida de Aristóteles.

Nació Aristóteles en 384, en Estagira en el golfo Estrimoniano. Su padre Nicómaco, médico del rey Amintas II de Macedonia, le dejó huérfano en edad muy temprana, bajo la tutela de un tal Próxenes de Atarna en el Asia Menor. A los diez y siete años, Aristóteles fué á estudiar en Atenas; al cabo de tres años comenzó á tomar lecciones de Platon, y no dejó la Academia hasta que murió el filósofo. En 348 regresó á Atarna, trabó amistad con el tirano Hérnias, y se casó con su hija. En 345, Hérnias murió á mano airada, y Aristóteles se refugió en la isla de Lésbos. El rey

Filipo de Macedonia le llamó á su corte en 343, y confi6le la educacion de Alejandro. Cuando este subi6 al trono, Arist6teles pas6 á residir en Atenas, donde abri6 una escuela de filosofia en el gimnasio llamado Liceo. Muerto Alejandro en 323, tuvo que marcharse de Atenas para zafarse de una acusacion de impiedad, y huy6 á Cálcis, en Eubea, donde enferm6 y falleci6 á últimos del siguiente a6o y á los sesenta y dos de edad.

Poesias de Arist6teles.

Este escritor á quien hallamos tan frio, tan árido, tan rudo y tan poco fácil de entender, ha tenido la dicha singular de que á despecho de los estragos del tiempo poseamos de sus poesias algunas muestras bastante bellas para obligarnos á saludarle como á primer poeta lírico de su siglo, como á verdadero hijo de Sim6nides y Píndaro, como á poeta que habria merecido, hasta á este solo título, hasta en un siglo mas favorecido de las Musas, alabanzas y nombradía. Los fragmentos de los cantos épicos y de las elegías de Arist6teles son muy informes ó muy insignificantes para que podamos juzgar si habia seguido con paso bastante seguro la senda de Homero y Tirteo; pero el escolio sobre Hérmiás, que tambien se nomina *Himno á la Virtud*, es una de las inspiraciones mas puras y sublimes del genio antiguo.

«Virtud, objeto de los trabajos de la raza mortal, fin el mas noble á que puede encaminarse nuestra vida! por tu belleza; oh virgen! morir es en Grecia una suerte envidiada, y sufrir sin rendirse graves fatigas; tan viva es la pasion que al corazon comunicas, tan llenos de inmortalidad

los frutos que produces! frutos mas preciosos que el oro, que un padre ó una madre, que el sueño que nos proporciona el descanso al fin del dia. Por tí Hércules, hijo de Júpiter, por tí los hijos de Leda ejecutaron penosas hazañas, proclamando con sus obras tu poder supremo. Por amor á tí bajaron Aquiles y Ajax á la morada de Plut6n; por tu querida belleza perdi6 el vástago de Atarna (Hérmiás) la luz del sol. Así le dan gloria sus obras, y las Musas le immortalizaran, las Musas, hijas de Mnemosina, que en él celebrarán al amigo fiel, al guardador de las leyes de Júpiter hospitalario.»

Diálogos de Arist6teles.

Los diálogos de Arist6teles eran obras de muy agradable lectura, amenizadas con todas las galas que admitia este género múltiple y vario. Sirva de brillante prueba un pasaje del *Eudemo*, citado por Plutarco en el *Consuelo á Apolonio*. «¡Oh tú, el mas grande y mas dichoso de los hombres! sabe que conceptuamos felices á los que han muerto, y que consideramos como una impiedad el mentir ó murmurar á costa suya, ahora que son mucho mas perfectos. Es tan antigua esta opinion, que nadie sabe su autor ni su pristino origen: muchos siglos há que reina entre nosotros. Además, ya sabes la máxima que de tiempo inmemorial está en los labios de todos.—¿Cuál es?—Que el mayor bien es no nacer, y que la muerte es preferible á la vida. Los dioses han corroborado varias veces esa máxima con su testimonio, y particularmente cuando Mídas pregunt6 al sileno á quien cogiera en la caza, lo que habia mejor y mas apetecible para el hombre. Primero el sileno se neg6 á contestar, y guard6 un silencio obstinado; pero por fin, habiendo

hecho Midas cuanto estaba en su mano para obligarle á romperlo, se violentó y profirió estas palabras: «Hijos efímeros de un dios terrible y de una suerte envidiosa, ¿por qué me forzais á decir lo que mas cuenta os tendria ignorar? La vida es menos misera cuando se ignoran los males que la acompañan. Los hombres no pueden poseer lo mejor que hay, ni participar de la naturaleza mas perfecta. Mas les valiera no haber nacido. El segundo bien despues de ese, y el primero de los que llegan á conseguir los hombres, es morir presto.»

El *Eudemo* era, digámoslo así, el *Fedon* de Aristóteles, quien sentaba en el mismo, con argumentos de su invencion, la doctrina de su maestro sobre la naturaleza del alma y sobre su suerte despues de esta vida. Los demás diálogos eran casi todos tratados morales. En algunos discutió tambien Aristóteles, y siempre en sentido platónico, las cuestiones relativas á la oratoria. El *Grilo*, por ejemplo, era una severa apreciacion de la enseñanza de los sofistas, y un postrer eco de las excelentes controversias del *Górgias* y del *Protágoras*.

Tratados populares.

Es fama que Aristóteles abandonó en su juventud la forma dialogística, porque no confiaba igualar nunca á Platon; mas no por eso riñó con las Gracias; y el hombre que á los cuarenta años cultivaba aun la poesia, y la poesia lirica, conservó durante mucho tiempo despues de la muerte de Platon su aficion al estilo bello y á la elegancia literaria. Es probable que los mas de los tratados que escribió en forma didáctica hasta la época en que abrió la es-

cuela del Liceo, eran tan notables por los encantos de la diccion como por la solidez de los principios. ¿Cómo, sino, hubiera podido hablar Ciceron de la elocuencia de Aristóteles, y darse á sí mismo por imitador de su estilo? El elogio de Aristóteles por Quintiliano alude tambien á unos tratados muy diferentes del *Organon*, de la *Metafísica* y de la *Política*: «No sé si Aristóteles se distingue mas por la profundidad de la ciencia, ó por el número de sus escritos, ó por la suavidad de su estilo, ó por la penetracion de su entendimiento inventivo, ó por la variedad de sus obras.» La *Carta á Alejandro sobre el Mundo* es el único escrito de Aristóteles en que se halla hoy dia algo de esa suavidad de estilo; y el capítulo sexto de dicho opúsculo prueba que Ciceron alababa con fundamento la brillantez y riqueza de la diccion de Aristóteles, y hasta su elocuencia. No son muchos los escritos antiguos, despues de los de Platon, donde se hable de Dios, de la causa motriz y conservadora del mundo, en términos mas magníficos ni con mas sorprendentes imágenes. Aunque este tratado fuese apócrifo, como algunos lo sostienen por razones de poco peso, tambien tendríamos el derecho de afirmar que Aristóteles compuso otros análogos. Y de uno de estos tratados entresacó probablemente Ciceron el fragmento tan vivo y tan notable que transcribe en su obra *sobre la Naturaleza de los Dioses* (1).

Carácter de las grandes obras de Aristóteles.

Digamos empero que, antes de la época en que Filipo le llamó á Macedonia, ya se habia propuesto Aristóteles

(1) Libro II, cap. XXXVIII.

refrenar el prurito de sus contemporáneos por las futilidades de relumbron, é imponer al lector con la eficacia del raciocinio y con el atractivo de la verdad. Dicese que por los años de 344 compuso la *Política* en su retiro de Mitilene. La forma de este tratado es ya de una severidad enteramente escolástica; pero la índole del asunto obliga á cada paso al filósofo, bien ó mal de su grado, á deponer en parte su gravedad, y amenizar, ó si se quiere, esclarecer la discusion con ejemplos tomados de la historia, y con bosquejos de costumbres ó caracteres. La *Política* se dirige á los repúblicos y á los pensadores de todos los países y escuelas; pero, respecto á las demás grandes obras de Aristóteles, parece que las mas de ellas solo se escribieron para el uso particular de los discípulos del Liceo: son los extractos de las lecciones que el filósofo les daba dos veces al día, paseándose á la sombra de los árboles; son los famosos tratados acroáticos ó acroamáticos, cuyo destino especial lo indica su mismo nombre, pues el término *ἀκροατικά* significa *lección*; tratados que no llegaron á conocimiento del vulgo hasta mucho tiempo despues de la muerte del autor, y son, por excelencia, la *Física*, la *Metafísica*, y los de lógica que forman lo que se titula *Organon*. La *Retrórica* tambien necesitaba el comentario del maestro. Los iniciados eran los únicos capaces de entenderla sin gran trabajo. Nada decimos de la *Poética*, la cual es un trozo informe de una obra perdida, ó el bosquejo de una obra inacabada. Este celeberrimo librito es precioso por los datos que suministra á la historia; pero abunda en teorías atrevidas, y prueba que Aristóteles tenia mas aptitud para componer excelentes versos que para definir la esencia de

la poesía ó fijar las leyes de los géneros literarios. Quien vuelva á leer el *Fedro* y el *Ion*, conocerá al momento toda la falsedad y vaciedad de este supuesto código. Nada hay mas extraño, á la verdad, en los fastos del entendimiento humano, que el aplauso de esta *Poética*, la cual preponderó en el mundo mientras la filosofía del mismo autor perdía toda autoridad, y conservó su imperio por espacio de mas de dos siglos, casi á despecho de la razon. Cierito es que apenas se confrontaba el texto de Aristóteles, y que se consultaba ciegamente á los comentadores; pero lo que causa una extrañeza igual por lo menos, es que los Heinsios, los Aubignacs y otros pudieran hallar lo que hallaron en dicho texto; y quedamos sobremanera sorprendidos cuando vemos todo lo que idearon al tratar de comprender la moderacion de las pasiones por el terror y la piedad, y porqué está en la tragedia todo lo que hay en la epopeya, y porqué el hombre es poeta por su instinto de imitacion superior al del mono. No fué culpa suya si el ingenio de Corneille y Racine no quedó ahogado en la prision que aquellos construyeron, y en la que seguramente no hubiera podido vivir la libre y altiva naturaleza de los Esquilos, Sófocles y Eurípides.

Sin embargo, en los tratados acroamáticos, y entre aquel prodigioso dedalo de distinciones, definiciones y silogismos, se encuentran cosas algo mas humanas que nos traen á la memoria al Aristóteles platónico. Las hay hasta en la *Metafísica*. Sirvan de ejemplo las admirables páginas en que Aristóteles describe los caracteres de la verdadera filosofía, y en particular este primoroso pasaje (1): « De la misma

(1) Aristóteles, *Metafísica*, lib. I, cap. II.

manera que llamamos hombre libre al que se pertenece y no tiene dueño, así esta ciencia, única entre todas, puede llevar el nombre de libre. Solo esta, en efecto, no depende mas que de sí misma. Siendo así, con razon podríamos considerar mas que humana la posesion de tal ciencia, pues la naturaleza del hombre es esclava por tantos puntos, que solo Dios, por hablar como Simónides, debiera gozar de tan hermoso privilegio. Con todo, es indigno del hombre no buscar la ciencia que alcanzar puede. Si los poetas tienen razon, si la divinidad es capaz de envidia, esta envidia habria de nacer principalmente con motivo de la filosofía, y todos los que se levantan con el pensamiento serian desgraciados; mas no es posible que la divinidad sea envidiosa; y los poetas, como dice el proverbio, suelen ser mentirosos. » Esos primores de estilo son escasos hasta en la *Retórica*, hasta en las obras de moral.

Expongamos sin embozo todo nuestro pensamiento. Parecenos que nada hubiera perdido la gloria de Aristóteles, y que la verdad habria ganado mucho, si esos textos difíciles, escabrosos y á menudo ininteligibles, ó lo que viene á ser lo mismo, susceptibles á veces de diez interpretaciones diferentes, hubiesen podido ser practicables para todos los lectores, ó á lo menos para los hombres de sentido recto y entendimiento cultivado. Pronto se hubiera deslindado lo verdadero y lo falso; Aristóteles pertenecería al mundo entero, no á una secta, y no tendria la triste suerte de caer y levantarse alternativamente en el aprecio de los hombres, y de ser objeto, ora de insensatas adoraciones, ora de inmerecidos desprecios. Su ingenio le haria para siempre un lugar entre los grandes escritores, y á despecho de

las vicisitudes de sus sistemas, tendria eternamente lectores, si no discípulos, y admiradores, si no fanáticos.

Vida de Teofrasto.

El filósofo á quien proclamara Aristóteles el mas docto y mas ingenioso de sus oyentes, Teofrasto, segundo jefe de la escuela del Liceo, se guardó muy bien de seguir el método literario de su maestro, ó mas bien, eligió entre los ejemplos de Aristóteles, y formóse un estilo sóbrio y elegante, análogo al de los tratados que se llamaban exotéricos, esto es, populares. Teofrasto, que apenas tenia doce años menos que Aristóteles, antes era su amigo y colaborador que su discípulo, y habia asistido con él á las lecciones de Platon en la Academia. El nombre de Teofrasto, con el cual le conocemos, le fué conferido por los oyentes del Liceo, á quienes encantaba su palabra: Teofrasto significa parlador divino. Cuando vino de la ciudad lesbense de Eresa, su patria, llamábase Tirtamo. A la muerte de Aristóteles, en 422, tenia cuarenta y nueve años. Algunos dicen que vivió mas de un siglo, y á ser auténtico el proemio de los *Caractéres*, estos delicados é ingeniosos bosquejos hubo de trazarlos á la edad de noventa y nueve años; pero segun la opinion mas probable, murió á los ochenta y cinco, en el de 286. Compuso muchísimas obras, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros. Las mas son tratados relativos á la historia natural, á la meteorología y á la metafísica, esto es, libros en que Teofrasto habia de limitarse poco mas ó menos á ser claro, sencillo, preciso, como lo es en efecto, y que solo un hombre de genio, como Platon ó Buffon, ó bien Aristóteles, hubiera podido

elevar á la elocuencia y á la sublimidad ; pues Teofrasto no era mas que un hombre de mucho talento y erudicion. Sin embargo , los *Caractères* nos dan una idea de las agradables dotes que valieron á Teofrasto su hermoso nombre.

Los caractères.

Los *Caractères* no son un libro , por mas que diga el proemio apócrifo de que hemos hablado , sino extractos de una grande obra hoy perdida , tal vez de una *Poética* ; y , segun se ha conjeturado , probablemente son modelos que Teofrasto trazó para el uso de los poetas. Aristóteles dió tambien el ejemplo de ese método práctico , no en su *Poética* , sino en su *Retórica* y en su *Moral*. ¿ Quién no ha leído la descripcion de las cuatro edades de la vida , que Horacio entresacó del segundo libro de la *Retórica* , y que Boileau puso en excelentes versos tomándola de Horacio ? Lo que en los libros esencialmente técnicos de Aristóteles no era mas que un accidente plausible , en la obra de Teofrasto llegó á ser , segun parece , una parte muy importante , si no la capital. Además , Aristóteles se ceñia á algunos rasgos muy generales , sin mucho arte y estudio. Teofrasto profundiza mas el análisis de los vicios y errores : los describe por menor , y hasta en las mas sutiles gradaciones. Sus retratos , sóbriamente coloreados por una imaginacion feliz y templada , tienen empero cierta monotonía , debida á la repeticion casi idéntica de las fórmulas de definicion usadas entre los peripatéticos. Los *Caractères* trascienden un tanto á la escuela , y es de sentir que Teofrasto no fuese mas aficionado á los atractivos de la variedad , los cuales doblarian , no el valor real , sino el primor de los

retratos ; pero ese defecto era mucho mas leve para los griegos que para nosotros.

No hemos de juzgar de los *Caractères* por la traduccion de La Bruyère. Este traducia de un texto defectuoso y muy incompleto. Hay fragmentos de caractères , y dos caractères enteros , que se hallaron despues en unos manuscritos desconocidos de los primeros editores. Digamos tambien que La Bruyère no tradujo el texto antiguo con mucha exactitud , y que al reproducir los pensamientos ajenos carecia casi completamente de la fuerza de imaginacion , de la ingeniosa viveza , de la energía y brillantez con que expresaba los propios. Vamos á dar la version casi exacta de uno de los caractères cuyo texto difiere mas del que La Bruyère tenia á la vista. Es el vigésimo sexto , intitulado *de la Oligarquía*. Despues de definir lo que por tal entiende , Teofrasto habla en los siguientes términos del amigo de la oligarquía , ó del antidemócrata :

« Cuando el pueblo se dispone á dar como auxiliares al arconte á algunos ciudadanos para que le ayuden á dirigir una fiesta pública , nuestro hombre toma la palabra y sostiene que es menester concederles un poder omnímodo ; y si otros proponen que se elijan diez , dice que basta uno solo. De todos los versos de Homero , no se acuerda sino de este : *El mando de muchos no es bueno ; no se necesita mas que un jefe* ; é ignora los demás. Por otra parte , véanse cuales son sus razones habituales : « Debemos deliberar en consejo particular sobre estos puntos ; debemos librar-nos de esa muchedumbre reunida en la plaza , y cerrarle el camino de las magistraturas. » Si el pueblo le recibe con rechiflas ó le infiere alguna afrenta : « Es preciso que ellos

ó nosotros salgamos de la ciudad. » Sale de su casa en mitad del día, envuelto en su capa, con el pelo y la barba ni muy cortados ni muy poco, y con las uñas artísticamente recortadas; baladrona por la plaza diciendo: « Ya no se puede vivir en la ciudad, á causa de los sicofantas; » y tambien: « ¡ Qué suplicio en los tribunales ! ¡ Tener que sufrir á esos malditos pleiteantes ! » y: « Extraño que los hombres lleven su insensatez al extremo de pretender los cargos públicos. La muchedumbre es ingrata, y siempre se entrega al que mas ofrece y al mas pródigo. » Declara que se avergüenza de ver sentado á su lado en la asamblea á un ciudadano flaco y desaseado. « ¿ Cuándo dejaremos de arruinarnos, dice tambien, aceptando empleos onerosos y equipando triremes ? » Segun él, la casta de los demagogos es una plaga detestable, y Teseo fué la causa primera de todos los males de Atenas. « Teseo, dice, fué quien reunió en la ciudad al pueblo de las doce aldeas, y quien destruyó el poder real; pero recibió el condigno castigo, pues fué la primera víctima de las iras populares. » Y esas razones, y otras del mismo género, las dirige á los extranjeros, lo mismo que á los ciudadanos que simpatizan con él en costumbres y sentimientos. »

CAPÍTULO XXXII.

Oradores del siglo cuarto antes de Jesucristo.

ISÓCRATES.—RETÓRICA DE ARISTÓTELES Y RETÓRICA DE ISÓCRATES.—ISÓCRATES ORADOR.—ISEO.—LICURGO DE ATÉNAS.—HIPÉRIDES.—DINARCO.—ALCIDÁMAS.—HEGESIPO.—DÉMADES.—FOCION.

Isócrates.

Volviendo á los oradores, el primer nombre que hallamos es el de un varon que tal vez fué menos orador que Lísias, y con quien no pudo competir en fama ningun orador griego. Isócrates es, si se quiere, el sofista mas hábil, mas entendido y mas probo, pero siempre y en todo sofista, aun cuando abruma de injurias á los sofistas.

Nació Isócrates en el año 436 antes de nuestra era. Sus primeros maestros fueron los sofistas Górgias, Pródico y otros. Sócrates, de quien tomó lecciones muy tardíamente, no pudo borrar de su mente la impresion de funestas doctrinas, y no consiguió hacer de él un filósofo ni un sábio. Fué toda su vida codicioso de oro, de placeres y nombradía, y á lo que parece, un político sin principios muy fijos, por no decir vil y mercenario. Aspiraba á la magistratura; pero la debilidad de su voz y la invencible timidez de su carácter le impidieron subir á la tribuna. Para indemnizarse de este inconveniente y para reparar los perjuicios que la guerra del Peloponeso habia irrogado á su patrimonio, abrió una escuela de elocuencia, y se metió á retórico, como diríamos nosotros; pero los griegos no lenian mas que una palabra para designar al retórico y al orador verdadero.

ó nosotros salgamos de la ciudad. » Sale de su casa en mitad del día, envuelto en su capa, con el pelo y la barba ni muy cortados ni muy poco, y con las uñas artísticamente recortadas; baladrona por la plaza diciendo: « Ya no se puede vivir en la ciudad, á causa de los sicofantas; » y tambien: « ¡ Qué suplicio en los tribunales ! ¡ Tener que sufrir á esos malditos pleiteantes ! » y: « Extraño que los hombres lleven su insensatez al extremo de pretender los cargos públicos. La muchedumbre es ingrata, y siempre se entrega al que mas ofrece y al mas pródigo. » Declara que se avergüenza de ver sentado á su lado en la asamblea á un ciudadano flaco y desaseado. « ¿ Cuándo dejaremos de arruinarnos, dice tambien, aceptando empleos onerosos y equipando triremes ? » Segun él, la casta de los demagogos es una plaga detestable, y Teseo fué la causa primera de todos los males de Atenas. « Teseo, dice, fué quien reunió en la ciudad al pueblo de las doce aldeas, y quien destruyó el poder real; pero recibió el condigno castigo, pues fué la primera víctima de las iras populares. » Y esas razones, y otras del mismo género, las dirige á los extranjeros, lo mismo que á los ciudadanos que simpatizan con él en costumbres y sentimientos. »

CAPÍTULO XXXII.

Oradores del siglo cuarto antes de Jesucristo.

ISÓCRATES.—RETÓRICA DE ARISTÓTELES Y RETÓRICA DE ISÓCRATES.—ISÓCRATES ORADOR.—ISEO.—LICURGO DE ATÉNAS.—HIPÉRIDES.—DINARCO.—ALCIDÁMAS.—HEGESIPO.—DÉMADES.—FOCION.

Isócrates.

Volviendo á los oradores, el primer nombre que hallamos es el de un varon que tal vez fué menos orador que Lísias, y con quien no pudo competir en fama ningun orador griego. Isócrates es, si se quiere, el sofista mas hábil, mas entendido y mas probo, pero siempre y en todo sofista, aun cuando abruma de injurias á los sofistas.

Nació Isócrates en el año 436 antes de nuestra era. Sus primeros maestros fueron los sofistas Górgias, Pródico y otros. Sócrates, de quien tomó lecciones muy tardíamente, no pudo borrar de su mente la impresion de funestas doctrinas, y no consiguió hacer de él un filósofo ni un sábio. Fué toda su vida codicioso de oro, de placeres y nombradía, y á lo que parece, un político sin principios muy fijos, por no decir vil y mercenario. Aspiraba á la magistratura; pero la debilidad de su voz y la invencible timidez de su carácter le impidieron subir á la tribuna. Para indemnizarse de este inconveniente y para reparar los perjuicios que la guerra del Peloponeso habia irrogado á su patrimonio, abrió una escuela de elocuencia, y se metió á retórico, como diríamos nosotros; pero los griegos no lenian mas que una palabra para designar al retórico y al orador verdadero.

Llamábanle pues Isócrates el orador. Pronto tuvo numerosos discípulos. Escribía discursos sobre toda clase de asuntos, y particularmente alegatos; y mantenía una brillante al par que lucrativa correspondencia con los reyes de Chipre y Macédonia. Lecciones, discursos, cartas, todo se lo hacía pagar en dinero contante, y muy caro. Atesoró inmensas riquezas, de las que no siempre hizo muy buen uso. El extraordinario éxito de su enseñanza y de sus escritos le suscitó envidiosos, no solo entre los sofistas y los oradores, sino hasta entre los filósofos. Asegúrase que Aristóteles y Jenócrates no podían congeniar con él, y que este viejo cultilocuente les era muy insoportable. También se dice que Aristóteles parodiaba contra él este verso del *Filoctetes* de Eurípides: «Es mengua callar, y dejar que hablen los bárbaros.»

Retórica de Aristóteles y retórica de Isócrates.

Si Aristóteles no opuso escuela á escuela, ni escribió su *Retórica* hasta mucho tiempo despues de la muerte de Isócrates, no es menos cierto que se propuso en dicha obra reconciliar la oratoria con la filosofía, y arrancarla del basto empirismo en que la mantuviera Isócrates, á ejemplo de los sofistas sus maestros. Aristóteles hizo de la retórica una parte de la ciencia del hombre; fundóla, no ya en artificios y sutilezas, sino en principios elementares y universales. Demostró que el arte difería del artificio, y el definir la retórica una dialéctica de lo verosímil, una dialéctica popular y política, dió de ella la idea mas completa y satisfactoria que nunca han hallado los retóricos. Estableció la teoría del argumento oratorio y analizó profundamente las

ideas que explican casi todos nuestros juicios y determinaciones; describió las que llamamos costumbres con admirable exactitud y sagacidad; indicó, no menos acertadamente, los verdaderos caracteres del estilo oratorio, y no se ciñó, como tantos otros, á frases huecas y fútiles, ó á una interminable enumeracion de las figuras de pensamiento y de dicción. Según él, la lengua del orador es la lengua de la razón, y el mejor estilo es el que mas cosas nos enseña y el que nos las enseña mejor. Sin embargo, la *Retórica* apareció un poco tarde, y cuando estaba espirando la elocuencia política; por manera que los oradores á quienes preparara Aristóteles con sus lecciones, hubieron de enderezar á otras carreras su ambición y actividad. Con respecto á Isócrates, lo que enseñaba no difería de ningún modo de lo que le enseñaron los sofistas, y sus propias obras prueban que empleaba sin escrúpulo todos los artificios en que, según él, consistía el arte. Con todo, un fondo de honradez natural, la memoria de las lecciones de Sócrates, los ejemplos literarios de Platon, y finalmente, el sentido ático, que al parecer fué su cualidad mas apreciable, le preservaron de las aberraciones en que habían caído Górgias y los suyos: así es que los discípulos que salían de su escuela valían mas que los demagogos enseñados por los sofistas. Concíbese pues que no se tuviese por lo que realmente era, y que escribiese contra los sofistas un discurso donde está lejos de tratarles como hijo ó hermano.

Isócrates fué uno de los que mas se esforzaron para que los atenienses aceptaran la intervencion de los macedonios en los asuntos de Grecia, y para preparar la fortuna de Filipo y Alejandro. Siempre y en todas partes repetía que la

Grecia necesitaba un jefe. Dicese empero que murió de sentimiento el día que sepultaron á los muertos de Queronea. Verdad es que no era menester una emocion muy viva para matar á un anciano de noventa y ocho años.

Isócrates orador.

Isócrates es un escritor oratorio muy hábil, mucho mas hábil que Lisias. Escribía con extremada lentitud, y calculaba indefinidamente el peso de una larga ó de una breve, la dimension de una palabra, la redondez de un período. Quince años pasó, segun se dice, componiendo, limando y puliendo su *Panegírico de Atenas*, que no llega á cincuenta páginas, y no es una obra maestra.

Nada hay en sus escritos que tenga visos de elocuencia. Hállanse con frecuencia ideas exactas, hechos dignos de apuntarse para la historia, cosas bellas y buenas; pero con frecuencia tambien asertos muy refutables, ideas falsas, sofística pura, y en general, frases, palabras, y luego mas palabras y mas frases, y nada en el fondo. No valia la pena de que Isócrates se dedicase por espacio de quince años á perfeccionar el *Panegirico*, para dejar en él aquellas fanfarronadas de viejo fátuo estragado por sus triunfos, aquellos retos á todos los críticos á encontrar algo censurable en su obra. Estamos convencidos de que todos los términos se emplean en el sentido álico mas puro, de que todas las palabras están en su lugar mas conveniente, y de que todas las frases son intachables, ya en cuanto al estilo, ya respecto á la armonía; pero este sábio arquitecto en vocales y consonantes parece que hizo muy poco caso del valor real de algunos de sus pensamientos. Hablando de la elocuencia

dice que tiene el don «de rebajar lo grande á los ojos de la opinion, de enaltecer lo que parece menos apreciable, de prestar á lo viejo las gracias de la novedad, y los rasgos de la antigüedad á lo nuevo.» Górgias lo habia dicho antes que Isócrates, y este lo repite formalmente: es como si nos previniese que no demos crédito á lo que va á contarnos, y que siempre entendamos lo contrario de sus palabras.

En el *Fedro*, Platon alaba altamente á Isócrates, y le pronostica los mas brillantes triunfos oratorios; pero el *Fedro* se escribió en una época en que Isócrates aun era jóven, y en que acababa de dar una prueba de valor, tratando de defender ante los Treinta á su amigo Terámenes. Platon conservó seguramente sentimientos de afecto por un hombre que se habia expuesto al odio popular llevando públicamente luto por la muerte de Sócrates; mas nos resistimos á creer que el autor del *Górgias* tuviese nunca por un grande orador al autor del *Elogio de Helena*. Ciceron, que habia celebrado los méritos de Lisias, no podia menos de extasiarse ante el escritor que era otro Lisias perfeccionado. Nosotros los modernos, por mas que, como lo hizo Tomás, recordemos las respetables autoridades de Platon, Ciceron, Quintiliano y Dionisio de Halicarnaso; por mas que recordemos tambien las dos estatuas levantadas á Isócrates, y la columna en que por remate colocaron una sirena, símbolo de su elocuencia; esta elocuencia no la vemos en ninguna de las obras de Isócrates, y nadie nos la hará ver jamás. No era Isócrates, á la verdad, una medianía, sino un hombre consumado en el arte de bien decir, aun cuando no decia nada; era, si se quiere, un artista eminente, con tal que pueda darse este título á un despreciador de la verdad,

á un sofista, á un hombre que pensaba muy poco, que aun sentia menos, y que apenas tuvo otra pasion que una vanidad egoista y el amor al lucro y á los placeres. Para juzgar á Isócrates basta leer el interminable preámbulo del discurso en que exhorta á Filipo á pacificar la Grecia, esto es, á subyugarla, y á volver contra el Asia las armas reunidas de todos los pueblos helénicos. Lo que ocupa principal y casi únicamente á este supuesto político y orador, es el temor de haber adornado quizás su estilo con todas las galas que quisiera Filipo; y hasta acaba diciendo con fingida modestia: «Si á lo menos mi discurso estuviese escrito con aquella variedad de número y de figuras que antes sabia yo usar, y que enseñaba á mis discípulos al mostrarles los secretos de mi arte! Pero á mi edad ya no se hallan aquellos giros.»

Iseo.

Rival de Isócrates como maestro de retórica, Iseo es mucho menos conocido. No se sabe dónde nació, ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. Asistió á la escuela de Lisias, y Demóstenes fué discípulo suyo. Algunos le atribuyen la invencion de los nombres con que se designan las figuras de retórica. A no tener mas que esta gloria, no perderíamos el tiempo hablando de él; pero sobresalió en el foro, y los once alegatos que nos dejó, aunque relativos á materias de sucesion, son interesantes tambien para los que no se cuidan de las disposiciones del código civil de Atenas. En ellos se conoce al hombre de verdadero talento, que expone los hechos con claridad y precision, y discute las pruebas con estricta lógica, vigoroso en el ataque, vivo en la réplica, escritor de sencillez desnuda, pero lleno de en-

tusiasmo y persuasiva; no en verdad un grande orador, sino un perfecto abogado ático. Juvenal elogia la vehemencia de Iseo. Es probable que el Iseo del Juvenal no es el orador ateniense, sino el retórico Iseo, célebre en Roma en tiempo de los Antoninos; mas no importa: no fuera exagerado aplicar el cumplimiento al orador Iseo, y hasta literalmente. Lisias se vió reducido, por su condicion de extranjero, á no ser mas que redactor de discursos judiciales. Iseo fué mas propiamente lo que llamamos abogado: como Lisias, solia escribir para otros; pero á veces tambien hablaba en persona por sus clientes. Una de sus defensas mas notables es la que pronunció él mismo con motivo de la sucesion de un tal Nicóstrato, cuyos herederos eran muy jóvenes para hacer uso de la palabra. Los demás alegatos contienen cuadros de costumbres muy picantes; pero en aquel se halla el mas vivo é ingeniosamente trazado. Nicóstrato habia muerto en el extranjero, dejando algunos bienes, y solo tenia parientes colaterales. Véase cómo refiere Iseo los obstáculos que sus clientes han tenido ya que allanar, antes del pleito que contra ellos entabla Cariades:

«¿Quién no se afeitó la cabeza á la muerte de Nicóstrato? ¿Quién no vistió de luto, como si el luto hubiese debido hacerle heredero? ¿Cuántos parientes é hijos adoptivos reclamaban la sucesion! Pleiteóse en seis diferentes ocasiones por los dos talentos que la componian. Primero, un tal Demóstenes se suponía sobrino suyo; pero se retiró, cuando hubimos descubierto su impostura. Presentóse en seguida uno que se llamaba Telefo, pretendiendo que el difunto le habia legado toda su fortuna; pero renunció desde luego á sus pretensiones. Siguióle Aminíades, que presentó al ar-

conte un niño, diciendo que era hijo de Nicóstrato: el niño tenía menos de tres años, y había once que Nicóstrato se hallaba ausente de Atenas! A dar oídos á un tal Pirro que apareció despues, Nicóstrato consagró sus bienes á Minerva, y se los legó á él. Finalmente, Clésias y Cranao decían que Nicóstrato había sido condenado á satisfacerles un talento, y no habiendo podido probarlo, pretendieron que Nicóstrato era su liberto, lo cual tampoco probaron.»

¡ Cuántos abogados necesitan aprender de Iseo á desechár todos los ripios, todos los adornos de mal gusto que deslucen sus alegatos, y particularmente la prolijidad, plaga de la elocuencia forense!

Licurgo de Atenas.

Hé aquí por fin un verdadero orador, un orador político, un repúblico. Llamábase Licurgo, y nació en 408 de una de las familias mas esclarecidas de Atenas. Fué discípulo de Isócrates, de quien no conservó ningun resabio en su carácter ni en su elocuencia, merced á las lecciones mas graves que despues recibió en la escuela de Platon. Distinguióse en edad temprana por su capacidad, y ejerció los cargos mas importantes y difíciles, administrando por espacio de doce años consecutivos la hacienda de la república. Hizo expedir leyes severas y casi draconianas para la represión de todos los abusos; exterminó á los foragidos que infestaban el Atica; activó la ejecución de las grandes obras de utilidad pública, equipó tropas, aumentó la marina y abasteció los arsenales. Mandó terminar la construcción del teatro de Baco, y levantar estatuas de bronce á los tres grandes poetas trágicos, disponiendo que se depositase en

los archivos nacionales un ejemplar de sus obras. No tuvo Filipo un enemigo mas temible, ni los hombres vendidos á Filipo un perseguidor mas terrible, mas implacable. Acusado varias veces, triunfó de todos los ataques: su probidad, su valor y su talento salieron con nuevo lustre de todos los apuros. Fué uno de los oradores cuya cabeza pidió Alejandro despues de la destrucción de Tébas, y que se salvaron por mediación del venal Démades. Dicese que se hizo llevar antes de su muerte al templo de la madre de los dioses y al senado para dar cuenta de su administración. Solo un hombre osó levantar la voz contra él: Licurgo respondió victoriosamente á todas las imputaciones de aquel, y en seguida dispuso que le condujesen á su casa, donde no tardó en fallecer, á la edad de mas de ochenta años, y por los de 326.

Casi todos los discursos que dejó Licurgo eran acusaciones, en las cuales descollaba este magistrado íntegro, este hombre á quien apellidaban Ibis, ó destructor de reptiles. El discurso *Contra Leócrates* es el único que poseemos. Leócrates era un rico ciudadano que despues de la batalla de Queronea había huido de Atenas; y Licurgo en nombre de las leyes, en nombre del juramento cívico, en nombre de los sentimientos mas sagrados, pide que Leócrates sea declarado traidor á la patria y castigado con el suplicio de los traidores. Nada mas enérgico ni mas duro que este discurso; nada que huelga menos á sofística y estudio. Por punto general, Licurgo se contrae á recordar ilustres ejemplos, á citar hechos históricos, textos de decretos, versos de algunos poetas inspirados; pero los versos de Homero ó Tirteo, las leyes antiguas, la historia entera, el heroísmo de los gran-

des ciudadanos, todo cae sobre la cabeza de Leócrates como un peso terrible. De vez en cuando estallan la ira y la indignacion, y acaban la obra de la dialéctica y del derecho: de suerte que despues de recordar el juramento que pres- taban los jóvenes atenienses, Licurgo exclama :

« ¡ Cuánta generosidad, cuánta piedad en ese juramento! Leócrates ha hecho todo lo contrario de lo que juró. ¿Quién pues podrá ser mas impio que él y mas traidor á su patria? ¿quién deshonorar mas cobardemente sus armas, que negándose á tomarlas y rechazar á los agresores? ¿No abandonó evidentemente á su compañero y desertó de su puesto, el que ni siquiera quiso alistarse y presentarse en las filas? ¿ Dónde pues habrá defendido todo lo mas santo y sagrado que hay, el que evitó todos los peligros? En fin, ¿ de qué mayor traicion podia hacerse culpable ante la patria, el que la abandonó y permitió, tanto como estaba en su mano, que cayese en poder de los enemigos? ¡ Y no condenariais á muerte á ese hombre culpable de tantos crímenes! ¿A quién pues castigareis? » Y era un anciano septuagenario quien se expresaba con esa vehemencia.

Créese que Leócrates fué condenado ; pero Licurgo hizo inmolarse á las leyes una víctima de mucha mayor consideracion despues del desastre de Queronea : era Lisicles, el general traidor ó inepto que mandaba á los atenienses en la batalla. Restan algunas palabras del discurso de Licurgo contra él, mucho mas duras aun y mas vehementes que las de la acusacion contra Leócrates. « Tú mandabas el ejército ; oh Lisicles ! y perecieron mil ciudadanos, y dos mil cayeron prisioneros, y elévase un trofeo contra la república, y la Grecia entera queda avasallada ! Todas esas

desgracias sobrevinieron cuando acaudillabas á nuestros soldados ; y te atreves á vivir, te atreves á ver la luz del sol, á presentarte en la plaza pública, tú, padron de ignominia y oprobio para tu patria ! »

Dícese que Licurgo carecia de arte ; pero este defecto, si lo es, quedaba bien compensado por calidades que todo el arte del mundo no hubiera podido producir, por verdaderas calidades oratorias, por aquella elocuencia, en fin, de la que Isócrates y tantos otros no siguieron mas que la sombra.

Hipérides.

A Hipérides, que los antiguos consideraban como al primer orador despues de Demóstenes y Esquino, solo le conocemos por las autoridades de Ciceron, Quintiliano, y otros autores. No existe ningun discurso que pueda atribuirsele con certeza. Hipérides era, como Licurgo, uno de los adversarios mas acérrimos de los macedonios, de quienes pereció víctima. Despues de la batalla de Cranon, fué entregado á Antípatro, quien le mandó arrancar la lengua antes de matarle. Ensalzabase el orden y economía de los discursos de Hipérides, la eficacia de sus argumentos, la viveza y suavidad de su estilo ; pero Quintiliano observa que merecia particularmente ser tomado por modelo en el modo de tratar los asuntos templados.

Dinarco.

Dinarco de Corinto nació en el año 360, establecióse en Atenas cuando Alejandro pasó al Asia, y llegó á ser uno de los jefes del partido macedonio. Granjeóse fama de orador, y fué uno de los enemigos mas encarnizados de De-

móstenes. Mas adelante tuvo la dicha de ser contado en el número de los amigos de Focion, y de perecer, como él, víctima de Polispercon, indigno tutor de los hijos de Alejandro. Nos quedan de Dinarco tres discursos de acusacion, siendo el mas notable de ellos el que pronunció ante el pueblo ateniense contra Demóstenes, y del cual hablaremos mas abajo. Dinarco es vehemente y sentido, y su estilo no carece de colorido y vigor, por cuya razon le incluyeron los alejandrinos en la lista de los oradores clásicos, con todos los que ya hemos mencionado en este capítulo.

Alcidámas.—Hegesipo.

Otros nombres hay que merecen consignarse en este lugar, aunque no sea nuestro ánimo formar el catálogo de todos los hombres que en el siglo IV llevaron el título de oradores. Tal es Alcidámas de Elea en Eólida, discípulo de Górgias, y orador, ó mejor dicho sofista á lo Isócrates. Tenemos de él dos arengas de escuela, escritas sin mucha pretension. Tal es tambien Hegesipo, que trabajó con talento en la misma obra que Licurgo ó Hipérides. Algunos le atribuyen la arenga *sobre el Haloneso*, produccion muy mediana y de mal gusto. Plutarco, empero, cita en los *Apotegmas* un dicho suyo que vale mas que aquella arenga, probando que Hegesipo era hombre de corazon y capaz de llegar á la verdadera elocuencia. Un dia en que hablaba con calor contra Filipo, un ateniense le interrumpió diciendolo: «¡Pues no propones la guerra!—Sí, ¡por Júpiter! contestó Hegesipo; y quiero además duelos, entierros públicos, elogios fúnebres, en una palabra, cuanto nos debe hacer libres y sacudir de nuestras cervices el yugo macedónico.»

Démades.—Focion.

Los ocho oradores cuya cabeza pidió Alejandro con las de Licurgo y Demóstenes, no son conocidos mas que de nombre; pero Démades, el que mediante cinco talentos se encargó de ir á calmar el enojo de Alejandro, lo cual en efecto consiguió, dejó reputacion de hombre poderoso por su palabra, sino de bien. No escribia sus discursos. Tampoco escribia Focion los suyos, que no eran tan brillantes como los de Démades, pero que producian mucho mas efecto. Ponfase á estos dos oradores en paralelo con Demóstenes. «Conveníase generalmente, dice Plutarco en la *Vida de Demóstenes*, en que al abandonarse Démades á su carácter tenia una fuerza irresistible, y en que sus discursos improvisados sobrepujaban infinitamente las arengas de Demóstenes, con tanto cuidado meditadas y escritas. Ariston de Chios refiere un juicio de Teofrasto sobre estos dos oradores. Preguntábale lo que pensaba de Demóstenes. «Es digno de su ciudad, respondió Teofrasto.—¿Y Démades?—Es superior á su ciudad.» Cuenta el mismo filósofo que Poliucto de Esfeta, uno de los que á la sazón administraban los negocios de Alénas, tenia á Demóstenes por un grandísimo orador, pero que Focion le parecia más elocuente, porque encerraba mucho sentido en pocas palabras. Asegúrase que al ver el mismo Demóstenes que Focion se levantaba para hablar en contra suya, decia siempre á sus amigos: «Ya se levanta el hacha de mis discursos.» Pero ¿aludia Demóstenes á la elocuencia de Focion, ó á su reputacion de prudente? ¿No podia creer acaso que una sola palabra, una sola señal de un hombre que por su virtud ha merecido la confianza pública, produce mas efecto que una acumulacion de largos períodos?»

CAPÍTULO XXXIII.

Esquino. Demóstenes.

VIDA DE ESQUINO.—PROCESO DE LA CORONA.—ELOCUENCIA DE ESQUINO.
—VIDA DE DEMÓSTENES.—DISCURSOS DE DEMÓSTENES.—MUERTE DE DEMÓSTENES; HONRAS TRIBUTADAS Á SU MEMORIA.—ELOCUENCIA DE DEMÓSTENES.—DISCURSO PARA CTESIFON.—ESTILO DE DEMÓSTENES.—IRONÍA DE DEMÓSTENES.—SUBLIMIDAD DE DEMÓSTENES.—ELOCUENCIA POLÍTICA DESPUES DE DEMÓSTENES Y ESQUINO.

Vida de Esquino.

Esquino, el rival mas famoso de Demóstenes, nació en Colocia (Atica), en el año 393, siendo sus padres un pobre maestro de escuela y una tocadora de tímpano. Primero fué atleta, luego cómico de la legua, despues amanuense ó secretario de un magistrado; por último, á la edad de cuarenta años poco mas ó menos, abrazó la carrera política, y en poco tiempo llegó á ser uno de los principales personajes de Atenas. Era un hombre de buena presencia, dotado de sonora y armoniosa voz, de entendimiento muy cultivado, muy penetrante y sutil; y á pesar de su pobreza, en su mocedad fué á oír las lecciones de Platon é Isócrates. Esquino fué un filipista moderado, y por mas que dijese Demóstenes, uno de los jefes mas honrados del partido macedónico. No queremos decir que Esquino fuese siempre un modelo de virtud, y que nunca aceptase ninguna dádiva de Filipo; pero á lo que parece, todo prueba que si fué un hombre arrebatado, violento y hasta injusto, no merece empero los títulos de mal ciudadano, traidor y alma venal que tanto le prodigó su enemigo.

Los primeros tiros partieron de Demóstenes al regresar de la embajada de Macedonia, á la cual pertenecian ambos, pero de la que volvian con sentimientos muy opuestos: Demóstenes, abiertamente declarado por la guerra contra Filipo; Esquino, por el contrario, muy dispuesto á tratar pacíficamente con el macedonio. Timarco, amigo de Demóstenes, preparábase á acusar en forma á Esquino ante el pueblo; pero este se adelantó á aquel, y hasta le hizo condenar en virtud de la ley de Solon que degradaba de los privilegios cívicos á los pródigos y á los hombres de costumbres infames. Poseemos el alegato *Contra Timarco*, uno de los discursos mas virulentos, mas crueles y mas hábiles que nunca se han pronunciado; pero del que no es posible transcribir cosa alguna, aunque haya llegado hasta nosotros suavizado por el mismo Esquino en algunos pasajes que antes eran mas violentos y mas ultrajantes, si cabe, de lo que hoy dia los leemos.

Poco tiempo despues, en 442, Demóstenes acusó ante el pueblo á Esquino, no precisamente de traicion, sino de prevaricaciones políticas, y pidió contra él la pena de muerte. Ese es el que se llama proceso de la Embajada. Esquino probó fácilmente que no habia faltado á sus instrucciones en su mision en la corte de Filipo, y que los argumentos de su adversario se reducian, á pesar de las apariencias, á presunciones, sospechas y calumnias. Su discurso, que poseemos, es una contestacion perentoria al de Demóstenes, que poseemos tambien; pero es una obra menos vehemente y menos viva. Con mas orden y precision en el relato de los hechos, con mas sagacidad y mas ingenio, y á pesar de la verdad que estaba de su parte, ó mejor dicho, á causa

de la misma verdad, Esquino se quedó algo frío, especialmente cuando se le lee después de Demóstenes. Ganó su causa; pero el efecto producido por las elocuentes invectivas de Demóstenes parece que desde entonces amengüó considerablemente la autoridad moral de Esquino.

Proceso de la Corona.

El proceso de la Corona, que duró hasta el año 330, y en que Esquino fué vencido, señala el apogeo y el fin de su carrera oratoria. He aquí de lo que se trataba. Un ciudadano llamado Ctesifon había propuesto conferir á Demóstenes una corona de oro en recompensa de sus servicios, y ceñírsela en el teatro en presencia de todo el pueblo reunido. Esquino presentó contra Ctesifon una acta de acusación algunos años antes de la muerte de Filipo; pero no pronunció su famoso discurso hasta al cabo de ocho ó nueve años, cuando el proceso, suspendido por los sucesos que siguieron á la derrota de Queronea, se continuó y falló definitivamente. Esquino demuestra muy bien en este discurso que la proposición de Ctesifon es ilegal; que la ley prohíbe coronar á un ciudadano que no ha presentado sus cuentas, y que en todo caso la coronación no puede verificarse en el teatro. Toda la primera parte de esta acusación es un excelente alegato, irrefutable bajo el punto de vista jurídico. La segunda parte, en que Esquino pasa á demostrar que Demóstenes no ha prestado ningún servicio al estado, y que es el autor de todos los males de Atenas, es vivísima, á veces patética, y siempre brillante; pero los argumentos son con harta frecuencia débiles ó viciosos, y no convencen bastante. Se ve demasiado al enemigo injusto, al declamador,

al sofista, y no causa extrañeza que después de los prodigios de talento, y hasta de elocuencia, Esquino quedase mal, aun teniendo en su favor el texto de las leyes. La admirable peroración del discurso adolece hacia el fin de un rasgo de mal gusto. Citarémos este fragmento, uno de los en que mas se advierten las eminentes cualidades de Esquino, al par que sus defectos.

« ¿Qué pensareis de sus farfantonerías, cuando diga: Embajador, he arrancado á los bizantinos de manos de Filipo; orador, he sublevado contra él á los acarnanienses, y llenado de espanto á los tebanos? pues se figura que os habeis vuelto bastante cándidos de ánimo para creerle: como si en la ciudad sustentaseis á la Persuasion, y no á un sicofanta! Pero cuando al fin de su discurso llame para su defensa á los cómplices de su depravación, ved, en esta tribuna donde hablo, á los bienhechores de la república colocados en frente de ellos para rechazar su audacia. Solon, que decoró á la democracia con las mas bellas instituciones; Solon, el filósofo, el gran legislador, os ruega con su natural blandura que no sacrifiqueis á las frases de un Demóstenes vuestros juramentos y las leyes. Aristides, que arregló las contribuciones de Grecia, y á cuyas hijas huérfanas dotó el pueblo, se indigna del envilecimiento de la justicia: « Sonrojaos, exclama, al pensar en la conducta de vuestros padres! Artmio de Zelia había traído á Grecia el oro de los medos, y fijado su residencia en nuestra ciudad: proxeno del pueblo ateniense, se libró de la muerte para ser desterrado de Atenas y de todos nuestros territorios; y á ese Demóstenes, que ni siquiera ha traído el oro de los medos, sino que lo ha recibido por sus traicio-

nes y todavía lo posee, os disponeis á ponerle una corona de oro en la cabeza! » Temístocles, en fin, y los muertos de Maraton, y los de Platea, y hasta los sepulcros de nuestros abuelos, ¿no gemirán, decidme, si el hombre que segun confesion propia sirve á los bárbaros contra los griegos, es coronado algun dia? Por mi parte ¡oh Tierra! ¡oh Sol! ¡oh Virtud! y vosotras, inteligencia, ciencia, con las que discernimos el bien y el mal! he cumplido mi deber; he dicho. Si he acusado el crimen con energia, y como lo merece, he hablado segun mi deseo; segun mis alcances á lo menos, si he sido inferior á la tarea. En cuanto á vosotros, en vista de las pruebas que he suministrado, y de las que he podido omitir, fallad de conformidad con la justicia y el bien de la república.»

Ctesifon no fué condenado. Esquino solo obtuvo la quinta parte de los votos, en lugar de la mitad mas un quinto que necesitaba, segun la ley relativa á las acusaciones políticas. Multado en mil dracmas y avergonzado de su derrota, ausentóse de Atenas el mismo dia, y se retiró á Efeso, donde aguardó el regreso de Alejandro, que á la sazón se dedicaba á lejanas expediciones; pero Alejandro no volvió, y despues de la muerte de su protector, Esquino fué á vivir en Rodas, donde abrió una escuela de retórica, cuya celebridad duró aun mucho tiempo despues de él. Murió en 314 en Samos, á donde habia ido para despachar algun asunto. Tenia setenta y nueve años.

Elocuencia de Esquino.

Esquino no escribió mas que los tres discursos que posemos, llamados por los antiguos las tres Gracias. Son unas

Gracias á veces un tanto muelles y afectadas, pero dignas con todo de su nombre. Quintiliano acusa con razon á Esquino de tener mas carne que músculos. Esquino es un artista y un hombre de imaginacion, mucho mas que un lógico poderoso. Dispone muy hábilmente el plan general de un discurso; mas no sabe trabar estrechamente las partes, ni condensar los argumentos, ni producir aquella unidad de impresion que es el triunfo de la elocuencia. Es ardiente, arrebatado, lleno de animacion y brillantéz; abunda de expresiones felices, y de figuras tan atrevidas como exactas; á veces se extralimita de su objeto, pero muy pocas, si se juzga lo que dice, no segun las reglas de la verdad absoluta, sino segun lo que él conceptuaba ser verdad; quizá pesa demasiado las palabras, como todos los que asistieron á la escuela de Isócrates; pero nunca se le puede acusar de hablar por no decir nada: dice demasiado, mas veces que poco, y perjudica involuntariamente su causa. Dista mucho de ser un orador perfecto; pero es de los mas perfectos que ha habido en el mundo.

Vida de Demóstenes.

Célebre ya en la época de los primeros pasos de Esquino en la carrera oratoria, Demóstenes tenia ocho años menos que su rival. Nació en Peania (Atica), en el año de 385, y á los siete de edad perdió á su padre, que era un rico armador. Sus tutores malrotaron su hacienda y descuidaron su educacion. A despecho de los mismos, fué á oír á Platon y á Euclides de Megara; y la Academia no tuvo otro discípulo mas aplicado. Pronto resolvió perseguir en justicia á los miserables que habian abusado de su orfandad, toman-

do por maestro en sus estudios oratorios al Iseo de quien hemos hablado. Llegado á su mayoría, pleiteó contra sus tutores, y consiguió que se les condenase á cuantiosas restituciones. Es probable que Iseo le ayudó en la composición de los cinco alegatos que pronunció en el litigio, y que poseemos.

Luego quiso Demóstenes subir á la tribuna de las arengas, pero fué rechazado dos veces por la gritería del público. Su estilo pareció trabajoso y oscuro, y su pronunciación falta de facilidad y gracia. En vez de desalentarle, esos contratiempos enardecieron su ambición de gloria: encerróse durante algunos años en una soledad profunda, esforzándose con afanosa porfía para vencer sus defectos naturales, sumiéndose en la lectura, copiando varias veces á Tucídides, meditando, componiendo sin cesar, y sobretudo declamando; por último volvió á presentarse al público, dueño de sí y de todos los recursos del arte. Tenía entonces veinte y cinco años, y en poco tiempo adquirió poder y renombre, aprovechando también su talento para enriquecerse. Escribía ó pronunciaba alegatos, como habían hecho Antifonte, Iseo y tantos otros; y su carácter áspero y violento se adaptaba mas al papel de acusador ó demandante que al de defensor ó apologista. Los numerosos discursos judiciales que de él nos quedan no son mas que una parte insignificante de los que escribió ó pronunció.

Discursos de Demóstenes.

Los alegatos de Demóstenes bastarían por sí solos para dar á su autor una fama imperecedera: en ellos se advierten ya casi todas las cualidades que con tanta brillantez

desplegó en sus discursos, especialmente la razón apasionada, la dialéctica arrebatadora; pero sus arengas al pueblo y sus alegatos políticos son tan superiores á sus alegatos forenses, como estos á los alegatos de Iseo y de los demás oradores áticos. Casi todas las *Filípicas* son obras maestras. En la defensa de Ctesifon, en el famoso discurso de la *Corona*, se vé á Demóstenes entero, vivo, inflamado todavía por el genio y por las pasiones que le animaban há mas de veinte siglos.

Por espacio de quince años no pudo Filipo dar un paso sin hallarse frente á frente con Demóstenes: sus proyectos, apenas insinuados, se denunciaban á la Grecia desde la tribuna del Pnyx; Filipo veía surgir de todas partes enemigos á los acentos de aquella inspirada voz; y Demóstenes no vacilaba en empeñar hasta su honra en aquella santa lucha, recibiendo el oro del rey de Persia para hacer rostro al de Filipo, y sembrándolo por la Grecia sin curarse de si maliciaban que se quedase su parte y vendiese también sus palabras. Dice Plutarco con evidente exageración que en Queronea Demóstenes soldado no fué digno de Demóstenes orador, y que el que tanto contribuyera á promover aquella desastrosa batalla abandonó su puesto y arrojó las armas. Los atenienses no se lo acriminaron, bien porque hubiese en su conducta circunstancias atenuantes, bien porque no exigiesen de un orador lo que tenían derecho á exigir de un militar, y particularmente de un general, como Lisicles.

Muerto Filipo, Demóstenes intentó sublevar la Grecia contra su sucesor; pero la ruina de Tébas mostró que la Grecia había caído en poder de un señor mas terrible que

el primero. La ausencia de Alejandro dió lugar á que los atenienses se creyesen libres por un momento, y Demóstenes reconquistó todo su influjo, recibiendo por fin en el teatro, el día del certámen de las tragedias nuevas, la corona de oro que tiempo atrás propusiera Ctesifon que se le confiriese á nombre del pueblo, en premio de su lealtad y sus servicios.

Poco despues de su triunfo experimentó una acerba desgracia. Harpalo se trasladó á Atenas para ocultar el fruto de sus rapiñas, y compraba la proteccion de los oradores, á fin de que se le permitiera permanecer en la ciudad. Primeramente Demóstenes propuso expulsar á Harpalo, y despues se abstuvo de hablar el día en que se acordó que Harpalo saliese de Atenas. El silencio á que le obligaba, segun decia, una angina que le habia quitado la voz, fué interpretado en contra suya. Incluyéronle en la causa que se formó á los fautores de Harpalo, y el Areópago le condenó á una multa de cincuenta talentos (4): la sentencia le constituía prisionero hasta que hubiese satisfecho esa enorme suma. El pueblo ratificó el fallo. El acusador de Demóstenes fué Estratócles, y Dinarco sostuvo la acusacion.

Ya hemos dicho mas arriba que tenemos el discurso de Dinarco. Es obra de un hombre violento, rencoroso, lleno de hiel, pero hábil, ingenioso y hasta elocuente. Es probable que antes de hablar releyó Dinarco la arenga de Esquino *contra Ctesifon*. No es siempre indigno de ese modelo. Hé aquí un pasaje muy vivo, que recuerda hasta cierto punto la hermosa peroracion de Esquino: «Si perdonaís á Demóstenes ¡oh atenienses! me dirigiré á los anti-

(4) Un millon de reales.

(N del T.)

guos héroes de la patria; invocaré á Minerva, protectora de Atenas; invocaré á nuestras divinidades tutelares; invocaré al infierno, apelaré á las Furias! Les diré: Los jueces de Atenas no han castigado al acusado del pueblo; sí, al criminal que se vendió para hacer traicion á la patria, le han perdonado; han perdonado al criminal cuyo funesto genio ha paralizado todas las fuerzas de Atenas; al hombre cuya existencia solo es apreciada por los enemigos de Atenas; al hombre cuya muerte desean todos los buenos ciudadanos, habiéndola merecido veinte veces, persuadidos de que solo su caída levantará vuestra fortuna!» Estratócles y Dinarco eran unos calumniadores, y por mas que diga Plutarco, nada recibió Demóstenes de Harpalo. No nos fundamos solamente en que Demóstenes protestó siempre su inocencia, sino en que el tesorero de Harpalo, capturado en Rodas por el macedonio Filóxenes, y puesto á cuestion de tormento, nombró á todos los que habia sobornado Harpalo, sin pronunciar nunca el nombre de Demóstenes. Filóxenes, que ninguna razon tenia para guardar consideraciones al enemigo de Alejandro, obró lealmente declarándolo así en las cartas que escribió á los atenienses para revelarles lo que acababa de saber sobre el particular.

Muerte de Demóstenes; honras tributadas á su memoria.

Demóstenes se escapó de la cárcel, y pasó algunos años en un destierro que le parecia peor que la muerte. La noticia de que Alejandro ya no existia le curó de su tristeza y le devolvió toda la actividad de la juventud. Corrió á reunirse con los embajadores de Atenas, que se esforzaban para formar contra los macedonios una nueva coalicion de

los pueblos griegos; y en breve regresó á su patria, llamado por el deseo unánime de sus conciudadanos. Hiciéronle un recibimiento magnífico, y aquel año le encargaron el sacrificio á Júpiter Salvador, valiéndose de este medio para eximirle del pago de la multa. Destinábase comunmente una suma á los gastos de la ceremonia, y para ellos recibió Demóstenes cincuenta talentos, con los cuales satisfizo al fisco dicha multa. La batalla de Cranon, en 322, frustró las esperanzas de los amigos de la libertad. Antípatro y Crátero impusieron su voluntad á la Grecia; púsose una guarnicion macedónica en Aténas, y decretóse la muerte de Demóstenes. Este huyó con algunos amigos, condenados como él á la venganza de los vencedores; trasladóse solo á la isla de Calauria, y refugióse en el templo de Neptuno. Viendo los satélites de Antípatro que en vano trataban de inducirle á salir del santuario, disponíase á sacarle por fuerza; pero él les aborrió este sacrilegio: tomó un veneno que siempre llevaba consigo, avanzó hácia la puerta del templo, cayó al pasar por delante del altar del dios, y los soldados le levantaron ya cadáver.

Quando comenzó la ciudad de Aténas á respirar y recobró una sombra de independecia, rehabilitó la memoria de Demóstenes. Democares, sobrino del orador, hizo adoptar un decreto, en el cual se exponen en brillantes términos todos los servicios prestados por Demóstenes á la patria y á la libertad; y en virtud del mismo, se le erigió una estatua de bronce con esta inscripcion: «Si tu fuerza, Demóstenes, hubiese igualado á tu genio, nunca hubiera mandado en Grecia el Marte macedonio.»

Elocuencia de Demóstenes.

Con razon ha observado el bueno de Plutarco que faltaron algunas cosas á Demóstenes, en particular la verdadera entereza de ánimo, y que á pesar de todo su genio no mereció figurar entre los oradores antiguos, entre los que, como Pericles, habian sido grandes estadistas al par que expertos y bizarros generales. De la altiva firmeza que la conciencia de grandes obras realizadas daba á Pericles, Demóstenes, tan desgraciado en sus empresas, no tenia á menudo mas que la apariencia. Carece de la sencilla y sublime majestad que caracterizó la elocuencia de Pericles, y por mas que digan los retóricos, olvidóse demasiado de rendir culto á las Gracias, hasta á las Gracias un tanto varoniles y severas cuyo dichoso favorito fué entre todos Pericles. Hechas estas salvedades, nos adherimos á todos los elogios de que antiguos y modernos han colmado á porfía á Demóstenes. Solo negamos que este orador corresponda enteramente á la idea que puede formarse de la elocuencia, y que nunca deje nada que desear. Es el orador mas completo de cuantos han escrito; mas no la elocuencia personificada, como algunos afirman, ni el ideal del orador.

Pasamos por alto los defectos que otros le notan, como el de no tener siempre un plan perfectamente claro, y el de andar á tontas y á locas, en lugar de seguir un orden metódico. Las *Filípicas*, que en general son breves, abarcando cada una de ellas un escaso número de hechos, no caben en esa acusacion. Los grandes discursos, para no estar compuestos con un arte ostensible á primera vista, tienen la verdadera unidad que no pueden reemplazar las mas hábi-

les disposiciones de partes: queremos decir que todos se fundan en una idea principal, de la que las demás solo son preparaciones, desenvolvimientos y corolarios.

Discurso para Ctesifon.

Véase el discurso *de la Corona*, y dígasenos si despues de oír á Demóstenes podían los atenienses vacilar en reconocer que habia tenido razon en aconsejar la guerra en que fueron vencidos. Esta es la idea que aparece en todas formas, y de la que no distraen nuestro ánimo la apología del decreto propuesto por Ctesifon, ni las invectivas á Esquino enderezadas. Justificar á Ctesifon es para el orador enaltecerse á sí mismo; acusar á Esquino es provocar la comparacion y preparar los ánimos á recibir con confianza los argumentos que derribarán el edificio construido por el odio. Examínese todo el discurso: nada hay que no conspire mas ó menos directamente á manifestar la idea que hemos indicado; nada que no redunde en alabanza de Demóstenes y en confusion de Esquino. Al referir lo que ha hecho y querido hacer es cuando Demóstenes se muestra principalmente en la plenitud de su genio. Mientras confiesa que le ha faltado algo, prueba que ha obrado prodigios, y provoca las aclamaciones. Vamos á insertar uno de esos pasajes justamente admirados, donde se unifican, digámoslo así, la razon y la pasion, y de donde parece que brota á llamardas la evidencia.

«A donde quiera que me hayais enviado de embajador, nunca he vuelto vencido por los diputados de Filipo, ni de la Tesalia, ni de Ambracia, ni del país de los ilirios, ni de la corte de los reyes tracios, ni de Bizancio, ni de otro cual-

quier lugar, ni últimamente en fin de Tébas; pero lo que yo conseguia de sus diputados con la palabra, sobreviniendo él lo destruía con las armas. ¡Y me inculpas! y no te sonrojas de exigir, mostrándote de mi cobardia, que yo por mi solo haya sido mas fuerte que todo el poder de Filipo; y eso con la palabra! Pues ¿de que otro recurso disponia yo? no era dueño de la vida de nadie, ni de la suerte de los que combatieron, ni de la direccion de las operaciones militares; y de eso me pides cuenta! ¡Qué delirio! Sobre todo los deberes al orador impuestos, examíname como quieras, consiento en ello. ¿Que deberes son esos? Estudiar los negocios desde su principio, prever sus resultados y comunicarlos á los ciudadanos: eso es lo que he hecho; corregir hasta donde es posible los entorpecimientos, las irresoluciones, las ignorancias y las rivalidades, vicios de que necesariamente adolecen los estados libres; impeler á los ciudadanos á la concordia, á la amistad, al celo por el bien público; todo eso, yo lo he realizado, y nadie puede acusarme de haber omitido nada de lo que podia... He hecho mas aun. No dejándome corromper por el oro, he vencido á Filipo; pues así como el comprador triunfa del que se vende y recibe el precio de la venta, así el hombre puro é incorruptible triunfa del mercader. Por consiguiente, Aténas es invicta en mi persona.

Estilo de Demóstenes.

Hase comparado al orador político con el hombre á quien una mano irresistible empuja adelante, que anda sin cesar, que no puede pararse y solo de camino puede respirar el aroma de las flores: imágen que sin duda se aplica á Demóstenes. Este orador se abandona á veces á valientes

arranques, ó hace brillantes pinturas; pero siempre y en todo se conoce que camina á una demostracion, y que pinturas y arranques son argumentos *sui generis*, y contribuyen á la grande obra de la persuasion. El estilo de Demóstenes no tiene siquiera como el de Esquino las galas semipoéticas que tiran á deleitar. Elévase á la poesía con el giro, con el vuelo del pensamiento, con la eleccion y posicion de las palabras; y en él se advierte algo del maestro que se habia buscado, de Tucídides, cuyo vigoroso estilo hemos analizado en otro lugar. Demóstenes es Tucídides trocado en orador político, con las diferencias profundas de carácter, de ideas y hasta de dicción, que supone el tránsito de los templos serenos de la sabiduría al borrascoso mundo de las pasiones y de las envidiosas rivalidades.

Ironía de Demóstenes.

No enumeraremos aquí las cualidades que los críticos de todas las épocas han notado en los discursos de Demóstenes; pero observaremos que este orador, que con tanta frecuencia *platoniza*, y que con tanta nobleza expresa las mas puras y eminentes doctrinas morales, es el que ha manejado con mas eficacia la terrible arma del ridículo. Su ironía es un puñal que él hunde y rehunde con infernal complacencia en el pecho de su enemigo. A la verdad, Esquino habria hecho reir mas de una vez á costa de Demóstenes, aun cuando le llamaba sutil farsante, ratero, verdugo de la república. Pero tambien ¡qué venganza! Véase á Demóstenes cuando habla de la torpe apóstrofe á la Tierra, al Sol, á la Virtud, y relata á su modo la historia de Esquino y la de su familia. Hacia tiempo que habian muerto el pobre maes-

tro de escuela y la tañedora de tímpano, y nadie se acordaba de ellos. Demóstenes les hace revivir, y ¡de qué manera! Atrómeto, esto es, Intrépido, nombre que Esquino daba á su padre al echar su firma, viene á ser Tromes, esto es, Trémulo; y Tromes es un esclavo, y el mas vil de los esclavos. Glaucotea, nombre de la madre, es tambien, segun Demóstenes, de la invencion de Esquino: esta mujer es una prostituta, una novia de cada dia; es el Trasgo, como la llamaban con su verdadero nombre. Y despues de condenar esas liviandades, reales ó supuestas: «Vagamundo y esclavo, exclama, los atenienses te han hecho rico y libre, y léjos de agradecersele, te vendes para hacerles traicion!» El discurso abunda en alusiones mas ó menos punzantes á los oficios en que Esquino empleó su trabajosa juventud, y hácia el fin Demóstenes vuelve á poner en escena al esclavo Tromes y á Glaucotea, que ya no podian mas; recuerda á Esquino el tiempo en que barria la sala del aula de Elpías, y el en que ayudaba á la bruja de su madre á verificar encantamientos mágicos. Ahora bien: el mismo hombre á quien arrastra la ira á excesos indignos del prudente, si no acaso del orador político, elévase sin esfuerzos ni sacudidas del fango que ha removido á las regiones ideales, á los pensamientos sobrehumanos que arrebatan nuestra alma de sí misma y de este mundo, y que son la sublimidad á que tan vanamente aspiran muchas y nobles almas.

Sublimidad de Demóstenes.

«Demóstenes aduce un argumento, dice Longino, en defensa de su conducta política. ¿Cuál era la forma que por sí misma se ofrecia? «No habeis faltado, atenienses, al ex-

poneros al peligro por la libertad y la salvacion de Grecia; y en prueba de ello teneis los ejemplos domésticos. Que no faltaron, no, los que pelearon en Maraton, Salamina y Platea.» Pero inspirado súbitamente como de un dios, y arrebatado, digámoslo así, por Febo mismo, pronuncia este juramento en que invoca á los héroes de Grecia: «No, no habeis podido faltar! lo juro por los que en otro tiempo arrojaron los peligros en Maraton.» Aquí le vemos... divinizar á los antecesores de los alenienses, invocando como á dioses á los que murieron como bravos, y al mismo tiempo recordar á sus jueces el noble orgullo de los que en otro tiempo expusieron su vida en aquella jornada, y transformar su argumento, elevándolo hasta lo sublime, hasta lo patético, imponiendo la conviccion con juramentos nuevos, extraordinarios. Al mismo tiempo tambien, infunde con sus palabras en los ánimos de los que le escuchan un bálsamo saludable que cicatriza las heridas: les consuela con sus elogios, y dales á entender que no han de preciarse menos de su combate contra Filipo que de las victorias de Maraton y Salamina.»

Cuentan que Esquino dió principio en Rodas á sus lecciones de retórica con la lectura de las dos arengas pronunciadas con motivo de la corona. Terminada la suya, resonaron los aplausos; y como se extrañaba que con tal obra maestra no hubiese vencido: «Aguardad,» dijo, y leyó el discurso de Demóstenes. Redoblaron los aplausos, y entonces exclamó Esquino: «Pues qué seria si hubieseis oido al mónstruo!»

Elocuencia politica despues de Demóstenes y Esquino.

Demóstenes y Esquino no tuvieron herederos. Los que la Grecia esclava llamó aun oradores no eran sino declamadores y sofistas. Demetrio de Falero apenas merecia el nombre de orador, aunque hubiese sido discípulo de Demóstenes, y á pesar de sus talentos de estadista, de hablador hábil y de escritor. Sin juzgar de él por el tratado apócrifo de la *Elocucion*, no fué mas que un cultiparlista, segun confesion de los antiguos, una especie de Isócrates menos especulativo, que entendia bastante el arte de mandar á los hombres. Por lo demás, ¿para qué necesitaba la verdadera elocuencia aquel arconte decenal, elegido bajo el influjo de Macedonia, aquel gobernador de Alénas cuya voluntad no tenia trabas ni podia tenerlas?

CAPÍTULO XXXIV.

Historiadores del siglo cuarto antes de Jesucristo.

CTESIAS. — FILISTO. — TEOPOMPO. — EFORO.

Ctesias.

No nos queda ninguna de las obras históricas compuestas por los escritores que en el siglo de Demóstenes y Esquino quisieron mostrarse émulos de Herodoto, Tucídides y Jenofonte; pérdida vivamente sensible, primero y en particular por las noticias que aquellas obras darian de un sin número de materias, y en seguida porque sus autores, sin

poneros al peligro por la libertad y la salvacion de Grecia; y en prueba de ello teneis los ejemplos domésticos. Que no faltaron, no, los que pelearon en Maraton, Salamina y Platea.» Pero inspirado súbitamente como de un dios, y arrebatado, digámoslo así, por Febo mismo, pronuncia este juramento en que invoca á los héroes de Grecia: «No, no habeis podido faltar! lo juro por los que en otro tiempo arrojaron los peligros en Maraton.» Aquí le vemos... divinizar á los antecesores de los alenienses, invocando como á dioses á los que murieron como bravos, y al mismo tiempo recordar á sus jueces el noble orgullo de los que en otro tiempo expusieron su vida en aquella jornada, y transformar su argumento, elevándolo hasta lo sublime, hasta lo patético, imponiendo la conviccion con juramentos nuevos, extraordinarios. Al mismo tiempo tambien, infunde con sus palabras en los ánimos de los que le escuchan un bálsamo saludable que cicatriza las heridas: les consuela con sus elogios, y dales á entender que no han de preciarse menos de su combate contra Filipo que de las victorias de Maraton y Salamina.»

Cuentan que Esquino dió principio en Rodas á sus lecciones de retórica con la lectura de las dos arengas pronunciadas con motivo de la corona. Terminada la suya, resonaron los aplausos; y como se extrañaba que con tal obra maestra no hubiese vencido: «Aguardad,» dijo, y leyó el discurso de Demóstenes. Redoblaron los aplausos, y entonces exclamó Esquino: «Pues qué seria si hubieseis oído al mónstruo!»

Elocuencia política despues de Demóstenes y Esquino.

Demóstenes y Esquino no tuvieron herederos. Los que la Grecia esclava llamó aun oradores no eran sino declamadores y sofistas. Demetrio de Falero apenas merecia el nombre de orador, aunque hubiese sido discípulo de Demóstenes, y á pesar de sus talentos de estadista, de hablador hábil y de escritor. Sin juzgar de él por el tratado apócrifo de la *Elocucion*, no fué mas que un cultiparlista, segun confesion de los antiguos, una especie de Isócrates menos especulativo, que entendia bastante el arte de mandar á los hombres. Por lo demás, ¿para qué necesitaba la verdadera elocuencia aquel arconte decenal, elegido bajo el influjo de Macedonia, aquel gobernador de Alénas cuya voluntad no tenia trabas ni podia tenerlas?

CAPÍTULO XXXIV.

Historiadores del siglo cuarto antes de Jesucristo.

CTESIAS. — FILISTO. — TEOPOMPO. — EFORO.

Ctesias.

No nos queda ninguna de las obras históricas compuestas por los escritores que en el siglo de Demóstenes y Esquino quisieron mostrarse émulos de Herodoto, Tucídides y Jenofonte; pérdida vivamente sensible, primero y en particular por las noticias que aquellas obras darian de un sin número de materias, y en seguida porque sus autores, sin

ser hombres de genio, no estaban desprovistos de talento literario.

Ctesias de Cnido, que por espacio de largos años fué médico de Artajerjes Mnemon, dejó una *Historia de Persia* y otro escrito sobre la India. Tenia un estilo agradable; pero parece que mas se cuidaba de divertir á su lector que de decirle la verdad. Los extractos de Ctesias, en Focio, están llenos de fábulas pueriles, interpoladas á veces de noticias de alto interés.

Filisto.

Filisto de Siracusa, confidente, ministro y general de Dionisio el Viejo, que pereció defendiendo contra Dion la causa de Dionisio el Jóven, fué juzgado muy diversamente por los que leyeron sus historias. Plutarco le censura por haber admirado con exceso lo que brilla. A propósito de un dicho de Diógenes á Dionisio el Jóven: «Cuando comparo con esas palabras, dice en la *Vida de Timoleon*, los lamentos del historiador Filisto por la suerte de las hijas de Leptines, caídas, como él se expresa, de lo alto de las opulentas felicidades de la tiranía á un estado bajo y oscuro, creo oír los gemidos de una mujerzuela que llora la pérdida de sus perfumes, de sus vestidos de púrpura y de sus joyas de oro.» Pero Plutarco está muy léjos de pretender que las obras de Filisto careciesen de precio. Segun Ciceron y Quintiliano, era Filisto un escritor hábil que á veces tenia algo de Tucídides: su estilo se distinguía por lo conciso y enérgico. Su *Historia de Sicilia* era probablemente de instructiva y amena lectura. Pero los libros de Filisto acerca de los dos Dionisios, escritos por uno de los cómplices de su

tiranía, solo serian apologías mas ó menos apasionadas, y no composiciones dignas del hermoso nombre de historias.

Teopompo.

Teopompo de Chios, discípulo de Isócrates, despues de ser mucho tiempo orador, segun la expresion de Quintiliano, ó como diríamos nosotros, retórico y sofista, se hizo continuador de Tucídides y compendiador de Herodoto, componiendo además una historia universal de su tiempo, con el título de *Filipicas*, á causa del papel que en Grecia representaron Filipo y los macedonios. Polibio juzga con severidad esta última obra, acusando formalmente á Teopompo de haber calumniado las costumbres y el carácter del padre de Alejandro, y presentándole como á un tirano abominable, siendo así que antes habla de él como del mas grande de los héroes. Teopompo se alababa de ser el primer historiador griego que supo escribir. Verdad es que Jenofonte, y aun menos Herodoto y Tucídides, no escribian á lo Isócrates. Pero tenemos motivos para creer que las *Helénicas* de Teopompo figurarian muy desairadamente á continuacion de la *Guerra del Peloponeso*; que su compendio de Herodoto solo serviria para hacer admirar mas las *Musas*; que las *Filipicas*, á pesar de su peregrino estilo, no eran una obra maestra. Un historiador tan atento á sus frases está en general poco prendado de la verdad, y mas quiere hacer alarde de su talento que ilustrar ó instruir. Teopompo pudo no desmerecer de Isócrates; pero no podia ser ni fué mas que un historiador sospechoso, un brillante falsificador de hechos y de caracteres, un fabricante de narraciones antes que un historiador.

Eforo.

Eforo de Cime, discípulo también de Isócrates, y escritor no menos jactancioso que Teopompo, abarcó en un solo cuerpo de obra todos los anales de Grecia, desde el regreso de los Heráclidas hasta mediados del siglo IV. El bueno de Plutarco vitupera en la *Vida de Dion* las imputaciones calumniosas con que un escritor apasionado denigraba la memoria de Filisto, y añade las siguientes palabras, las cuales prueban que Eforo historiador era sofista, y sofista de la peor clase: «No se muestra Eforo mucho mas circunspecto en las alabanzas que tribula á Filisto, pues aunque sea el escritor mas hábil para solapar con especiosos pretextos las acciones mas injustas, para dar motivos razonables á costumbres relajadas, y para hallar palabras capaces de hacer creer lo que no es; nunca borrará la idea que se tiene de Filisto, del partidario mas declarado de la tiranía, del hombre que mas admiró y ambicionó el boato, el poder, las riquezas y la amistad de los tiranos.» Cumple empero decir que en Eforo concurrían algunas de las prendas del verdadero historiador. Polibio, que le reprocha muchos errores, reconoce que investigó cuidadosamente el origen de las ciudades, y que nadie aclaró mejor que él las emigraciones de los pueblos. También le concede profundos conocimientos en lo concerniente á la marina y á las guerras navales, si bien le niega suficiente competencia en la estrategia. En fin, cita una sentencia de Eforo, que prueba al parecer en este historiador el amor á la verdad y á la exactitud: «Si fuese dable asistir á la vez á todos los acontecimientos, este modo de conocer aventajaría los demás.»

Descontentadizo seria en el exámen de las autoridades quien de tal suerte hablaba.

Hubo en el siglo IV un gran número de publicistas que escribieron obras históricas; pero los de que hemos hecho mérito son los únicos cuyos nombres han alcanzado alguna notoriedad literaria. Casi todos los demás nos son poco menos que completamente desconocidos, y muchos, sin cuidarse de la forma, solo escribieron para preparar materiales á la historia. ¿Podemos llamar historiadores, por ejemplo, á los escribientes que registraban día por día los hechos de Alejandro Magno?

CAPÍTULO XXXV.

Comedia media.

DEFINICION DE LA COMEDIA MEDIA.—POETAS DE LA COMEDIA MEDIA.—ANTÍFANES.—ALEJO.

Definicion de la Comedia media.

Hemos dicho en otro lugar cuál fué la triste suerte de la tragedia en el decurso del siglo IV, y aludido ya á las miserias poéticas del mismo siglo, tan fecundo en filósofos y oradores. Aristóteles fué el único lírico, y ni siquiera podemos citar un solo nombre en la epopeya, en la elegía, en ningun género en fin, á no ser en la poesía dramática, y particularmente en la comedia.

La que los críticos de la antigüedad denominaron *Comedia media* es bastante difícil de definir, y á lo que parece tuvo caracteres muy diversos, segun el humor y el ingenio de los poetas; pero á lo menos podemos decir lo que esta

comedia no era. Difiera de la comedia de Cratino, Eupólis y Aristófanes por la supresion del coro, y por el empleo casi uniforme del metro yámbico. La ley que al hablar del *Pluto* hemos mencionado prohibia además al poeta la facultad de poner en escena á ningun personaje viviente, y de tratar ningun asunto político. Sin embargo, la Comedia media no era una imitacion verosímil de las costumbres, una reproduccion ideal de las escenas de la vida. Menandro, inventor de la Comedia nueva, pasa por ser el primero que presentó, como se dice, el espejo á los hombres. Es probable que muchos poetas siguieron el ejemplo de Aristófanes, poniendo en diálogo alegorías morales muy semejantes al *Pluto*. Algunos se ceñirian á cuadros fantásticos, únicamente destinados á encantar ojos y oídos, como serian las *Aves*, reducidos á la medida fijada por los Treinta. Epicarmo tuvo émulo, de seguro; y los poetas se desquitaban con los dioses de la moderacion que la ley les prevenia respecto de los hombres. ¿Quién sabe? acaso debemos el *Anfitrión* á los autores de la Comedia media, en la forma que Plauto le conservó. Retocarian la sátira de Epicarmo, la desarrollarían mas, y la darian mas movimiento y accion. Eso es verosímil, á menos que atribuyamos al mismo Plauto el trabajo á que la obra siciliana debió su complicacion, casi igual á la de nuestras comedias. También creemos que en aquella época ya se intentó introducir en la comedia parte del interés dramático al cual habian suplido antes ámpliamente las licencias de toda clase y las personalidades; Aristófanes habia dado asimismo el primer modelo. En la última pieza que escribió, nominada el *Cocalo*, habia una seduccion y un reconocimiento, y por consiguiente, cierta intriga nove-

lesca, análoga á las que ofrecen las piezas latinas imitadas de la Comedia nueva.

El recurso capital de la Comedia media es la crítica filosófica y literaria. Los poetas ya no se entusiasman como antes por los grandes asuntos que agitaban la república: lo que les anima es la lucha de los sistemas, las rivalidades de los filósofos y las pretensiones de los retóricos que tenían escuela y se desacreditaban unos á otros. La Academia y el Liceo, el Pórtico y las demás sectas son el pábulo del teatro; y ocioso es decir que la poesía, especialmente la seria, también es blanco de las burlas de los poetas cómicos. Creen algunos que la sátira se atenia á las cosas, sin alcanzar á las personas; pero en los versos que nos quedan de la Comedia media no faltan nombres propios, ni siquiera los de algunos personajes que entonces vivían; y luego veremos que la comedia no siempre los citaba para complacer á los que los llevaban. Así es que los poetas cómicos se divertieron mas de una vez á costa de los filósofos, á quienes al parecer no garantizaba la ley expedida en favor de los repúblicos, y á quienes los gobernantes del día veían entregados á las risas populares, sin que eso les importara mucho. En suma, la Comedia media apenas fué mas que la Comedia antigua acomodada á las exigencias de la ley, vacilando de ensayos en ensayos, sin fijarse nunca en una forma determinada que podamos considerar como el tipo de un género verdadero.

Poetas de la Comedia media.

Numerosísimos son los poetas de la Comedia media cuyos nombres se han celebrado y de quienes poseemos fragmentos; pero los críticos alejandrinos no incluyeron

mas que dos en la lista de los clásicos: Antífanos y Alejo. El primero era un rodio domiciliado en Atenas, y el segundo se trasladó á la misma ciudad, de la colonia ateniense de Turies. La vida de estos dos poetas es desconocida casi del todo: solo se sabe que ambos mostraron una fecundidad poco menos que milagrosa. Atribuíanse á Antífanos doscientas ochenta comedias, y á Alejo doscientas cuarenta y cinco. A juzgar por los fragmentos que se han recogido, estas comedias no estaban escritas en estilo desaliñado: en ellas el verso yámbico está construido segun unas reglas tan severas por lo menos como en las comedias de Aristófanes. Verdad es que la diccion no conserva nada, ó casi nada, de lo que era propio de la poesia; pero Antífanos y Alejo son poetas por la esquisita eleccion de las palabras, por el arte con que las colocan, por la viveza de los giros, por la gracia y la sal de las imágenes.

Antífanos.

Antífanos sobresalía en pintar con un rasgo las verdades morales. Hablando de la vejez, dice: «Es el altar de los males: allí se les ve á todos buscar asilo.» Y hablando de la vida: «Se parece muchísimo al vino: cuando no quedan mas que algunas gotas, se torna vinagre.» Este poeta conocia muy á fondo las dificultades y la dignidad de su arte. En una ingeniosa comparacion entre la tragedia y la comedia, observa que una tragedia reclama ya la atencion solo por su título. «Si nombro á Edipo solamente, ya se sabe lo demás: su padre, Layo; su madre, Jocasta; sus hijas, sus hijos, sus desdichas, sus maldades.» Búrlase de la tramoya que tantas veces saca de apuros á los poetas trágicos; y

muestra que los poetas cómicos no tienen tantas ventajas en su género, ni sobre todo en el público: «Todo hemos de inventarlo, personajes, sucesos, historia del pasado, historia del presente, catástrofe, entrada en materia. Si Crémes ó algun Fidón es desmemoriado, le silban sin piedad. Los Teucros y las Peleos pueden tomarse esas libertades.» Téngase presente que en tiempo de Antífanos la tragedia ya no era mas que su propia sombra, y merecia todos los reproches imaginables.

Alejo.

Alejo es á veces un moralista á lo Antífanos: «No hay muralla, no hay tesoro, no hay cosa en el mundo tan difícil de guardar como una mujer.» Pero muchas veces lo es á su manera, esto es, con un númen cínico y cierto despechugamiento que traen á la memoria los chistes de Rabelais y los *dicharachos de los bebedores*: «¡Con qué cuentos te nos vienes ahora! El Liceo, la Academia, el Odeon, necedades de sofistas, que no valen un pito. Bebamos, Sicon, querido Sicon, bebamos á mas no poder, y llevemos alegre vida mientras podamos. ¡Viva la gresca, Manés! Nada mas amable que la panza. La panza es tu padre; la panza es tu madre. Virtudes, embajadas, mandos, todo eso es vanagloria y vano ruido del país de los sueños! La muerte pondrá sobre tí su helada mano el dia señalado por los dioses. ¿Qué te quedará entonces? Lo que hayas bebido y comido, y nada mas. Lo demás es polvo: polvo de Pericles, de Codro ó de Cimon!» Los últimos versos de este fragmento parecen imitados del famoso epitafio que, segun dicen, se leia en el sepulcro de Filipo, padre de Alejandro:

«Llevo conmigo todo lo que he comido, la memoria de mis excesos y de los placeres que me dió el amor.»

Alejo no era amigo de Platon ni de los pitagóricos, y parece que hasta cierto punto fué apóstol del grosero sensualismo que en la comedia enseñaba su profesor de gula. En una escena muy graciosa nos pinta á Platon, Espeusipo, Menedemo y los discípulos de la Academia, discutiendo sobre la naturaleza, distinguiendo el reino animal de los árboles y hortaliza, é investigando el género á que pertenece la calabaza. Contra los pitagóricos Alejo es incansable. Mófase de esa gente que vive, como dice, de pitagorismos, de razonamientos bien limados y de ideas muy sutiles. No quiere que sujeten el estómago al régimen; ni siquiera cree que hagan tal cosa. Para él los pitagóricos son unos hipócritas fieles á la letra de la doctrina, no á su espíritu, como lo da á entender el siguiente pasaje, que sigue á una enumeracion de las reglas del instituto pitagórico: «Epicárides, con todo, que es de la secta, come perro.—Sí, pero perro muerto: ya no es un ser animado.»

CAPÍTULO XXXVI.

Comedia nueva.

ANTECEDENTES DE LA COMEDIA NUEVA.—PORTAS DE LA COMEDIA NUEVA.—CARÁCTER DE LA COMEDIA NUEVA.—MENANDRO.—FILEMON.

Antecedentes de la Comedia nueva.

La Comedia nueva no necesita definicion. Es la comedia misma, esto es, la imitacion de las escenas de la vida, la pintura de los caracteres y costumbres. Antífanos y Alejo

contribuyeron indudablemente á su nacimiento, pero mucho menos de lo que se piensa. Los verdaderos precursores de Menandro fueron Eurípides y Sofronte. Ya hemos dicho cuanto admiraban á Eurípides los poetas de la Comedia nueva. Filemon se excedía un poco en su entusiasmo. «Si estuviera seguro en verdad, exclamaba, de que los muertos conservasen todavía algun sentimiento, como pretende cierta gente, me ahorcara para ver á Eurípides.» Tenía este poeta muchísimos títulos á semejante aprecio, pues había reducido las leyendas heróicas al estado de crónicas populares, reemplazado á los dioses con hombres, que andaban como nosotros por la tierra y participaban de nuestras flaquezas, y dado á sus personajes una dición casi vulgar llena de expresiones propias de las discusiones de la plaza pública, ó de las conversaciones de familia. Estaba Menandro tan nutrido de la lectura de Eurípides, que á cada paso le tomaba palabras, pensamientos, frases, y hasta versos enteros, de lo cual aun pueden hallarse indicios hoy en día; pero lo que especialmente imitaba Menandro, era el tono de verdad con que Eurípides hizo hablar las pasiones, y el arte ingenioso que el poeta trágico desplegó para dar al enredo de sus piezas la verosimilitud humana y el interés. Filemon y los demás émulo de Menandro se tomaban casi la misma libertad con Eurípides; de forma que las obras del poeta de oro, como llamaban al autor de *Medea*, eran una mina abundante de que extraían á manos llenas ejemplos y recursos.

Sofronte no era poeta trágico como Eurípides, ni siquiera poeta en el sentido riguroso de la palabra, puesto que sus composiciones dramáticas no estaban escritas en verso.

Vivió en Siracusa, por el tiempo de los Dionisios. He aquí en qué consistían sus piezas, que él intitulaba *mimos* *μῖμοι*, de la voz *μιμοῦμαι*, que significa *imitar*. Sofronte ideó escribir en prosa dórica escenas dialogadas, en las que hacía hablar á hombres y mujeres del pueblo, con la genial sencillez y pintoresca energía de su lenguaje. Platon, que tal vez conoció á Sofronte en Siracusa, admiraba sus cuadros, y se inspiraba con ellos, segun se dice, para dar á los personajes de sus diálogos la mayor naturalidad y vida posibles. Los mimos de Sofronte eran fieles imitaciones de la realidad, como lo indica su mismo nombre, y como podemos juzgarlo todavía leyendo cierto poema en que Teócrito tomó á Sofronte por modelo; pero propiamente hablando, no eran comedias. No tenían enredo general ni accion: eran escenas que se seguían sin enlace necesario, sin preparacion, y por efecto de la casualidad. Por lo demás, no eran representables, y solo estaban escritas para leerse ó recitarse.

Añadamos que los admirables diálogos de Platon suministraban á los poetas cómicos, mas aun que los mimos de Sofronte, mas aun que las tragedias de Eurípides, modelos perfectos de estilo dramático. Aquellas obras maestras les ponían continuamente á la vista toda la verdad, verosimilitud, energía y gracia que podían dar á las ficciones cómicas. Es muy extraño que hasta ahora ningún crítico haya hecho esta observacion, y que hoy cumpla reivindicar para Platon una parte en el nacimiento de aquel arte nuevo que hacía decir mas adelante, con alguna apariencia de razón, si no sin énfasis: « ¡ Oh vida, y tú, Menandro ! ¿ quién de vosotros á imitado á quién ? »

Poetas de la Comedia nueva.

El primero que se distinguió altamente en la Comedia nueva, fué Menandro de Atenas, quien nació en 342 y murió en 290. Sus triunfos sirvieron de estímulo á un gran número de poetas, entre quienes los alejandrinos distinguieron particularmente á cuatro; pero no hubo mas que uno, Filemon de Soles (Cilicia), que llegase casi á igualarle en reputacion. La carrera de Filemon fué mas larga que la de Menandro, á quien sobrevivió cerca de treinta años.

Atribuíanse á Menandro ochenta piezas, y unas ciento cincuenta á Filemon. Los otros tres clásicos, Filípides, Dífilo y Apolodoro, eran inferiores á ambos en fecundidad y mérito, á pesar de su talento y del número tambien considerable de sus comedias.

Carácter de la Comedia nueva.

En los cómicos latinos, y sobretudo en Terencio, es donde hemos de tratar de formarnos una idea del sistema dramático de la Comedia nueva. Cuatro de las piezas de Terencio están traducidas ó imitadas de Menandro, y las otras dos de Apolodoro. Terencio mismo nos dice de qué modo procedía con sus modelos. Como las piezas griegas eran en general muy cortas para llenar los cinco actos de la medida latina, y de enredo muy sencillo para interesar bastante á los incultos espectadores del teatro de Roma, refundía dos piezas griegas en una sola, ó bien alargaba y complicaba la pieza traducida ó imitada, añadiendo escenas y personajes tomados de otra comedia.

Hé aquí poco mas ó menos á que se reducía el tema dramático en casi todas las piezas de Menandro y de sus émulos: una jóven abandonada en edad temprana, ó robada á sus padres; un jóven que se encapricha por una extranjera, y que rechaza á la esposa que le han destinado; un reconocimiento con el cual se descubre que la supuesta extranjera es una ateniense bien nacida; y por último, un casamiento que lo arregla todo y que deja á todos mas ó menos contentos. En este bosquejo se diseñaban ciertos caracteres que pasaban casi invariablemente de una comedia á otra, á saber: el padre avaro y duro, el tirano doméstico, ó el padre débil y condescendiente; la madre de familia razonable, ó la mujer regañona, imperiosa, que sempiternamente está diciendo que no la tomaron sin dote; el hijo de familia, disipador, casquivano, casi libertino, pero en el fondo, muy probo y honrado, y capaz de un verdadero amor; el esclavo redomado, que ayuda al hijo á sonsacar el dinero del bueno del padre; el parásito, engolosinado por la esperanza de algunas regaladas comidas; el sicofanta, que urde intrigas y arma enredos para pescar en río revuelto; el soldado fanfarron, valiente de palabra y cobarde de hecho, que pondera sus hazañas apócrifas y cuenta fabulosas campañas; el traficante de esclavos y la tercera, dos personajes sin fe, sin probidad ni vergüenza; la jóven amada, á veces indigna de serlo, pero muchas tambien respetable en la miseria y animada de sentimientos nobles y elevados. El ingenio de los poetas variaba hasta lo infinito las gradaciones de esos caracteres, y combinábalos entre sí en proporciones diversificadas tambien hasta lo infinito; y el teatro latino prueba que para diferir uno perfecta-

mente de sí mismo ó de los demás, no es necesario inventar nuevas aventuras, fábulas extraordinarias, caracteres inauditos; fuera de que los originales de las comedias de Plauto y Terencio estaban escritos por hombres que habian observado la naturaleza y sabian pintarla; por grandes moralistas y grandes poetas.

Nos queda un gran número de versos de Menandro y Filemon: los mas son sentencias morales, agudezas y proverbios. Con semejantes restos no es posible recomponer ninguna de las escenas de su teatro. Los fragmentos mas largos son aun extremadamente cortos, y los escritores que los citan, mas se han propuesto hacernos admirar excelentes pensamientos, que darnos á conocer el mérito dramático de los poetas de quienes los copiaron. Exceptuemos con todo á Aulo Gelio, que consagró un capítulo entero de las *Noches áticas* al paralelo de Menandro y Cecilio; capítulo que si bien constituye un estudio apreciable sobre el estilo de Menandro, no contiene todo lo que apeteciera nuestra curiosidad. Hemos reproducido íntegra esa preciosa disertacion en nuestra *Historia de la Literatura romana*, en el artículo Cecilio, al cual remitimos al lector. Es lo mas satisfactorio que acerca de Menandro nos han dejado los antiguos, pues no poseemos mas que informes extractos del opúsculo en que Plutarco comparó á Menandro con Aristófanes. Volviendo á los fragmentos de Menandro y Filemon, si en ellos vemos mutilados á estos dos poetas, á pesar de todo les vemos; ó á lo menos se dejan ver de un modo que nos obliga á reconocer y saludar á dos grandes talentos, á dos grandes ingenios.

Menandro.

Aunque discípulo de Teofrasto, inclinábase Menandro á las doctrinas de Epicuro, nuevas entonces y no corrompidas aun por los que se enorgullecian con el nombre de puerocos; doctrinas cuyas funestas é inmorales consecuencias no se traslucian en las virtudes del maestro. Menandro apenas disierla; pero se complace como los epicúreos en hablar con insistencia del lado miserable de la condicion humana, á fin de hacer comprender mejor el precio de la prudencia, de la moderacion, del apaciguamiento de las agitaciones internas, en una palabra, de la serenidad del alma. En sus fragmentos hay admirables bellezas, aquellas bellezas serias que tan bien se hermanaban en la Comedia nueva con una amable jocosidad. Hé aquí uno de esos pasajes que Plutarco nos ha conservado en su *Consuelo á Apolonio*: «Si naciste, Trófilo, único entre todos los hombres, cuando te parió tu madre, dotado del privilegio de no hacer sino lo que te conviene y ser siempre dichoso; y si algun dios te prometió este favor, razon tienes en indignarte; pues ese dios te engañó y se ha portado mal contigo. Pero si respiras con iguales condiciones que nosotros el aire comun á todos los seres, por hablarte en estilo mas trágico, debes sobrellevar mejor esos males y entrar en reflexion. Para decirlo todo en una palabra, tú eres hombre, y por lo tanto, estás sujeto mas que ningun sér del mundo á pasar en un abrir y cerrar de ojos de la bajeza á la grandeza, y luego de la grandeza á la bajeza. Y en verdad es justicia. Pues el hombre, tan miserable de suyo, se lanza á grandiosas empresas, y cuando cae, casi todos sus bienes pe-

recen en su caída. En cuanto á tí, Trófilo, no has perdido una opulenta fortuna; tus males presentes no son nada excesivos: resignate pues para en adelante á ese estado de medianía.»

Hé aquí otro fragmento citado por Estobeo, en el que la leccion moral se presenta en una forma aun mas viva y agradable: «Todos los demás seres son mucho mas felices y mucho mas razonables que el hombre. Y en primer lugar, considerad, por ejemplo, á este asno. Su suerte es indisputablemente mísera. Sin embargo, ningun mal le sucede por su propia culpa: no tiene sino los males que le ha dado la naturaleza. Nosotros, por el contrario, además de los males inevitables, nos creamos otros. Si alguien estornuda, nos inquietamos; si pronuncia una palabra malsonante, nos enfadamos; si ha tenido un sueño, nos llenamos de espanto; si un mochuelo canta, temblamos de piés á cabeza. Rivalidades, gloria, ambicion, leyes: males son estos que hemos añadido por colmo á los de la naturaleza.»

La poesia de Menandro no es el libre ejercicio de una imaginacion atrevida é irreflexiva que nos agrada hasta en las chocarrerías de Aristófanes ó en las desenvolturas de Alejo. Es la razon ataviada, es la experiencia y el buen sentido revestidos de una forma popular. Menandro compensa con el valor práctico de las ideas, con la profundidad de los sentimientos y con cierto patético templado, lo que ha perdido en entusiasmo y fantasía. Suyo es el original del sublime verso en que Terencio define al hombre verdaderamente digno del nombre de tal.

Filemon.

No creemos que nos sea posible determinar con satisfac-

toria precision lo que distinguia á Filemon de Menandro. Parécenos empero que Filemon es algo mas rudo, ó si se quiere, algo menos humano y simpático. Su moral se inclina mas á la escuela de Zenon que á la de Epicuro. Su estilo es mas entonado, y tambien menos desaliñado y gracioso que el de Menandro, en lo cual estriba la diferencia entre uno y otro. Dícenos Quintiliano que muchos contemporáneos consideraban á Filemon superior á Menandro. Serian sin duda los hombres de gusto severísimo, los filósofos, los que habian asistido á la Academia ó al Liceo, y particularmente los que habian oido en el Pórtico la elocuente voz del gran Zenon. Hé aquí una definicion del hombre justo, la cual hubiera alabado el mismo Platon, y en la que respira cierto hálito de las doctrinas morales de la *República* y del *Górgias*.

«El hombre justo no es el que no comete injusticias, sino el que pudiendo cometerlas, no lo quiere: no es el que se ha abstenido de robar cosas de poco valor, sino el que ha tenido valor para no robarlas preciosas, pudiendo apropiárselas y poseerlas sin temor al castigo; no es el que se limita á observar los preceptos vulgares, sino aquel que abriga un corazón puro y sin doblez, y quiere ser justo y no parecerlo.»

Hasta en los pasajes donde Filemon se duele de las miserias humanas, se ve á un censor apenado, si no irritado de nuestras flaquezas, y no al amable consolador que fortalece el ánimo abatido de Trófimo: «Si las lágrimas fuesen un remedio para nuestros males, y si el que llora cesara siempre de sufrir, compraríamos las lágrimas á peso de oro; pero ahora, señor, nuestros males no hacen gran caso de nuestro llanto, y van por el mismo camino, lloremos ó no.

¿Qué ganamos pues llorando? nada; pero el dolor tiene su fruto, como los árboles: las lágrimas.»

En los certámenes dramáticos Filemon triunfaba con frecuencia de Menandro; pero el premio era concedido por jueces cuyas sentencias podian originarse de consideraciones literarias. Asegúrase que conociendo el mismo Menandro su superioridad, y habiéndose encontrado cara á cara con su rival, le dijo: «¿No te ruborizas cuando alcanzas sobre mí la victoria?» El consentimiento unánime de la antigüedad acabó por poner á los dos poetas en su respectivo lugar: á Menandro en el primero, y á Filemon en el segundo, pero á poca distancia del primero, y á mucha mayor altura que los demás poetas de la Comedia nueva. Estos eran hombres de talento, y nada mas, incluso los que los alejandrinos comprendieron en su cánón, esto es, en la lista de los clásicos.

CAPÍTULO XXXVII.

Dos filósofos poetas.

CARÁCTER DE LOS ESCRITORES ATENIENSES DEL SIGLO III ANTES DE JESUCRISTO.

—TIMON EL SILLÓGRAFO.—CLEANTO.

Carácter de los escritores atenienses del siglo III antes de Jesucristo.

Al desaparecer Atenas del mundo político, vió extinguirse en ella los últimos resplandores del genio literario que tanto habia brillado por espacio de mas de trescientos años. Conservó escuelas florecientes, tuvo maestros entendidos en todos los géneros, disertadores, glosadores, gramáticos y fi-

toria precision lo que distinguia á Filemon de Menandro. Parécenos empero que Filemon es algo mas rudo, ó si se quiere, algo menos humano y simpático. Su moral se inclina mas á la escuela de Zenon que á la de Epicuro. Su estilo es mas entonado, y tambien menos desaliñado y gracioso que el de Menandro, en lo cual estriba la diferencia entre uno y otro. Dícenos Quintiliano que muchos contemporáneos consideraban á Filemon superior á Menandro. Serian sin duda los hombres de gusto severísimo, los filósofos, los que habian asistido á la Academia ó al Liceo, y particularmente los que habian oido en el Pórtico la elocuente voz del gran Zenon. Hé aquí una definicion del hombre justo, la cual hubiera alabado el mismo Platon, y en la que respira cierto hálito de las doctrinas morales de la *República* y del *Górgias*.

«El hombre justo no es el que no comete injusticias, sino el que pudiendo cometerlas, no lo quiere: no es el que se ha abstenido de robar cosas de poco valor, sino el que ha tenido valor para no robarlas preciosas, pudiendo apropiárselas y poseerlas sin temor al castigo; no es el que se limita á observar los preceptos vulgares, sino aquel que abriga un corazón puro y sin doblez, y quiere ser justo y no parecerlo.»

Hasta en los pasajes donde Filemon se duele de las miserias humanas, se ve á un censor apenado, si no irritado de nuestras flaquezas, y no al amable consolador que fortalece el ánimo abatido de Trófimo: «Si las lágrimas fuesen un remedio para nuestros males, y si el que llora cesara siempre de sufrir, compraríamos las lágrimas á peso de oro; pero ahora, señor, nuestros males no hacen gran caso de nuestro llanto, y van por el mismo camino, lloremos ó no.

¿Qué ganamos pues llorando? nada; pero el dolor tiene su fruto, como los árboles: las lágrimas.»

En los certámenes dramáticos Filemon triunfaba con frecuencia de Menandro; pero el premio era concedido por jueces cuyas sentencias podian originarse de consideraciones literarias. Asegúrase que conociendo el mismo Menandro su superioridad, y habiéndose encontrado cara á cara con su rival, le dijo: «¿No te ruborizas cuando alcanzas sobre mí la victoria?» El consentimiento unánime de la antigüedad acabó por poner á los dos poetas en su respectivo lugar: á Menandro en el primero, y á Filemon en el segundo, pero á poca distancia del primero, y á mucha mayor altura que los demás poetas de la Comedia nueva. Estos eran hombres de talento, y nada mas, incluso los que los alejandrinos comprendieron en su cánón, esto es, en la lista de los clásicos.

CAPÍTULO XXXVII.

Dos filósofos poetas.

CARÁCTER DE LOS ESCRITORES ATENIENSES DEL SIGLO III ANTES DE JESUCRISTO.

—TIMON EL SILLÓGRAFO.—CLEANTO.

Carácter de los escritores atenienses del siglo III antes de Jesucristo.

Al desaparecer Atenas del mundo político, vió extinguirse en ella los últimos resplandores del genio literario que tanto habia brillado por espacio de mas de trescientos años. Conservó escuelas florecientes, tuvo maestros entendidos en todos los géneros, disertadores, glosadores, gramáticos y fi-

lósofos apreciables; y hasta la época de Proclo, no vió ya ningun poeta, ningun prosista mas ó menos acreditado. Desde el siglo III antes de nuestra era, parece que los filósofos de mas encontradas doctrinas, así Epicuro como Zenon, y los discípulos del Liceo y de la Academia, concuerdan sobre un punto: que se han de dejar á los sofistas las vanidades del estilo brillante y las estudiadas futilidades de la elocucion. Hasta los mas privilegiados se empeñan en escribir como si les horrorizaran los triunfos populares, y solo se dirigen á los adeptos de sus doctrinas. En lo que resta de Epicuro reina una oscuridad sibilina y casi impenetrable. Zenon, tan elocuente é ingenioso en sus discursos, era en sus libros árido, didáctico y sin gracia. Crisipo componia sus obras con absoluto desprecio de la forma, considerando perdido el tiempo que hubieran exigido la concepcion de un plan sistemático, la armoniosa distribucion de las partes del asunto, el redondeamiento de las frases, y hasta la correccion del estilo; y escribia en consecuencia. «No solo es preciso, decia, descuidar la cacofonia de las vocales, para pensar en lo que es mas grande y de mas importancia, sino que además conviene dejar pasar ciertos defectos y oscuridades, y cometer tambien solecismos de que otros se avergonzarian.» Convengamos en que si hay alguna razon en el fondo de esos preceptos, tambien hay paradojas un tanto extrañas, y en que la permission del solecismo es cosa cuando menos exorbitante. Arceesilao, jefe de la nueva Academia, tenia bastante talento para escribir obras maestras; mas no ambicionó esta gloria, y se contentó con hablar bien y dejar la memoria de sus excelentes dichos. A lo que parece, solo hubo dos hombres que anhelasen vivir

en la posteridad verdadera, y no en una secta mas ó menos duradera y famosa. Estos dos hombres, filósofo pirrónico el uno, y discípulo de Zenon el otro, son los últimos poetas de que puede alabarse la Aténas de los sucesores de Alejandro; y quizás uno de los dos fué el postrero de los grandes prosistas áticos.

Timon el Sillógrafo.

Timon el Sillógrafo era de Fliunto. Despues de estudiar filosofía en la escuela de Megara, pasó á la de Pirro, y mas adelante llegó á ser jefe de la escuela escéptica, por muerte de su maestro. Domicilióse en edad temprana en Aténas, de donde ya no salió, y en donde murió por los años de 260, á los noventa de edad. Escribió yambos, que probablemente eran sátiras filosóficas ó morales; pero la obra que le dió celebridad *era la de los Sillos*, en tres libros, la cual analizó Diógenes Laercio, citando numerosos pasajes. La palabra *sillo*, σῖλλος, significa *sarcasmo*.

Los *Sillos* de Timon no desmentian su título. El autor se burlaba desapiadadamente de todas las doctrinas que no eran la suya, y lo mismo trataba á las personas que las cosas. Sus sátiras estaban escritas en hexámetros; y de vez en cuando parodiaba, dirigiéndose á los filósofos, los versos mas célebres de los poetas antiguos. Los libros segundo y tercero de los *Sillos* estaban dialogados; pero en el primero atacaba Timon directamente, y en su propio nombre. Vamos á citar algunos juicios de este agudo y temible crítico. Dice de Platon: «A su cabeza iba el mas ancho (1) de todos ellos, un agradable hablador, rival por sus escritos de las

(1) Alusion al nombre de Platon, que significa *ancho*.

cigarras que entonan sus armoniosos cantos, posadas en los árboles de Hecademo.» Aquí se reconoce la comparacion de Homero al hablar de los ancianos que departen en las murallas de Troya. Dice de Sócrates: «De ellos descende aquel picapedrero, aquel argumentador legista, aquel encantador de Grecia, aquel sutil controversista, aquel bur-lon, aquel impostor pedante, aquel ático refinado.» Mófase de todo y de todos con una libertad de lenguaje semejante á la de los cómicos de la época de Aristófanes, y con aquella fuerza de imaginacion y soltura sin las cuales la sátira, especialmente la filosófica, decae y aburre por su frialdad. Conviene observar que no se ha de confundir á Timon el sillógrafo con Timon el misántropo, famoso por sus agudezas. Este florecia en Aténas mas de un siglo antes que el autor de los *Sillos*. Observemos tambien que Timon de Eflunto no era el primer poeta que manejase con éxito la crítica sarcástica de los filósofos y de las doctrinas. Menipo, natural de Gadares en Fenicia, le habia dado el ejemplo. Este Menipo era un cínico de la escuela de Diógenes, que se burló mucho de Platon, Aristóteles y sus mas célebres contemporáneos, y logró que se leyesen sus escritos, donde se entremezclaban agradablemente la prosa y los versos. Nada queda de sus versos ni de su prosa; pero todavia se da el nombre de *Menipeas* á las sátiras, filosóficas ó no, cuyos autores pasan alternativamente, como hacia Menipo, del lenguaje comun á los metros de la poesía, y de los metros de la poesía al lenguaje comun. Por lo demás, Timon el sillógrafo dejó muy en zaga los ensayos del filósofo de Gadares, siendo un modelo inimitable en su género.

Cleanto.

Muy diferente fué el ingenio de Cleanto. Este nació en Asos de Eolia, por los años de 340, y era ya bastante conocido cuando Timon escribió los *Sillos* para figurar en esta curiosa galería de retratos: ¿Quién es ese ariele que recorre las filas, ese pesado ciudadano de Asos, ese grande hablador, ese mortero, esa masa inerte?» Este filósofo, de exterior tan poco ventajoso, tenia grande alma y brillante ingenio. Comenzó ejerciendo el oficio de atleta, y luego la pobreza le redujo á servir á los hortelanos de Aténas. Conoció á Zenon y se aficionó á la filosofía. Pasaba la noche en los huertos, sacando agua de los pozos y regando las plantas; de dia iba á oír á Zenon y procuraba suplir con el estudio la falta de su educacion primaria. Fué jefe del Pórtico despues de Zenon, y vivió hasta la edad de ochenta años, ó segun algunos, de noventa y nueve.

Las obras en prosa compuestas por Cleanto serian notables por los encantos del estilo: á lo menos el filósofo no se vedaba las imágenes vivas, las alegorías, los cuadros por el estilo de los de Platon y del primer Aristóteles. Así lo juzgamos en vista de la página que Ciceron le copió, en donde se ve á la Voluptuosidad sentada en un trono, y á las Virtudes reducidas á servirla, obedeciendo todos sus mandatos, sin mas quehacer, y arriesgándose todo lo mas á darla en voz baja algunos consejos: admirable resumen del sistema moral de Epicureo, que manifiesta duramente sus errores y absurdos. Cleanto es un verdadero poeta, y esto no lo decimos fundados en meras conjeturas: el himno en versos épicos dedicado á Júpiter, cuyo principio y fin

vamos á trascribir, es algo mas que un precioso monumento de la filosofía estóica : es la obra sublime de un poeta inspirado.

«Salud á tí, el mas glorioso de los inmortales, ser á quien se adora con mil nombres, Júpiter eternamente todopoderoso ; á tí, señor de la naturaleza ; á tí, que riges con ley todas las cosas ! El deber de todo mortal es dirigirte su plegaria ; pues de tí hemos nacido, y tú nos has dotado del don de la palabra, solo á nosotros entre todos los seres que viven y se arrastran por la tierra. A tí pues mis alabanzas ; á tí el eterno homenaje de mis cantos ! Ese mundo inmenso que gira en torno de la tierra, conforma á tu albedrío sus movimientos, y obedece sin murmurar tus órdenes. Es que tienes en tus invencibles manos el instrumento de tu voluntad, el rayo de doble punta acerada, el arma flamígera y siempre viva. Que todo en la naturaleza tiembla á sus resonantes golpes. Con ella regulas la accion de la razon universal que circula entre todos los seres, y se introduce así en las grandes como en las pequeñas lumbreras del mundo. Rey supremo del universo, tu imperio se extiende sobre todas las cosas. Nada se cumple sin tí en la tierra, dios benéfico, nada en el cielo etéreo y divino, nada en el mar ; nada, á no ser los crímenes que los malos cometen por su locura... Júpiter, autor de todos los bienes, dios que ocultan las sombrías nubes, señor del trueno, aparta á los hombres de su fatal ignorancia ; disipa las tinieblas de su alma ; oh padre nuestro ! y concédeles la gracia de comprender el pensamiento que te sirve para regir el mundo con justicia. Entonces te pagaremos en homenajes el precio de tus beneficios, celebrando de continuo tus obras, como

es el deber de todo mortal ; pues no hay mas noble prerogativa, así para los mortales como para los dioses, que cantar eternamente con dignos acentos la ley comun de todos los seres.»

CAPÍTULO XXXVIII.

Literatura alejandrina.

MUSEO DE ALEJANDRÍA.—CARÁCTER DE LA LITERATURA ALEJANDRINA.—LICOFRONTE.—CALÍMACO.—APOLONIO.—ERUDITOS ALEJANDRINOS.

Museo de Alejandria.

El siglo III antes de Jesucristo fué para la Grecia propiamente llamada una época de confusion y calamidades ; pero en torno de Grecia habia países conquistados por la civilizacion griega, en donde los hombres vivian en condiciones bastante favorables para poder dedicarse con fruto á los trabajos intelectuales y acrecentar un tanto la herencia de las generaciones antiguas. Merced al genio de Hieron II, la Sicilia disfrutaba de la mayor tranquilidad y renacia á la gloria. Algunos de los reinos formados de los desmembramientos del imperio de Alejandro estaban gobernados por príncipes amantes de las letras y las artes. Los Tolomeos particularmente se esforzaban por todos los medios en merecer bien del mundo sábio: atraian á Alejandria á los varones mas célebres, y asegurábanles una honrosa existencia ; reunian cuatrocientos mil volúmenes en el palacio del Bruquion y setenta mil en las dependencias del templo de Serápis; fundaban el Museo, que era á la vez una academia y una como universidad, donde enseñaron Calímaco, Apo-

lonio, Zenodoto y tantos otros maestros distinguidos. Dicese que Demetrio de Falero, expulsado de Atenas en 307, halló en Tolomeo Soter un digno protector, y pagó esta hospitalidad inspirando al rey la idea de un grandioso establecimiento literario, y consagrando sus propios desvelos á la organizacion del Museo.

Carácter de la literatura alejandrina.

Los escritores de Alejandría se ejercitaron en todos los géneros; pero solo descollaron realmente en los que no encierran para nosotros ningún interés. Las obras que recomendarán eternamente la época de los primeros Tolomeos, son la traduccion de los libros hebreos por los Setenta, las investigaciones cronológicas de Maneton, los trabajos de los críticos para depurar y comentar los textos antiguos, y los escritos de Euclides el geómetra y otros sábios; pero la literatura propiamente llamada vegetó tristemente en aquella atmósfera de ciencia y erudicion, y no produjo sino frutos sin sávia ni sabor. Con todo, hubo en Alejandría muchos poetas que alcanzaron fama de tales, y entre ellos siete cuyas tragedias eran apreciadas. Habia poetas cómicos, autores de dramas satíricos, poetas épicos, didácticos, líricos, elegíacos. Algunos se ejercitaron en todos los géneros, y casi todos fueron extraordinariamente fecundos. Los mas eran personas de imaginacion y talento, literatos instruidos, versificadores hábiles; pero ninguno de ellos merece figurar en el número de los verdaderos poetas, y al juzgarlo así nos fundamos en lo que nos queda de los mas famosos, como Licofronte de Chalcis, Calímaco de Cirene y otros. Tal vez podríamos hacer una excepcion en favor de Filetas de Cos,

preceptor de Tolomeo Filadelfo. Los latinos alabaron sus elegías, y tiene sobre los demás la ventaja de que casi todos sus versos han perecido, por lo cual nos es imposible fiscalizar los juicios de sus admiradores.

Licofronte.

No sucede así con Licofronte. Tenemos de este supuesto trágico un poema entero que puede dar una idea suficiente de lo que era capaz de hacer como émulo de Sófocles ó Esquilo. Este último hizo hablar á Casandra, y Licofronte la presenta tambien en escena con el nombre de Alejandra: está sola en ella, no en persona, sino por un delegado, y este delegado pronuncia, tanto por ella como por sí, un discurso que no baja de mil cuatrocientos setenta y cuatro versos, y constituye todo el poema. Es una profecía sobre la ruina de Troya; pero si todas las que oyeron los troyanos fueron por el mismo estilo que aquella, no es de extrañar que se cuidasen poco de comprender y creer. Parece que Licofronte se empeñó en ser ininteligible, no solo para el vulgo, sino para cuantos no conocian á fondo las tradiciones mitológicas, las genealogías de los héroes, la geografia de los tiempos antehistóricos, para cuantos en fin no tenían presentes en la memoria las invenciones de los poetas menos leídos: apellidos extraordinarios de lugares ó personas, epítetos una sola vez empleados, palabras sin otras análogas en la lengua, giros insólitos, extrañas formas gramaticales, arcaísmos de toda clase, y otras muchas cosas mas. En la *Alejandra* no hay casi ninguna frase que no entrañe varios enigmas, cien veces mas oscuros que los de la Esfinge; y sin los comentarios antiguos, com-

pilados en la edad media por un tal Tzetzes, es dudoso que ningún moderno hubiese conseguido lo que á los diez y siete años consiguió José Escaligero, y lo que despues consiguieron, segun se dice, ciertos ingleses excéntricos: leer á Licofronte. Nosotros hemos leído los diez primeros versos, gracias á Tzetzes, y esto nos ha bastado y sobrado. Es probable que los sábios arqueólogos del Museo eran Edipos que adivinaban desde luego, y que no cabian en sí de satisfaccion á cada logogrifo, contentos á un tiempo de su ingenio y del del autor. Licofronte lo tenia, eso sí, y en punto á erudicion, nadie podia tildarle cosa alguna entre los familiares de Tolomeo Filadelfo; pero; qué ultraje al buen sentido y al buen gusto! qué aberracion mental! este sábio inventó el anagrama: gloria por cierto digna de él.

Lo que antecede se escribió é imprimió en 1850, esto es, tres años antes de que el Sr. Deheque publicara su obra sobre la *Alejandra*. Habíamos permanecido semanas y meses ante el libro en folio de Potter, sin valor para pasar de la entrada en lo que Stace llama dédalo del oscuro Licofronte. El Sr. Deheque nos ha puesto en la mano el hilo de Ariadna; hoy dia bastan al lector francés algunas horas de paciencia y aplicacion para efectuar ese viaje antes tan difícil, segun confesion propia de los que lo verificaron. Nosotros lo hemos realizado, y damos las gracias al sábio helenista. Hemos admirado el arte con que el Sr. Deheque ha sabido hacer visibles las linieblas de la *Alejandra*: su traduccion es tan clara como lo permitia el asunto, y su comentario lleno de erudicion, abundante y sóbria á la par, resuelve todas las dificultades. Apreciamos altamente los talentos del Sr. Deheque; pero hoy, como seis años atrás,

nos es imposible ver en Licofronte algo mas que un versificador. Versificador hábil, lo concedemos: conoce á fondo todos los secretos del oficio, imita perfectamente las formas de los mejores maestros, y sus yambos están bien contruidos, con arreglo á los mas severos preceptos; concedemos asimismo que la frase poética está artísticamente trabajada, y que la expresion nos trae á cada paso á la memoria una multitud de bellezas que Licofronte leyó como nosotros en Eurípides, Sófocles y Esquilo; pero mentiríamos si fuésemos mas léjos. El mismo Sr. Deheque no niega que sea una idea del todo absurda la de escribir una relacion de mas de mil cuatrocientos versos. Si á lo menos fuese Casandra quien se dirigiera á nosotros directamente! Entonces pudiéramos en rigor prestarnos á la ficcion, salvo la observacion de que habla mucho tiempo, y en singularísimo estilo. Pero ni eso! la profetisa está léjos de los hombres, y un soldado es quien refiere á Priamo lo que ella ha dicho en la cárcel, bajo la inspiracion del dios tan bien apellidado Lóxias. ¿Y quieren saber VV. cómo habla ese soldado por su propia cuenta? Vean el principio del poema:

« Todo lo que deseas saber te lo diré con exactitud, desde la primera palabra (hasta la última). Si el relato se alarga, perdona, oh rey mio, pues la jóven profetisa no abrió ya con la calma de antes sus armoniosos labios, sino que proferia palabras confusas, incesantes, y de su boca, que mascaba laurel, salia una voz fatídica que recordaba la de la sombría Esfinge. Vas á oír, príncipe, lo que he conservado en mi pensamiento y mi memoria; y usando de tu sagacidad, podrás seguir la oscura huella de los enig-

mas y hallar la via recta por donde un paso acertado conduce á la verdad que está á la sombra. Por mi parte, habiendo desatado la cuerda del estadio, me lanzo hácia el límite como un ágil corredor (1)!»

Un sábio é ingenioso crítico observa que el soldado de Licofronte sabe el buen efecto de las imágenes en la poesía, y que ni aun Casandra practica mejor el arte de la metáfora y de la comparacion. Dice juiciosamente el mismo crítico que á lo menos hubiera debido notarse, al pasar del soldado á la profetisa, la diferencia del lenguaje militar y la palabra inspirada. Así, del plan imaginado por Licofronte habria resultado cierto contraste agradable entre la vulgaridad del personaje que refiere y las delicadezas de pensamiento y estilo de que abunda el relato.

El Sr. Deheque se halla conforme sobre ese punto y otros muchos, confesando además que algunas de las invenciones del poeta son insensatas, y particularmente la historia de la estancia de Hércules en el vientre de una ballena. En efecto, hay algo mas grotescamente ridículo que lo siguiente?

« ¡ Ay ! ¡ ay ! desdichada nodriza, entregada á las llamas, como en otro tiempo por la flota y el ejército del león de las tres noches, que desapareció en la ancha boca del perro de Neptuno ! Allí, vivo, mientras despedazaba las entrañas del mónstruo, abrasado en el vientre de aquella marmita, sobre aquel hornillo sin fuego, vió caérsele la cabellera de la cabeza, él, matador de sus hijos, azote de su familia (2). »

(1) Licofronte, *Alejandro*, vers. 1 y sig.

(2) Id., *id.*, vers. 31 y sig.

Tampoco defiende el Sr. Deheque las extravagancias del estilo de su autor, ni se muestra mas indulgente que nosotros con aquella tenaz oscuridad, con aquellos arcaísmos, con aquellos giros inusitados, con todo lo que siempre se ha reprobado á Licofronte. Cifíese gustoso al mérito científico del poema, por no decir del tratado, y cita las expresiones del docto Canter, quien afirma que la lectura de la *Alejandro* es de las mas útiles para las personas que quieren instruirse á fondo en una gran parte de la mitología y de la historia. ¡ Menguada gloria para un poeta, ó para un hombre que se da por tal, la de que digan de él que su poema presta servicios, que su poema es útil como un diccionario ! Ovidio, á lo menos cuando versificaba el calendario, no se olvidaba siempre de que habia escrito las *Metamorfosis*. El Sr. Deheque quisiera que se reconociese tambien en Licofronte algun indicio de verdadera poesia, y se oyese, segun su expresion, el *os magna sonaturum*. Miramos y escuchamos ; pero nada vemos, nada oimos. Y termina su *Introduccion* con esta frase:

« El poema de Licofronte es un verjel lleno de abrojos y espinas, donde hay para los que en él penetran algunas flores hermosas, algunos frutos sabrosos que coger, como en otro jardín de las Hespérides. »

Bachmann, uno de los editores de Licofronte, habia dicho lo mismo en unos versos latinos bastante lindos. El señor Rigault, crítico á quien hemos citado al hablar de las metáforas del soldado, parece que opina como Bachmann y el Sr. Deheque, y hasta transcribe el fragmento como un pasaje verdaderamente claro, en el que la alusion no es nada violenta y la alegoría no carece de transparencia:

«Hé aquí, pobre corazón mío, hé aquí lo que te afligirá como la mayor desgracia: será cuando el águila de trémulas alas, de negro plumaje, de garras belicosas, imprima en la tierra la señal de sus alas, carril abierto por una carrera circular, como un boyero traza un ancho surco; cuando lanzando un grito de triunfo, solitario y terrible, después de llevarse entre las garras á mi hermano mas querido, al vástago, al hijo de Apolo, le desgarré con sus uñas, con su pico, y manche con su sangre el llano y los prados que le vieron nacer. Después de recibir el precio del toro degollado, que él pesará en el exacto platillo de una balanza, habiendo pagado á su vez un rescate igual, una brillante barra del Pactolo, desaparecerá en la urna funeraria, llorado por las ninfas que aman las aguas del Belfiro y la cumbre del Libetro que domina á Pimplea; él, vendedor de cadáveres, que temeroso de la muerte no se avergonzará de ponerse un vestido de mujer, meneando junto á un telar la ruidosa lanzadera; que pasará el último á la playa enemiga, y qué, oh hermano mío, tenía miedo de tu lanza, aun soñando (1).»

Dice el Sr. Rigault refiriéndose á ese pasaje: «No se necesita un grande esfuerzo de inteligencia para adivinar de qué personajes se trata. Las imágenes no carecen de grandeza ni exactitud, y la expresión es brillante sin sobra de afectación.» No negamos que el autor de la *Alejandra* diese aquí pruebas de imaginación á su manera, y renunciemos á disputarle ninguna de las calidades de grandeza, exactitud, etc., que el crítico se digna admirar en el fragmento. Solo decimos que después de leerlo hemos investi-

(1) Licofronte, *Alejandra*, vers. 258 y sig.

gado de qué personajes se trata, y nos hemos quedado á oscuras. Necesitase pues mas esfuerzo de inteligencia de lo que dice el Sr. Rigault para comprender eso. Por las notas del Sr. Deheque, y solo por ellas, hemos visto que se trata de Hector y Aquiles. Tenemos pues que el pasaje mas claro de Licofronte es ininteligible sin comentario! Júzguese de los demás.

Calimaco.

Calimaco era un escritor de erudición tan vasta como la del mismo Licofronte. Compuso un sinnúmero de obras didácticas en prosa y poemas de todos los géneros conocidos. Los contemporáneos admiraban particularmente sus elegías, y no hallaban inconveniente alguno en ponerle en primer lugar entre los poetas que habían manejado el ritmo de Calino y Tirteo. Pocos son los fragmentos que de sus tan decantadas elegías poseemos; pero Cátulo tradujo la mas famosa, y con gran fidelidad, como se ve al comparar el latín con los versos que restan del original. Es la *Cabellera de Berenice*. A pesar de la aprobacion de Cátulo, y á pesar del entusiasmo de algunos comentadores, para nosotros la elegía es detestable. En ella no hay sentimiento ni calor; hay ingenio sin duda, pero no es mas que ingenio. Calimaco afecta los nombres extraordinarios, y en la traducción se hallan algunos tan extraños como los que abundan en la *Alejandra*. Nadie sabe aun lo que son los peñascos Latmienes; necesitanse hombres como Tzetzes para explicarnos lo que el poeta quiere decir cuando habla de la progenitura de Tia, Cefiritis, etc.; y es grande nuestra extrañeza al saber que se trata sencillamente del Sol, ó de Vénus, ó de otra cosa no menos conocida. La Cabellera, que sabe la historia

y la geografía como un profesor del Museo, recuerda que los medos atravesaron con el hierro el monte Athos, y luego exclama: «¿Qué harán los cabellos, cuando tales moles ceden al hierro? En seguida profiere una imprecación contra los Calibes, esto es, contra los inventores del hierro, también con motivo de las tijeras que la cortaron de la cabeza de Berenice. Muy difícil es llevar mas lejos el olvido del buen sentido y del buen gusto; solo Licofronte fuera capaz de ello.

Los *Epigramas* de Calímaco suelen adolecer de una oscuridad impenetrable, á causa de los mismos defectos; algunos empero son bastante legibles y no carecen de gracia, como por ejemplo el en que Calímaco representa á Pitaco aconsejando á un joven sobre el matrimonio, y exhortándole á elegir para esposa á una mujer de condición igual, y no superior á la suya.

Los *Himnos* de este autor no tienen el mérito de sus *Epigramas*. Cleanto invocaba con el nombre de Júpiter al verdadero dios del mundo y de la humanidad, expresando ideas, doctrinas, y exhalando acentos que salían de lo íntimo de su alma; Calímaco vuelve friamente á los temas mitológicos, y refiere, sin creerlas, las aventuras de Júpiter, Céres ó Apolo. Lo que hacían los homéridas con ingenua piedad, lo hace él para probar que ningún talento poético le es extraño, y para ostentar ante los aficionados toda la erudición de que solo había dado incompletas muestras en otras producciones. Los seis poemas pseudo-religiosos que nos quedan de Calímaco son poco mas que una acumulación de mitos poco conocidos, de nombres y epítetos menos conocidos aun; y á pesar de ciertos pasajes brillantes, co-

mo la relación del suplicio de Ericsicton, distan tanto como la *Alejandro* de pertenecer á la verdadera poesía. Calímaco es un Licofronte templado: es, si se quiere, el primer versificador; pero también es el penúltimo poeta, á lo menos á los ojos de quienes se han tomado el trabajo de comentarle ó traducirle.

Apolonio.

Había entre los discípulos de Calímaco un joven de Alejandría, por nombre Apolonio, que nació con felicísimas disposiciones; de suerte que á los veinte años publicó un poema épico sobre la expedición de los argonautas. El éxito de esta obra excitó la envidia de su maestro. No se contentó Calímaco con criticar á Apolonio de palabra: escribió contra él una sátira de las mas sangrientas, y esforzó en perderle en el ánimo del monarca. Apolonio cedió á la tempestad: ausentóse de su país y trasladóse á Rodas, donde enseñó retórica y gramática, y donde obtuvo el derecho de ciudadanía. Por eso se le da comunmente el nombre de Apolonio de Rodas. Allí corrigió su poema y lo dejó en el estado en que lo poseemos. Esta segunda edición tuvo un éxito aun mas brillante que la primera. Apolonio pudo regresar á Alejandría, en cuya capital llegó á ser un personaje de distinción. Verdad es que había muerto Calímaco, y que el viejo poeta ya no podía rebajar el mérito de su antiguo discípulo. Apolonio vivió hasta la edad de noventa años, y falleció en los primeros del siglo II. Dicese que su cadáver fué depositado en el sepulcro donde yacía Calímaco. El polvo de estos dos hombres, tan hostiles uno á otro durante su vida, se reanimaría cuando les reunieron de tal suerte en una misma sepultura.

Las *Argonáuticas* son la obra maestra de la literatura alejandrina. Apolonio escribe á lo menos para simples mortales, poco mas ó menos. Abusa poco de su erudicion mitológica; hace agradables relatos, y halla á veces imágenes bastante felices; pero carece de vida y nervio. En suma, su poema pertenece al género empalagoso. No tiene mas que cuatro cantos; pero su elegancia algo sosa pronto da náuseas, sobre todo si se acaba de leer la cuarta *Pítica* de Píndaro ó la *Medea* de Eurípides. Apolonio comete la falta de querer competir á cada paso con los primeros poetas, y de provocar enojosas comparaciones: así es que á cada momento está uno para tirar su libro, y abrir los que respiran sentimiento, pasión y genio.

Hemos visto lo que fueron los corifeos de la poesía alejandrina. ¿Qué podríamos decir pues de los poetas que les siguieron, de aquellos hombres que nunca fueron conocidos fuera de Alejandría, ó cuyos nombres apenas se ha dignado conservar la posteridad? Es probable que no halláramos muchas cosas que admirar en los poemas de Filisco, Sositeo, Sosífanos ú Homero el Joven.

Eruditos alejandrinos.

Con razón se trata severamente á los que se equivocan sobre la índole de su talento, y aspiran, á despecho de Minerva, á triunfos para los cuales no nacieron; pero cuando esos falsos poetas no han sido solamente hombres infatuados de sí mismos; cuando han ocupado honrosamente su vida y compensado con trabajos útiles los errores de su amor propio, hemos de compadecerles por haber perdido un tiempo precioso midiendo sílabas y alineando malos

versos; hemos de recordar los servicios que han prestado, y hablar menos duramente de sus ridiculeces. Sin embargo ¿no debemos considerarles inferiores á los hombres que han tenido bastante cordura para resignarse á no ser mas que eruditos, literatos, gramáticos, sábios, maestros de la juventud? Bien, muy bien hicieron los antiguos al distinguir los nombres de algunos de estos últimos, y al concederles una parte de gloria. No merecen menos Zenodoto de Efeso, fundador de la crítica de los textos, Aristófanes de Bizancio y Aristarco, cuyo nombre ha quedado por sinónimo desde hace veinte siglos, de buen sentido, de buen gusto, de claro y sólido entendimiento. Debemos muchísimo á estos tres hombres, y aunque solo nos hubiesen dado un Homero puro y correcto, también tendrían derechos á un vivo agradecimiento; pero la revisión de las poesías homéricas y la interpretación de aquellos inmortales versos son una parte muy reducida de sus trabajos, pues restauraron los textos de todos los clásicos antiguos, y no es culpa suya si no tenemos á Sófocles, ó Esquilo, ó Eurípides, ó Aristófanes, ó bien Eupólis y Menandro, tan completos, tan conformes como tenemos todavía á Platon y Homero.

CAPÍTULO XXXIX.

Literatura siciliana.

GENIO DE LA SICILIA.—TIMEO EL HISTORIADOR.—RINTON Y LA HILAROTRAGEDIA.—TEÓCRITO.—IDILIOS DE TEÓCRITO.—IDILIOS BUCÓLICOS.—LAS SIRACUSANAS.—IDILIOS MITOLÓGICOS.—EPÍSTOLAS.—EPÍGRAMAS DE TEÓCRITO.—JUICIO SOBRE TEÓCRITO.—BION Y MOSCO.

Genio de la Sicilia.

La poblacion griega de la gran ciudad fundada en Egipto por Alejandro era una aglomeracion de toda clase de elementos diversos, sin cohesion, sin unidad; una mezcla confusa de todas las razas, de todos los espíritus, de todos los dialectos; y por consiguiente, no ha de sorprendernos la carencia completa de originalidad en la literatura alejandrina. La Grecia de Egipto tardó largos siglos en tomar un carácter verdaderamente suyo, en tener á su vez un genio propio, y en proclamarse con razon heredera de la Grecia europea. Con todo, la vieja Sicilia, á la que hasta ahora hemos visto pagar su crecido tributo á las letras y al pensamiento, solo necesitaba acordarse de sí misma para producir tambien, en el siglo III antes de Jesucristo, obras vivas y originales; y así lo hizo. No la faltó la poesia, por la cual suspiraban en vano los hombres del Museo, y para juzgar si los estudios severos florecieron tambien en ella, basta pronunciar el gran nombre de Arquímedes.

Timeo el historiador.

Entre los prosistas sicilianos de este período, el mas co-

nocido, dejando aparte á Arquímedes, de quien no tenemos que ocuparnos, es el historiador Timeo de Tauromenium, al que no conocemos empero sino por el testimonio de los escritores posteriores. Compuso una historia de Sicilia en mas de cuarenta libros, obra notable por la exactitud cronológica, por la extension de las investigaciones y por la abundancia de los pormenores; pero estas preciosas calidades eran oscurecidas por gravísimos defectos. El estilo de Timeo carecia de sencillez, y este historiador mereció desgraciadamente figurar entre los modelos de la que se llamaba elocuencia asiática, esto es, elocuencia semejante á la de los oradores ó retóricos de la escuela degenerada de Esquino. Algunos le hacian otro cargo muy grave, acusándole de complacerse en contar fábulas, de fallar con sobrada frecuencia á la imparcialidad, y de ver con preferencia el lado malo de las acciones humanas.

Polibio, que comenzó la narracion de los sucesos en el mismo punto donde la terminara Timeo, es muy severo con el historiador por cuyo continuador se da varias veces. El libro duodécimo de su obra, ó á lo menos lo que resta del mismo, está casi todo consagrado á la crítica de la de Timeo. El autor llega al extremo de decir que Timeo no se equivoca siempre involuntariamente, y menciona algunos hechos que prueban en su antecesor un respeto no muy alto á la verdad verdadera. Búrlase con mucha gracia de las prolijas arengas que Timeo ponía contra toda verosimilitud en boca de sus personajes, y del ridiculo patriotismo que le hacia considerar mas importante á la Sicilia sola que la Grecia entera, y únicamente digno de la atencion del

mundo lo que se hacia en Sicilia, y á los sicilianos como el pueblo mas sábio, y á los siracusanos como á los primeros hombres y los mas aptos para las grandes empresas. «De suerte, añade Polibio, que apenas deja á los niños de nuestras escuelas ó á los jóvenes achispados la probabilidad de sobrepujarle en argumentos extravagantes, en algun panegirico de Tersitas, ó en una diatriba contra Penélope, ó en otra cualquier paradoja de este jaez.» Pero la imperfeccion que mas particularmente señala Polibio, es que la obra de Timeo estaba redactada con presencia de otras obras, y que el autor nunca fué mas que un literato, extraño al arte militar, á la política, y por consiguiente desprovisto de las cualidades mas esenciales del grande historiador. Hé aquí sobre el particular algunas reflexiones de Polibio que merecen la atencion del lector, siendo tan justas y sensatas hoy como há veinte siglos: «En su libro trigésimo cuarto escribe Timeo estas líneas: «He residido continuamente en Alénas por espacio de cincuenta años; claro está pues que no he podido iniciarme en la profesion de las armas. —No, Timeo, ni menos en el conocimiento de los lugares por tí mismo.»

De lo cual resulta que si en el decurso de la historia da con algun pormenor de topografía, miente ó se equivoca; y cuando halla la verdad, sucédele lo que á los pintores que representan en sus cuadros animales copiados de maniqués: en esas composiciones, los perfiles son á veces primorosos; pero lo que falta es el vigor de un robusto animal, vigor expresado al natural con la fidelidad en que estriba la verdadera pintura... Ese es el escollo de Timeo, y en general de cuantos no tienen mas ciencia que la adquirida en los libros. Fáltales la exposicion viva de las cosas, privativa de los que

hablan por experiencia; pues los historiadores que no han intervenido en ellas no pueden conmovier verdaderamente el ánimo. Nuestros padres exigian de los historiadores descripciones tan verdaderas, tan sentidas, que si se trataba de gobernacion, exclamaban que el autor estaria necesariamente versado en política, y sabria lo que pasa en su esfera; si del arte militar, que habria sido guerrero y peleado en los combates; si de economía doméstica, que habria tenido mujer y criado hijos; y así de las demás carreras de la vida. En efecto, no puede esperarse tal resultado sino en los historiadores que han pasado por la práctica, y eligen el género histórico fundado en la experiencia. No tiene duda que es muy difícil haber figurado uno mismo en todas las cosas, haber representado un papel en todo: pero es indispensable conocer por el uso lo mas importante y mas comun (1). »

Rinton y la hilarotragedia.

Rinton de Siracusa no era historiador sino poeta, y á lo que parece, un hombre de talento que buscaba lo nuevo en la dramática, exponiéndose á no encontrar mas que lo extravagante. Inventó una especie de drama que él llamaba hilarotragedia, ó tragedia jocosa: era una parodia cómica de la tragedia, un drama satírico sin sátiros. El *Gotoso-Trágico* de Luciano, y el *Pié-Iigero* que se añade por contradiccion, pueden dar una idea de lo que serian las farsas dramáticas de Rinton. Mas adelante diremos algunas palabras del mejor de ambos poemas.

(1) Polibio, *Historia general*, libro XII, cap. 25, 1.º.

Teócrito.

Por fin, hé aquí un gran poeta, un poeta esencialmente siciliano, que en nada se parece á cuantos le precedieron, y fué original, no solo en un género, como se dice, sino en los géneros mas diferentes. El idilio menos hermoso de Teócrito vale mas que todo Calímaco y que todo Apolonio. Era de Siracusa; mas se ignora la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Su vida seria casi desconocida si él mismo no hubiese citado de ella las principales circunstancias. En su mocedad residió algun tiempo en Cos, donde recibió lecciones del poeta Filéas; en seguida pasó á Alejandria probablemente con su maestro, y permaneció allí hasta el año 275, poco mas ó menos. Tolomeo Filadelfo, á pesar de su generosidad y esplendidez, no consiguió que Teócrito se quedara en su corte, y tal vez se la hacia inaguantable la envidia de Calímaco ó de otro cualquiera de los poetas con diploma del Museo. Restituyóse á Siracusa, y apenas volvió á ausentarse de Sicilia. Allí compuso casi todas sus poesías. Algunos pretenden que Hieron no hizo caso de él, lo cual apenas creemos. En la produccion intitulada las *Gracias ó Hieron*, quéjase en efecto de que los potentados de la tierra hagan poco caso de las Musas; pero nada prueba que esas sean reconvenciones indirectas al héroe de quien hace en seguida tan magnífico elogio; y á suponer que hasta entonces Hieron aun no hubiese pensado en él, no dejó sin duda de reparar su falta, despues de leer aquellas finas y graciosas manifestaciones. Parece que Teócrito murió en edad muy avanzada, y que á lo último de su vejez tuvo la desgracia de asistir á la toma de Siracusa por los romanos.

Dejó poesías de varias clases, elegías, himnos, yambos, de los que nada poseemos; epigramas, de los que tenemos algunos; y los *Idilios*, que han llegado los mas hasta nosotros, y casi sin alteraciones ni blancos.

Idilios de Teócrito.

La palabra idilio, *εἰδύλλιον*, es el diminutivo de otra, *εἶδος*, que significa propiamente *imagen*. El idilio es pues una imagen reducida, un bosquejo, y por extension, un poema breve de cualquier género. El título de la coleccion de las poesías de Teócrito corresponde á corta diferencia á las que nosotros llamamos poesías sueltas (*poésies fugitives*); mas como algunas producciones de la coleccion son cantos bucólicos, y en particular la primera, concíbese que haya quien considere la voz idilio como designacion del género pastoril, y que el vulgo tenga á Teócrito por cantor de pastores no mas. En realidad, en sus treinta idilios hay poemas de toda clase, y son pocos los en que figuran cabreros ó pastores. Hay composiciones épicas; tambien las hay líricas; tal idilio es un mimo, otro un epitalamio; otro una epístola, como se decia en tiempo de Boileau; otro es un mero epigrama, y algunos en fin son sencillamente idilios en el sentido genuino de la palabra, sin que puedan caber en ninguna clasificacion conocida. Casi todos estos poemas están escritos en dialecto dórico, y casi todos en versos hexámetros. Sin embargo, el vigésimo quinto está en dialecto jónico; el trigésimo está en la lengua y en el metro de los cantos anacreónicos; por último, el vigésimo octavo y el vigésimo nono pertenecen por la forma del verso y en parte por el tono del lenguaje, á ciertas variedades

de la poesía lírica de los eolios, en las que dominaban las combinaciones del troqueo y del yambo.

Idilios bucólicos.

Poco nos importa que Teócrito fuese el primer poeta bucólico, ó que otros antes que él hubiesen hecho hablar á los pastores en sus obras. Apenas se saben los nombres de los predecesores de este autor. Teócrito es el poeta bucólico por excelencia, y no queremos saber mas. Por otra parte, la idea de hacer hablar á los pastores no tenia en sí la menor originalidad, cuando tantos poetas habian hecho dialogar entre sí á personas de todas condiciones, y cuando Sofronte se habia dedicado á reproducir en sus mimos los modales, el espíritu y el lenguaje de las clases populares.

De todos los poetas bucólicos hoy conocidos, Teócrito es el único que ha pintado al natural á los pastores: queremos decir que tenia á la vista en su país á los cabreros, pastores y boyeros, músicos y cantantes; que las figuras que trazó tenían sus tipos mas ó menos perfectos en la vida real, y que se ciñó á hacer con ellos lo que los poetas dramáticos practicaban para presentar en escena á los hijos de familia, á los esclavos bribones, á los prostitutores, á los sicofantas ó á los soldados: elevó sus modelos á la dignidad del arte. Los demás poetas bucólicos han imitado á Teócrito ó á sus imitadores; ó bien han creado un mundo pastoril completamente imaginario. No es pues de extrañar que los mas no hayan compuesto sino obras ficticias, sin vida, sin interés, y tan diferentes de las del poeta siracusano como la noche del día.

Los pastores de Teócrito no tienen mas ingenio de lo que

se les puede suponer, y solo tienen la especie de ingenio que se desarrolla espontáneamente en la vida menos sutilizada: es una agudeza sencilla y graciosa; nunca es culturanismo. Son apasionados, violentos é injuriosos: son hijos verdaderos de la soledad, y apenas sospechan las comodidades sociales. En suma, les vemos naturales, vivos. Son cabreros, sí, son pastores, son boyeros: á nadie se parecen en el mundo, sino á sí mismos. La lengua que hablan es sobremanera sencilla, pero enérgica como sus pasiones, llena de calor y fuerza; y aunque no midan mucho sus expresiones é imágenes, nunca cesan de ser dignas de la poesía, ora se colmen de injurias, ora digan aquellas cosas que solo un rústico puede proferir sin avergonzarse. Son poéticamente brutales, no obscenos. Sin duda preferiríamos que Teócrito hubiese suprimido algunos rasgos sobrado vivos; mas no nos atrevemos á acusarle de pintor fiel. Con todo, permítasenos preferir, aun á sus cuadros mas admirables de la vida campestre, aun á los en que expresó con mas acierto los ardorosos arrebatos del amor, otros idilios no menos encantadores, pero mas castos y puros. Tenemos para nosotros que las mejores obras maestras de Teócrito son los idilios no bucólicos.

Las Siracusanas.

Las *Siracusanas* son con razon consideradas como un mimo; pero es un mimo en verso. Teócrito presenta, á lo Sofronte, una série de escenas de la vida comun, pero sin enredo dramático, que solo tienen de la comedia el tono del diálogo y los caracteres de los personajes.

Dos comadres de Siracusa, cuyos maridos residen en

Alejandro, se han dado cita en casa de una de ellas, á fin de ir á ver juntas la celebracion de las fiestas de Adónis en el palacio de Tolomeo. Suéltan la sin hueso, murmuran un poquillo de sus maridos, y acaban por ponerse en camino. No sin trabajo llegan al palacio. La calle está cuajada de gente; encuentran los caballos de guerra del rey, y tienen que hender á la puerta del palacio una apiñada multitud, atraída como ellas por la curiosidad. Llevan á cabo su intento: ya se hallan delante de las maravillas de la fiesta, y cerca del lecho en que descansa Adónis. Sus exclamaciones no tienen término. Un vecino quiere imponerles silencio, pero no es él quien dice la última palabra. Con todo, callan cuando la sacerdotisa canta un himno dedicado á Adónis. Después del canto, aun quisieran quedarse; pero una de las dos se acuerda de que su marido está ayuno, y que no sería bueno hacerle esperar demasiado tiempo.

Si la traducción pudiese dar una idea aproximada del carácter de las dos comadres y de su maliciosa sencillez, transcribiríamos parte de su conversacion entre sí ó con las personas de la muchedumbre; pero no nos atrevemos á alterar su amable chachara haciendo evaporar el aroma dórico que la da tanta sal y gracia.

Idilios mitológicos.

No creemos exagerado poner las *Siracusanas* en primer lugar entre las obras de Teócrito. Junto á ellas pero no á menor altura, hay que colocar la queja amorosa de Polifemo adolescente; pues Teócrito tuvo el don de presentar la mitología tan viva como la imitacion de los cuadros de la vida real; no una sola vez, sino siempre que escribió de aque-

llos antiguos asuntos. La relacion de la primera hazaña de Hércules, por ejemplo, en el idilio vigésimo cuarto, es igual á la composicion análoga que se lee en Píndaro. Los temas mitológicos son para Teócrito algo mas que materias versificables. No se limitó, como sus coetáneos de Alejandro, á depurar mitos antiguos y combinar epítetos: en los personajes imaginarios que pone en escena hay seres verdaderos; en el plan suministrado por la tradicion antigua hay un pensamiento, un sentimiento, algo que sale de las mismas entrañas del poeta. Lo que vé Teócrito, lo que pinta con vivos colores, es el amor maternal de Alcmena, la valentía de los Dioscuros, la hermosura de la esposa de Menelao, un primer amor respetuoso y apasionado, la eficacia del estudio y de la poesía para curar ó á lo menos para calmar los sufrimientos del corazón; lo cual significa sencillamente que Teócrito es poeta, pues para los poetas dignos de este hermoso nombre no hay asuntos gastados ni trillados. Hé aquí el idilio décimo nono, el mas corto de la coleccion, y un idilio mitológico. Ni la poesía anacreóntica tiene nada mas gracioso ni mas fresco que esta breve alegoría. «Un dia el Amor ladrón robaba los panales de una colmena: una abeja enojada le picó con su aguijón la punta de los dedos. El Amor siente un vivo dolor; sóplase la mano, patea y echa á volar. Enseña la llaga á Vénus, y quéjase de que un animal tan pequeño como la abeja haga tan grandes heridas. Y la madre, sonriéndose: «¿No te pareces tú á las abejas? Eres un niño; pero ¡qué heridas causas!»

Epístolas.

Las epístolas de Teócrito, esto es, los idilios en que el

poeta se dirige en su propio nombre á tal ó cual personaje, y en que está hablando desde el principio hasta el fin, no son las composiciones menos preciosas del librito, donde todo tiene su precio. El elogio de Tolomeo (idilio XVII) tal vez no se aparta bastante de las formas oficiales del panegírico, y se excede un tanto en mostrar las virtudes, la nobleza, poderío y munificencia del rey de Egipto y sus antecesores. Esas apoteósís y alabanzas altísimas se resienten del país en que á la sazón escribía el poeta. El idilio tiene mérito por algunos pormenores felices, y por el estilo siempre natural y verdadero, hasta en la expresion de sentimientos exagerados y de ideas mas ó menos sospechosas. Pero la epístola á Hieron (idilio XVI) no deja nada que desear al gusto mas descontentadizo. El elogio del jefe de los siracusanos es sencillo y verdadero; los votos de Teócrito por la felicidad de su patria nacen del corazón de un ciudadano leal; y la apología de la poesía y de los poetas, que ocupa las dos terceras partes del idilio, tiene cierto tinte de melancolía suave y quejumbrosa, que añade su encanto al de las elocuentes invectivas de Teócrito contra el espíritu mercantil de sus contemporáneos, mas ganosos de acrecentar sus riquezas que de ennoblecerse con el amor á lo bueno y lo bello.

La *Rueca* (idilio XXVIII) es tambien una especie de epístola. Teócrito habia dedicado á un tal Nicias, íntimo amigo suyo, médico y poeta, que vivía en Mileto de Jonia, el idilio del *Cíclope*, y el en que refiere la desaparicion de Hilas (XIII). Esta vez envía á la esposa de su amigo una rueca de marfil fabricada en Siracusa, y á la misma rueca dirige sus versos: «Oh rueca amiga de la lana, don de Mi-

nerva, la de los ojos azules, las buenas amas de casa se gozan en los trabajos que ejecutan contigo. Sígueme confiada á la hermosa ciudad de Nileo, cerca del templo de Cipris, al que hacen sombra flexibles y verdes cañas. Que allí pido á Júpiter que impela mi bajel con un viento favorable, á fin de tener la dicha de ver á mi amigo Nicias, y de estrechar entre mis brazos á ese hijo sagrado de las Musas de seductor acento. Y tú, formada de un marfil artísticamente labrado, te ofreceré como regalo á la esposa de Nicias. En sus manos servirás para preparar la materia de toda clase de tejidos propios para vestir á los hombres, de toda clase de transparentes telas, como las que llevan las mujeres. ¡Así las madres de los corderos se despojen en sus dehesas, dos veces al año, de su blando vellon en provecho de la hermosa Teugénis! Hasta tal punto es laboriosa: ella ama todo lo que agrada á las mujeres de noble carácter. Que no quisiera yo darte á una casa indolente y perezosa, habiendo nacido en mi país, pues tu patria es la ciudad que antiguamente fundó Arquias de Esiro, es la médula de la isla de los tres promontorios, la ciudad de los héroes famosos. Vas pues á estar en casa de un hombre que sabe una infinidad de excelentes remedios para preservar á los mortales de las funestas enfermedades; vas á morar en la amable Mileto, en tierra de Jonia, á fin de que Teugénis se distinga entre sus compañeras por la hermosura de su rueca, y la hagas pensar en el poeta su huésped. Si, al verte se dirá: «Pequeño es el regalo, pero el agradecimiento es grande: todo es precioso lo que viene de un amigo.» La Musa nunca ha hablado con mas delicadeza y gracia; y se comprende el dicho de Luis XIV, quien sin embargo no ha-

bia leído mas que una traduccion del idilio: « Es un modelo de galantería. » El juicio de un hombre tan inteligente en la materia nos dispensa de encarecer el mérito singular de esta deliciosa poesía.

Epigramas de Teócrito.

Los epigramas de Teócrito no lo son sino en el sentido pristino de la palabra. Son breves inscripciones para estatuas, para ofrendas y sepulcros. No todos están escritos en versos elegíacos, ni en dialecto dórico. Solo se distinguen por la propiedad del estilo, y por la elegancia sencillez que es el carácter comun de los escritos todos del poeta. Hay uno, sin embargo, el *Voto á Priapo*, que es algo largo, y mereceria figurar entre los idilios. La fresca y galana descripcion del sitio campestre donde se levanta la estatua del dios, recuerda sin mucha desventaja los deleitosos cuadros con que Teócrito suele amenizar sus poemas bucólicos.

Julio sobre Teócrito.

« Teócrito es admirable en su género: por lo demás, esta musa rústica teme, no solo el foro, sino hasta la ciudad. » Esas palabras son de Quintiliano. Algo vago es el elogio. El relórico latino no vió en el poeta de Siracusa mas que al cantor de las Tirsis y de los Dametas. Sí, por cierto, Teócrito es admirable en el género pastoril; pero tambien lo es en otros muchos, y hasta en los mas extraños á la poesía campestre. La trompa de Homero no daba sonidos falsos en su boca, y la lira de Anacreonte producía en su mano melodiosos acordes. Este privilegiado poeta solo dejó composiciones breves, y en esto es inferior á los maestros de la an-

tigüedad, á los autores de la *Iliada*, de *Agamenon*, de *Antígona*, de *Ifigenia*; pero es de su familia. Iguala á Hesíodo, á Tirteo, á Teognis. ¡En qué consiste que haya tan pocos nombres junto al suyo en la lista de los poetas de genio por la Grecia producidos!

Bion y Mosco.

Bion y Mosco, cuyos nombres ponen algunos al lado del de Teócrito, no carecieron de talento, pero sí, y con sobrada frecuencia, de naturalidad y sencillez. Sus gracias son á menudo afectadas, y su ingenio reemplaza á veces su sentimiento; pero á veces tambien no son indignos del poeta que tomaron por modelo. Teócrito, que pudo leer sus obras y era amigo suyo, les reprochó sin duda las galas con que se complacian en adornar su estilo; debió de sentir que su Musa abandonase demasiado el campo, ó pensara demasiado en los aplausos de las personas cultas de la ciudad. Nos figuramos empero que hallaria muchas cosas dignas de alabanza en aquellos versos tan bien compuestos, y en aquella dición tan felizmente parecida á la suya. Bion y Mosco, con todos sus defectos, honran verdaderamente la poesía dórica y á la Sicilia.

Bion no era siciliano; pero vivió en Siracusa. Dónde nació, y cómo murió, lo sabemos por Mosco. En su lamentación fúnebre sobre Bion: « Hé aquí para tí, exclama, ¡oh el mas armonioso de los rios! un segundo dolor; hé aquí un nuevo dolor ¡oh Méles! Antes perdiste á Homero, al dulce intérprete de Calíope, y lloraste á aquel esclarecido hijo con el gemido de tus ondas, y llenaste el mar entero con tus quejas. Ahora derramas lágrimas por otro hijo tuyo, y te

consumes en un reciente pesar (1).» De modo que Bion era de Esmirna, y probablemente de origen jónico. El país en que vivió, y particularmente los ejemplos y triunfos de Teócrito, explican bastante porqué no escribía en el idioma de su ciudad natal, y porqué le dió Mosco el dictado de Orfeo dórico. Es probable que Bion no llegó á una edad avanzada, pues pereció envenenado: «El veneno se acercó ¡oh Bion! á tu boca; y tú viste el veneno. ¿Cómo pasó por tus labios y no se endulzó? ¿Qué mortal fué bastante cruel para prepararte un veneno, para dártele mientras hablabas? ¿Y no cedió á la seducción de tu canto (2).» Los amigos del poeta tuvieron á lo menos la satisfacción de ver el castigo de los malvados que le quitaron la vida. «La justicia, añade Mosco, les alcanzó á todos.» Mosco enumera algunos de los contemporáneos que le acompañaban en su sentimiento, y en sus palabras vemos que Teócrito, anciano ya seguramente, sobrevivió á Bion. «Todos aquellos á quienes dieron las Musas una boca sonora, todos los poetas bucólicos lloran tu destino y tu muerte. Lloran Sicelidas, gloria de Samos; y entre los cidonios, Licidas se deshace en llanto, Licidas, á quién veíamos antes con ojos risueños y gozoso semblante. Filétas gime entre los triópidos sus conciudadanos, á orillas del río Hales; y Teócrito gime en Siracusa (3).»

Con respecto á Mosco, todo lo que de él sabemos es que nació en Siracusa y fué discípulo de Bion. Dice propiamente que Bion hizo poetas, y que él mismo es uno de estos: «Por mi parte, te canto los acordes del gemido ausonio.

(1) Mosco *Idilios*, III, vers. 71 y sig.

(2) *Id.*, *ibid.*, vers. 116 y sig.

(3) *Id.*, *ibid.*, ver. 94, y sig.

Que no soy extraño al canto bucólico. Soy uno de los herederos de la Musa dórica que á tus discípulos enseñaste. Nos has dejado la mejor parte de tus bienes: otros poseen tus riquezas; pero me legaste el canto (1).»

Lo que resta de las obras de Bion y Mosco no tiene nada que ver, ó casi nada, con la poesía bucólica; y el título de *Idilios* que se lee á la cabeza de aquellas composiciones, corresponde aun menos que en la colección de Teócrito á la definición acreditada. Son lamentaciones fúnebres, poesías épicas, fragmentos epitalámicos, etc. Con todo, es bastante verosímil que los cantos bucólicos entraban por mucho en lo que ha perecido; y no sin razón daba Mosco á Bion el título de pastor, y usaba respecto de sí mismo el lenguaje que hemos visto.

El primer idilio de Bion, que tiene cerca de cien versos, y pasa por su obra maestra, es una endecha sobre la muerte del bello Adónis: poema gracioso y lastimero, lleno de sentimientos suaves y tiernas imágenes. Contiene una escena verdaderamente patética, que sugirió al Tasso uno de sus mas admirados cuadros. Vénus llega al lado de Adónis moribundo, como Herminia al de Tancredo; y la expresión de dolor y desesperación de una amante no es menos aguda y verdadera en los versos del poeta griego que en los del gran poeta italiano. Hay empero mas de un rasgo, mas de una frase, que Teócrito habria borrado si hubiese escrito el idilio de Bion. Los hay hasta en las palabras que Bion pone en boca de Vénus. Teócrito no hubiera hecho decir á la diosa: «Mi ceñidor ha perecido contigo.» La idea es exacta; pero Teócrito la habria presentado de otra manera, y con

(1) Mosco. *Idilios*, III, vers. 100 y sig.

una imágen menos afectada. Sea pues cual fuere el atractivo de este hermoso poema, no podemos menos de preferir otras producciones en que el lenguaje de Bion es mas sencillo, y en que el gusto mas severo no halla nada que tildar. Tal es el fragmento del idilio que se titulaba *Epitalmio de Aquiles y Deidamia*; y tal es principalmente el segundo idilio, que vamos á insertar íntegro. Un cazador muy jóven aun, que cazaba pájaros en un soto umbrío, divisó al ligero Amor posado en la rama de un boj. Maravillado al ver aquel ave, que tan grande le parecia, juntó todas sus varetas, y se puso acechar al Amor, que revoloteaba á uno y otro lado. Pero pronto se enoja del mal éxito de sus esfuerzos: tira las varetas, y va á ver á un viejo labrador, que le habia enseñado el arte de cazar con reclamo. Cuéntale su aventura, y enséñale al Amor posado en la rama; pero el anciano meneaba la cabeza, y responde al niño: «Suspende la caza, y no ataques á ese pájaro. Huye lejos de él, que es un animal dañino. Mientras no le cojas, serás feliz; pero cuando llegues á la edad del hombre, ese pájaro, que ahora huye y revolotea, vendrá de pronto por sí mismo á posarse en tu cabeza.»

Los versos que hemos citado de la endecha sobre la muerte de Bion son los mejores de Mosco. Al lado de los acentos de un dolor verdadero y muy sentido, hase podido observar cierto énfasis, cierta violencia. Por lo demás, el idilio dista bastante de ser una obra maestra: llorando Mosco á su maestro y amigo, estuvo mucho menos inspirado que Bion al llorar á un héroe imaginario; pero tal vez el modelo que tenia á la vista fué antes perjudicial que favorable á la perfeccion de su poema. Bion presenta toda la

naturaleza afligida á la muerte de Adónis: lámentanse los Amores, luego Vénus, las Gracias y las Musas; pero el dolor de los Amores, y sobre todo el de Vénus, llena casi todo el idilio. Mosco nos pinta á su vez un duelo universal; pero aquí la enumeracion es interminable, y antes de llegar á los rasgos de elocuencia y sentimiento que hemos notado, hay que pasar por los gemidos y suspiros, no solo de las Musas sicilianas, no solo de Febo, no solo de ruisenores y cisnes, sino de abejas y golondrinas, de ovejas y delfines, de árboles y flores, de valles y montañas, y como hemos visto, hasta de los rios.

Además de la endecha en honra de Bion, hay tres idilios enteros: *Amor fugitivo*, *Europa*, y *Megara esposa de Hércules*. El primero es una filiacion del Amor, hecha por Vénus. Parécenos que esta madre sabe y explica demasiado bien los defectos y la malicia de su hijo; y si el retrato es verdadero, puede observarse que no tocaba á Vénus hacerlo. Creemos tambien que Mosco hubiera podido dispensarse de hacerla decir que la antorcha del Amor abrasa al mismo sol. *Europa* es una composicion mucho mas larga, y escrita, no ya en lengua dórica, sino en dialecto épico. Es la relacion del rapto de la hija de Agenor. Los preliminares son de una prolijidad desproporcionada: el poema entero solo consta de ciento sesenta y un versos, ó segun algunos editores, de ciento sesenta y dos; y Júpiter no ve á Europa hasta el verso septuagésimo cuarto, y el toro divino no llega hasta el octogésimo nono al prado donde la jóven se divierte con sus compañeras. El tercer idilio es una conversacion sencilla y patética entre la esposa de Hércules ausente y la madre del héroe. Megara se lamenta de la muerte

de sus hijos, asesinados por su padre, y del triste abandono en que se consume su vida: Almena la consuela gimiendo con ella, manifestándola una ternura maternal, y refiriéndola un sueño que al parecer presagia nuevas desgracias al que ambas aman. A nuestro entender, este idilio es la obra maestra de Mosco. A lo menos es la mas sencillamente escrita, y apenas puede reprocharse al poeta una palabra rebuscada, ó una imagen harto relumbrante, ó una comparación demasiado alambicada. Con respecto á los fragmentos de idilios que van á continuacion de las poesías enteras, son del todo insignificantes, y la coleccion termina con un epigrama que manifiesta la facilidad con que Mosco se dejaba llevar de las ideas falsas y del mal gusto. Hé aquí el epigrama, que se intitula el *Amor labrador*: «El temible Amor, habiendo dejado la antorcha y el arco, tomó un aguijon para pinchar á los bueyes, y echóse la alforja al hombro. Despues unció el cuello de los toros al fatigoso yugo, y sembró el fértil surco de Céres. Enseguida levantó los ojos al cielo, y habló á Júpiter de esta manera: «Fecunda mi campo, si no quieres que te haga arrastrar mi arado, á tí, toro de Europa.»

Los que tal vez han tenido el antojo de comparar este artículo sobre Bion y Mosco con lo que publicamos en la primera edicion de nuestra obra, nos acusarán sin duda de contradiccion, y extrañarán que ahora consagremos algunas páginas á estos dos poetas, cuando antes nos contentamos con dedicarles treinta y dos líneas. Es de advertir que antes hablamos casi únicamente de sus defectos, y que ahora les hacemos mas imparcial justicia, explicando la parte excelente de sus obras, juzgándoles en sí mismos, y no exi-

giéndoles ya tan imperiosamente que se ajusten al ideal que habíamos concebido al leer á Teócrito. Por lo demás, ya se ha visto que no disimulamos ninguna de sus imperfecciones. Nos alegramos de haber cedido así á las finas objeciones que nos dirige el erudito D. Braulio Foz en su *Literatura griega*, y de habernos puesto de acuerdo con él sobre el único punto quizás en que sus opiniones y las nuestras diferian al parecer esencialmente, en el fondo y sobre todo en la forma.

CAPÍTULO XL.

Otros escritores del siglo III antes de Jesucristo.

RIANO.—ARATO.—EUFORION DE CHÁLCIS.—HERMESIANAX, ETC.

Riano

Mientras la poesía y la ciencia resplandecian con tan viva luz en la patria de Teócrito y Arquímedes, y en tanto que la erudicion alejandrina fingia talento y genio, apenas quedaban algunos hombres dignos del nombre de poetas ó prosistas, diseminados en diversos países.

Un tal Riano, cretense, escribió algunos poemas heróicos: Una *Heracleida*, unas *Tesálicas*, unas *Meseniacas*, etc. Para escribir Pausanias sus interesantes si no auténticas relaciones de las guerras de Mesenia, valióse principalmente de las *Meseniacas* de Riano. Las *Tesálicas* eran segun toda probabilidad, como las *Meseniacas*, una especie de historia en verso. La *Heracleida* se pareceria á todos los poemas del mismo nombre, y perteneceria á la clase de epopeyas que tenian por asunto la vida entera de un héroe, y adolecian,

de sus hijos, asesinados por su padre, y del triste abandono en que se consume su vida: Alcemena la consuela gimiendo con ella, manifestándola una ternura maternal, y refiriéndola un sueño que al parecer presagia nuevas desgracias al que ambas aman. A nuestro entender, este idilio es la obra maestra de Mosco. A lo menos es la mas sencillamente escrita, y apenas puede reprocharse al poeta una palabra rebuscada, ó una imagen harto relumbrante, ó una comparación demasiado alambicada. Con respecto á los fragmentos de idilios que van á continuación de las poesías enteras, son del todo insignificantes, y la coleccion termina con un epigrama que manifiesta la facilidad con que Mosco se dejaba llevar de las ideas falsas y del mal gusto. Hé aquí el epigrama, que se intitula el *Amor labrador*: «El temible Amor, habiendo dejado la antorcha y el arco, tomó un aguijon para pinchar á los bueyes, y echóse la alforja al hombro. Despues unció el cuello de los toros al fatigoso yugo, y sembró el fértil surco de Ceres. Enseguida levantó los ojos al cielo, y habló á Júpiter de esta manera: «Fecunda mi campo, si no quieres que te haga arrastrar mi arado, á tí, toro de Europa.»

Los que tal vez han tenido el antojo de comparar este artículo sobre Bion y Mosco con lo que publicamos en la primera edicion de nuestra obra, nos acusarán sin duda de contradiccion, y extrañarán que ahora consagremos algunas páginas á estos dos poetas, cuando antes nos contentamos con dedicarles treinta y dos líneas. Es de advertir que antes hablamos casi únicamente de sus defectos, y que ahora les hacemos mas imparcial justicia, explicando la parte excelente de sus obras, juzgándoles en sí mismos, y no exi-

giéndoles ya tan imperiosamente que se ajusten al ideal que habíamos concebido al leer á Teócrito. Por lo demás, ya se ha visto que no disimulamos ninguna de sus imperfecciones. Nos alegramos de haber cedido así á las finas objeciones que nos dirige el erudito D. Braulio Foz en su *Literatura griega*, y de habernos puesto de acuerdo con él sobre el único punto quizás en que sus opiniones y las nuestras diferian al parecer esencialmente, en el fondo y sobre todo en la forma.

CAPÍTULO XL.

Otros escritores del siglo III antes de Jesucristo.

RIANO.—ARATO.—EUFORION DE CHÁLCIS.—HERMESIANAX, ETC.

Riano

Mientras la poesía y la ciencia resplandecian con tan viva luz en la patria de Teócrito y Arquímedes, y en tanto que la erudicion alejandrina fingia talento y genio, apenas quedaban algunos hombres dignos del nombre de poetas ó prosistas, diseminados en diversos países.

Un tal Riano, cretense, escribió algunos poemas heróicos: Una *Heracleida*, unas *Tesálicas*, unas *Meseniacas*, etc. Para escribir Pausanias sus interesantes si no auténticas relaciones de las guerras de Mesenia, valióse principalmente de las *Meseniacas* de Riano. Las *Tesálicas* eran segun toda probabilidad, como las *Meseniacas*, una especie de historia en verso. La *Heracleida* se pareceria á todos los poemas del mismo nombre, y perteneceria á la clase de epopeyas que tenian por asunto la vida entera de un héroe, y adolecian,

como lo observan los antiguos, de un vicio fundamental, de la falta de unidad. Por lo demás, los versos que se citan de Riano no son propios para hacernos sentir muy vivamente la pérdida de sus obras: casi todos son adocenados. El fragmento de veinte y un versos sobre la acción de la Justicia, ó sobre las venganzas de Ate, seria una cosa notable, si Riano hubiese sacado verdaderamente de su mollera aquellos pensamientos, aquellas imágenes y aquellas vivas expresiones; pero apenas hizo mas que recurrir á su memoria. Al leer sus versos hay que saludar á Homero, á Hesíodo y á Esquilo. Toda la obra de Riano está en el arreglo y en algunos adornos de mal gusto.

Arato.

El poema de Arato, nominado *Fenómenos* y *Pronósticos*, tuvo el honor de ser imitado en versos latinos por Ciceron, y despues por Germánico. El hombre que escribió ese poema era un sábio universal, médico, matemático, crítico etc.; y esto se conoce al leerlo. Resumió con suma exactitud lo que entonces se sabia sobre la aparición y desaparición de los astros, y sobre las señales naturales que permiten pronosticar el buen ó mal tiempo; escribió en buen estilo, y sus versos están generalmente bien contruidos y con bastante sencillez. Pero se olvidó demasiado de que no estriba en eso toda la poesía, esto es, la poesía didáctica; y es árido y fastidioso, á despecho de sus méritos, y á pesar de ciertos pasajes que no carecen de brillantez. En efecto, ¿cómo hubiera podido un poeta, aun mas privilegiado que Arato, cautivar al lector absteniéndose de toda animación, de toda variedad, sin pintar al hombre, sin hacerle hablar, ó sin

expresar cuando menos algunos sentimientos que tocasen las fibras de nuestro corazón, las que con sus vibraciones nos dicen que somos hombres? Arato casi no compuso sino un manual científico versificado, y no propiamente una epopeya didáctica, un poema por el estilo de las *Obras y Dias*. Parece que los *Fenómenos* era la obra mas apreciada de todas las que escribió Arato en prosa ó verso. Este autor nació en los primeros años del siglo III, en Soles de Cilicia, y pasó largos años en la corte de Antígono Gonatas, rey de Macedonia.

Euforion de Chálcis.

Euforion de Chálcis, bibliotecario de Antíoco el Grande, era erudito y poeta. Quintiliano se limita á observar respecto de él que Virgilio hacia caso de sus obras, puesto que en las *Bucólicas* habla de cantos que él mismo componia por el estilo de los del poeta de Chálcis; pero el retórico latino se privó de leer los versos de Euforion. No era muy fácil esta lectura. Parece que el poeta, compatriota de Licofronte, ambicionó como este el dictado de tenebroso. La especie de epopeya en que Euforion recibió las tradiciones del Atica antigua, compartia con la *Alejandra* el honor de ser impenetrable para el vulgo, y oscura hasta para los mitólogos consumados. Es probable que no fué eso lo que valió á Euforion el aprecio de Virgilio, y que entre sus poemas de varias clases habia producciones algo menos atestadas de erudición y algo mas humanas; pero es dudoso que un poeta épico tan detestable como el autor de las *Misceláneas* (tal era el título de la epopeya de Euforion), fuese algo mas, en cualquier género, que un autor poco digno de imitarse.

Hermesianax, etc.

Queda de Hermesianax de Colofonte un fragmento de elegía amorosa que no carece de algun valor poético. Es una revista ingeniosa y agradable de todo los poetas y sábios famosos, desde Homero hasta Filétas, que se dejaron subyugar por el amor.

Tales son, con el caldeo Beroso, quien escribió en griego una historia de su país segun los monumentos auténticos, los nombres algo conocidos que ofrece el catálogo literario de este siglo, sin contar los pertenecientes al Atica, al Egipto y á la Sicilia. Hemos pasado por alto un gran número de ellos, y creemos que no se llevará á mal que nos hayamos abstenido de hablar, por ejemplo, de los supuestos poetas que inventaron acrósticos mas ó menos extraordinarios, ó arreglaban de tal modo la longitud respectiva de los versos de un poema, que el conjunto presentase la forma de algun objeto, de un huevo, de una hacha, de un altar, de un par de alas, de una flauta de Pan, etc. Esas necedades métricas están á mil leguas de la poesía.

CAPÍTULO XLI.

Escritores de los dos últimos siglos antes de Jesucristo.

ESTERILIDAD LITERARIA DE ESTE PERÍODO.—NICANDRO.—MELEAGRO.—PANECIO Y POSIDONIO.—POLIBIO.

Esterilidad literaria de este período.

Vamos á recorrer rápidamente el largo período que medió desde la primera aparición de los romanos en Grecia hasta el reinado del emperador Augusto. Es un desierto literario, donde no encontraremos muchos oasis. No parece sino que durante aquellos ciento setenta años solo se ocuparon los griegos en acostumbrarse al yugo de sus señores, ó en esforzarse, como dice Horacio, para conquistar á un cruel vencedor, y en llevar al Lacio las artes de la civilización. Interin servían de pedagogos é iniciadores á los romanos, perdían aquella fecunda actividad que poco antes aun producía maravillas. Dos poetas de tercero ó cuarto orden, dos filósofos moralistas y un historiador filósofo formaron toda la literatura griega de aquellos míseros tiempos. Ciertó que además de los versos de Nicandro y Meleagro, y de la prosa de Polibio ó la memoria de la de Panecio y Posidonio, nos quedan otros escritos; pero ¿qué nos importan aquí las obras de algunos eruditos, los comentarios de algunos gramáticos, ó bien las compilaciones de relatos mitológicos, como el libro de Apolodoro?

Nicandro.

Dícenos Quintiliano que Nicandro tuvo dos imitadores

entre los latinos: Macer y Virgilio. Parece en efecto que Nicandro era autor de un poema didáctico sobre la agricultura, del cual sacó Virgilio algun partido para sus *Geórgicas*. Sin embargo, los dos poemas que poseemos de Nicandro no dan una alta idea de lo que serian los que no tenemos. Florecia este poeta á mediados del siglo II antes de Jesucristo; era sacerdote de Apolo en Claros de Jonia, y pasaba plaza de médico inteligente al par que de buen poeta. Sus dos poemas, intitulados, el uno *Triacas*, y el otro *Alexifármacos*, son medicina versificada, y no poesia. En el primero enumera los animales ponzoñosos; en el segundo los diversos venenos que pueden ingerirse con los alimentos, y los contravenenos con que pueden combatirse sus efectos. En Nicandro apenas se encuentra mas que una série de áridas descripciones. Arato remontó á veces el vuelo, olvidando la astronomía por la poesia; pero Nicandro se acuerda siempre de que es médico, y salvo el metro, el lenguaje poético y los epítetos, obra como un discípulo de Hipócrates y no de Homero.

Meleagro.

Meleagro á lo menos es poeta. Vivía poco tiempo despues de Nicandro, y era natural de Gadares (Siria). Créese que este poeta es el filósofo cínico del mismo nombre que compuso sátiras en prosa. La índole de algunos epigramas suyos no desmiente la opinion que le coloca entre los hombres de la escuela de Diógenes. Era de pasiones vivas, mas no de gustos delicados. Las cortas producciones que de él tenemos no carecen de mérito, particularmente para la época en que vivió. Aparte cierto lujo de sinónimos y epítetos, no pueden

reprochársele muy graves defectos: esto ha de entenderse en punto á poesia, y no á moral. Tiene animacion, gracia, y no le falta mucha naturalidad. Su descripcion de la primavera seria un idilio precioso, á poder suprimirse algunas palabras superabundantes y algunas imágenes aventuradas. Meleagro merece un lugar al lado de Bion y Mosco, ó si se quiere, á corta distancia mas abajo que ellos. Este poeta, cuyos versos son uno de los ornamentos de la *Antología*, fué el primer griego que tuvo la idea de formar una coleccion de poesias selectas. La *Corona de Epigramas*, como tituló su antología, estaba compuesta de flores pertenecientes á cuarenta y seis escritores mas ó menos famosos; pero esta coleccion ya no existe.

Panecio y Posidonio.

Panecio nació en Rodas por los años de 190. Era filósofo estóico, y tuvo algun tiempo en Roma una escuela á la que asistieron los varones mas insignes, entre otros Escipion Emiliano. Ciceron nos dice que el tratado de los *Deberes* es una traduccion un poco arreglada, una imitacion mas ó menos libre de la obra que Panecio compuso sobre el mismo asunto. Posidonio, discípulo de Panecio y uno de los maestros de Ciceron, suministró tambien al gran filósofo romano la materia de los excelentes tratados de la *Adivinacion*, del *Destino* y de la *Naturaleza de los Dioses*. Basta decir que los escritos de ambos estóicos eran obras de elevadísimo mérito, puesto que con solo copiarlos y retocarlos se convirtieron en obras maestras. Ciceron embelleció la forma; pero ¿quién pondrá en duda que los originales fueron notables por la gravedad del estilo, por la precision,

por el vigor, y por la robusta elocuencia que nace siempre de una convicción profunda y de un verdadero amor á la virtud? Sabemos que Panecio y Posidonio eran elocuentes cuando hablaban; su entusiasmo por Platon prueba que lo bello no les era mas indiferente que lo bueno; en la misma escuela estóica tenían buenos modelos literarios, y sin duda alguna abrigarian mas deseos de rivalizar en perfección con Cleanto que en imperfección con Crisipo.

Polibio.

Polibio nació en 203 ó 204, en Megalópolis de Arcadia. Su padre Licortas era uno de los jefes de la liga aquea. El también representó un papel importante en los acontecimientos que decidieron para siempre de la suerte de Grecia. No fué culpa suya si su patria perdió la independencia. Triunfaron los romanos, y Polibio fué uno de los que se llevaron en rehenes, para garantizarse de la fidelidad de sus nuevos súbditos. Entró en Roma en el año 166, y su destierro duró largos años. Escipion Emiliano supo apreciar dignamente el mérito de Polibio: tratóle como á un amigo, y en él tuvo un consejero, un compañero inseparable. A su lado estaba Polibio cuando entró en Cartago vencida. El héroe aqueo se valió de esta ilustre amistad para la realización del gran proyecto que habia concebido al principio de su permanencia en Italia. Proponíase escribir la historia de las conquistas de Roma, y hacer comprender á sus conciudadanos porqué un pequeño pueblo del Lacio, por tanto tiempo desconocido de los griegos, habia acabado por enseñorearse del mundo. Permitiéronle consultar los archivos del estado y sacar de ellos todas las noticias que

necesitaba; suministráronle materiales á porfía, y dejáronle viajar por Egipto, por la Galia, por España y otros países, para completar sus investigaciones.

Al cabo de algunos años dió Polibio cima á su obra, y publicóla con el título de *Historia general*. Era en efecto la historia general del mundo, durante el período que bastó á Roma para conquistarlo, ó á lo menos para humillar á todos los enemigos capaces de disputarla el imperio. « ¿Qué hombre, dice Polibio en su preámbulo, es tan frívolo ó apático que no se cure de saber cómo y porqué clase de política fueron sojuzgados en menos de cincuenta y tres años casi todos los países de la tierra habitada, y no tuvieron ya sino á los romanos por señores (1)? » El medio siglo de que habla el autor es el tiempo que trascurrió desde el comienzo de la segunda guerra púnica hasta la rota del rey Perseo. « Antes de aquella época, dice también Polibio (2), los sucesos del mundo estaban como diseminados... Pero desde entonces empieza la historia á formar cuerpo: los acontecimientos de Italia y Africa se enlazan con los que tienen lugar en Asia y Grecia, y todo va á parar á un fin único. » Sin embargo, antes de entrar en el fondo de su asunto, el historiador consagra dos libros enteros á la exposicion de los preliminares; también refiere algo circunstanciadamente la primera guerra púnica, y todos los hechos importantes que ocurrieron en Sicilia, Africa, Iliria, Galia, España y Grecia, antes de la invasion de Italia por Aníbal. La obra tenia cuarenta libros, es decir que quintuplicaba poco mas ó menos la extension de la de Tucídides. Poseemos

(1) Polibio, *Historia general*, lib. I, cap. IV.

(2) Id., *ibid.*, lib. I, cap. III.

íntegros los cinco primeros y largos fragmentos de casi todos los demás, sobre todo desde los descubrimientos del ilustre Angelo Mai.

Tal como la concibió Polibio, la historia no se limita á narrar ni á describir, ni siquiera á sugerir reflexiones útiles. La profunda investigacion de las causas que han producido los sucesos, la exposicion de las ocasiones que los han determinado, de las circunstancias en que han ocurrido y de los efectos que han sido sus consecuencias; hé ahí lo que se propone esencialmente esta historia, que Polibio denomina historia pragmática, de un término sacado de la escuela peripatética, el cual servia para designar las ciencias de aplicacion práctica y particularmente las ciencias morales. El historiador contempla los hechos históricos, los explica y los juzga; da sus explicaciones y expresa sus juicios directamente y en su nombre; diserta y enseña, al paso que describe ó refiere: compone una *pragmática*, como Polibio llama muchas veces su obra, esto es, un tratado de política y moral relativo al espectáculo de las cosas humanas. Esfuérzase para ampliar la experiencia del lector, para iniciarle en el manejo de los negocios, para levantar su pensamiento y desarrollar en él los gérmenes del estadista.

Hasta hoy ha sido Polibio el tipo mas acabado de este género de historia, del cual fué el primer modelo. Ningun historiador ha sido nunca amigo mas entusiasta de la verdad ni mas exacto en la narracion de los hechos, ni mas juicioso en la apreciacion de los mismos. Tiene conciencia, saber y penetracion; nunca declama; pertenece al escaso número de hombres cuya boca ha servido siempre de interés

prete á la razon. Sin él, conoceríamos muy imperfectamente á los romanos, á despecho de Tito Livio, de Salustio y tantos otros. El nos ha revelado los secretos de la política romana; en él se comprende el espíritu de aquellas instituciones; y aunque solo nos hubiese enterado de aquella organizacion militar, él nos hubiera dicho porqué heredaron los romanos el imperio de Alejandro, mejor que las hermosas frases sobre la Fortuna que domina en todo, sobre la virtud de los tiempos antiguos, y sobre los cónsules que manejaron el arado. Bossuet y Montesquieu se ciñen con mucha frecuencia á traducir á Polibio, y las ideas mas fecundas y verdaderas que se admiran en el *Discurso sobre la Historia universal* y en el libro sobre la *Grandeza de los romanos*, están sacadas de la *Historia general*; pero ni Montesquieu ni Bossuet tomaron de ella todo lo que podian, y lo que es mas, todo lo que debian.

Esta obra tiene sus defectos. La narracion es algo fria, y las grandes figuras carecen en los cuadros del historiador de aquella viveza y brillantez que atraen y encantan la vista. La razon queda siempre satisfecha con Polibio; no así la imaginacion. Esta quisiera mas brillo y animacion en el estilo; quisiera algo de la gracia de Herodoto, ó de la pintoresca energía de Tucídides. Los pasajes de Polibio que hemos citado al hablar de Timeo prueban empero que á veces el historiador hallaba formas agradables y encantadoras para expresar su pensamiento. Los griegos acusaban tambien á Polibio de no haber escrito en el idioma clásico: observaban en su prosa términos y giros insólitos, y cierto abuso de las expresiones técnicas sacadas del vocabulario peripatético. A pesar de todo, la *Historia general* es uno

de los monumentos mas hermosos del genio antiguo, y uno de los que mas honran á la humanidad.

Durante su largo destierro, Polibio pensaba siempre en la patria aquea por la cual tanto habia hecho y sufrido. Plutarco nos le presenta defendiendo ante la justicia la memoria de Filopémen contra las acusaciones de un romano que deseaba el derribo de los monumentos elevados á la gloria del vencedor de Macanidas. La elocuencia de Polibio salvó las estatuas del héroe. Esto acontecia por el tiempo de la ruina de Corinto, treinta y siete años despues de la muerte de Filopémen. Polibio solicitó y obtuvo en su ancianidad el permiso de regresar á su país, lo cual efectuó en 128, y cinco ó seis años despues falleció en Acaya, donde antes se habia distinguido por su denuedo, sus talentos políticos y sus virtudes.

CAPÍTULO XLII.

Escritores griegos contemporáneos de Augusto y de los primeros emperadores.

IMITADORES DE POLIBIO.—JUBA.—DIONISIO DE HALICARNASO.—DIODORO DE SICILIA.—ESTRABON.—APION.—JOSEFO.—NUEVOS SOFISTAS.—DION CRISÓSTOMO.—HISTORIA ÉUBEA.—FILON.

Imitadores de Polibio.

Polibio no tuvo herederos verdaderamente dignos de él, pero sí numerosos imitadores, algunos de los cuales fueron escritores útiles y apreciables, sino pensadores muy profundos é historiadores excelentes. Es de creer sin embargo que la continuacion de la *Historia general*, de la cual era

autor Posidonio, se distinguia por calidades análogas á las que preciamos en la obra del héroe de Megalópolis. Nada nos queda de esa produccion, ni de las composiciones históricas de Castor, Teófanés y Juba.

Juba.

Plutarco cita con frecuencia á este último, y con grandes elogios. Es muy sensible la pérdida de su *Historia romana*, pues practicó muy concienzudas investigaciones, y su principal objeto fué la exactitud y la claridad. Era hijo del rey Juba, vencido por César. Lleváronle á Roma cuando niño, y siguió el carro del triunfador. César le dió esmerada educacion, y mas adelante Augusto le indemnizó de los bienes que habia perdido. «El cautiverio, dice Plutarco en la *Vida de César*, fué para él la mayor ventura: nacido bárbaro y nómada, le debió la gloria de figurar entre los sábios historiadores griegos.»

Dionisio de Halicarnaso.

Poseemos, á lo menos en parte, la *Historia antigua de Roma* por Dionisio de Halicarnaso, obra que abarcaba todo el período que medió desde la fundacion de Roma hasta la primera guerra púnica, y acababa por consiguiente en el mismo punto donde comienza la de Polibio. Dionisio fué á residir en Roma despues de la batalla de Accium, para estudiar la lengua latina y preparar los materiales necesarios á la realizacion de su proyecto. Su permanencia en aquella ciudad fué prolongada, y en ella escribió y publicó su historia, fruto de veinte y dos años de investigaciones. De los veinte libros que tenia la obra poseemos los once primeros,

de los monumentos mas hermosos del genio antiguo, y uno de los que mas honran á la humanidad.

Durante su largo destierro, Polibio pensaba siempre en la patria aquea por la cual tanto habia hecho y sufrido. Plutarco nos le presenta defendiendo ante la justicia la memoria de Filopémen contra las acusaciones de un romano que deseaba el derribo de los monumentos elevados á la gloria del vencedor de Macanidas. La elocuencia de Polibio salvó las estatuas del héroe. Esto acontecia por el tiempo de la ruina de Corinto, treinta y siete años despues de la muerte de Filopémen. Polibio solicitó y obtuvo en su ancianidad el permiso de regresar á su país, lo cual efectuó en 128, y cinco ó seis años despues falleció en Acaya, donde antes se habia distinguido por su denuedo, sus talentos políticos y sus virtudes.

CAPÍTULO XLII.

Escritores griegos contemporáneos de Augusto y de los primeros emperadores.

IMITADORES DE POLIBIO.—JUBA.—DIONISIO DE HALICARNASO.—DIODORO DE SICILIA.—ESTRABON.—APION.—JOSEFO.—NUEVOS SOFISTAS.—DION CRISÓSTOMO.—HISTORIA ÉUBEA.—FILON.

Imitadores de Polibio.

Polibio no tuvo herederos verdaderamente dignos de él, pero sí numerosos imitadores, algunos de los cuales fueron escritores útiles y apreciables, sino pensadores muy profundos é historiadores excelentes. Es de creer sin embargo que la continuacion de la *Historia general*, de la cual era

autor Posidonio, se distinguia por calidades análogas á las que preciamos en la obra del héroe de Megalópolis. Nada nos queda de esa produccion, ni de las composiciones históricas de Castor, Teófanés y Juba.

Juba.

Plutarco cita con frecuencia á este último, y con grandes elogios. Es muy sensible la pérdida de su *Historia romana*, pues practicó muy concienzudas investigaciones, y su principal objeto fué la exactitud y la claridad. Era hijo del rey Juba, vencido por César. Lleváronle á Roma cuando niño, y siguió el carro del triunfador. César le dió esmerada educacion, y mas adelante Augusto le indemnizó de los bienes que habia perdido. «El cautiverio, dice Plutarco en la *Vida de César*, fué para él la mayor ventura: nacido bárbaro y nómada, le debió la gloria de figurar entre los sábios historiadores griegos.»

Dionisio de Halicarnaso.

Poseemos, á lo menos en parte, la *Historia antigua de Roma* por Dionisio de Halicarnaso, obra que abarcaba todo el período que medió desde la fundacion de Roma hasta la primera guerra púnica, y acababa por consiguiente en el mismo punto donde comienza la de Polibio. Dionisio fué á residir en Roma despues de la batalla de Accium, para estudiar la lengua latina y preparar los materiales necesarios á la realizacion de su proyecto. Su permanencia en aquella ciudad fué prolongada, y en ella escribió y publicó su historia, fruto de veinte y dos años de investigaciones. De los veinte libros que tenia la obra poseemos los once primeros,

igualmente que cierto número de fragmentos de los otros nueve, descubiertos los mas en estos últimos tiempos por Angelo Mai.

Segun Dionisio de Halicarnaso, el pueblo romano era de origen griego, y la Grecia le dió sus costumbres, su culto, sus instituciones. Pasa incesantemente de la analogía mas ó menos real á la imitación directa, y muchas veces llega á ver concordancias en los que solo son contrastes. Concíbese que semejante preocupacion no podia menos de inducirle á graves errores. Por lo tanto, es un guia poco seguro, sobre todo en punto á orígenes. Además, alteró á su sabor la verdad de sus relatos, poniendo en boca de sus personajes, y hasta de los seres casi fabulosos de los tiempos heróicos, prolijísimos discursos, solo para que los aficionados admirasen su habilidad en el manejo de la lengua oratoria. Con todo, vense algunas partes tratadas con sencillez, páginas interesantes en que el buen gusto no encuentra mucho que tachar; y el estilo, en general bastante afectado, des- péjase á veces y no buete siempre á retórico.

Fuerza es decirlo: Dionisio de Halicarnaso no estaba á la altura de su tarea de historiador. Sus libros de crítica son empero muy inferiores á su historia. Sus juicios sobre los oradores prueban que no sabia lo que es la elocuencia, y que la fundaba completamente en los artificios de la dición. Sus juicios sobre los historiadores son casi ridículos. Acusa, por ejemplo, á Tucídides de haber escogido mal su asunto, y de haber despertado en sus conciudadanos tristes y humillantes recuerdos. Quisiera que el historiador hubiese guardado su bella oracion fúnebre para mejor ocasion, porque las primeras escaramuzas de la guerra no valian la

pena: como si Tucídides solo hubiese pensado componer un discurso cuyo lugar era indiferente, y no reproducir á su modo lo que realmente habia pasado en los funerales de las primeras víctimas. Dionisio de Halicarnaso no ve mas que palabras y frases: no extrañemos pues que se extasie por el renacimiento de la elocuencia en el siglo en que él escribió. El hombre que consideraba el *Fedro* de Platon como una obra sin precio, era capaz de tomar por oradores á todos los retóricos de la época, y de tenerse por un fénix entre todos los escritores antiguos y modernos.

Diodoro de Sicilia.

Diodoro nació en Argirium de Sicilia, y con el título de *Biblioteca histórica* compiló una historia universal en cuarenta libros. Viajó por gran parte de Europa y Asia, visitó el Egipto y nada omitió para reunir materiales útiles; mas no supo coordinarlos ni formar con ellos un todo agradable. Su prólogo, en el que expone en muy buenos términos los deberes del historiador, es, como se ha observado, la brillante fachada de un edificio mediano. Diodoro suele ser fastidioso. Escribe sencillamente, pero sin calor, sin interés. Si consideramos su obra, no propiamente como historia, sino solo como coleccion de documentos históricos, es uno de los monumentos mas preciosos de la antigüedad; pues en Diodoro encontramos textos copiados de muchos historiadores cuyos escritos perecieron, como Hecateo, Ctésias, Filisto y otros. Por lo tanto, es una verdadera biblioteca histórica, y en este concepto no muy indigna de su título. Poseemos los cinco primeros libros, que tratan del Egipto, de la Asiria y de los primeros tiempos de

la Grecia, y otros diez libros (XI-XX) que llegan hasta la batalla de Ipsus. Los fragmentos de los veinte y cinco libros perdidos no son muy considerables, y los mas se deben tambien al Sr. Mai. Diodoro llevó su narracion hasta las campañas de César en las Galias. Contemporáneo de Dionisio de Halicarnaso, vivió largos años en Roma, en tiempo de César y Augusto.

Estrabon.

Estrabon el geógrafo nació por los años de 50 antes de nuestra era en Amasea de Capadocia, y por consiguiente vivia por el mismo tiempo que Dionisio y Diodoro. Como ellos, permaneció mucho tiempo en Roma. Hizo además largos viajes y visitó casi todos los países que describe. Su *Geografía* en diez y siete libros, que poseemos casi toda, es una verdadera enciclopedia, llena de interesantes pormenores y de datos luminosos sobre la historia, la religion, costumbres é instituciones políticas de los pueblos antiguos. Tambien contiene discusiones de critica literaria asaz importantes. Estrabon vió muy bien todo el partido que puede sacarse de las fábulas antiguas, como testimonio franco y espontáneo de las ideas y de la sabiduría de los tiempos primitivos. Escrita por un varon juicioso, por un erudito consumado, por un escritor claro y correcto, sobre ser la obra una mina inagotable para los historiadores, los literatos y los filólogos, ofrece amena y provechosísima lectura.

Apion. Josefo.

Un tal Apion, gramático, que los habitantes de Alejandria enviaron á Calígula para quejarse de los judíos, compuso varias obras históricas ó políticas. Era egipcio, y su

obra mas importante era una *Historia de Egipto*, la cual pereció, lo mismo que los demás escritos de este autor. Sin embargo, no nos faltan noticias de su tratado contra los sectarios de la religion de Moisés, porque Apion tuvo un impugnador, y la respuesta en pro de los judíos ha llegado hasta nosotros.

El impugnador de Apion era el célebre historiador Josefo. Este Josefo, ó Iosepo, era judío: nació en Jerusalem, y pertenecía á la raza sacerdotal. Combatió contra Vespasiano, luego abrazó su partido, tomó el prenombre de Flavio, y tuvo gran privanza con él y su hijo Tito. Acompañó á este al sitio de Jerusalem, cuyos terribles y asombrosos episodios describió. La *Historia de la Guerra de Judea* por Josefo es una narracion dramática, en la que el interés crece de escena en escena hasta el desenlace, hasta aquella catástrofe acaso sin igual en los anales del universo, cuyas consecuencias se experimentan aun despues de diez y ocho siglos. La obra tiene siete libros; escrita primero en siriaco, el mismo autor la tradujo al griego helenístico, como se llamaba el griego corriente de entonces, por oposicion al idioma clásico, que los aticistas se esforzaban en conservar puro de toda mezcla. La *Historia antigua de los Judíos*, por el mismo escritor, es preciosa particularmente porque llena el vacío que se halla entre los libros del Antiguo Testamento y los del Nuevo; pero Josefo se adapta demasiado al gusto de sus lectores griegos y romanos, alterando con frecuencia las antiguas tradiciones de la Biblia, borrando la originalidad del carácter del pueblo mas extraordinario, helenizando y romanizando en fin una historia que á nada se parece en el mundo, sino á sí misma.

Nuevos sofistas.

El nombre de sofista, desacreditado por Sócrates y Platon, tomó en tiempo de los emperadores romanos un significado honroso; ó mejor dicho, dióse su verdadero nombre á los que los romanos llamaban retóricos y los griegos habian llamado harto tiempo oradores. Los sofistas eran propiamente profesores de bellas letras. Enseñaban el arte de improvisar y escribir discursos, y eran tambien escritores é improvisadores; trataban toda clase de asuntos; hacian arengas políticas del género de las que cita Juvenal: daban á Sila el consejo de abdicar la dictadura, ó exhortaban á los atenienses, como Lesbonax, sofista contemporáneo de Tiberio, á armarse de valor contra los enemigos en la guerra del Peloponeso; disertaban sobre cuestiones morales ó científicas, pero aplicándose casi exclusivamente al lenguaje culto y sin cuidarse poco de la verdad pura y hasta del buen gusto. En una palabra, habia otros Górgias, otros Protagoras, y á veces tambien obtenian triunfos oratorios comparables con los que tiempo atrás encendieron la santa indignacion de Sócrates. Ocioso es decir que casi ninguno de los que hacian tanto ruido merecia su reputacion. Cumple empero exceptuar á algunos, y sin hablar de Plutarco y Luciano que fueron hombres de genio, sofistas habia entonces que eran algo más que vanos declamadores, y merecen un lugar en la historia de la literatura.

Dion Crisóstomo.

El sofista mas célebre del siglo cuyos escritores vamos enumerando, es Dion, apellidado Crisóstomo, ó boca de oro

á causa de su elocuencia. Era natural de Prusa de Bitinia, y florecia ya en Roma en tiempo de Neron. Cuando Vespasiano vistió el manto imperial, Dion le aconsejó que restableciese la república. Complicado mas adelante en una conspiracion contra Domiciano, huyó léjos de Italia. Hallábase á orillas del Danubio, cuando se recibió la noticia de la muerte del emperador y de la eleccion de Nerva. El ejército acampado en aquel punto iba á sublevarse: Dion se encontraba en el campo, pero disfrazado de mendigo; descubrióse, arengó á los soldados, volviélos al camino de la obediencia, y Nerva fué proclamado por unanimidad. Dion gozó de alto predicamento en tiempo de Nerva y Trajano, y murió muy entrado en años, con la reputacion de príncipe de los escritores y oradores de su época.

Era en efecto un varon de aventajadísimo talento, si no un hombre de genio. Entre los ochenta discursos ó disertaciones que de él nos quedan, los hay que son obras notables, como el *Discurso olímpico*, en el que Dion presenta á Fidias explicando ante los griegos reunidos la composicion de su Júpiter Olímpico; como el discurso intitulado *Diógenes*, en el que se trata de la gobernacion de los Estados; y otros mas. Estas obras revelan un entendimiento cultivado por la lectura y la meditacion de los modelos antiguos. El calor del estilo, algo ficticio á veces, no siempre resulta del choque de las palabras. Dion tenia entrañas, como ciencia y valor; y sus períodos, harto redondeados quizás, son verdaderamente sentidos. Si no se hubiese esmerado tanto en la forma, si no hubiese abusado del aticismo, si hubiese escrito con mas descuido, y á no haber afectado platonizar tanto ó reproducir los giros y expresiones de Jenofonte y Demós-

tenes, Dion ocuparía un lugar eminente entre los escritores moralistas, si no entre los oradores.

Historia Eubea.

En los discursos de Dion Crisóstomo se encuentra el primer escrito en lengua griega que podemos denominar novela. La *Historia Eubea* es una deliciosa pastoral. Es el cuadro de la felicidad campestre de dos familias que viven, en una comarca desierta de la Eubea, del producto de su caza, de los frutos de su reducida heredad y de la leche de sus rebaños. Hemos observado ante todo la sencilla relación que uno de los dos padres hace del viaje que ha tenido que efectuar á la ciudad, para cumplir con los requerimientos de los recaudadores de contribuciones, que habiendo descubierto su existencia, les han impuesto la correspondiente cuota. El pobre cazador no ha estado mas que una vez en la ciudad, y eso cuando niño. «Vi, pues, como la primera vez, dice, una infinidad de casas, rodeadas de una fuerte muralla; edificios cuadrados de grande altura; torres sobre el muro; en el puerto buques anclados, y tan inmóviles como en el lago mas tranquilo. Nada igual se ve en la costa donde tú abordaste, y por eso perecen en ella los bajeles. Vi tambien una inmensa muchedumbre reunida en la ciudad; todo era gritos, tumulto atronador. Parecíame que toda aquella gente estaba riñendo. Mi conductor me llevó á no sé qué magistrados, y díjoles riendo: «Este es el sugeto á quien me habeis enviado; no posee mas que una choza con una sólida pared de estacas.» Los magistrados salían entonces para el teatro; fui con ellos. Aquel teatro es una especie de local parecido á

un valle, con la diferencia de que los lados, en vez de prolongarse, forman semicírculo. No es un valle natural; está construido de piedras. Pero sin duda te ries de mí porque te cuento lo que sabes muy bien. Primero la gente se entretuvo un gran rato en lo que apenas entiendo: el pueblo tan pronto aplaudía alegremente y con entusiasmo á las personas que allí estaban, como gritaba con indignacion y furor; su ira era entonces terrible; de modo que los que eran objeto de ella quedaban al punto sobrecogidos de espanto: unos corrían de aquí para allá pidiendo gracia; otros, desatinados, arrojaban sus vestidos. Yo tambien por poco me caigo de susto, aturdido por un ruido semejante á una tempestad súbita, ó á un trueno que hubiese estallado sobre mi cabeza. Despues llegaron otras personas, que se pusieron á arengar al pueblo. Algunos de los espectadores se levantaron de entre la multitud, é hicieron lo mismo. Unos hablaban poco, otros pronunciaban largos discursos. Los habia que eran escuchados un buen rato en silencio; otros eran recibidos desde luego con gritería, etc.»

Cuando decimos que la *Historia Eubea* es la novela griega mas antigua de todas, ha de entenderse que nos referimos á las que han llegado hasta nosotros. Mas abajo, al hablar de las novelas de Luciano, expondremos lo poco que se sabe de los antecesores de Dion y de sus obras. (R)

Filón

Parece que Dion Crisóstomo se propuso dar al paganismo un carácter espiritualista y moral, que le hiciera capaz de luchar con las nuevas doctrinas importadas de Oriente. Un varon de entendimiento mas profundo y grave,

Filon el Judío, procuró establecer el acuerdo de la teología hebraica con la filosofía platónica. Filon reduce la Biblia á dos alegorías; halla en Moisés la creacion tal como Platon la concibió; aplica al mundo ideal, prototipo del mundo sensible, á las ideas que Dios entraña *ab æterno*, los nombres de Verbo é Hijo de Dios. Este atrevido y elocuente teósofo, este Platon judío, como le llamaban, nació en Alejandría el año 30 antes de nuestra era, y pertenecía como Josefo á la raza sacerdotal. En tiempo de Calígula fué á Roma á solicitar para los judíos de Alejandría el derecho de ciudadanía romana; pero fueron vanos sus esfuerzos. Dejó un sin número de escritos, subsistiendo aun hoy los mas importantes.

Hubo otro Filon, el de Biblos, contemporáneo del de Alejandría, que solo es conocido por haber trasladado del fenicio al griego la antigua obra de Sanconiaton, traduccion cuya pérdida es mas sensible que la de muchos escritos originales.

CAPÍTULO XLIII.

Plutarco.

VIDA DE PLUTARCO.—GENIO DE PLUTARCO.—OBRAS HISTÓRICAS DE PLUTARCO.

—PLUTARCO MORALISTA.—ESTILO DE PLUTARCO.

Vida de Plutarco.

Plutarco nació en Queronea (Beocia), á mediados del siglo I de nuestra era. Se ignora el año preciso de su nacimiento; pero se sabe, por declaracion propia, que en la época del viaje de Neron á Grecia, esto es, en el año 66,

tomaba en Delfos lecciones del filósofo Amonio. A su regreso á su patria empleóse, aunque muy joven, en algunas negociaciones con las ciudades vecinas. Poco despues se casó, pasando casi toda su vida en Queronea. Cifraba su gloria y su patriotismo en impedir con su presencia, como él mismo lo declara francamente, que aquella ciudad, que nunca habia sido muy importante, decayese mas, y en hacer gozar á sus conciudadanos del predicamento y favor de que era objeto. Con todo, fué varias veces á Roma, donde dió lecciones públicas sobre varios puntos de filosofía, literatura y erudicion: lecciones que fueron el primer origen y la primera ocasion de los numerosos tratados que componen las que se denominan *Morales*. Todos los personajes ilustres de Roma asistían á esas lecciones, y por eso ha podido decirse que Trajano, casi de la misma edad que Plutarco, le tuvo por maestro. Plutarco hablaba á sus oyentes romanos, no en latin, sino en griego, idioma que entendían perfectamente los literatos de Italia; fuera de que Plutarco nunca supo bastante el latin para hablarlo. El mismo nos dice en la *Vida de Demóstenes* que durante su permanencia en Italia no tuvo tiempo para dedicarse á un estudio profundo de aquella lengua, á causa de los negocios públicos de que estaba encargado, y del gran número de personas que cada dia iban á hablar con él de filosofía. Era ya muy tarde cuando comenzó á estudiar con fruto á los autores latinos: entonces se puso á escribir sus *Vidas comparadas* de los hombres ilustres de Grecia y Roma.

No se sabe el año de su muerte; pero segun la opinion mas probable falleció poco antes de terminar el reinado de Adriano, á la edad de setenta y dos ó setenta y cinco años.

Genio de Plutarco.

De todos los escritores de la antigüedad clásica, Plutarco es sin disputa el mas popular entre nosotros; y esta popularidad la debe á la naturaleza de su genio, á la eleccion de los asuntos que trató, y particularmente al eterno interés inherente á la memoria de los grandes hombres cuyas imágenes pintó. Con todo, su primer traductor, el venerable Santiago Amyot, ha contribuido mucho á su fama. El Plutarco de Amyot es vivo, y no hay en nuestra lengua ningun autor que sea mas francés que este griego muerto en Beocia há diez y ocho siglos.

La idea en que se fundan los *Paralelos ó Vidas comparadas*, recuerda las tesis ficticias de las escuelas de los retóricos; pero nada es menos sofisticado, nada trasciende menos á retórico, que la ejecucion del plan que tan extraño nos parece á primera vista; y el lector, buen ó mal de su grado, cede al raro encanto esparcido, no solo en la narracion, sino hasta en las comparaciones que siguen á cada par de *Vidas*, en las que el autor examina atentamente á dos héroes, uno griego y otro romano, confrontándoles en virtud de un principio uniforme, y pesándoles con el mismo peso.

En todas partes leemos estas palabras: *el buen Plutarco*; pero este epíteto solo corresponde al Plutarco francés de Amyot, no propiamente, sino por efecto de la ilusion de sencillez que nos causan aquella lengua y el estilo aquel, de tres siglos de fecha. Plutarco es un escritor sin artificio ni afectacion, felizmente dotado por la naturaleza, que derrama á manos llenas los tesoros de su alma. Es un hom-

bre de buena fé; es el Montaigne de los griegos, como le caracteriza admirablemente Thomas. Tiene algo de aquel modo pintoresco y atrevido de expresar las ideas y de aquella imaginacion de estilo que dan tanto precio á los *Ensayos*. Ningun historiador ha descollado como él en reproducir los rasgos de los personajes históricos, y especialmente los rasgos de su alma, en pintarles, en hacerles vivir, obrar y andar. Con solo copiarle han alcanzado los poetas á trazar sorprendentes é inmortales figuras.

«¡Qué cuadros tan magníficos, dice el Sr. Villemain, son la despedida de Bruto y Porcia, el triunfo de Paulo Emilio, la navegacion de Cleopatra por Cidno, el espectáculo tan vivamente descrito de la misma Cleopatra, asomada á la ventana de la torre inaccesible donde se ha refugiado, esforzándose en hacer subir y atraer á sí á Antonio, vencido y herido, á quien aguarda para morir! ¡Cuántas otras descripciones de admirable energia! Y al lado de esas brillantes imágenes; ¡que sencillez de pormenores verdaderos, íntimos, que sorprenden al hombre en su actos mas ocultos, y le pintan en toda su profundidad, mostrándole con todas sus pequeñeces! Tal vez este último mérito, universalmente reconocido en Plutarco, ha hecho apartar los ojos de la brillantez de estilo y del genio pintoresco; pero este doble carácter de elocuencia y verdad es lo que le ha dado tanto poder sobre las imaginaciones vivas. ¿Qué mas ejemplo de ello que Shakspeare, cuyo genio altivo y libre nunca estuvo mejor inspirado que por Plutarco, á quién debe las escenas mas sublimes y naturales de su *Coriolano* y su *Julio César*? Montaigne, Montesquieu y Rousseau son tambien tres grandes genios en quienes se encuentra el sello de Plutarco, ha-

biendo sido heridos y colorados por su luz. La inmortal brillantez del estilo de Plutarco junto con la acertada elección de los mayores asuntos que pueden ocupar la imaginación y el pensamiento, explica bastante el prodigioso interés de sus obras históricas. Pintó al hombre, y trazó dignamente los caracteres mas grandes y las acciones mas bellas del humano linaje.»

Obras históricas de Plutarco.

Estas composiciones tienen empero sus defectos, y defectos de bastante gravedad. Casi ninguna de las *Vidas* es una biografía completa: el historiador pasa muy á menudo por alto hechos de grande importancia, ó no los explana tanto como merecen. Sus preocupaciones morales ó dramáticas le vuelven algo olvidadizo de los derechos imprescriptibles de la verdad, la cual quiere salir toda á luz. Plutarco escribía rápidamente y sin mucha crítica, cayendo de vez en cuando en errores materiales, particularmente respecto de Roma y sus instituciones; dando con frecuencia torcidas interpretaciones al sentido de los autores de quienes sacaba sus documentos; prefiriendo tambien con frecuencia, por dejadez ó por falta de criterio, autoridades sospechosas, como lo hizo al hablar de la supuesta corrupcion de Demóstenes; y por último, poniéndose á veces consigo mismo en manifiestas contradicciones. Todo eso está probado, y otras faltas sin duda de que no nos acordamos. Pero ¿qué no se perdona al escritor que sabe cautivarnos á cada paso el corazón y las entrañas, y nunca cesa de encantarnos, aun cuando lo que nos cuenta parezca sobremanera trivial ó fútil? «Plutarco, dice J. J. Rousseau, descuella por los mismos pormenores en que

nosotros ya no nos atrevemos á entrar. Tiene una gracia inimitable en retratar á los grandes hombres en las cosas de poca entidad, y es tan hábil en sus rasgos, que una palabra, una sonrisa ó un gesto suele bastarle para caracterizar á su héroe. Con un chiste alienta Aníbal á su espantado ejército, y hácele marchar riendo á la batalla que le rindió la Italia. Agesilao, caballero sobre un palo, me hace amar al vencedor del gran rey. Atravesando César una pobre aldea y conversando con sus amigos, descubre sin pensarlo al taimado que, segun decia, solo queria igualar á Pompeyo. Alejandro toma una medicina sin chistar: este es el momento mas hermoso de su vida. Aristides escribe su propio nombre en una concha, y así justifica su dictado. Filopémen con la capa quitada, corta leña en la cocina de su huésped. Ese es el verdadero arte de pintar. La fisonomía no se revela en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones: lo natural se descubre en las bagatelas. Las cosas públicas son ó sobrado comunes ó sobrado afectadas, y nuestros autores, respetando la dignidad moderna, á ellas consagran casi exclusivamente su atención.»

Plutarco moralista.

La gran coleccion de las obras varias de Plutarco, conocida vulgarmente con el título de *Morales*, contiene tratados de todo precio y casi de toda clase. Ciertó que Plutarco es en primer lugar un moralista; su alma de hombre honrado y amigo entusiasta de lo bueno, se mezcla en todo lo que escribe, y eso es lo que da tanta vida hasta á sus disertaciones sobre antigüedades; eso es lo que hace leer sus discusiones metafísicas, políticas ó religiosas; eso es lo que

presta interés á sus mismas flaquezas de entendimiento. Dispénsasele sin trabajo que fuese injustísimo con los estóicos; y al pensar en su amor filial por Queronea, concíbese que escribiera un libro contra el historiador Herodoto, quien hubo de tratar severamente en su obra á la Beocia y á los beocios. Entre esa infinidad de escritos que en su mayor parte no tienen con la moral propiamente llamada sino relaciones indirectas y fortuitas, hay algunos cuyo asunto y sustancia son la moral didáctica; y estos son los mas acreditados de la coleccion: el genio de Plutarco brilló en ellos con todas sus prendas. Los hay admirables por su grandilocuencia. El diálogo intitulado *de los Plazos de la Justicia divina*, es la obra mas grande y mas hermosa que desde la época de Platon han producido la literatura y la filosofía griegas. El que lleva por título *del Amor*, no es menos notable en su género. Plutarco no trató su asunto con la grandiosidad de Platon; su libro no es una imitacion del *Banquete*. Dejó la metafísica profunda y la alta poesía; encerróse en el dominio de las realidades de la vida doméstica; quiso parecer únicamente lo que era, buen esposo, buen padre de familia, y narrador muy agradable. Su libro es el panegirico del amor legitimo, y contiene un sinnúmero de anécdotas cuyo tema ordinario es la ternura conyugal. Hácia el fin del diálogo refiere Plutarco la patética historia de la abnegacion de Empona, á quien llamamos Eponina, como los latinos. Hay además otros escritos en la coleccion que pasarían por obras maestras, á no eclipsarlos la proximidad de aquellas afamadas producciones. El *Consuelo á su Esposa sobre la muerte de su Hija*, por ejemplo, es una carta llena de sentimiento, sinceridad y ternura. Los tratados *sobre*

la Supersticion, sobre el Matrimonio, sobre la Nobleza, y otros, ó por decir mejor, todos los tratados morales de Plutarco, y por punto general, sus escritos todos, de cualquier clase que sean, reúnen apreciables calidades y proporcionan al lector solaz y provecho. Siempre y en todo se advierte un amor á lo bueno y lo bello, una sencillez de corazón y una perfecta sinceridad que cautivan el sentimiento, aunque la razon no quede todavía cumplidamente satisfecha.

Estilo de Plutarco.

No debemos disimular que la dición de Plutarco dista de ser digna de la de los maestros antiguos. Este autor sufrió, tanto y mas que nadie, el fatal influjo del siglo en que escribía. Su lengua no es ya la de Platon, de Jenofonte ó Tucídides; ni siquiera intentó él, como los llamados aticistas, descubrir sus secretos. Escribe en los primeros términos que se le ocurren; tíñese de los colores de los escritores cuyos pensamientos reproduce, sin cuidarse apenas de borrar los dislates y suavizar las pinceladas chillonas. Ninguna degradacion de tintas, ninguna perfeccion; nada conforme, nada arreglado, nada medido. Su modo de escribir es mas agudo, dice Santiago Amyot en su expresivo lenguaje, mas docto y apretado que claro, limado ó sencillo. Dacier compara este estilo con aquellos antiguos edificios cuyas piedras no son pulidas ni están bien colocadas, sino bien sentadas, y tienen mas solidez que gracia, mas naturalidad que artificio.

CAPÍTULO XLIV.

Nuevos estoicos.

CARÁCTER DEL ESTOICISMO EN TIEMPO DE LOS ANTONINOS.—EPICTETO.—ARRIA-
NO.—MARCO AURELIO.

Carácter del estoicismo en tiempo de los Antoninos.

Al ingenio de los romanos no le acomodaban mucho las especulaciones metafísicas sobre las cuales pretendieron los primeros estoicos levantar el edificio de su sistema. En Epicteto y Marco Aurelio se hallan pruebas bastante numerosas de cierta indiferencia por una multitud de problemas mas ó menos importantes, debatidos en otro tiempo en el Pórtico por Zenon, Crisipo y todos los filósofos que se preciaban empero de seguir la huella moral. Desecharon las argucias en que se complacia la lógica estoica. En ellos el estoicismo se redujo á sus verdaderas proporciones, pues lo mondarón con mano firme y vigorosa de toda broza parásita. De acuerdo con sus maestros acerca de los puntos verdaderamente esenciales, manifestaron en lo demás una gran libertad de pensamiento y la fecunda virtud de la independencia. Además, en el siglo II de nuestra era, el estoicismo ya no podia hablar el lenguaje que antes bastara á los contemporáneos de Pirro. El tiempo habia andado y transformado con su accion insensible las disposiciones y voluntad de los hombres. Habia en todas las almas cierta fuente de amor que queria correr y derramarse. En el fondo de los corazones germinaba sordamente la idea de la fraternidad humana. Basta abrir á la ventura los libros de Epicteto y Marco

Aurelio para ver el luminoso indicio del inmenso adelanto moral realizado desde hacia tres siglos. La humildad, la abnegacion cuya virtud eficaz proclama continuamente Epicteto; la expansiva ternura, el amor al prójimo, el sacrificio á la dicha de los hombres, que fueron toda la vida al par que toda la filosofía de Marco Aurelio, parece que son, digámoslo así, de un mundo diferente del de las meditaciones de Zenon y Crisipo sobre lo que constituye la fortaleza y la dignidad del alma, y sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. Los maestros del Pórtico negaban el dolor y proscribían la piedad, calificando casi de crímenes las flaquezas del ánimo y las emociones mas gratas y naturales. Merced á Epicteto y Marco Aurelio, la naturaleza recuperó sus derechos hasta en el estoicismo. En ellos no hay nada utópico: el uno dictó leyes que con el cambio de algunas palabras pasaron á ser la regla de S. Nilo y de los solitarios del monte Sinaí; y el otro, retratándose á sí mismo, compuso uno de los mas sublimes tratados de moral que nunca se han escrito.

Epicteto.

Dice Pascal en los *Pensamientos*: «Epicteto es uno de los filósofos del mundo que mas han conocido los deberes del hombre. Ante todo, quiere que este considere á Dios como á su principal fin; que se persuada de que lo rige todo con justicia; que se someta á él de buen grado y le siga voluntariamente en todo, ya que todo lo hace con suprema sabiduría: que así esta disposicion contendrá toda queja y todo lamento, y preparará su ánimo á sufrir tranquilamente los mas graves disgustos. Nunca digas, dice: he

perdido eso ; antes di : lo he restituido ; mi hijo ha muerto : lo he restituido ; mi esposa ha muerto : la he restituido ; y así de los bienes y todo lo demás. Pero quien me lo quita es un malvado, dirás. ¿Y qué te importa que sea este ó el otro por quien lo reelame el que te lo ha prestado ? Mientras permite que lo uses, guárdalo como un bien ajeno, como hace un viajero en una venta. Tú no debes desear, dice tambien, que se hagan las cosas como quieres ; sino que debes querer que se hagan como se hacen. Acuérdate, añade, de que estás aquí como un actor, y desempeñas tu papel en una comedia, tal como al amo le place dártelo. Si te lo da corto, desempeñale corto ; si largo, represéntale largo : permanece en escena todo el tiempo que él quiera ; preséntate rico ó pobre, segun su mandato. Cuenta tuya es representar el papel que se te ha repartido ; elegirlo es cuenta de otro. Tén siempre presente la muerte y los males que mas insoportables parecen, y nunca tendrás bajos pensamientos ni desearás cosa alguna con exceso. Indica de mil modos lo que el hombre debe hacer. Quiere que sea humilde, que calle sus buenos propósitos, sobre todo á los principios, y los cumpla en secreto : nada los malogra mas que manifestarlos. No se cansa de repetir que todo el estudio y el deseo del hombre han de consistir en conocer la voluntad de Dios y cumplirla. Tales eran las luces de aquel grande entendimiento, que tan bien conoció los deberes del hombre : ¡ dichoso si tambien hubiese conocido su flaqueza !

Arriano.

Nada escribió Epicteto por sí mismo ; pero su discípulo Arriano redactó con el título de *Manual* un compendio de

las doctrinas morales de Epicteto, y recopiló en una larga obra intitulada *Disertaciones* las lecciones y pláticas de aquel gran filósofo. El *Manual* y las *Disertaciones* son obras maestras, no solo por la nobleza y verdad de los pensamientos, sino por la varonil belleza de un estilo sencillo, claro, correcto, enérgico, que no carece de elegancia y gracia. Arriano tomó por modelo á Jenofonte, y las *Disertaciones* traen á la memoria, sin mucha desventaja, las *Memorias de Sócrates*. En ellas á veces se leen cosas sublimes, como por ejemplo el diálogo de Vespasiano y Helvidio Priseo, donde el alma humana alcanza proporciones casi divinas : «No vayas al senado. —De tí depende que no sea yo senador ; pero siéndolo, debo asistir á las deliberaciones. —Enhorabuena, vé ; pero no digas palabra. —No me preguntes mi parecer, y callaré. —Es que debo preguntártelo. —Pues yo debo decir lo que me parece justo. —Es que si hablas, te haré perecer. —¿Y cuándo he dicho que sea inmortal ? Haz lo que te convenga ; yo haré lo que me convenga á mí ; á tí te conviene matar : á mí, perecer sin temor ; á tí te conviene desterrar : á mí, partir sin disgusto (1). »

No solo era Arriano un excelente escritor filosófico, sino tambien uno de los mejores historiadores de la antigüedad. Su *Historia de la Expedicion de Alejandro*, en siete libros, es un resumen fiel y muy bien hecho de las relaciones originales redactadas por los compañeros de armas del conquistador macedonio, ó por los historiógrafos que iban en su séquito. La narracion es clara é interesante : la marcha de los ejércitos, las batallas y los sitios están descritos con maestría. El estilo reúne las mismas calidades que se ad-

miran en las *Disertaciones*, y la obra no es indigna de compararse con el *Anabase*; pues en esta composicion histórica tambien tomó Arriano á Jenofonte por modelo. Historia es esta que supera infinitamente á todas las que tratan de Alejandro. La *Indica*, que forma su complemento, está escrita en dialecto jónico, por el estilo de Herodoto. La descripción que Arriano nos dejó de la India, de las costumbres de los habitantes, de sus instituciones y carácter, concuerda mas que todas las relaciones antiguas con lo que en el dia sabemos de aquel portentoso é inmutable pais. Arriano escribió otras obras de filosofía, historia y geografía, de las cuales queda poca cosa; y dos tratados sobre el arte militar y otro sobre la caza, habiendo llegado los tres hasta nosotros. Era un estadista, un general distinguido, y no un retórico ó un sofista. Nació en Nicomedia de Bitinia en los primeros años del siglo II. Distinguióse en la carrera de las armas en tiempo de Adriano, y merced solamente á su capacidad, encumbróse á una posicion elevada. En el año 134 fué nombrado gobernador de Capadocia, y los Antoninos le prodigaron pruebas de aprecio y benevolencia.

Marco Aurelio.

El segundo Antonino, á quien llamamos comunmente Marco Aurelio, escribió en griego el admirable libro intitulado *Para sí mismo*, ó los *Pensamientos*. Marco Aurelio no es aticista como Arriano. En cuanto á la diccion, en nada se parece á Jenofonte, y aun menos á Platon, ni siquiera á ningun autor clásico. Casi es semibárbaro. A menudo, en vez de expresar explicitamente su pensamiento, se limita á fórmulas de su invencion, á palabras recordativas que le

bastaban para entenderse consigo, y que solo nos ofrecen enigmas por descifrar. El neologismo del augusto escritor se cura muy poco de los preceptos de la analogía, y sus insólitas construcciones descaminan á cada paso todas las previsiones gramaticales. Pero ¡cuántas bellezas sublimes no brillan en aquel estilo, ó mejor, en aquel pensamiento, á pesar de la extraña irregularidad de la forma y de lo áspero de la diccion! Pudiéramos citar numerosos y admirables ejemplos; pero nos concretaremos á copiar el pasaje en que Marco Aurelio resume en breves palabras los principios fundamentales de su doctrina: «Cuanto te acomoda, oh mundo, me acomoda á mí. Nada es para mí prematuro ó tardío, si para tí está en sazón. Cuanto me traen las horas es para mí un fruto sabroso, oh naturaleza. Todo viene de tí; todo está en tí; todo vuelve á tí. Dijo un personaje: ¡Oh amada ciudad de Cecrope! Pero tú (Marco Aurelio) no puedes decir: ¡Oh amada ciudad de Júpiter!»

CAPÍTULO XLV.

Luciano.

VIDA DE LUCIANO.—ESCEPTICISMO DE LUCIANO.—LUCIANO MORALISTA Y ESCRITOR.—NOVELAS DE LUCIANO.—LUCIO Ó EL ASNO.—HISTORIA VERDADERA.—POESÍAS DE LUCIANO.

Vida de Luciano.

Luciano nació en Samosata, capital de la Comagena, provincia de Siria. Se ignora la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Solo se sabe que fué contemporáneo de Trajano, Adriano y los Antoninos, y que llegó á una edad muy avan-

zada. Destinábanle sus padres á la profesion de escultor; pero no tenia la menor aficion á este arte; en términos que, tomada la primera leccion, abandonó al maestro á quien le confiaran, el cual era hermano de su madre. Dedicóse enteramente al estudio de las bellas letras, y en breve pudo aprovechar su talento. Hasta los cuarenta años de edad concretóse á abogar ó á dar lecciones de retórica, primero en Antioquía y luego en Alénas. Entonces fué cuando comenzó á escribir para el público, y á viajar. Pasó á Italia, donde permaneció largo tiempo; de allí se trasladó á las Galias, y en seguida al Asia Menor. Por último fijó su residencia en Egipto, donde el emperador Marco Aurelio le habia confiado importantes cargos administrativos y judiciales. Probablemente falleció en Alejandría, en los primeros años del reinado de Cómodo. Antes de llegar á los honores, habia ya adquirido fortuna y renombre. Sus escritos eran leídos con avidez; y se le pagaban á crecidos precios las lecciones y los discursos que hacia de paso, como los sofistas y retóricos de su tiempo. Despues de referir el sueño que determinó, decia, su vocacion literaria, añade (1): « Quien oyere la relacion de mi sueño sentirá, estoy seguro de ello, renacer el valor en su alma. Me tomará por ejemplo; reflexionará en lo que yo era cuando principié mi carrera y me di al estudio, sin que me arredrara la pobreza que á la sazón me estrechaba; y querrá imitarme, al ver el estado en que he vuelto á vosotros, no menos ilustre que cualquier escultor, por no decir nada mas. »

(1) Luciano, *Sueño ó Vida*, (al fin.)

Escepticismo de Luciano.

Han aseverado algunos, pero sin probarlo, que Luciano abrazó la fe cristiana, y que en seguida apostató; siendo así que, por el contrario, de sus mismos escritos se desprende que el cristianismo era para él una cosa casi del todo desconocida. Tiene de esta religion una noticia muy escasa, muy vaga, en la que no se traslucen las instrucciones que entonces recibian los catecúmenos. Llega al extremo de afirmar que los cristianos hicieron de Peregrino su pontífice, su legislador y su Dios; y los pinta como una turba imbécil que se deja embaucar por el primer charlatan que se presenta. « Esos infelices, dice, creen que son inmortales, y que vivirán eternamente. En su consecuencia desprecian los suplicios, y se entregan voluntariamente á la muerte. Su primer legislador les ha persuadido de que todos son hermanos. Desde el momento que abjuran nuestro culto, reniegan de los dioses griegos y adoran al sofista crucificado cuyas leyes guardan. Como reciben sus preceptos con ciega confianza, desprecian todos los bienes y los creen comunes. De modo que si entre ellos apareciese un impostor sagaz, podria enriquecerse muy pronto burlándose de esos hombres cándidos y crédulos (1). »

Luciano es escéptico, así en filosofia como en religion: los dioses del Olimpo y los filósofos son continuamente el blanco de sus irreverentes ataques; mas como su escepticismo no es nada especulativo, y en el fondo no es mas que el humor satírico de su carácter, sus genialidades alcanzan tambien á los escépticos. Así es que en las *Sectas en Almo-*

(1) Luciano, *Muerte de Peregrino*, cap. XIII.

neda, donde con tanto gracejo ridiculiza á los jefes de escuelas filosóficas, no trata mejor á Pirro que á los demás. El amo que compra á este como á esclavo le prueba con argumentos algo recios que allí hay alguien; y aunque el filósofo repita aun, mientras el otro le apalea: *Abstente de toda decision*, no es él quien vence en la disputa: el palo hace maravillas; y Pirro, quieras que no, sigue á su amo al molino. El escepticismo de Luciano, como nosotros lo definiríamos, es un método satírico, pues no excluye la creencia en las verdades del orden natural, y hasta estriba esencialmente en los datos del sentido comun. Adviértase, empero, que Luciano se detiene en los principios mas crasos: no ve ó no quiere ver sino lo que se ve, se siente y se toca. La esfera del pensamiento no es para él mas que una region de quimeras; y segun él, todo lo que traspasa el estrecho horizonte de nuestros sentidos y de nuestra vida, nunca ha existido, á no ser en la imaginacion de los filósofos ó en las disparatadas creencias de la muchedumbre ignorante.

Ningun escritor daria una idea mas viva del estado de las almas en aquel siglo, en el que el paganismo ya no causaba ilusion á nadie y el cristianismo aun no habia triunfado completamente. La reputacion y el aprecio de que toda su vida gozó semejante incrédulo y blasfemo, prueban, mejor que cuantas razones pudieran aducirse, lo mucho que se habia relajado el lazo religioso, y lo poco que los gobernantes se curaban de la ortodoxia pagana, y tambien del respeto debido á cosas por tanto tiempo consagradas. Véase en qué términos habla Timon el misántropo á Júpiter, al dios muy bueno y muy grande, al señor de los dio-

ses y los hombres, en uno de los diálogos de Luciano (1): « ¡ Oh Júpiter ! protector de la amistad y de la hospitalidad, tú, que presides las sociedades y los festines, que fulminas rayos y recibes nuestros juramentos, amontonador de nubes, agitador del fragoroso trueno; tú, en fin, á quien los poetas en su entusiasmo dan tantos otros nombres, especialmente cuando les embaraza el metro, pues entonces tomas á su antojo nombres de toda clase, sostienes el final del verso y llenas los vacios del ritmo: ¿ dó están ahora tus resonantes relámpagos, tu trueno con su terrible estruendo, y tu rayo encendido, centelleante, espantoso ? ¡ Oh ! tiempo ha que esas no son mas que necesidades engendradas por la cabeza de los poetas, de las que solo queda una sonoridad de palabras. Ese rayo tan celebrado, que de tan léjos heria, y del que siempre estaban armadas tus manos, no sé cómo se ha extinguido y enfriado hasta el punto de no conservar ya siquiera una centella de ira para castigar á los malvados. Sí, un hombre que meditase el perjurio, antes temeria el pábilo de una lámpara mal apagada el dia anterior, que la llama de ese rayo que doma el universo. Paréceles que lanzas un velustozon, cuyo fuego y humo no han de amedrentarles, y que el peor mal que puede hacerles es cubrirles de hollin. » Aristófanes, á quien con tanta frecuencia imita Luciano, y los demás antiguos autores cómicos, entregaron mas de una vez al popular escarnio ciertas leyendas, ridiculas en efecto, ó ciertos dioses á quienes apenas respetaba el pueblo; pero lo que Luciano toma aquí por objeto de sus sarcasmos, con el nombre de Júpiter, es la idea misma de la

(1) Luciano, *Timon*, cap. I.

Divinidad, es la noción misma de la Providencia. Durante aquel siglo extraño, al lado de los cristianos, que llevaban en sí la suerte del mundo; al lado de los estoicos, que por sus sentimientos y doctrinas morales eran cristianos sin saberlo; la muchedumbre, que había perdido la fe en sus dioses antiguos, vivía en una absoluta indiferencia, ó se abismaba en estúpidas y degradantes supersticiones. Había adivinos, hechiceros, taumaturgos; charlatanes hubo que se proclamaron dioses: Apolonio de Tiana tenía creyentes y adoradores después de su muerte, y también los tuvo durante su vida.

Luciano moralista y escritor.

Cuando Luciano se ciñe á criticar las extravagancias y ridiculeces de sus contemporáneos, admira tanto por su buen sentido como por su imaginación y agudeza. Con qué implacable franqueza descubre las artimañas de los sofistas y patentiza la pobreza filosófica ó literaria de los hombres que se engalanaban ante el pueblo con los hermosos nombres de orador y de filósofo! No es Sócrates con su deleitosa urbanidad; es una razón imperturbable, una inagotable erudición; son chanzas de buena ley, y con tanta viveza dichas como con justicia aplicadas; es un arte donde se nota á un tiempo algo del ingenio de Platon y algo de la petulancia de los antiguos autores cómicos.

No es Luciano muy original por el fondo de las ideas; pero sobresale en expresarlas, en ponerlas de relieve y facilitar la percepción de sus más ténues graduaciones. Emplea comunmente la forma del diálogo, y á nadie cede, ni á Platon siquiera, en la imitación de los giros de la conver-

sación familiar, en la gracia y sal de la dicción; pero sus diálogos son en general muy cortos, y del todo fantásticos; queremos decir que Luciano pone en escena á personajes de pura invención los más, quienes se hablan en virtud del capricho artístico y de la voluntad soberana del autor: por ejemplo, Timon y Mercurio; la Virtud, el Silogismo, y los filósofos; el zapatero Micilo y su gallo; muertos de todos tiempos y países. Propiamente hablando, no son composiciones dramáticas, sino sencillas pláticas filosóficas, más ó menos serias, bosquejos de moral, de arte ó literatura. Entre esos diálogos los hay que no tienen grande importancia, y cuyo precio solo consiste en la exquisita perfección de un estilo digno de la época de los grandes prosadores áticos; pero algunos son obras perfectas en su género, y dignas de figurar en primer lugar, después de las incomparables obras del gran Platon. Nadie hay que no conozca los *Diálogos de los Muertos*, el *Sueño*, *Toxaris*, la *Nave*, y otras tantas producciones admirables en muchos conceptos.

Los opúsculos donde Luciano habla en su propio nombre no son tan célebres como sus diálogos; en ellos, empero, el autor no es inferior á sí mismo: la *Muerte de Peregrino*, por ejemplo, y la *Vida del Falso Profeta Alejandro*, son narraciones muy amenas; y el *Tratado sobre el Modo de escribir la Historia* es un libro muy instructivo, al par que una obra maestra de chiste elegante y de buen gusto.

Novelas de Luciano.

Hay dos escritos de Luciano que merecen particular atención. Son dos novelas, intitulada la una *Historia verdadera*, y la otra *Lucio ó el Asno*. Estas dos novelas son también

sálicas. Lo que Cervantes hizo para ridiculizar las extravagantes historias de los autores en boga en la España de Felipe III, habíalo hecho Luciano para desaficionar á sus contemporáneos de obras aun mucho mas extravagantes que los libros de caballería. Sea dicho sin ninguna comparacion de sus dos opúsculos con la grande epopeya de los hechos y aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha. Observamos solamente la similitud de la intencion, y el empleo del mismo medio en un fin del todo semejante.

En tiempo de Luciano las novelas en boga pertenecian todas mas ó menos á dos distintas categorías: los viajes imaginarios y las metamorfosis. Creíase que la *Odisea* habia suministrado el tipo primitivo de esta clase de obras. La Circe de Homero convertia á los hombres en animales. En las metamorfosis, el plan general de la ficcion era la historia de las trasformaciones de un hombre en otro hombre, de un hombre en animal, ó de un animal en hombre. El héroe de Homero fué á unos países que despues nadie visitó nunca, y los cuales nunca existieron sino en su rica y fecunda imaginacion. Otros quisieron á su vez ilustrarse con descubrimientos que podian hacer sin salir de casa, y refirieron lo que habian imaginado de otra Scheria, de otro país de los cimerianos, ó bien de alguna region aun mas fantástica. «Iámbulo, dice Luciano en el preámbulo de la *Historia verdadera*, compuso sobre las producciones del Océano una multitud de cuentos increíbles, y aunque nadie se deje engañar por sus invenciones fabulosas, supo hacerlas algo interesantes, merced al modo con que trató el asunto. Otros muchos, con el mismo designio, ingirieron en la relacion de sus supuestos viajes, de sus lejanas excursiones,

la descripcion de animales monstruosos, de salvajes y de costumbres extrañas.»

No sabemos el título de la obra de Iámbulo, ni los nombres de los numerosos autores que fueron antecesores ó émulos de aquel inventor de cuentos, cuya época tambien se ignora; pero sabemos que de las novelas cuya análisis hizo Focio, la mas antigua era un viaje imaginario, en cuyo fondo se hallaba como embutida una historia de amor. Llevaba por título: *Cosas increíbles que se ven allende Tule*. Según Focio, el autor de la novela vivia en el siglo posterior á la muerte de Alejandro; pero obsérvese que el nombre del escritor, Antonio Diógenes, indica manifestamente un griego romanizado, y por consiguiente, un hombre que de seguro vivió en los últimos tiempos de la república ó en los primeros años del imperio. Como quiera que sea, apenas cabe duda en que los escritos de que habla Luciano perteneciesen los mas á tiempos ya remotos. Las metamorfosis á lo menos databan de algunos siglos. Apuleyo, que escribió la metamorfosis por excelencia, da el nombre de *Milesiana* á su *Asno de oro*; y por lo tanto, las fábulas de Mileto, cuya licencia nota Ovidio, eran metamorfosis. No pretendemos que Aristides de Mileto solo contase historias de trasformaciones; pero de seguro refirió algunas, y como él, su imitador latino Sisena, cuyos libros escandalizaron el pudor del general de los partos, en la época del desastre de Craso. Seria enteramente inútil proponerse decir la mayor ó menor parte de maravilloso que encerraban los cuentos de Sisena ó Aristides. Bástanos lo que da á entender la expresion de Apuleyo.

Algunos han llegado á afirmar que el cuento intitulado

Lucio ó el Asno era una de las fábulas de Mileto redactadas por Aristides ó por algun émulo suyo; pero nada dista mas, como lo observa un crítico, de la muelle languidez de las obras jónicas, que el estilo sóbrio, preciso y algo árido del autor de *Lucio*. Además, adviértense mil indicios de una literatura envejecida que abusa de la imaginacion, y de una civilizacion refinada y corrompida que se burla de las cosas mas santas. La fecha del libro está escrita, digámoslo así, en cada página, casi en cada línea; y verdaderamente es menester cerrar los ojos para no ver donde quiera el ingenio y la mano del gran burlon de Samósata.

Lucio ó el Asno.

Por lo demás, véase lo que se lee en la *Biblioteca* de Focio: «He leído las *Metamórfosis* de Lucio de Patras en varios libros. La dición es clara y elegante, el estilo lleno de suavidad. El autor evita con cuidado las coordinaciones insólitas de palabras; pero en el fondo de las cosas, rebusca excesivamente lo maravilloso: es en cierto modo otro Luciano. Los dos primeros libros reproducen casi literalmente la obra de Luciano intitulada *Lucio ó el Asno*, á menos que Luciano copiasse á Lucio. Yo hasta me inclinaria á creer que Luciano es el imitador, pues no he podido descubrir cuál de los dos es anterior al otro. En ese caso sacaria su obra, como de un mineral en bruto, de la de Lucio, abreviando, suprimiendo cuanto no cumpliese á su objeto, y conservando las palabras y los giros; de suerte que el libro intitulado *Lucio ó el Asno* no seria mas que un agregado de todos estos plagios. Por lo demás, en ambos se encuentran iguales invenciones maravillosas, iguales indecencias, con la única

diferencia de que en esta obra, como en todas las que compuso, Luciano solo se propone reirse y mofarse de las supersticiones de Grecia. Lucio, por el contrario, habla seriamente: cree en las trasformaciones de hombre en animal y recíprocamente, y en todo el baratillo de fábulas añejas que ha contado y zurcido en su libro.»

Es evidente que Luciano escribió su novela despues de Lucio, y para burlarse de Lucio y sus parientes. Supongan VV. á Luciano anterior á Lucio, y no comprenderán cómo pudo hacer de Lucio el héroe de su novela, vestirle con la piel de asno, y ponerle en situaciones análogas á las en que el mismo Lucio habia de poner mas adelante á sus propios héroes. La parodia debió de ser posterior á las historias seriamente absurdas que menciona Focio. Luciano supo combinar con admirable habilidad los dos elementos que componen el libro. La sátira nunca desluzce la narracion, ni la narracion oscurece nunca la sátira. Su novela es una salpimentada exposicion de los deleites y miserias de la vida, tal como era en aquella época; y salvo algunos rasgos licenciosos que hubiera podido suprimir sin ningun perjuicio, ni aun para su reputacion de hombre agudo, es un cuento muy bien compuesto, viva y chistosamente referido, en el cual la verdad se hermana sin trabajo con lo fantástico y lo inverosímil. El asno que ha sido y vuelve á ser hombre nos interesa tanto por sus aventuras como pudiera hacerlo el héroe mas distinguido; y eso dimana de que bajo aquella forma grosera, bajo aquel rudo y desaliñado pelo, se entrevé todavía á un hombre; de que en aquellas entrañas de animal hay un corazon humano, ora helado por el temor, ora animado por la esperanza, el cual experimenta alternativamente, como el nuestro, los sentimientos mas diversos.

Historia verdadera.

En el preámbulo de la *Historia verdadera* explicó el mismo Luciano lo que se había propuesto al escribir esta obra. «Los atletas, dice, y los que se dedican á los ejercicios físicos, no piensan solamente en el buen estado del cuerpo y en la frecuente asistencia á los gimnasios; tambien procuran darse momentos de descanso y este mismo descanso es á sus ojos la parte mas esencial de sus ejercicios. Lo mismo ha de suceder en mi sentir, á los que se dedican al estudio; despues de una larga aplicacion á obras sérias, necesitan dar alguna tregua á su entendimiento para disponerle á proseguir el trabajo con nuevo vigor. Nada mas idóneo para facilitarles esa distraccion que la lectura de obras que, sobre ofrecer al pensamiento un deleite con la gracia y amenidad de la dición, se recomienden por la concepcion y como obras de arte. Yo creo que este opúsculo gustará por esta razon; agrada- rá, no solo por la singularidad del asunto y la feliz eleccion de los pormenores, por la verdad de las ficciones, por el atractivo y verosimilitud de la narracion; sino tambien porque en esta produccion cada pensamiento contiene una festiva alusion á alguno de los poetas, historiadores y filósofos antiguos que alestaron sus escritos de un sin número de prodigios y sucesos fabulosos. Yo hubiera podido citar sus nombres, si tú, lector, no hubieses de adivinarlos fácilmente.» Con todo, Luciano cita algunos nombres: Ctésias el historiador, y el lámbulo de quien hemos hablado. Téngase tambien presente la frase que mas arriba hemos transcrito acerca de los demás autores de viajes imaginarios. Hubiera podido nombrar, y en primera linea, á An-

tonio Diógenes. El Sr. Zevort, que últimamente tradujo las *Novelas griegas* (1856), lo observa con razon. «Al leer la *Historia verdadera*, dice, pudiera creerse que Luciano sacó de su rica imaginacion todas las consejas que refiere, los hombres-plantas, las sirenas con pata de asno, la isla-queso, el viaje á la luna, la permanencia en el cuerpo de la ballena, y la batalla de las islas, á fin de evidenciar mejor el absurdo de estas miserables invenciones; pero cuando en Diógenes se hallan algunas de las concepciones mas increíbles de Luciano, y un gran número de otras no menos extravagantes, como la excursion á la luna, el viaje á los infiernos, con la descripcion histórica de los lugares, los hombres que solo ven de noche, los encantamientos que hacen morir cada dia y resucitar á puesta del sol; es forzoso convenir en que la cosecha de sueños fantásticos era asaz abundante para que solo faltase desechar y elegir.» Por su parte, Luciano eligió con exquisito tacto. Su burlesca odisea es una lectura altamente amena y sabrosa, y casi no tiene mas defecto que el de ser incompleta, pues termina al fin del libro segundo, allí donde el autor anuncia otros varios que habian de comprender la narracion de sus aventuras despues de su naufragio en el continente de los antípodas.

Lo que constituye la principal gloria de Luciano novelista es haber sugerido á Rabelais y á Swift algunas de sus ideas, y no las menos originales que se admiran en *Gargantua* y en los *Viajes de Gulliver*.

Poesías de Luciano.

Sin ser gran poeta, Luciano componia buenos versos. Entre sus epigramas, esparcidos en la *Antología*, hay uno

donde él mismo habla de la coleccion de sus obras: «Luciano es quien ha escrito esto, instruido en los sucesos antiguos y censor de necedades. Que hasta es necedad lo que parece sensato á los hombres. Estos no tienen ninguna idea fija y cierta: lo que tú admiras, hace reir á otros.» Vemos que Luciano no trataba de ocultar su escepticismo, del cual se gloria como de su mejor título al aprecio de los amigos de la verdad, ó si se quiere, de los enemigos de la mentira y de la universal hipocresía. No hemos citado aquel epigrama como la mejor produccion poética de Luciano. Algunas valen infinitamente mas, así por el fondo como por el giro y la expresion. En general, son bastante mordaces y maliciosas, y merecian muy bien el nombre de epigramas, hasta en el sentido que siempre le damos en francés. Citarémos uno de alguna extension, cuya sal es asaz picante para no perder todo su sabor en la traslacion de un idioma á otro. «Un médico me envió su hijo, para que aprendiese en mi casa las bellas letras. Así que el niño supo *Canto la cólera* (1) é hizo *innumerables males* (2), y el verso que sigue á esos dos: *precipitó á los infiernos muchas almas valerosas*; el padre no quiso que recibiese mas lecciones mías. Y cuando me vió: Amigo mio, dijo, te doy las gracias; pero mi hijo puede aprender todo eso en mi casa, pues yo precipito á los infiernos muchas almas, y para esa tarea no necesito á un profesor de bellas letras.»

Al hablar del poeta Rinton, hemos mencionado las dos parodias trágicas á Luciano atribuidas. La primera, donde el poeta pone en escena á un gotoso con la misma Gota y

(1) Homero, *Ilíada*, v. 1 del canto 1.

(2) *Id.*, *id.*, v. 2.

sus secuaces, y donde la diosa da incontestables pruebas de su soberano y terrible poder, es obra de un talento muy distinguido, y puede figurar entre las producciones mas ingeniosas de Luciano. Es imposible concebir una aplicacion mas acertada del majestuoso estilo de la tragedia y de los esplendores liricos del coro á la expresion de infortunios risibles, de ideas y sentimientos grotescos. Dudamos que el mismo Rinton hubiese escrito nunca en su tiempo cosa alguna que superase al *Gotoso Trágico*. Nada decimos del *Pié Ligero*, que es la mas débil de las dos hilarotragedias, y cuya autenticidad se disputa con razon. Véase la imprecacion con que principia el personaje á quien la Gota ha esclavizado para siempre: «¡Oh nombre detestable, oh nombre detestado de los dioses! Gota que haces gemir sin cesar, hija del Cocito, tú á quien en los tenebrosos antros del Tártaro concibió en sus entrañas la furia Megera; tú que mameste, funesta criatura, la leche de Aleto; ¿quién te hizo subir á la luz, divinidad maldita? Tú viniste para ser el azote de los hombres. Si; si hay despues de la vida un suplicio para castigar á los mortales por los crímenes que en la tierra han cometido, no es la sed lo que hubiera debido castigar á Tántalo, ni la rueda giratoria á Ixion, ni el penásco á Sisifo, en los dominios de Pluton: bastaba sencillamente que á todos los malvados se les hubiese sujetado á tus dolores, que atormentan los miembros. ¡Cuán penetrado está mi triste y pobre cuerpo, de la punta de los dedos á la planta de los piés, de un jugo viciado, de una bilis amarga! ¡Cómo exhala trabajosamente del oprimido pecho este débil aliento, y cómo lo consumen interiormente continuos sufrimientos! El mal inflamado se lanza del fondo de mis entra-

ñas, devorando mis carnes con sus ardientes torbellinos. No parece sino que es el cráter del Etna que arroja llamas.» Ese tono tragi-cómico es el de todo el drama; y cuando el Gotoso habla con el baston de que ni siquiera puede servir-se, especialmente cuando se ve reducido á confesar delante de la Gota la inutilidad de los remedios, y á implorar la piedad de aquella á quien antes ha maldecido, sus acentos son aun mas patéticos, esto es, mas chistosos.

CAPÍTULO XLVI.

Otros escritores del siglo de los Antoninos.

HERODES ATICO.—ELIO ARISTIDES.—HERMÓGENES.—IAMBICO EL NOVELISTA.—
MÁXIMO DE TIRO.—SEXTO EMPÍRICO. APIANO, ETC.

Herodes Atico.

Hubo en aquel siglo un gran número de sofistas que alcanzaron fama de oradores excelentes ó de escritores aventajados. Tal fué, por ejemplo, Tiberio Claudio Atico Herodes, conocido con los nombres de Herodes Atico. Nació en Maraton (Atica), en los primeros años del siglo II. Su padre le dejó una gran fortuna, de la que él hizo noble uso. Antonino Pio le nombró preceptor de sus dos hijos adoptivos Lucio Vero y Marco Aurelio. En 143 fué promovido á la dignidad de cónsul, y encargado del gobierno de una parte de Asia y Grecia. Embelleció Atenas con magníficos monumentos, algunos de los cuales aun subsisten en nuestros dias. Herodes Atico era improvisador antes que escritor, y adquirió gran reputacion con sus declamaciones. Es de creer que, como ateniense, se preciaba de una intachable pureza de

diccion; á lo menos lo poco que escribió, sus *Disertaciones* y sus *Efemérides*, se distinguía por esta calidad, si no por la originalidad de las ideas. Estas dos obras han perecido. La declamacion *sobre el Gobierno*, que lleva su nombre, se halla muy falta de buen sentido y está escrita con muy poco gusto, para que podamos atribuirla á un hombre que estuvo dotado de talento político, que era práctico en los negocios, y pasaba por un continuador de las buenas tradiciones oratorias.

Elio Aristides.

Poseemos numerosos discursos de Elio Aristides, discípulo de Herodes Atico, y estas obras son de alto interés para la historia de la decadencia del paganismo. Aristides era un pagano ardiente, y hasta una especie de iluminado. Bitinio de nacion, despues de largos viajes fijó su residencia en Esmirna, donde desempeñó hasta su muerte el cargo de sacerdote de Esculapio. Arruinada Esmirna en 178 por un terremoto, determinó á Marco Aurelio á reedificarla. Aristides no fué mucho menos célebre que su maestro: los contemporáneos no vacilaban en tenerle por uno de los primeros oradores. No necesitamos decir que en nada se parece á Demóstenes. Es un declamador hábil y un escritor limado; imita con bastante acierto los modelos antiguos, y trata los lugares comunes de moral con verdadera superioridad. Sin embargo, aquel estilo claro y elegante, aquellas ideas tomadas de todos, aquel arte y aquel espíritu solo constituyen, en suma, obras de un género falso, insulso y fastidioso, menos, como ya lo hemos dicho, para los que estudian el estado moral de las almas durante aquel período extraordinario. En los escritos de Aristides se advierte el influjo de

ñas, devorando mis carnes con sus ardientes torbellinos. No parece sino que es el cráter del Etna que arroja llamas.» Ese tono tragi-cómico es el de todo el drama; y cuando el Gotoso habla con el baston de que ni siquiera puede servir-se, especialmente cuando se ve reducido á confesar delante de la Gota la inutilidad de los remedios, y á implorar la piedad de aquella á quien antes ha maldecido, sus acentos son aun mas patéticos, esto es, mas chistosos.

CAPÍTULO XLVI.

Otros escritores del siglo de los Antoninos.

HERODES ATICO.—ELIO ARISTIDES.—HERMÓGENES.—IAMBICO EL NOVELISTA.—
MÁXIMO DE TIRO.—SEXTO EMPÍRICO. APIANO, ETC.

Herodes Atico.

Hubo en aquel siglo un gran número de sofistas que alcanzaron fama de oradores excelentes ó de escritores aventajados. Tal fué, por ejemplo, Tiberio Claudio Atico Herodes, conocido con los nombres de Herodes Atico. Nació en Maraton (Atica), en los primeros años del siglo II. Su padre le dejó una gran fortuna, de la que él hizo noble uso. Antonino Pio le nombró preceptor de sus dos hijos adoptivos Lucio Vero y Marco Aurelio. En 143 fué promovido á la dignidad de cónsul, y encargado del gobierno de una parte de Asia y Grecia. Embelleció Atenas con magníficos monumentos, algunos de los cuales aun subsisten en nuestros dias. Herodes Atico era improvisador antes que escritor, y adquirió gran reputacion con sus declamaciones. Es de creer que, como ateniense, se preciaba de una intachable pureza de

diccion; á lo menos lo poco que escribió, sus *Disertaciones* y sus *Efemérides*, se distinguía por esta calidad, si no por la originalidad de las ideas. Estas dos obras han perecido. La declamacion *sobre el Gobierno*, que lleva su nombre, se halla muy falta de buen sentido y está escrita con muy poco gusto, para que podamos atribuirla á un hombre que estuvo dotado de talento político, que era práctico en los negocios, y pasaba por un continuador de las buenas tradiciones oratorias.

Elio Aristides.

Poseemos numerosos discursos de Elio Aristides, discípulo de Herodes Atico, y estas obras son de alto interés para la historia de la decadencia del paganismo. Aristides era un pagano ardiente, y hasta una especie de iluminado. Bitinio de nacion, despues de largos viajes fijó su residencia en Esmirna, donde desempeñó hasta su muerte el cargo de sacerdote de Esculapio. Arruinada Esmirna en 178 por un terremoto, determinó á Marco Aurelio á reedificarla. Aristides no fué mucho menos célebre que su maestro: los contemporáneos no vacilaban en tenerle por uno de los primeros oradores. No necesitamos decir que en nada se parece á Demóstenes. Es un declamador hábil y un escritor limado; imita con bastante acierto los modelos antiguos, y trata los lugares comunes de moral con verdadera superioridad. Sin embargo, aquel estilo claro y elegante, aquellas ideas tomadas de todos, aquel arte y aquel espíritu solo constituyen, en suma, obras de un género falso, insulso y fastidioso, menos, como ya lo hemos dicho, para los que estudian el estado moral de las almas durante aquel período extraordinario. En los escritos de Aristides se advierte el influjo de

las predicaciones cristianas. Dirige á los esmirnos un discurso contra el uso de las representaciones cómicas, que parece inspirado por los sermones de los primeros Padres de la Iglesia sobre este inagotable asunto. Por lo demás, Aristides atiende, en general, mucho mas á la eleccion y colocacion de las palabras, que á los mismos hechos; y con tal que regale el oido, cûrase muy poco de hablar al corazon ó á la mente. No es esta la elocuencia que Sócrates define en el *Górgias*, y por consiguiente no nos sorprende que Aristides escribiese dos discursos consagrados á la defensa de la retórica contra los ataques de Platon.

Hermógenes.

El sofista Hermógenes, natural de Tarso (Cilicia), pasó en su tiempo por un prodigio. En el dia es desconocido, y lo merece. Su *Retórica*, que poseemos casi íntegra, es obra de un ingenio muy fino, muy sutil, de un anatomista consumado en punto á palabras y figuras; pero sus estudiadas categorías y sus reglas geométricamente deducidas no enseñan cosa alguna esencial; y la imitacion de Demóstenes, que él de continuo encomienda, no es la contemplacion de lo bello que levanta nuestra alma y la estimula á producir á su vez nobles pensamientos: es cierta cosa casi mecánica; es la elocuencia arrebatada de su centro, esto es, anulada. Extrañeza causa, dice un crítico, semejante indiferencia por lo que constituye el alma de la verdadera elocuencia, y es humillante la idea de que la *Retórica* de Hermógenes eclipsara por tanto tiempo en las escuelas á Platon, Aristóteles y Ciceron. Cumple observar que la extraordinaria precocidad del talento de este sofista sin duda contribuyó mucho

al entusiasmo de que fueron objeto su persona y sus escritos. A los quince años, Hermógenes profesaba la retórica con lucimiento, y hasta Marco Aurelio tuvo entonces la curiosidad de oírle. Diez y ocho años no mas tenia cuando compuso el tratado que tanto admiraron sus contemporáneos; y á los veinte y cinco, cesó de ser hombre: perdió la memoria y la palabra, y vegetó en un estado casi completo de idiotismo hasta una edad muy avanzada.

Iamblico el novelista.

La novela nominada *Babilónicos* seria para nosotros un libro mas curioso que la *Retórica* de Hermógenes; pero esta novela solo nos es conocida por el análisis de Focio. El autor se llamaba Iamblico; mas no hay que confundirle con Iamblico el filósofo, muy posterior á él. Nació en Siria, y fué educado por un sábio babilonio. Teníase á sí mismo por un adepto de las ciencias ocultas, y por un digno discípulo de los magos. No solo estudió la lengua y la literatura caldeas, no solo entendia en magia, sino que dió señaladas pruebas de su talento profético: predijo la expedicion de Vero contra los partos, y el éxito de la misma. A lo menos así queria él que lo creyesen, y así lo escribió con todas sus letras en el mencionado libro. Lo mas interesante de su obra no seria tal vez la descripcion de la dicha conyugal de Rodanes y Sinonis, ni la de la pasion de Garmos, rey de Babilonia, que quiere robar á Sinonis á su esposo, ni la de las atroces venganzas del tirano, de la fuga de ambas víctimas, y de la interminable persecucion cuyos lances y peripecias llenaban su novela. Indudablemente contendria esta preciosas revelaciones acerca de la extraña sociedad en

que vivió Iamblico, y de los países que recorrió este mago griego y bárbaro al par, este retórico nutrido de literatura babilónica, que asistió á las grandes revoluciones del Asia superior. Focio nos dice además que Iamblico era un escritor de talento. Algunos de los episodios citados por el patriarca parece que indican tambien cierta gracia de imaginacion, y un no sé qué risueño y amable. No ha tres siglos que los *Babilónicos* aun subsistian manuscritos en la biblioteca del Escorial y en otra de Florencia; pero este libro ha desaparecido sin saberse cómo, y casi se ha perdido ya la esperanza de encontrarlo, á no ser por una dichosa casualidad.

Máximo de Tiro.

Máximo de Tiro es antes filósofo que sofista. Tuvo la buena idea de no escribir sino de asuntos serios, y de proponerse ser útil. La obra que poseemos con su nombre se compone de una serie de trataditos sobre cuestiones de filosofía moral, en los cuales se pone la doctrina platónica al alcance de todo el mundo. Máximo de Tiro nada tiene original: contráese á comentar los pensamientos de Platon; pero se expresa en buenos términos, y no carece de imaginación ni de gusto. Es uno de los autores de aquel tiempo que mas merecen ser leídos, y aunque nunca pasase plaza de fénix de la elocuencia, es mas elocuente en realidad que todos los declamadores que á la sazón pululaban, ó si se quiere, menos extraño que ellos á las cosas del sentimiento y del alma. Este apreciable varon vivia en Roma bajo el reinado de Cómodo, y es bien no confundirle con el estóico Máximo, que fué uno de los maestros de Marco Aurelio.

Sexto Empírico, Apiano, etc.

Sexto Empírico, que tambien escribia bajo el reinado de Cómodo, es de los escépticos antiguos el mas sábio de todos. Su erudicion es inmensa, imperturbable su lógica, claro y sutil su ingenio. De él tenemos dos obras escritas en muy buen estilo, sencillo y clarísimo, las *Hipotiposis pirrónicas* y el tratado *Contra los Dogmáticos*, vulgarmente citado como una obra contra los matemáticos. Sexto era médico, como lo indica su apellido.

Apiano de Alejandria, abogado y jurisconsulto en Roma, y despues mayordomo de los emperadores, fué contemporáneo de Trajano, Adriano y Antonino Pio. Escribió en veinte y cuatro libros una historia romana por pueblos y provincias, desde los tiempos mas remotos hasta Augusto, de cuya obra nos queda la mitad á corta diferencia. Apiano es de la escuela de Polibio; pero no posee el discernimiento y exactitud de ese grande historiador, y con mas razon su profundidad é ingenio. Es un narrador árido y frio, mas no fastidioso, sobre todo cuando refiere grandes sucesos, como la guerra de Ponto y la guerra civil. Su estilo tiene pocos defectos graves, y aun menos calidades notables.

Mucho pudiéramos alargar este capítulo, pues el siglo de los Antoninos fué sumamente fecundo en escritores de toda clase, y apenas hay periodo en la literatura griega que nos haya dejado mayor número de obras; pero entre aquellos hay muy pocos que merezcan figurar en nuestra galeria, y algunos, ilustres en otros conceptos, como Areteo y Galiano, no podrian ser apreciados por los profanos, ni sufririan siquiera lo que nos hemos permitido con el ve-

nerable anciano de Cos. Pasarémos por alto á esos varones justamente célebres, y al vulgo de los sofistas, gramáticos y escritorillos. Hablarémos empero de Pausanias, no por su talento, sino porque su libro es uno de los mas útiles, y, á pesar de su imperfeccion literaria, uno de los mas interesantes que nos han legado los antiguos. Es una descripcion completa de la Grecia europea. El autor, que habia recorrido los países que describe, redactó la relacion en su vejez, y completó la obra bebiendo en las mejores fuentes de noticias. Pausanias carece de orden en la disposicion de las partes; no tiene aquella imaginacion que pone de relieve los objetos, y que pinta para dar á comprender; en fin, su estilo suele ser descuidado, afectado, difuso, oscuro; pero estos defectos los compensa ámpliamente con el sinúmero de noticias que ha facilitado á los historiadores, á los mitólogos, á los aficionados á bellas artes y antigüedades. El hombre que compiló y redactó las descripciones de Atica, Corintia, Laconia, Elida, Acaya, Arcadia, Beocia y Fócida, vivia en Roma á últimos del siglo II. Nació en Capadocia ó en Lidia, y fué discípulo de Herodes Atico.

CAPÍTULO XLVII.

Opiano. Babrio.

LARGA ESTERILIDAD DE LA POESÍA.—OPIANO.—POEMAS DIDÁCTICOS DE OPIANO.
—BABRIO.—COLECCION DE LAS FÁBULAS DE BABRIO.—CALIDADES Y DEFECTOS
DE LAS FÁBULAS DE BABRIO.—ORIGINALIDAD DE BABRIO.

Larga esterilidad de la poesia.

Desde Meleagro hasta Opiano y Babrio, esto es, por espacio de mas de tres siglos, no hay un solo nombre de poeta griego que tenga la menor notoriedad literaria. Si Luciano no se hubiese entretenido en versificar algunas bagatelas agradables, el siglo de los Antoninos estaria tan falto de poesia como los doscientos años que le precedieron. Algunos fragmentos didácticos, ó mejor dicho, técnicos, restos de poemas hoy perdidos, y algunos epigramas mas ó menos ingeniosos, son cuanto nos queda de aquellos tres siglos, con los nombres oscuros de Heliodoro, Andrómaco, Marcelo y Estraton. Nicandro mismo es un sol comparado con los médicos que escribieron en verso la receta de la triaca, ó alguna que otra prescripcion del código de aquellos tiempos.

Sin embargo, Opiano y Babrio fueron dos poetas de talento que merecen alguna atencion, si no una admiracion muy viva.

Opiano.

Opiano era natural de Anazarba en Cilicia, y vivia en tiempo de Séptimo Severo. Su padre, rico ciudadano de

aquella poblacion, incurrió en el desagrado del emperador, y fué desposeido de sus bienes y desterrado. Acompañóle Opiano á la isla de Melita, esto es, de Malta, á donde se le habia relegado, y en aquel retiro compuso sus poemas didácticos. En seguida pasó á Roma para ofrecerlos á Antonino Caracalla, hijo de Severo. Los versos de Opiano agradaron tambien al emperador, quien hizo un magnífico regalo al poeta y le otorgó la gracia de su padre; mas apenas estaba Opiano de regreso en Anazarba, cuando murió de la peste, á la edad de unos treinta años. Sus conciudadanos le erigieron un sepulcro con una estatua, grabando en el mármol del monumento esta inscripcion algo enfática: « Soy Opiano; he alcanzado una gloria inmortal. La Parca envidiosa y el cruel Pluton han arrebatado en la flor de su edad al intérprete de las Musas. Si yo hubiese vivido mas tiempo, y si la suerte envidiosa me hubiese dejado en la tierra, ningun mortal habria adquirido mi fama.»

Poemas didácticos de Opiano.

Dejaba Opiano un gran número de obras, y especialmente poemas didácticos, uno sobre la caza, ó las *Cinegéticas*, otro sobre la pesca, ó las *Haliéuticas*, y otro sobre el modo de cazar los pájaros con liga, ó las *Ixéuticas*. Este último ya no existe; pero poseemos íntegras las *Haliéuticas*, y casi no falta mas que el canto quinto de las *Cinegéticas*, que tenían cinco como el poema sobre la pesca. Ambas obras tienen bastantes calidades y bastantes defectos para justificar los encomios y críticas que se les han prodigado. Un escoliasta llega en su entusiasmo á llamar á Opiano océano de gracias. Es el poeta griego mas florido,

como lo observa con razon un sábio del siglo XVII; pero cumple decir que esas flores no siempre son de muy buen gusto, y parece que Opiano mas se empeña en hacinarlas que en formar con ellas guirnaldas. Hay en sus versos aquella exuberancia de la juventud que al par deleita y cansa. La disposicion general de las partes de cada poema es asaz plausible; pero el poeta vuelve con harta frecuencia á las mismas ideas, y, con harta frecuencia tambien, reproduce en sus descripciones los rasgos que en otro lugar ha trazado. Ha abusado, por ejemplo, como jóven que era, de la pintura de los efectos del amor. No se abstiene de volver continuamente á ese inagotable asunto, aunque no siempre sea para extraer nuevas riquezas. Su abundancia es algo estéril, y por mas que diga Julio César Escaligero, el autor dista muchísimo de la incomparable perfeccion de las *Geórgicas*. Sin embargo, algunos de sus cuadros están diseñados con maestría, y sostienen muy bien la comparacion con las inmortales pinturas de Virgilio: sirva de ejemplo el combate de dos toros en el segundo canto de las *Cinegéticas*. El estilo de Opiano, sobre ser galano y numeroso, es animado, nervioso, enérgico: solo le falta un poco mas de sobriedad.

Los naturalistas estiman la exactitud científica de Opiano, á pesar de las fábulas que á veces mezcla con la verdad, por error, ó antes bien por ignorancia. Cuando se ciñe á describir lo que ha visto ó observado, puede creérsele por su palabra, y, como dice Buffon, su autoridad hace que una probabilidad pase á certeza. Buffon no se desdénó de beber algunas veces en esta fuente, y para convencernos de ello basta comparar algunas páginas del poe-

ta ciliciano con los pasajes análogos que contiene la *Historia natural*. Véase cómo habla Opiano del elefante, hácia el fin del canto segundo de las *Cinegéticas*: « De todos los animales terrestres, ninguno hay cuya altura iguale la del elefante. Al verle, se le tomaria por la vasta cima de una montaña, ó por una densa nube que encierra en su seno la tempestad temida de los mortales, y que avanza amenazando los campos. La enorme cabeza del cuadrúpedo está adornada con dos orejas huecas y bien proporcionadas; entre sus ojos sale una nariz larga, delgada y flexible: llámase trompa, es la mano del elefante: con ella ejecuta cuanto quiere. Sus patas no son de igual longitud: las delanteras son mas elevadas que las traseras. La piel que le cubre el cuerpo es ruda al tacto, desagradable á la vista, y tan dura, que el filo del hierro, al cual todo cede, no puede descantillarla. El elefante está dotado de extremada valentía. Feroz mientras vive en los bosques, familiarízase fácilmente con los humanos, y es su amigo fiel. En los prados, en el fondo de los valles, vésele desarraigar las bayas, los acebuches, las palmeras cuya copa se levanta majestuosa en el espacio, y derribarlos golpeándolos con las agudas armas que le salen de las quijadas; pero en las poderosas manos de los mortales olvidase pronto de su fiero valor, y sacude toda la ferocidad de su carácter: soporta el yugo, déjase enfrenar y montar por los niños, que le dirigen en sus trabajos. Dícese que los elefantes hablan entre sí, y que sale de su boca una voz articulada; pero esta voz animal no se da á entender á todos: solo pueden comprenderla sus conductores.»

No hemos citado ese pasaje como uno de los mas capaces

de dar una idea de los méritos y defectos poéticos de Opiano. En uno y otro poema los hay que cumplirian mas completamente á este objeto, como por ejemplo: en las *Haliéuticas*, la descripción del *equeneis* ó rémora, y la del torpedó; y en las *Cinegéticas*, la de la caza del león. En estas descripciones Opiano es tan exacto naturalista como brillante pintor; tambien abusa un poco de la prodigalidad de que hemos hablado, agotando casi todo el arsenal de imágenes y comparaciones poéticas, y derramando sus tesoros á manos llenas, como decia Corina de Píndaro. Nos concretamos á remitir á ellas al lector que quiera comprobar por sí mismo los asertos de los críticos. Con todo, transcribiremos un breve fragmento del primer canto de las *Haliéuticas*, en el que Opiano es mas poeta que en la descripción del elefante, y en el que no incurrió tanto como en otras en sus defectos de costumbre. « En el invierno, todos los peces están sobremanera temerosos de las tormentas, de las tempestades, que alborotan y hacen rugir las aguas: ni hay ningun ser viviente en el seno de las ondas que no tema al mar cuando está irritado. Unos permanecen entonces trémulos y sin fuerzas en la arena que han socavado con las aletas; otros se meten en masa en los agujeros de las rocas; otros huyen y van á buscar un asilo en las profundidades mas bajas y mas lejanas: la agitacion de las ondas y la furia de los vendabales no llega á las extremas profundidades, y ninguna tempestad alcanza á las últimas capas, á los últimos atrincheramientos de las aguas. Así se libran de los males y de los funestos efectos del terrible invierno. Pero cuando la primavera devuelve á la tierra sus floridas galas, y hace sonreír las ondas, que respiran libres de los negros rigores inverna-

les; cuando un aire mas suave riza blandamente la superficie de las aguas, entonces los peces se lanzan gozosos de todas partes y se avecindan á la tierra. Como una ciudad querida de los dioses, alegre de sobrevivir al destructor azote de la guerra, despues de sufrirlo por largo tiempo: libre al fin, y respirando de los males que ha padecido, da desde luego expansion á su júbilo, gózase en continuar los útiles trabajos de la paz, y ve que sus moradores se entregan sin recelo á los placeres de la mesa y del baile; así los peces, desembarazados de sus prolongadas penas y del temor á las tempestades, agítanse y saltan, ébrios de alegría y ventura, y cual ágiles danzantes.» Como acabamos de ver, Opiano apenas puede abstenerse de exceder de vez en cuando la justa medida. Es el Lucano de los griegos, esto es, un poeta de mucho talento é imaginacion, pero muy jóven para ser completamente dueño de sí mismo y moderar sus ímpetus. Por otra parte, no cabe comparacion entre los humildes asuntos tratados por Opiano y el vastísimo cuadro bosquejado por el sobrino de Séneca. En suma, Opiano es un poeta distinguido, y uno de los menos indignos entre los que, despues de los filósofos poetas, han querido seguir las huellas del cantor de *Obras y Dias*.

Babrio.

Conjetúrase que Babrio vivía al principio del siglo III de nuestra era, y supónese que el rey Alejandro, padre del jóven Branco á quien el poeta dedicó su coleccion, es el emperador Alejandro Severo, asesinado en el año 235, á los veinte y seis de edad. Tambien se supone que Babrio era romano y no griego, á causa de la forma latina de su nombre

(Valerius Babrius). A lo que parece, algunos latinismos que soltó en sus producciones apoyan esta última conjetura. Con todo, se ignora verdaderamente la época en que vivía Babrio. Juliano es el primer autor que ha citado su nombre. Quizás el rey Alejandro y su hijo Branco son extraños á la casa de los príncipes sirios; quizás escribió Babrio en el siglo II ó en el I de nuestra era; y ni siquiera está probado que ciertos críticos se equivocasen del todo al creerle contemporáneo de Augusto.

Coleccion de las fábulas de Babrio.

Pocos años há, Babrio era casi desconocido. Apenas se poseía el texto de una docena de fábulas suyas, mas ó menos felizmente corregido por sábios filólogos. Disputábase acerca de su nombre, y algunos querian que fuese Babrias, ó bien Gabrias. En el dia estamos mas adelantados. El Sr. Minoide Mynas halló en un convento del monte Athos un manuscrito que contiene ciento veinte y tres fábulas, lo cual pasa de la mitad de lo que contendría la coleccion total de Babrio, como es fácil averiguarlo á media vista. Las fábulas están colocadas por orden alfabético, segun la primera letra del primer verso de cada una, y las leemos todas sin interrupcion desde el alfa hasta el omicron inclusive, habiendo cuatro que comienzan con el omicron.

Las fábulas de Babrio se intitulan *Mitiambos*, esto es, fábulas yámbricas, y están escritas en verso escazon. Babrio no fué el primer fabulista que aplicó al apólogo la forma métrica inventada por Hiponax. Antes que él lo hizo Calímaco, como es de ver en los fragmentos de sus poesías perdidas; y otros, de fijo, lo hicieron antes que Calímaco;

pero es dudoso que ninguno de los fabulistas esópicos maneja el coliambo con mas habilidad y acierto que Babrio.

Calidades y defectos de las fábulas de Babrio.

Babrio es muy buen versificador, y á veces buen poeta. Que no todo es oro, hemos de confesarlo, en el hallazgo del Sr. Mynas. Hay fábulas cuyo estilo es oscuro y rebuscado, ó cuya conclusion moral dista de ser satisfactoria. Tal apólogo es pueril; otro no está sazonado con una sal muy ática; otro es un cuento licencioso, nada parecido á un apólogo. En fin, Babrio se repite con bastante frecuencia de una fábula á otra, y llega á tratar tres veces el mismo asunto, limitándose á cambiar los personajes: así es que nos pinta la rana que quiere hacerse tan corpulenta como el buey, el lagarto que quiere ser tan largo como la serpiente, y el milano que quiere imitar el relincho del caballo. Pero en la coleccion abunda mas lo bueno que lo malo, y no escasea lo excelente. Algunas fábulas son obritas maestras, y la mas larga de todas es tambien una de las mas hermosas: es la en que refiere Babrio las astucias del zorro para atraer á la corza á la cueva del leon enfermo (1). Las razones de maese zorro son admirables: ni el mismo La Fontaine le hubiera hecho hablar mucho mejor. Concibese que la corza se deje engañar, aun despues que ha sentido en su oreja la garra del leon, debiendo la primera vez su salvacion á una rápida fuga. Sigue por segunda vez al pico de oro, halla la muerte, y el leon tiene la comida que antes habia dejado escapar. Hé aquí los últimos rasgos del apólogo: «El proveedor estaba allí, desviviéndose por participar del ban-

(1) *El leon enfermo, fábula XCV.*

quete. Cae el corazon de la corza, y apodérase de él furtivamente: este es el pago de sus fatigas. Entretanto, habiendo contado el leon las vísceras, busca el corazon, al que da la preferencia entre todas, y registra los rincones de la cama y la cueva; pero el zorro dándole astutamente un buen chasco: «No lo tenia, dice; no busques en vano. ¿Qué corazon (1) podia tener la corza, habiendo entrado dos veces en la caverna del leon?» Esta fábula tiene mas de cien versos, y seria difícil notar una sola expresion afectada y de mal gusto. En tiempo de Aristófanes ó Menandro no se hubiera escrito con mas pureza, ni con mas ingenio y primor.

Hay en Babrio muy pocas fábulas cuyo asunto nos fuese desconocido antes de descubrirse el manuscrito. Algunos bizantinos, como Tzetzes, Ignacio Magister, Planude, que nos dejaron colecciones de fábulas esópicas arregladas ó desfiguradas por ellos en prosa ó verso, habian tomado muchas de la coleccion de Babrio: á veces solo alteraron el metro, suprimiendo los jonismos que adornaban la diction ática; ó bien, cuando no le traducian en prosa, redujeron á algunos versos bien ó mal compuestos la materia de cada apólogo. Algunas de las fábulas nuevas son muy medianas; pero hay una á lo menos que puede figurar entre las mejores del poeta. Es la segunda de la coleccion, el *Labrador que ha perdido su Azada*. «Un labrador, que estaba cavando en su viña, perdió la azada. Preguntaba si alguno de los campesinos que iban por allí se la habia robado. Todos decian que no. No sabiendo qué hacer, nuestro

(1) La palabra *καρδιά* significa al par el corazon y la inteligencia, el talento, el buen sentido.

hombre les condujo á todos á la ciudad , para hacerles jurar; pues se cree que en el campo no hay mas que dioses algo bonachones , y los que moran intramuros son dioses verdaderos que todo lo ven. Cuando hubieron pasado la puerta , y mientras se lavaban los piés en la fuente despues de dejar las alforjas , oyeron que el heraldo pregonaba que entregaria mil dracmas á quien diese noticias de unos objetos robados en el templo del Dios. «¡ Ta, ta ! dijo nuestro hombre al oírlo. ¡ Para qué , pues , he venido ! ¿ Podrá el dios conocer á los ladrones de los demás , cuando no sabe los que le han robado , y busca á precio de oro á quién le dé noticias ? »

Originalidad de Babrio.

Seria imposible la tarea de investigar hasta qué punto fué Babrio fabulista original , toda vez que nada ó casi nada nos queda de las obras de los poetas , de seguro muy numerosos , que se ejercitaron en el apólogo desde el tiempo de Esopo hasta el siglo de Augusto. Es indudable que Babrio se limitó comunmente , como lo hizo el fabulista latino antes que él , á echar mano de la preciosa materia importada tiempo atrás de Oriente , aumentada y enriquecida por Esopo y otros muchos ; material cuyos restos forman aun en el dia un total de cuatrocientos ó quinientos asuntos de apólogos. Sin embargo, parece que de alguna que otra fábula fué Babrio, no solo redactor elegante é ingenioso, sino hasta inventor. Hé aquí una lindísima , la quincuagésima séptima de la coleccion (4) , la cual sin duda se la inspiró alguna malaventura que le sucedió viajando por las

(4) *El carro de Mercurio y los Arabes.*

comarcas infestadas de beduinos. «Habiendo Mercurio llenado un carro de mentiras y ardidés de todo género, y de todas las bellaquerías que hay , recorria el mundo pasando de pueblo en pueblo sucesivamente , y distribuyendo á cada hombre una pequeña porcion de su mercadería. Llega al país de los árabes. Allí , segun dicen , rómpele su carro por el camino , y se para. Los árabes roban la carga del mercader , como si fuese un rico tesoro. El carro queda vacío , y Mercurio no puede ya continuar su tráfico , no porque le falten hombres por visitar todavía. Desde entonces los árabes , y yo lo he experimentado , son trapaceros é impostores ; y de su boca no sale una sola palabra de verdad.»

Algunos reputan á Babrio superior á Fedro , esto es , á todos los poetas fabulistas conocidos , menos uno. Por nuestra parte , creemos que es mas justo considerarle igual á Fedro , ó bien algo inferior. Si Babrio le aventaja en general por la severidad de la versificación , por el vigor y concision del estilo , Fedro tiene mas solidez de ideas , y en su diction no se nota ninguno de los defectos en que tan á menudo incurre Babrio.

CAPÍTULO XLVIII.

Filósofos alejandrinos.

NACIMIENTO DEL ECLECTISMO.—AMONIO SACAS.—PLOTINO.—LONGINO.—POR-
PIRO.—IAMBLIGO EL FILÓSOFO.

Nacimiento del eclecticismo.

En otro lugar hemos observado que en tiempo de los Tolomeos no tenía Alejandría espíritu propio, y que los elementos diversos que fermentaban en aquella gran ciudad necesitaron algunos siglos para fundirse en un todo verdadero y producir algo original y nuevo. Bajo la dominación romana comenzaron á despuntar en Egipto los primeros albores de aquel genio al par griego y oriental, que mas adelante brilló tan magnífica y poderosamente. La enseñanza de Museo, en tiempo de los Lagidas, no era mas que el eco sonoro de la Academia, del Liceo, del Pórtico, de todas las escuelas griegas, desde las de Táles y Pitágoras hasta las de Epicuro y Pirro. Los sábios y literatos que componían aquella especie de confederación ó instituto solo estaban relacionados entre sí por el amor á las tradiciones helénicas, permaneciendo esencialmente griegos en una ciudad oriental, á pesar del continuo contacto de las ideas procedentes de Siria, Judea ó del Oriente superior, y á pesar del influjo que en ellos ejercería el espíritu aun no extinguido del antiguo Egipto de los Faraones; pero en el primer siglo de nuestra era algunos hombres que salieron de Alejandría procuraban ya unir y confundir las doctrinas de Oriente y las de Grecia. Filon, por ejemplo, y Josefo

mismo, participan á la vez de los dos mundos, y son griegos sin apartarse de las tradiciones bíblicas. Durante largos años fueron imperfectos los resultados de este eclecticismo, y el alejandrino Potamon, que florecía á últimos del siglo II de nuestra era, aun no habia comprendido en su sistema sino una parte de las doctrinas de la filosofía griega, y no de las mas altas ni de las mas aptas para abarcar en una vasta unidad todos los tesoros del pensamiento antiguo.

Amonio Sacas.

Un ganapan de Alejandría creó la grande escuela ecléctica, cuyos precursores, y no mas que precursores, fueron Potamon y algunos otros. Llamábase Amonio: el apellidado Sacas, ó portador de sacos, lo debia al oficio que habia ejercido mucho tiempo. Nació de padres cristianos; pero no parece que, cuando hombre, practicase el cristianismo, ni enseñase á sus discípulos mas que un sistema de filosofía. Orígenes y otros muchos cristianos célebres siguieron sus lecciones, que atraían un sin número de oyentes; pero sus discípulos verdaderos y sus herederos directos fueron filósofos. Amonio Sacas no escribió nada; pero ciertas autoridades nos dan á conocer, si no sus enseñanzas, á lo menos el espíritu de estas y sus tendencias. Este hombre inspirado de Dios, como se expresa Hierócles, acendró las opiniones de los antiguos filósofos, y concertó las doctrinas de Platon con las de Aristóteles, en su parte esencial y fundamental. Plotino y los demás filósofos de la escuela de Alejandría no hicieron mas que explanar y llevar á sus consecuencias los principios por el maestro sentados; y algunos de sus escritos son probablemente redacciones ó comentarios de las lecciones de Amonio.

Plotino.

De todos los filósofos alejandrinos el mas famoso fué Plotino, que nació en Licópolis, en el Egipto superior, por los años de 205 de nuestra era. Tenia veinte y ocho años cuando se trasladó á Alejandría. Oyó á Amonio, y exclamó: «Eso es lo que yo buscaba.» Durante algunos años fué su oyente mas asiduo. A los treinta y nueve de edad, siguió á Persia al ejército del emperador Gordiano, á fin de estudiar en los mismos lugares los misterios de la sabiduría oriental: libróse con gran trabajo del desastre de la expedición, y despues del advenimiento de Filipo fué á domiciliarse en Roma, donde enseñó mucho tiempo con gran lucimiento. Murió en Campania, hácia el año 270, tan apreciado por sus virtudes como admirado por la eficacia y fecundidad de su ingenio. Plotino dejó numerosos escritos, los cuales recogió su discípulo Porfiro, poniéndolos en orden y arreglándolos en seis partes, divididas cada una en nueve libros, como lo indica el nombre de *Enéadas* (nove-nas), que dió á las grandes divisiones de la coleccion.

Los tratados de Plotino no son obras maestras literarias. Atento enteramente al fondo, el filósofo se cuidó poco de la forma. Carece de orden en la composicion, y su pluma no corre con aquella seguridad y nobleza sin las cuales nadie es escritor mas que á medias. Nada mas desigual y confuso que las producciones de este ingenio extraordinario. Ora son abstracciones áridas y sutiles, ora cierta poesia entusiasta: aquí, un estilo oscuro, embrollado, erizado de fórmulas; allí, páginas brillantes, animadas, llenas de movimiento y vida. Es un torrente de agua turbia, que

lleva arenas de oro. Ni siquiera es Plotino un escritor muy correcto; y Porfiro que, segun dicen, retocó sus obras, parece que procuró conservar á la diction su carácter de áspera y ruda originalidad.

¿Hasta qué punto reprodujo Plotino la enseñanza de Amonio? ¿No fué sino fiel intérprete del pensamiento del maestro, ó hemos de ver en él al Platon de una doctrina de la que Amonio seria el Sócrates? Cuestiones son estas que algunos han sentado, y que el erudito autor de la *Historia crítica de la Escuela de Alejandría* declara insolubles. «Aunque los libros de Plotino, dice el Sr. Vacherot, solo hubiesen comentado la enseñanza de Amonio, este ingeniosísimo comentario no dejaria de ser el primer monumento, y el mas brillante y profundo del neoplatonismo. El pensamiento alejandrino nunca sobrepujó el punto en que le elevó Plotino en sus *Enéadas*, y pocas veces se sostuvo á esta altura con los filósofos que le sucedieron.

Las *Enéadas* forman una especie de enciclopedia filosófica que principia con la psicología, la moral, la física, y termina con la teología. Es el platonismo amplificado, que abarca en sus vastas proporciones todas las ideas pertenecientes á la doctrina universal del género humano, todo lo que Plotino tenia por verdadero en todas las sectas, en todos los sistemas, y en las religiones todas. Este eclecticismo es algo confuso, y á veces se extravía, engañado por falsos visos de analogías: además, la concordancia de las doctrinas es á menudo completamente ilusoria.

La causa principal de los errores de Plotino y de sus sucesores, es aquel misticismo en cuya virtud admitian una facultad instintiva superior á la razon, y capaz de elevarnos

con el entusiasmo y el éxtasis á la intuición directa de la unidad suprema. Ni Plotino mismo supo detenerse en esta peligrosa pendiente. Como no nos toca apuntar los extravíos á que le arrastraron sus místicos arranques, solo observaremos la sensible variación que el filósofo alejandrino introdujo en la doctrina de Platon sobre lo bello. Plotino nos condena á una contemplación estéril de la belleza en sí, y nos detiene, como con razón lo dice un crítico, en cierta quietud extática; lo cual ya no es la fecundación del alma, la provocación al esparcimiento de las ideas y obras bellas, el entusiasmo creador de que, según Platon, nos inflama lo bello mirado frente á frente.

Longino.

En la escuela de Alejandría no hubo mas que un filósofo fiel á las puras tradiciones platónicas: el autor del tratado de *lo Sublime*. Tal vez á su repugnancia por las tendencias místicas de sus contemporáneos debió Longino que se le relegase desdeñosamente entre los sofistas y los retóricos. Plotino le negaba el título de filósofo. Sin embargo, era un filósofo muy distinguido, al par que un escritor hábil. Redactó unos comentarios apreciados sobre el *Fedon* y el *Tímeo*, y compuso otras muchas obras, tan notables por la exactitud y elevación de las ideas, como por las brillantes calidades del estilo. Era un ingenio sano y vigoroso, y capaz de grandes cosas. Se sabe que fué ministro de la reina Zenobia, y que Aureliano mandó matarle después de la toma de Palmira. Era algunos años mas joven que Plotino, y habia seguido con él las lecciones de Amonio Sacas.

El tratado de *lo Sublime* es el único escrito de Longino

que poseemos, en fragmentos no mas. Es obra de un verdadero filósofo. Los sofistas y los retóricos nunca dejaron algo que valiese la menor página de esta excelente obra. No se le hubiera ocurrido á Longino reducir la elocuencia á fórmulas materiales, y la poesía á la versificación. Los sofistas mas hábiles en construir períodos no son Demóstenes á sus ojos, ni los mas doctos medidores de dactilos y espondeos, Hesíodos y Homeros. Este autor muestra que lo sublime no nace del choque y combinación de las palabras, y que su fuente está en lo mas profundo del alma, en las emociones vivas, en las ideas nobles y generosas. Nunca divorcia el arte de la naturaleza, la expresión del pensamiento, lo bello de lo verdadero. Rara vez se equivocó en sus juicios literarios, y su tacto es casi infalible cuando indica en los grandes maestros las eminentes cualidades que justifican su fama así como los defectos de que la naturaleza humana apenas puede preservarse, y cuyos indicios aparecen hasta en las obras maestras mas celebradas.

Longino posee en supremo grado el don de la admiración, sin el cual no hay crítico profundo. Ve lo bello dondequiera que esté, sin distinción de tiempos y países. Griego, elogia dignamente á Cicerón; gentil, toma de Moisés un ejemplo de lo sublime cuyos caracteres se propuso determinar. «Convida á sus lectores, dice el Sr. Egger, al estudio de los modelos antiguos, como á una escuela de virtud y elocuencia; y con su ejemplo, muéstrales el saludable efecto de un comercio diario con los maestros del arte. ¡Cuánta elocuencia en su modo de comentar los arranques sublimes de Homero y Demóstenes! ¡Cuánta elevación en aquella imagen donde representa á los escritores de ingenio

como un tribunal animador y severo al par, al cual debemos someter de pensamiento nuestras obras, para saber si serán dignas de la posteridad! Ved ahí lo que tanto alababa Fenelon en Longino, el talento de enardecer la imaginación formando el gusto: es el talento de Ciceron en sus admirables diálogos sobre la oratoria; es el gusto inspirado que emana tanto del corazón como de la mente, y que así nos hace amar como admirar al crítico. Quizás le falta una cosa, corrección suma y sencillez de estilo, precioso privilegio de los siglos clásicos.» El pasaje de Longino que hemos citado al hablar del discurso para *Ctesifon*, puede dar una idea del lenguaje vivo y apasionado del filósofo, y de las brillantes calidades, harto brillantes á veces, de su ingenio y su estilo.

Damos á la palabra *sublime* un significado muy diferente del de la palabra *bello*. Con razón han insistido los filósofos modernos en la diferencia de los juicios en cuya virtud fallamos que una cosa es bella, y otra sublime; y la penetrante análisis de Kant ha fijado científicamente el linde que los separa. El sentimiento de lo bello es un placer suave, sosegado, puro: el de lo sublime es una emoción de severa índole, en la que se mezclan el placer y la pena, la satisfacción y la inquietud, lo serio y lo triste. Véase lo que sobre el particular dice M. Julio Barni, entendido intérprete de la *Crítica del Juicio*: «Comparemos los juicios que emitimos sobre lo bello con los que emitimos sobre lo sublime. Los primeros suponen cierta armonía de nuestras facultades: la contemplación de una cosa bella satisface igualmente las facultades que pone en ejercicio, los sentidos y la inteligencia, ó como dice Kant, la imaginación y el entendimiento. Los segundos, por el contrario, suponen cierta discordancia

entre nuestras facultades: en la contemplación de lo sublime, la imaginación queda abatida, pero en pro de la razón. Consideremos en fin lo bello y lo sublime en las cosas mismas: lo bello reside siempre en formas fijas, determinadas, armoniosas; el mundo de lo bello es el de las formas y la armonía. Lo sublime, por el contrario, implica la ausencia de toda forma, ó formas gigantescas, inaccesibles á la imaginación: el mundo de lo sublime es el campo de lo infinito.» No podemos culpar á Longino por haber omitido esas distinciones metafísicas, y mezclado en su obra lo sublime propiamente llamado con lo bello, ó sencillamente con el que se denomina estilo sublime. Hemos querido traducir el título del tratado, *περί ὑψους*, por una expresión restringida; pero Longino no quiso con este título designar solamente lo sublime, sino cuanto se distingue por un carácter de grandeza y majestad: la alteza, según el significado propio de la palabra, esto es, la excelencia literaria: alteza en el pensamiento, alteza en la expresión del pensamiento, sublime y estilo sublime; todo lo noble, admirable, magnífico; todo lo que muestra lo verdadero en vivo esplendor; ¡cuanto hace decir, á primera vista: Ahí está el genio! Longino tuvo pues el derecho de admirar á un tiempo los versos con que el explorador tebano refiere el juramento de los siete jefes, que pertenecen al estilo sublime, y la sublime frase que expresa en una línea el poder absoluto del Criador: «Dijo Dios: Sea hecha la luz; y fué hecha la luz.»

Porfiro.

Porfiro, el discípulo mas célebre de Plotino, nació en Baitanea (Siria), en el año 233. Su nombre sirio era Malk, que

significa rey, siendo su equivalente el nombre griego de Porfiro, esto es, vestido de púrpura. Porfiro fué en Roma sucesor de Plotino, y enseñó con fruto la filosofía y la elocuencia hasta los primeros años del siglo IV. Murió en la misma ciudad, en el año 304. Dejó un gran número de tratados sobre toda clase de materias. Su ciencia abarcaba casi todo el dominio de la humana inteligencia. Nos quedan algunas de sus obras, siendo las mas conocidas la *Vida de Plotino* y el tratado de la *Abstinencia de la Carne*. Todas son notables por los encantos de un estilo elegante y claro. No parece que fuese Porfiro un filósofo muy original; pero expuso las doctrinas de Plotino en una forma mas atractiva y mas literaria. Según la expresion de su biógrafo, fué como la cadena de Mercurio echada entre los dioses y los mortales. Para dar á conocer á este varon elocuente, á este sábio universal, lo mejor es trascribir aquí una de las hermosas páginas que le ha consagrado el autor de la *Historia crítica de la Escuela de Alejandría*.

«En materias filosóficas, dice el Sr. Vacherot, mostraba Porfiro un ingenio excelente, y en cuestiones de literatura y erudicion un gusto exquisito y una crítica tan sólida como elevada. Si á eso agregamos una laboriosidad prodigiosa, un ardor infatigable para la polémica, un espíritu singular de organizacion y direccion, comprenderase cómo llegó á ser el grande atleta de su partido en la lucha de la filosofía y del cristianismo... Lo único que podría revelar el origen sirio de Porfiro, es la ciencia profunda de las tradiciones religiosas de toda aquella parte de Oriente, y particularmente de los libros hebreos. Por lo demás, esa sabiduría de Oriente no es de su agrado y estimacion: el filósofo la

contrapone siempre la ciencia griega, y casi no la cita sino para rebatirla. El sirio Porfiro se muestra en todas sus obras discípulo de las Musas griegas, y ningun hijo de Grecia rindió nunca un culto tan tierno á su noble patria. No se dedicó á la filosofía griega, como muchos orientales, únicamente por aficion al platonismo: amóla por sí misma, y abrazóla con fervor en todas sus partes. Platon es sin duda el que mas le gusta de todos los filósofos; pero cultiva con ardor la ciencia de Aristóteles, y comenta su lógica. Por último, salvo el entusiasmo místico que recibió del Oriente como todos los filósofos de esta escuela, en las obras filosóficas de Porfiro se revelan los caractéres del espíritu griego, el rigor, el método y sutileza del pensamiento, la claridad y elegancia de la forma.»

Iamblico el filósofo.

Iamblico, discípulo de Porfiro, igualó, si no superó, en reputacion á su maestro, y á Plotino mismo. Era natural de Siria, como su homónimo Iamblico el novelista, y como su maestro Porfiro. Enseñó en Alejandría, y no en Roma; y murió en el año 333. Fué místico en toda la extension de la palabra. Mezcló con la filosofía la magia y las prácticas teúrgicas, esto es, ciertos actos con que pretendia establecer una comunicacion directa entre Dios y el hombre, ó entre el hombre y los seres llamados demonios. Lo que resta de sus escritos no es idóneo para acreditar altamente sus talentos literarios; ó á lo menos parece que Iamblico se empeñó en distinguirse de Porfiro, no solo disintiendo de él sobre varios puntos de doctrina, sino afectando cierto desprecio por todo lo relativo al arte de la composicion y al

trabajo de la forma. Verdad es que no poseemos ninguna de sus grandes obras, pues el libro de los *Misterios Egipcios* es, según los críticos, una compilación de escuela, redactada por los discípulos de Iamblico, y no por Iamblico mismo. La *Vida de Pitágoras* es un escrito sin método, en que las ideas más inconexas trinan de verse casadas, y cuyo estilo no es mucho más satisfactorio que la coordinación; pero los fragmentos de otros escritos muestran una erudición más sólida, más buen sentido, y alguna vislumbre de aquel ingenio que los coetáneos admiraban en el varón á quien calificaban de maravilloso y divinísimo. Hasta en el extraño caos de los *Misterios Egipcios*, al lado de las más extravagantes quimeras se hallan algunas ideas profundas y luminosas que honran al maestro cuyas enseñanzas las sugirieron. Después de exponer lo que es lícito saber y adivinar de las doctrinas particulares de Iamblico, el autor de la *Historia crítica* observa que la actividad especulativa de la escuela de Alejandría cesa en este filósofo. «Consumada está, dice el Sr. Vacherot, la obra de creación; ahora siguen la polémica y el comentario.»

CAPÍTULO XLIX.

Historiadores y sofistas del siglo tercero.

DION CASIO.—HERODIANO.—ELIANO.—LOS DOS FILÓSTRATOS.—DIÓGENES LAERCIO.—ATENEO.—ALCIBRÓNTE.

Dion Casio.

En los nombres de Plotino, Longino, Porfiro é Iamblico está casi toda la literatura griega del siglo III: no porque

no poseamos obras importantes compuestas por otros autores del mismo período, sino porque estas obras, preciosas en ciertos conceptos, nada tienen, ó casi nada, que las enaltezca á nuestros ojos. Dion Casio es un historiador de tercero ó cuarto orden. Su *Historia romana*, que tenemos en parte, sirve para llenar algunos vacíos en los anales del pueblo romano; pero el estilo es desigual y declamatorio, y Dion no tiene un entendimiento perfectamente claro, ni una crítica bastante ilustrada.

Herodiano.

Herodiano, que nos dejó una *Historia de los Emperadores* desde la muerte de Marco Aurelio hasta el advenimiento del joven Gordiano, es un escritor fácil y ameno, pero más ganoso de hacerse leer que de instruir verdaderamente al lector; hasta ignora, á lo que parece, las dos ciencias que son como los ojos de la historia: la cronología y la geografía.

Eliano.

La compilación de Eliano, intitulada *Historias diversas*, es un fárrago de materiales tomados de otros libros, y amontonados sin gusto, sin juicio, sin crítica.

Los dos Filóstratos.

La *Vida de Apolonio de Tiana*, por Filóstrato el Viejo, está atestada de fábulas absurdas, de errores geográficos y anacronismos. Filóstrato es sofista y sectario, antes que historiador. Sus escritos son amenos, y si no hubiese pretendido componer más que un relato imaginario, podría figurar con mucha distinción entre los novelistas antiguos; pero que-

ria que se considerase seriamente su libro, y su pitagórico taumaturgo es una especie de Cristo pagano, á quien procura poner en lugar del triunfante Crucificado. En sus cuentos soporíferos, en sus relaciones de milagros, en sus predicciones extemporáneas, en su exposicion de todas las locuras místicas y teúrgicas, se trasparenta una intencion religiosa: es una polémica en regla contra el Evangelio, al par que uno como evangelio póstumo del moribundo gentilismo.

Otras obras de Filóstrato, y tambien la que se atribuye á su sobrino Filóstrato el Jóven, son ejercicios de retórica, relativos á una galería de cuadros, ó bien á las aventuras de algunos héroes antiguos. Los bosquejos biográficos intitulados *Vidas de los Sofistas* ofrecen cierto interés, pero no muy vivo, pues los nombres por Filóstrato celebrados han caido los mas en profundo y eterno olvido.

Diógenes Laercio.

El ciliciano Diógenes Laercio tuvo el talento de componer una obra indispensable á cuantos desean saber la vida y las doctrinas de los filósofos antiguos, compilando á tontas y á locas, y á menudo sin comprender nada, los libros de su biblioteca. Esa obra ridícula, informe, mal compuesta y peor escrita, en la que casi siempre es tonto ó inútil lo que el autor puso de su cosecha; esas *Vidas de los Filósofos* abundan en documentos de toda clase que solo se encuentran allí; y los restos de una multitud de libros hoy perdidos dan al de un sofista falto de gusto y buen sentido una importancia que no tienen producciones mas apreciables en muchos conceptos.

Ateneo.

La compilacion de Ateneo, intitulada la *Cena de los Sofistas*, es á lo menos obra de un hombre que se tomaba la molestia de coordinar sus ideas y expresarlas en un lenguaje humano. Los sofistas están conversando á la mesa, y todos hacen alarde de erudicion. Merced á sus razones, y si se quiere, á su pedantería, hay admirables trozos de la literatura antigua que hoy poseemos, y que sin Ateneo nos serian desconocidos. Ateneo dista de ser un dialogista perfecto y un escritor clásico; mas no carece de talento. Su libro prueba que leyó muchísimo, que comprendió bien lo que leyó, y que estudió á fondo la arqueología y la literatura. Ateneo era de Naucratis, en Egipto; estudió en las sábias escuelas en que se labró la ciencia de los Plotinos y Longinos, y tambien enseñó con lucimiento la retórica y la gramática.

Alcifronte

¿Hablaemos de Alcifronte, y de aquellas cartas que supone escritas por pescadores, parásitos, zurronas, etc.? Es imposible figurarse nada mas falso que ese fingido género epistolar. No son mas que declamaciones sofisticas, ó cuadros de costumbres imitados de los poetas antiguos, y no trazados segun lo que el autor habia visto. Alcifronte prodiga las galas de estilo; es florido, si no razonable; la elegancia de los términos, la brillantez de las metáforas y la belleza de los giros suplen el buen gusto: así es que en su tiempo pasaba por un fénix literario, por un escritor superior á Longino y Porfiro, quienes tenian el defecto de ser grandes y graves ingenios, y de escribir tan solo para las personas capaces de algun esfuerzo de atencion é inteligencia.

CAPÍTULO L.

Escuela de Atenas.

PAPEL DE ATÉNAS EN EL SIGLO CUARTO. — LIBANIO. — TEMISCIO. — JULIANO. —
 PROCLO. — TRATADOS FILOSÓFICOS DE PROCLO. — PROCLO POETA. — SUCESOES
 DE PROCLO.

Papel de Atenas en el siglo cuarto.

Las escuelas de Atenas jamás perdieron su antigua reputación, y en tiempo del imperio aun pasaba la ciudad de Minerva por morada predilecta de las Musas; pero á lo que parece, los maestros que en la patria de Sócrates y Sófocles perpetuaban el culto de la filosofía y de la literatura, se ciñeron á la enseñanza oral. Apenas han llegado hasta nosotros los nombres de algunos de ellos: eran hombres instruidos y muy capaces de trasmitir á los demás los principios de las ciencias y artes, si bien no se desvivían mucho para acrecentar un tanto por su parte la antigua herencia. Con todo, libertad tenían para hacerlo: formaban entre sí una república, en la cual no se ingresaba sino por elección, y en cuyos usos y franquicias no se ingerían los emperadores. Contentábanse con disfrutar de los tesoros en otro tiempo por el genio allegados, y vivían con el sosiego algo muelle que prestan el contentamiento de sí mismo, los triunfos obtenidos sin gran trabajo, el bienestar presente y la seguridad para lo sucesivo. Los adelantos del cristianismo, la supresión de las escuelas paganas en las ciudades donde dominaba el espíritu nuevo, las tendencias de la política imperial, próxima á adorar lo que había quemado, y á quemar

lo que había adorado, y en fin, el soplo eficaz de las doctrinas neoplatónicas, bastaban y en nuestro sentir sobaban para despertar aquel mundo de filósofos y literatos, para sacarles de sus lisonjeras ilusiones y volverles al sentimiento de la realidad. En el siglo VI, su vida fué un combate, y la lucha no cesó hasta que un emperador abolió la enseñanza de las ciencias y letras profanas, acallando los ecos que habían repetido los acentos armoniosos del divino Platon.

En Atenas fué donde el politeísmo hizo mas esfuerzos para remozarse, y donde por mas tiempo se detuvo en la pendiente de su decadencia; allí lucieron los últimos lampos del genio pagano; allí florecieron los varones que podemos llamar los últimos griegos; en Atenas aprendió Juliano los pormenores de las operaciones teúrgicas, y se penetró de aquel misticismo alejandrino que le convirtió en tan extraño y original personaje, envuelto en el manto imperial; en Atenas estudiaron y enseñaron los Libanios y los Temiscios, antes de ser hombres importantes en el imperio; en Atenas, finalmente, vivieron y enseñaron los últimos gentiles dignos del hermoso nombre de filósofos.

Libanio.

Libanio nació en 314 ó 315, en Antioquia de Oronte, y murió en la misma á últimos del siglo IV, después de distinguirse en varios puntos, y especialmente en la nueva capital que Constantino elevara á metrópoli del imperio. Libanio era pagano acérrimo pero no fanático, y honrábase con la amistad de algunos de los mas ilustres representantes de las doctrinas cristianas, de los Basilio, Crisóstomos y Gregorios Nazianzenos. A pesar de su amor y admiración

CAPÍTULO L.

Escuela de Atenas.

PAPEL DE ATÉNAS EN EL SIGLO CUARTO. — LIBANIO. — TEMISCIO. — JULIANO. —
 PROCLO. — TRATADOS FILOSÓFICOS DE PROCLO. — PROCLO POETA. — SUCESTORES
 DE PROCLO.

Papel de Atenas en el siglo cuarto.

Las escuelas de Atenas jamás perdieron su antigua reputación, y en tiempo del imperio aun pasaba la ciudad de Minerva por morada predilecta de las Musas; pero á lo que parece, los maestros que en la patria de Sócrates y Sófocles perpetuaban el culto de la filosofía y de la literatura, se ciñeron á la enseñanza oral. Apenas han llegado hasta nosotros los nombres de algunos de ellos: eran hombres instruidos y muy capaces de trasmitir á los demás los principios de las ciencias y artes, si bien no se desvivían mucho para acrecentar un tanto por su parte la antigua herencia. Con todo, libertad tenían para hacerlo: formaban entre sí una república, en la cual no se ingresaba sino por elección, y en cuyos usos y franquicias no se ingerían los emperadores. Contentábanse con disfrutar de los tesoros en otro tiempo por el genio allegados, y vivían con el sosiego algo muelle que prestan el contentamiento de sí mismo, los triunfos obtenidos sin gran trabajo, el bienestar presente y la seguridad para lo sucesivo. Los adelantos del cristianismo, la supresión de las escuelas paganas en las ciudades donde dominaba el espíritu nuevo, las tendencias de la política imperial, próxima á adorar lo que había quemado, y á quemar

lo que había adorado, y en fin, el soplo eficaz de las doctrinas neoplatónicas, bastaban y en nuestro sentir sobaban para despertar aquel mundo de filósofos y literatos, para sacarles de sus lisonjeras ilusiones y volverles al sentimiento de la realidad. En el siglo VI, su vida fué un combate, y la lucha no cesó hasta que un emperador abolió la enseñanza de las ciencias y letras profanas, acallando los ecos que habían repetido los acentos armoniosos del divino Platon.

En Atenas fué donde el politeísmo hizo mas esfuerzos para remozarse, y donde por mas tiempo se detuvo en la pendiente de su decadencia; allí lucieron los últimos lampos del genio pagano; allí florecieron los varones que podemos llamar los últimos griegos; en Atenas aprendió Juliano los pormenores de las operaciones teúrgicas, y se penetró de aquel misticismo alejandrino que le convirtió en tan extraño y original personaje, envuelto en el manto imperial; en Atenas estudiaron y enseñaron los Libanios y los Temiscios, antes de ser hombres importantes en el imperio; en Atenas, finalmente, vivieron y enseñaron los últimos gentiles dignos del hermoso nombre de filósofos.

Libanio.

Libanio nació en 314 ó 315, en Antioquia de Oronte, y murió en la misma á últimos del siglo IV, después de distinguirse en varios puntos, y especialmente en la nueva capital que Constantino elevaba á metrópoli del imperio. Libanio era pagano acérrimo pero no fanático, y honrábase con la amistad de algunos de los mas ilustres representantes de las doctrinas cristianas, de los Basilio, Crisóstomos y Gregorios Nazianzenos. A pesar de su amor y admiración

por Juliano, vitupera al restaurador de las antiguas creencias por haberse propasado en su celo y haber ejercido contra los cristianos deplorables crueldades. Quédannos de él un gran número de obras, pertenecientes mas ó menos al género sofístico: son discursos sobre varios asuntos de historia, mitología y moral; arengas oficiales; modelos para el uso de los adeptos de la oratoria, etc. La única parte verdaderamente interesante de las obras de Libanio, es la colección de sus cartas, que pasan de dos mil: en ellas es donde con mas fruto puede estudiarse el estado de la literatura y de la sociedad griegas en el siglo IV. No es Libanio menos sofista ni menos campanudo en un billete de cuatro líneas que en un discurso destinado á ser pronunciado en público; pero cuando ese billete se dirige á San Basilio, y este no se desdena de contestar á los cumplidos del retórico gentil con elogios casi fabulosos, el lector moderno no puede menos de experimentar cierto placer y satisfacción al recorrer aquellos monumentos de la cortesía antigua. Ocioso es observar que Libanio está reñido con la elocuencia, y que el orador de Constantinopla, como algunos le llaman, es un hábil fraseólogo, un escritor mucho mas aficionado á los giros del lenguaje culto que á la naturalidad de los sentimientos y á la exactitud de las ideas.

Temiscio.

Temiscio es mas grave y mas elevado: es un filósofo, un repúblico, y aunque no siempre se halle exento de los defectos que podemos censurar en Libanio, y se acuerde demasiado de su profesion de maestro de retórica, el calor de sus convicciones, la nobleza de sus sentimientos y la eleva-

ción de sus ideas prestan á su estilo una gravedad elocuente, una unción, un no sé qué, que nos hace apreciar al escritor, porque en él vemos á un hombre. Nació Temiscio por los años de 325, en la Pafagonia, y se sabe que aun vivia en tiempo de Arcadio, esto es, á últimos del siglo IV. Ejerció importantes cargos en Constantinopla, y sus virtudes le granjearon el aprecio de gentiles y cristianos. Teodosio le nombró maestro de su hijo Arcadio. Temiscio fué pagano toda su vida, ó mas bien, libre pensador. A su fama de elocuente debió el dictado de Eufrades, ó de hablador distinguido.

Poseemos varias obras de Temiscio. Son estimados, y lo merecen, sus comentarios sobre algunos tratados de Aristóteles; pero no son estos útiles trabajos los que le dieron nombradía. Sus discursos son á veces arengas pomposas, panegíricos de emperadores, documentos de curia, y no monumentos literarios. Con todo, los mas versan sobre objetos de eterna importancia, y nada han perdido, aun hoy en día, de su interés y oportunidad.

Temiscio enderezó algunos discursos á los que se enorgullecian con el nombre de sofistas, y rechazó enérgicamente este título como una calificación infamatoria que él no merecia. En efecto, tenia derecho á considerarse miembro de una familia mas noble que la de Górgias, y no era enteramente indigno del gran Platon, cuyas obras meditaba con asiduidad.

Juliano.

No era Juliano, como Temiscio, un hombre prudente y sesudo. No conoció bien á su época ni á los hombres de la misma. En su ánimo imperaba mas la pasión que la sensa-

lez, y su misticismo le arrastró á lamentables extravíos. Hízose odioso cuando quiso instaurar el politeísmo y atraer á la muchedumbre á los templos antiguos. Sus virtudes personales, su capacidad militar, su valor, su ingenio, todo lo que en otro siglo hubiera bastado para elevarle á la categoría de los héroes de la humanidad, solo sirvió para convertirle en sofista extravagante, ó mejor, en artista cuyos caprichos arqueológicos comprometieron por un momento la suerte del mundo. Pero aquí no se trata de juzgar al político desatentado, sino al escritor; y las obras de Juliano merecen figurar entre las mas notables y mas originales producciones del genio antiguo. En los siglos de decadencia no era comun escribir con aquella fuerza de imaginacion, con aquella ingeniosa viveza, ni menos con aquel buen gusto clásico y casi intachable pureza de diction.

No conocemos sino por fragmentos el libro de Juliano en defensa del helenismo, esto es, de las tradiciones religiosas de Grecia contra los ataques del cristianismo; y nada tenemos de sus memorias sobre sus campañas en Germania. A poder juzgar de este último escrito, dice un crítico, por el carácter general de sus obras literarias, parece que debería de reunir la sencillez y precision de César, con mas gracia, pero con menos nervio y concision. La obra maestra de Juliano es la sátira intitulada *Los Césares ó el Banquete*, cuadro de las virtudes, vicios y desatinos de los emperadores. Las figuras están diseñadas con maestría, con gran delicadeza de toque y admirable verdad de colorido. No adula el autor á Constantino; pero este hombre sanguinario, hipócrita, afeminado y cubierto de crímenes me-

recia tal vez menos consideraciones aun. La sátira contra los habitantes de Antioquia, intitulada *Misopogon*, esto es, el enemigo de la barba, casi compite con aquella en chiste y gracia. Sin embargo, experimentase cierto disgusto al ver que el señor del universo compromete la majestad imperial en la ironía y la invectiva, porque los galileos de Antioquia se han mofado de sus pretensiones filosóficas, de su traje desaliñado, de su barba mal peinada y de sus modales groseros, indignos. Pero en eso principalmente, en las confesiones que no puede menos de hacer, es donde se nota mas claramente cuál era á la sazón el estado de las almas, y cuán poco satisfacía el paganismo prescrito por imperial decreto los instintos y necesidades de los pueblos: «Hacia el décimo mes viene la antigua solemnidad de Apolo; y la ciudad habia de trasladarse á Dafne, para celebrar la fiesta. Salgo del templo de Júpiter Casio, y acudo, figurándome que iba á ver toda la pompa de que es capaz Antioquia. Tenia la imaginacion llena de perfumes, víctimas, libaciones, jóvenes con magníficas vestiduras blancas, símbolos de la pureza de su corazón; mas todo eso no era mas que un hermoso sueño. Entro en el templo, y no hallo ninguna víctima, ninguna torta, ningún grano de incienso. Quedo pasmado; pero creo que los preparativos están fuera, y que, por respeto á mi calidad de supremo pontífice, se aguardan mis órdenes para entrar. Pregunto pues al sacerdote lo que ofrecerá la ciudad en tan solemne día: «Nada, me contesta; aquí está solamente un ganso que traigo de mi casa, pues hoy la ciudad no ha ofrecido cosa alguna.»

Los discursos y cartas de Juliano prueban con no menor

elocuencia que la reaccion pagana se limitó á la sociedad oficial, sin pasar á la gran sociedad del imperio. Para dar al politeísmo una apariencia de vida, vese Juliano reducido á predicar, digámoslo así, la falsificación del cristianismo. En sus instrucciones á un gobernador de Galacia, reconoce que los cristianos superan en virtudes exteriores á los gentiles, y á este contagio del bien, aparente ó real, atribuye los progresos de la secta execrada. En seguida, despues de encargar á los que la aborrecen como él que no se dejen vencer de tal modo á la vista de los pueblos, y decir á Arsaces que no permita que los sacerdotes de los dioses observen una vida inconveniente ó relajada, Juliano añade estas palabras: « Establece hospicios en todas las ciudades, para que las personas que carezcan de asilo ó de medios de subsistencia disfruten en ellos de nuestros beneficios, cualquier que sea la religion que profesen. Seria harto vergonzoso que nuestros súbditos estuviesen fallos de todo socorro de nuestra parte, mientras no se ve ningun mendigo entre los judíos, ni siquiera entre la impia secta de los galileos, la cual mantiene, no solo á sus pobres, sino con frecuencia á los nuestros.»

El historiador de la escuela de Alejandría, que consagró excelentes páginas á Juliano, caracteriza en los siguientes términos el talento literario del autor de los *Césares*: « Escritor lleno de gracia y naturalidad, pocas veces se abandona á expresiones de mal gusto, ó á arranques declamatorios. Tiene mas ingenio que imaginación, mas viveza que elocuencia, mas finura que elevacion y grandeza. Ningun autor coetáneo puede comparársele en sencillez de composicion, ni en claridad y elegancia de estilo.»

Proclo.

Entre Juliano y Proclo media un espacio de tiempo de bastante consideracion; pero de uno á otro la literatura pagana solo ofrece nombres oscuros. Los menos indignos de mencion son los de los hombres modestos que enseñaban la filosofía en Alénas, á últimos del siglo IV y á la primera mitad del V, como Plutarco, hijo de Nestorio, y Siriano, los dos maestros que trasmitieron á Proclo la rica herencia de la ciencia alejandrina. Ambos filósofos son tambien poco conocidos, y sus obras han perecido, menos el sábio comentario de Siriano sobre la *Metafísica* de Aristóteles. Algunos de los escritos de Proclo son tal vez redacciones de las lecciones de sus maestros. A lo menos sabemos que Plutarco en su edad mas avanzada quiso leer y estudiar con un jóven de tantas esperanzas ciertos diálogos de Platon, y que le hizo redactar unos comentarios, diciendo: « Con tu nombre los conocerá la posteridad.»

Proclo nació en 412, en Xanto (Licia), ó segun otros en Constantinopla, pero de padres licios. Fué muy jóven á estudiar en Alejandría, y á la edad de veinte años pasó á ponerse en Alénas bajo la direccion de Plutarco y Siriano. Despues de completar su educacion viajando, domicilióse en Alénas, y por los años de 450 sucedió á Siriano en la direccion de la escuela. De ahí el apellido de Diádoco, esto es, sucesor, que á veces se añade á su nombre. Enseñó por espacio de mas de treinta años con extraordinario aplauso, y murió en el de 485. Fué el último de los grandes filósofos griegos, el último de los grandes prosadores y el último de los grandes poetas. La literatura griega tuvo el

insigne honor de acabar con un hombre en quien revivia al par algo del alma de Homero y algo de la de Platon.

Tratados filosóficos de Proclo.

Proclo escribió mucho, y aunque solo poseamos parte de sus obras, este resto es muy considerable y contiene tratados de capital importancia, entre otros los larguísimos comentarios sobre el *Timeo*, el *Parménides* y el *Alcibiades*, y los *Elementos de Teología*. También hay ciertos opúsculos muy notables, cuyos originales griegos han perecido, y que solo existen en una basta y defectuosa traducción latina del siglo XIII. El estilo de Proclo no tiene nada de la sequedad impetuosa, del desorden y confusión que hemos notado en los escritos de Plotino; antes se asemeja á la elegancia fácil y agradable de Longino y Porfiro. El pensador profundo y el sábio universal nunca perjudican al escritor. Proclo avanza metódica y lentamente, con minuciosidad, pero con claridad, diciendo cuanto ha de decir, sin dejar al lector cosa alguna por adivinar. Es un excelente autor didáctico. Si Plotino hace conocer mas viva y eficazmente la verdad, Proclo, como dice el Sr. Vacherot, la hace comprender mejor. El mismo crítico caracteriza muy bien la empresa del filósofo de Atenas: « Mas que otro cualquier filósofo, Proclo estuvo penetrado del espíritu alejandrino, del espíritu que aspira á comprenderlo todo, á explicarlo y conciliarlo todo. No hay ninguna tradición del sentido común, cualesquier que sean su índole é importancia, en que no parase mientes. Primero toda la filosofía alejandrina, y despues toda la ciencia del pasado, vienen á resumirse en ese sistema, que con razon pudiéramos definir

síntesis universal de los numerosos elementos de la sabiduría antigua, elaborada bajo el influjo del Platonismo. Proclo expresaba enérgicamente el carácter de su misión cuando se llamaba pontífice de todas las religiones; hubiera podido añadir: y el filósofo de todas las escuelas.»

Proclo Poeta.

Las poesías de Proclo prueban que no era menos apto el filósofo para expresar también la verdad en formas brillantes y populares, que para descubrirla en el fondo de los símbolos antiguos, en los versos de Orfeo, Homero ó Pitágoras. Estas poesías eran himnos religiosos. Corría el tiempo en que algunos supuestos poetas componían con el nombre de Orfeo oraciones sagradas (*hiératiques*) ó místicas, que carecen completamente de poesía, y que ellos llamaban himnos: llegan al número de ochenta y ocho, y son del todo indignos, no decimos del ingenio de Orfeo, sino hasta del talento de los sectarios órficos que vivían en tiempo de Pisistrato y de los Pisistrátidas. Los himnos de Proclo, por el contrario, respiran entusiasmo é inspiración; y tres de ellos, á lo menos, pueden pasar por obras maestras. Los dos himnos á *Vénus* no tienen tal vez grande importancia; el de *Hécate* y *Jano* es muy corto y algo insignificante; pero el himno al *Sol* es magnífico en pensamientos é imágenes, y el himno á *Minerva Polimétis*, esto es, á la Ciencia y á la Sabiduría, es aun mas elevado y mas brillante. El himno á las *Musas*, que vamos á insertar íntegro, dará una idea de las trasformaciones que Proclo hacía sufrir á las tradiciones antiguas. Como se verá, todo es nuevo en sus deprecaciones, menos los nombres de las di-

vinidades que invoca, y traduce poéticamente los dogmas de su filosofía, aunque aparente seguir las sendas trilladas de la mitología. Eso es lo que ha prestado vivo interés á sus versos; por eso esta poesía es viva é inmortal, y comparable con las obras mas admiradas que nos legó el genio literario de Grecia. Proclo es un poeta verdadero, grande; no uno de los héroes de la poesía, como Homero ó Esquilo, sino uno de los mas grandes despues de los primeros. A lo menos iguala á Cleanto.

« Cantemos, sí, cantemos la luz que levanta á los mortales: son las nueve hijas del gran Júpiter, las Musas de voz armoniosa. Cuando nuestras almas cruzaban errantes los abismos de la vida, sus libros saludables las santificaron, preservándolas del funesto ataque de los dolores terrestres. Por ellas aprendieron nuestras almas á elevarse sobre las profundas aguas del olvido, á fin de llegar puras al astro unido á su suerte, al astro que en otro tiempo abandonaron, cuando cayeron á la playa de la existencia, locamente enamoradas de la materia. En cuanto á mí, diosas, calmad mis tumultuosas agitaciones, y extasiadme con las sensatas palabras de los sábios; haced que la raza de los impíos no pueda desviarme del sendero sagrado, luminoso y fecundo. Del seno de la revuelta y desenfrenada muchedumbre, atraed continuamente mi errante alma á la santa luz; colmadla con los frutos de vuestros preciosos libros, y permitid que posea siempre el don de elocuencia y persuasión. Escuchadme, dioses que empuñais el gobernalle de la sagrada sabiduría; vosotros que encendeis en las almas de los mortales la llama que les sublima; vosotros que les arrebatáis á la mansión de los inmortales, léjos del tenebroso

abismo de este mundo, santificándoles con las purificaciones de los cantos místicos. Escuchadme, poderosos salvadores; mostradme la pura luz en los santos libros; disipad la niebla que me cubre los ojos, á fin de que distinga sin dificultad al dios inmortal y al hombre. Que un pernicioso demonio no me tenga eternamente apartado de los bienaventurados, bajo las profundas corrientes del olvido; que un castigo funesto no sujete con las ligaduras de la vida mi alma trémula en el seno de las aguas de la helada humanidad, mi alma que ya no quiere vagar errante de este modo. Oídme, dioses guías de la resplandeciente sabiduría: yo me esfuerzo para entrar en la via que á vosotros conduce; reveladme los misterios y las iniciaciones de las palabras sagradas.»

El único defecto que puede notarse en los versos de Proclo, es alguna redundancia en los epítetos, y la repeticion sobrado frecuente de las mismas ideas y palabras.

Sucesores de Proclo.

Proclo dejó muy floreciente la escuela de Atenas. Sucedióle Marino, como él sucediera á Siriano: este Marino era hombre de algun talento y filósofo distinguido, y solo tenemos de él una *Vida de Proclo*, obra interesante, aunque muy mediana; pero sabemos que compuso muy buenos tratados sobre varios puntos importantes de la ciencia. Damascio, escritor elegante, cuya entusiasta imaginacion se apasionó vivamente por las doctrinas particulares á Iamblico, disintió mas de una vez de su maestro Proclo, segun nos lo dice Simplicio, excelente comentador de Aristóteles y Epiceto. Simplicio y Damascio se hallaban pues en el auge de

su fama, cuando en el año 529 mandó Justiniano cerrar las escuelas de filosofía; y refugiáronse con algunos discípulos suyos en la corte del rey de Persia Cosróes, regresando mas adelante al imperio, sin que consiguiesen reanimar el amortecido foco de la civilización pagana.

CAPÍTULO LI.

Apéndice.

HELIODORO.—LONGO.—AQUÍLES TACIO.—JENOFONTE DE EFESO.—ARISTÉNETES.—ESTOBEO.—EUNAPES.—NONO.—COLUTO.—TRIFIODORO.—QUINTO DE ESMIRNA.—MUSEO EL GRAMÁTICO.—AGÁTIAS.

Pudiéramos dispensarnos de alargar mas la enumeración de los autores que escribieron en griego y alcanzaron cierta nombradía en los siglos IV y V, ó bien mas adelante aun. Los que no pertenecen á la literatura cristiana forman parte de la bizantina, la cual nunca produjo ninguna obra original, y cuyas imitaciones mas ó menos ingeniosas son tan poco clásicas como en otro género los escritos latinos de los mas entendidos ciceronianos del renacimiento. Hay empero algunos prosistas y poetas á quienes acostumbramos contar entre los griegos propiamente llamados, y dos de los cuales á lo menos, Heliodoro y Longo, gozan en Francia de una reputación igual á la de los mayores ingenios de la antigüedad. Cumple, pues, decir algo de cada uno de esos autores, y caracterizar sus obras.

Heliodoro.

Heliodoro era cristiano, y en su juventud fué obispo de

Tricca en Tesalia. Vivía á fines del siglo IV y en la primera mitad del V. Su famosa novela intitulada *Etiópicas*, historia de los amores del tésalo Teágenes y de la etíope Cariclea, nos seria enteramente desconocida si Santiago Amyot no se hubiese tomado el trabajo de traducirla, y si Racine en su mocedad no se hubiese prendado de los cuadros eróticos del obispo de Tricca. Esta fantástica novela es un tejido de aventuras inverosímiles, sin que nada se refiera á ningún tiempo ni lugar determinado; y las costumbres que pinta Heliodoro no son menos falsas é imaginarias. Respecto de las combinaciones dramáticas, en las cuales estriba todo el interés de la fábula, no costarian al autor grandes esfuerzos de inteligencia. Limitóse á compilar en su libro las invenciones desparramadas en las obras de los poetas antiguos, y en particular de los de la Comedia nueva: piratas, bandidos, combates, raptos, cautiverios, reconocimientos, etc. Apesar de su laboriosidad, casi siempre fastidia; pero nuestro venerable Amyot le dotó de aquel estilo sencillo y encantador que haria leer escritos aun peores que las *Etiópicas*.

Longo.

A Longo le cupo la misma dicha que á Heliodoro: tradújole Santiago Amyot. Longo, es de época desconocida, y uno de los escritores mas sofisticos y afectados que hay: solo se cuida del juego de palabras y sílabas; su relación pastoril se halla atestada de sentencias y descripciones; la verdad de los cuadros desaparece casi por completo bajo su viveza y brillantez. La novela de *Dáfnis y Cloe* es un libro mal compuesto donde todo es falso, aventuras, costumbres, caracteres, y sobretudo el estilo; hablamos

del libro de Longo; pero esos defectos se atenúan ó se borran en la exquisita prosa del respetable traductor francés; en términos que un original más que mediano, una obra ingeniosa sin duda, pero destituida de naturalidad y gracia, indecente y obscena antes que voluptuosa, convirtiéndose en manos de Amyot, no en un libro muy casto, sino en un cuadro ameno y encantador. Al completar y enmendar la version de Amyot tuvo Pablo Luis Courier la discrecion de no alterar su carácter, y de comprender que Longo seria casi ilegible si no se le presentara en la misma forma y gala que disimula ó trasforma sus imperfecciones.

Aquiles Tacio.

Aquiles Tacio aventaja á Longo y Heliodoro en la pureza del estilo y en el interés de las relaciones; mas no ha tenido á ningun Amyot que ilustre su nombre y naturalice su obra entre nosotros. Su novela de *Leucipa y Clitofonte* no está compuesta con mucho arte, y Tacio no sabe observar mejor que Heliodoro y Longo las leyes de la verosimilitud; pero es divertido, porque á veces rie, y porque los poetas cómicos, sobre sugerirle invenciones singulares, aventuras, peripecias, y en una palabra, todo el enredo dramático, le han prestado parte de su gracia y jocosidad.

Ignórase si Aquiles Tacio es anterior á Heliodoro, ó Heliodoro á Aquiles Tacio; pero es tal la semejanza que se nota entre su obra y la del obispo de Tricca, que casi pudiera decirse que Heliodoro imitó *Leucipa y Clitofonte*, ó Aquiles Tacio las *Etiópicas*. Con todo, Heliodoro es casto, y nunca pinta el vicio sino para afearlo, al paso que Aquiles Tacio se complace en ciertos sentimientos é ideas que

prueban que los lectores de aquellos tiempos no eran muy escrupulosos en punto á moral y pudor. *Leucipa* conserva, como *Cariclea*, su pureza virginal en medio de toda clase de aventuras; pero el resultado final no disculpa de ningun modo los medios, y los cuadros de Aquiles Tacio merecen con harta frecuencia las mas graves censuras. Para hacer completa justicia á este autor es indispensable, como observa el Sr. Zevort, pararse particularmente en los por menores, en la forma, en el estilo, donde entre las gracias acicaladas y la afectacion, brilla todavía un visible reflejo de la elegancia antigua, y algo del gusto de Platon.

Jenofonte de Efeso.

La novela de *Antia y Habrocomo*, ó sea las *Efesiacas*, se parece á los libros de Tacio y Heliodoro, así en el curso de los sucesos y en la eleccion de los episodios como en la falta de verdad; nótese en ella, como en la de Tacio, una completa indiferencia moral y un cinismo extraño en el empleo de los mas inmundos materiales; pero Jenofonte de Efeso, autor de esta novela, dista de tener el talento de sus antecesores. « La limada elegancia de Tacio, dice el señor Zevort, ha hecho lugar á la aridez; á la manera épica de Heliodoro ha sucedido una fria exposicion histórica; las invenciones, cada vez mas comunes, se hinchan y se exageran hasta el absurdo, y se sacrifica la unidad: *Habrocomo* y *Antia*, separados desde el principio, tienen cada cual una novela aparte; el autor corre continuamente de uno á otro, y tiene que anudar mil veces el hilo de sus historias. Al leer las *Efesiacas* se conoce que Jenofonte procura sobrepujar á sus predecesores para no parecerseles; pero en su

escasez de ideas vaga de hipérbole en hipérbole y acaba por perder enteramente el sentimiento de lo verdadero y lo posible. Si quiere explicar la belleza de los dos amantes, presenta á todos los pueblos prosternados ante ellos, adorándoles como á unos dioses; y para probar mas su virtud é inspirar interés por sus infortunios, inventa extravagantes suplicios.» En suma, el libro de Jenofonte de Efeso apenas merece leerse, ni siquiera en el excelente francés de su último traductor; y segun confiesa el mismo traductor, es árido, pobre de ideas, de exiguo interés, digno en fin de los fraseólogos que pululaban en los últimos siglos de Grecia.

Aristénetes.

Aristénetes pertenece al siglo V ó al VI, y es un sofista, ó si se quiere, un novelista de la clase de Alcifronte. Sus *Cartas* son cuentos amorosos, ó mas bien ejercicios de estilo sobre materias eróticas. En sus composiciones sofisticas no hay que buscar sino lo que en ellas quiso poner el autor, esto es, frases hábilmente construidas, llenas de adornos de gusto sospechoso y de locuciones tomadas de los poetas. Aristénetes es un declamador sin talento: sus enamorados son locos pacatos que disertan utilísimamente sobre sentimientos que les son extraños, sin que lleguen á causarles ninguna emoción verdadera.

Estobeo. Eunapes.

A todos esos escritores llamados originales, cuya originalidad solo estriba en sus defectos de toda clase, preferimos sin vacilar á Estobeo, que se limitó á recoger y arreglar los extractos de sus lecturas, ó bien á Eunapes, que

redactó en mal estilo y con poca crítica las *Vidas* de los filósofos y sofistas de su época. Sus libros son muy preciosos para nosotros, en especial el de Estobeo, donde se hallan admirables composiciones en prosa y en verso que sin la compilación de este filósofo aficionado se habrían perdido para siempre.

Nono.

Por punto general, los poetas de los siglos V y VI, ó cuando menos los versificadores, que segun se dice vivieron en aquel periodo, no llegan siquiera á la medianía y son muy dignos del olvido en que la posteridad les ha dejado. En los cuarenta y ocho cantos de las *Dionisiacas* de Nono no hay el menor destello del ingenio poético que aun brilla tanto en Proclo. Nono es muy erudito en mitología; no ignora ninguna de las tradiciones concernientes á Baco, su héroe; versifica fácilmente, y quizás en su tiempo le tomaron por un Homero; pero su erudición y su hábil versificación han producido un poema insulso. Nono era egipcio de Panópolis. Hizose cristiano, y despues de su conversión escribió una paráfrasis en verso del Evangelio de san Juan.

Coluto. Trifiodoro.

Coluto, egipcio tambien segun se cree, nos dejó un corto poema intitulado el *Rapto de Helena*, cuyo mérito solo consiste en su extremada brevedad, y en no fastidiar demasiado tiempo al lector deseoso de conocer esta imitación homérica. Harles, uno de los editores de Coluto, dice en palabras terminantes que el autor del *Robo de Helena* es un inepto imitador de Homero. Sus versos están bien compuestos; pero no fué mucho mayor su mérito al componerlos

que el de nuestro P. Giraudeau al fabricar los de su útil rapsodia. Hay empero en el poema una gran belleza: el cuadro de la desesperacion de Hermione, cuando la hija de Helena advierte la partida de su madre. Con todo, vese con sobrada claridad que aquí tampoco ha hecho Coluto mas que copiar, y que no hemos de atribuirle el honor de haber hallado tan patéticos acentos. Ese cuadro provendrá de algun poema ó de alguna tragedia antigua. Toda la originalidad del nuevo redactor está en las disonantes pinceladas que de vez en cuando se advierten, y particularmente sin duda en los últimos rasgos, que nos es difícil atribuir á otros que á Coluto: «No imputo á los bosques mi desgracia, ni temo tampoco las sacras aguas del Eurotas. ¿Seria posible que estuviesen bastante tranquilas para tenerte sumergida, sin sacarte alguna que otra vez á flote? Los rios, lo mismo que los mares, están poblados de náyades, y las náyades no hacen daño á las mujeres que van á visitarlas.»

La *Toma de Ilión* por Trifiodoro, compatriota, segun dicen, y contemporáneo de Coluto y Nono, es algo mas larga que el *Rapto de Helena*, sin que sea mucho mejor.

Quinto de Esmirna.

El poema de Quinto de Esmirna, intitulado *Residuos de Homero*, ó las *Posthomericas*, es una especie de compendio de las epopeyas cíclicas, dividido en catorce cantos, con el cual pretendió el autor continuar la *Iliada*. Hay en esta obra muy poca originalidad de composicion y de estilo; pero si bien ignora el poeta el arte de formar un todo de varias partes, y de sostener el interés con gradaciones hábilmente distribuidas, tiene de cuando en cuando arranques

poéticos bastante felices, y conócese que á veces sus versos han sido inspirados por buenos modelos. Seguramente Arcino, Lesques y otros podrian reclamar por su parte casi todo lo que uno está tentado á admirar en Quinto; pero algun mérito literario tiene quien sabe escoger con bastante gusto entre las invenciones con que los poetas cíclicos llenaron sus epopeyas.

Museo el gramático.

La obra maestra épica de este período es el poema intitulado *Hero y Leandra*, de Museo el gramático. El relato de la catástrofe es sencillo y patético; el poema está bien desarrollado y escrito generalmente con una pureza de estilo y una ingenuidad de sentimiento que recuerdan los siglos de la bella poesia; pero tambien presenta indicios de afectacion sofistica y cierta señal manifiesta de los tiempos de la decadencia. Por lo demás, es una obrita que no llega á cuatrocientos versos, linda y graciosa.

Agátias.

La *Antología* contiene cierto número de epigramas muy agudos, cuyos autores pertenecen al período que podemos considerar como el fin de la verdadera literatura griega. El género epigramático es el único en que los griegos no cesaron de sobresalir, aun mucho tiempo despues de Juliano y Proclo. Agátias, por ejemplo, á últimos del siglo VI, componia ingeniosísimos epigramas, algunos de los cuales figuran entre los mejores de la *Antología*. No era empero versificador sino ocasionalmente, y es mas conocido como historiador. Formó una coleccion de epigramas antiguos, que sirvió de

base á los de Cefálas y Planudo, y al compilarlos se le ocurrió insertar algunos de su invencion. Hé aquí uno que quizás no hubiera desaprobado Luciano, y el cual terminará agradablemente, á lo que creemos, esta dilatada revista de las últimas producciones del moribundo genio pagano.

« Despues de sembrar sus tierras, el labrador Calígenes fué á casa del astrólogo Aristófanes, y le preguntó: «¿Tendré buena cosecha? ¿Recogeré espigas en grande abundancia?» Este cogió algunas fichas, colocólas sobre su mesita, computó luego con los dedos, y dijo á Calígenes: «Si tu campo está bien regado por la lluvia; si no produce malas yerbas; si la helada no rompe los surcos; si el granizo no destroza la punta de las nacientes mieses; si la caza no devasta tus sembrados; en fin, si la cosecha no experimenta ninguna otra contrariedad del aire ó de la tierra, te pronostico un buen agosto, y segarás magníficas espigas; con todo, teme las langostas.»

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Pág.
Capítulo XIX.—Sófocles.	5
» XX.—Eurípides.	19
» XXI.—Decadencia de la Tragedia.	42
» XXII.—Comedia antigua.	48
» XXIII.—Otros poetas del siglo de Pericles.	73
» XXIV.—Tucidides.	77
» XXV.—Antigua elocuencia política.	88
» XXVI.—Sofistas.	95
» XXVII.—Sócrates.	102
» XXVIII.—Oradores de últimos del siglo quinto antes de Jesucristo.	109
» XXIX.—Jenofonte.	121
» XXX.—Platon.	133
» XXXI.—Aristóteles y Teofrasto.	150
» XXXII.—Oradores del siglo cuarto antes de Jesucristo.	163
» XXXIII.—Esquino, Demóstenes.	176
» XXXIV.—Historiadores del siglo cuarto an- tes de Jesucristo.	193
» XXXV.—Comedia media.	197
» XXXVI.—Comedia nueva.	202
» XXXVII.—Dos filósofos poetas.	211

base á los de Cefálas y Planudo, y al compilarlos se le ocurrió insertar algunos de su invencion. Hé aquí uno que quizás no hubiera desaprobado Luciano, y el cual terminará agradablemente, á lo que creemos, esta dilatada revista de las últimas producciones del moribundo genio pagano.

« Despues de sembrar sus tierras, el labrador Calígenes fué á casa del astrólogo Aristófanes, y le preguntó: «¿Tendré buena cosecha? ¿Recogeré espigas en grande abundancia?» Este cogió algunas fichas, colocólas sobre su mesita, computó luego con los dedos, y dijo á Calígenes: «Si tu campo está bien regado por la lluvia; si no produce malas yerbas; si la helada no rompe los surcos; si el granizo no destroza la punta de las nacientes mieses; si la caza no devasta tus sembrados; en fin, si la cosecha no experimenta ninguna otra contrariedad del aire ó de la tierra, te pronostico un buen agosto, y segarás magníficas espigas; con todo, teme las langostas.»

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Pág.
Capítulo XIX.—Sófocles.	5
» XX.—Eurípides.	19
» XXI.—Decadencia de la Tragedia.	42
» XXII.—Comedia antigua.	48
» XXIII.—Otros poetas del siglo de Pericles.	73
» XXIV.—Tucidides.	77
» XXV.—Antigua elocuencia política.	88
» XXVI.—Sofistas.	95
» XXVII.—Sócrates.	102
» XXVIII.—Oradores de últimos del siglo quinto antes de Jesucristo.	109
» XXIX.—Jenofonte.	121
» XXX.—Platon.	133
» XXXI.—Aristóteles y Teofrasto.	150
» XXXII.—Oradores del siglo cuarto antes de Jesucristo.	163
» XXXIII.—Esquino, Demóstenes.	176
» XXXIV.—Historiadores del siglo cuarto an- tes de Jesucristo.	193
» XXXV.—Comedia media.	197
» XXXVI.—Comedia nueva.	202
» XXXVII.—Dos filósofos poetas.	211

Capítulo XXXVIII.—Literatura alejandrina.	217
» XXXIX.—Literatura siciliana.	230
» XL.—Otros escritores del siglo tercero antes de Jesucristo.	249
» XLI.—Escritores de los dos últimos siglos an- tes de Jesucristo.	253
» XLII.—Escritores griegos contemporáneos de Augusto y de los primeros emperadores.	260
» XLIII.—Plutarco.	270
» XLIV.—Nuevos estóicos.	278
» XLV.—Luciano.	283
» XLVI.—Otros escritores del siglo de los An- toninos.	298
» XLVII.—Opiano, Babrio.	305
» XLVIII.—Filósofos alejandrinos.	316
» XLIX.—Historiadores y sofistas del siglo ter- cero.	326
» L.—Escuela de Atenas.	331
» LI.—Apéndice.	342

PA3059

P5.

v.2

156359

FHRC

AUTOR

PIERRON, M. Alejo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL ÍNDICE DEL ÚLTIMO TOMO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

